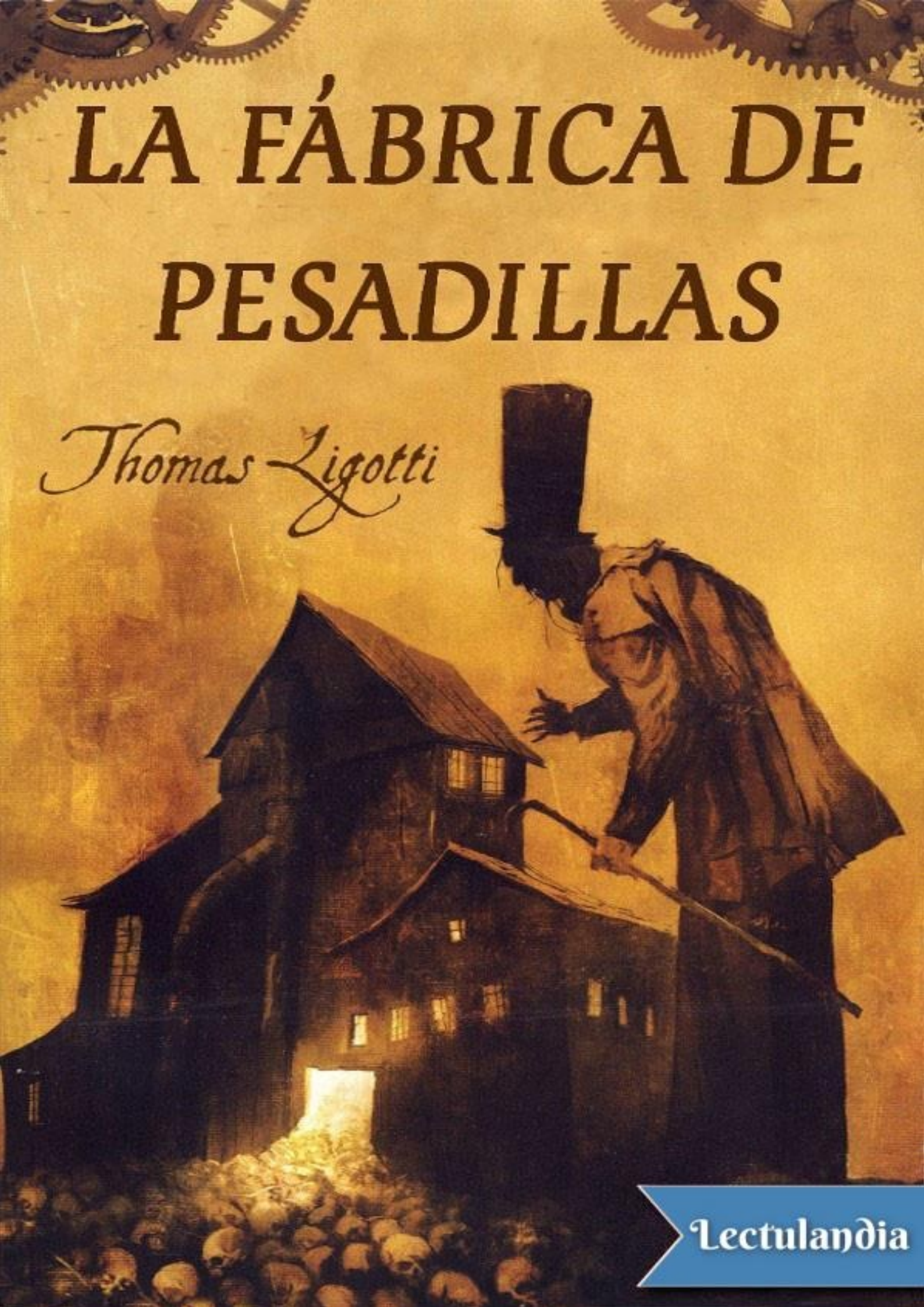
LA FÁBRICA DE PESADILLAS

Thomas Ligotti



Lectulandia

Hay un mundo que sobrepasa y amenaza al nuestro; un universo en el que los sueños del hombre se retuercen hasta formar pesadillas difícilmente olvidables. Los relatos que encontrarás en este libro te transportarán a realidades en las que nada es lo que parece, donde cada paso puede ser mortal. En ellos descubrirás cómo las emociones se pueden corromper; las sensaciones, distorsionar, y lo que dabas por seguro, derrumbarse en pedazos. Podrás clavar la mirada durante un tiempo en el peor lado de las raíces de la corrupción misma.

En el reino de lo sobrenatural Thomas Ligotti es el maestro de los relatos, y uno de los máximos exponentes del terror clásico, a quien la crítica compara con H.P. Lovecraft o Clive Barker. *La fábrica de pesadillas* es una selección de historias que habían permanecido inéditas hasta el momento.

Lectulandia

Thomas Ligotti

La fábrica de pesadillas

ePub r1.0
Epicureum 06.03.14

Título original: *The Nightmare Factory*
Thomas Ligotti, 1996
Traducción: Carlos Lacasa, Noemí Risco y Carmen Martín
Diseño de portada: Stuart Moore

Editor digital: Epicureum
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A la memoria de mi tía y abuela, Virginia Cianciolo

Prólogo de
Poppy Z. Brite

¿Estás ahí, Thomas Ligotti?

Tienes mucho por lo que rendir cuentas, aunque nunca he sido capaz de descubrir nada sustancial sobre ti. Parece que quieres que sea así. Incluso en la única entrevista que he conseguido encontrar en el yermo editorial, hablabas únicamente del arte de la escritura. No me malinterpretes: solo de ti me interesaría leer algo acerca de este oficio. Pero es que de aquellas líneas no se desprendía la menor información personal. A mí, como alguien que concede entrevistas tan numerosas como confusas y personales, que sospecho que algún día lamentaré, me intriga saber cómo lo has conseguido.

Contaba veinte años cuando, en mi primer viaje a San Francisco, un amigo me dejó por primera vez tu libro *Songs of a Dead Dreamer*, la edición limitada de Silver Scarab con aquellas ilustraciones de Harry O. Morris, que se acercaban a la calidad de los relatos. En parte, despertó mi interés por el hecho de que Ramsey Campbell, que era y sigue siendo uno de mis escritores favoritos, había tenido a bien escribir la introducción; por tanto, el que me hayan pedido que escriba esta introducción resulta sorprendente.

Sentada en el asiento trasero de un coche que corría por Bay Ridge, abrí el libro por una página al azar y leí una frase que me acompañará hasta el día de mi muerte, una frase que hubiera dado un pulgar por poder escribir:

«Dejamos esto atrás, en sus capaces manos, pues a las cunetas y callejones de negra espuma del paraíso, a la húmeda penumbra sin ventanas de algún sótano galáctico, a los huecos remolinos perlados de mares como cloacas, a las ciudades sin estrellas de la locura y a sus suburbios… mi cervatillo fascinado y yo hemos ido a retozar».

El retozo

El resplandeciente paisaje de San Francisco, una ciudad de la que ya había sospechado que albergaba profundos misterios gracias a *Our Lady of Darkness* de Fritz Lieber, quedó en mi mente unido de forma inextricable a esta joya. Para mí, aquellas cunetas y callejones de negra espuma (por no mencionar la calle de Wavering Peaks) siempre estarán al otro lado de la Bahía, vista desde Berkeley.

¿Me odiarás si confieso que fotocopié el libro entero? Le había prometido a mi

amigo que se lo devolvería, y no me gusta robar libros. Pero no podía soportar el separarme de tus palabras, y no pude encontrar un ejemplar por ningún sitio; aquellos libros, tan preciosos como escasos, habían desaparecido para ser atesorados.

Desde entonces, *Songs of a Dead Dreamer* ha sido publicado por grandes editoriales en al menos dos continentes. Yo tengo tres ediciones distintas, pero hasta que fue destruida el año pasado durante una inundación siempre conservé aquella carpeta con las patéticas fotocopias.

No he dejado de seguir tu carrera (ya va casi para diez años), y aún no sé de ti más que lo que revelan tus historias. Aunque sé que lo que se deja traslucir en lo que uno escribe es considerable, también sé que con frecuencia los lectores lo malinterpretan. Si tuvieras la amabilidad de llamarme e invitarme a tomar un café, esperaría encontrarme con un esteta disipado, sarcástico, decadente y abyecto, dado a las extrañas asociaciones de palabras, con un gusto no solo para lo macabro sino para lo verdaderamente repugnante (que los críticos hablen de horrores apenas sugeridos; tú consigues que lo vea todo de forma cristalina). Pero quizá me encontrase con alguien totalmente distinto. Sospecho que nunca lo sabré.

Tienes mucho por lo que rendir cuentas, Thomas Ligotti. Por cada rebaño de aficionados al terror a los que no «enganchas» siempre habrá alguien profundamente impresionado y conmovido por tu obra, alguien a quien le parecerá que te has introducido en la parte de su cerebro encargada de los sueños, para extraer de allí pesadillas intensamente privadas. Yo soy una de esas personas. Después de leer tus relatos suelo experimentar dos sensaciones diferentes: un leve *déjà vu* (no como si ya hubiera leído las mismas palabras, sino como si las imágenes ya hubieran aparecido en alguna parte del cenagal de mi subconsciente) y una especie de fascinación lovecraftiana que llega a confundirse con la náusea existencial. Más que cualquier otro escritor en el que pueda pensar, tú creas una ficción decididamente extraña. Y no puedo sino maravillarme. ¿Estás por ahí fuera, Thomas Ligotti?

Creo que acabo de responder mis propias preguntas.

Introducción: Los consuelos del terror

Tinieblas, os saludamos y abrazamos

El horror, al menos en sus presentaciones artísticas, puede ser un alivio. Y, como cualquier agente de la iluminación, puede incluso conferir (aunque sea brevemente) una sensación de poder, sabiduría y trascendencia, especialmente si el agraciado lo es de buen grado y tiene auténtico gusto por los antiguos misterios y un miedo genuino por las trampas y embustes que un corazón voluntarioso suele percibir en lo desconocido.

Nosotros (los favorecidos de buen grado, recordad) queremos sin duda saber lo peor, tanto sobre nosotros mismos como sobre el mundo. El tema más viejo, quizá el único, es el del saber prohibido. Y ningún saber prohibido consoló nunca a su dueño (motivo probable por el que se prohíbe). Como mucho, será uno de los más irónicos dones concedidos al posesor (pues el conocimiento de lo vedado es, primero y por encima de todo, una ordalía individual). Está especialmente prohibido porque la mera posibilidad de tal conocimiento introduce una monstruosa y perversa tentación que troca los tranquilos placeres de la existencia mundana por las luces brillantes de la alienación, la perdición y, en algunos casos extraños, la condenación eterna.

Así que no solo deseamos conocer lo peor, sino también experimentarlo.

De aquí esta palestra de experiencia artificial, supuestamente de la peor especie (el relato de terror), donde pueden inventarse grotescas conspiraciones a satisfacción de nuestra alma, donde todos los jugadores cortan la baraja con escalofríos, temblores y manos amputadas; y, lo que es más importante, donde uno, desde una segura distancia, puede, en cierto modo, enfrentarse a la muerte, al dolor y a la pérdida del mundo (abrimos comillas) real (cerramos comillas).

¿Pero funciona siempre como querríamos?

A modo de ejemplo

Estoy viendo *La noche de los muertos vivientes*. Tengo delante las filas de los muertos, reanimados por una de las maravillas de doble filo de la edad moderna (la radiación atómica, creo. ¿O era un increíble producto químico que llegaba hasta los depósitos de agua? ¿Acaso importa?). Veo un grupo de tipos normales, casi de documental, encerrados en una casa, enfrentándose a una oleada tras otra de necrófagos hambrientos. Veo cómo el grupo pierde terreno desesperadamente y sucumben uno detrás de otro a la misma enfermedad de sus sonámbulos asesinos: un marido trata de devorar a su mujer (¿o era una madre que intentaba comerse a su

hijo?), una hija apuñala a su padre con un palustre de jardinero (¿o era un hermano el que apuñalaba a su hermana con una paleta de albañil?). En cualquier caso, todos mueren de forma horrible. Esto es lo importante.

Cuando la película termina, me siento fortalecido por la sensación de haber soportado este tormento terrorífico; ya tengo más pesadillas que me sirvan para acerar mis nervios ante los horrendos días y noches que puedan venir. En resumen, he expandido mi capacidad para el miedo. ¡Puedo soportar lo que sea!

En las películas, claro está.

La inquietante verdad es que las brutalidades anteriores se «digieren» con suma facilidad. Y entonces, en algún momento, uno comienza a adoptar estrategias poco naturales para protegerse no del hombre del saco, sino del de los sueños. Hablamos, por ejemplo, a los personajes de una película de terror: «Hola, señor Cadáver Putrefacto que lame un montón de entrañas pegajosas, ¡qué hay!». Pero incluso esta táctica pierde su encanto después de un tiempo, especialmente si estás viendo una de estas películas solo y careces de un cómplice con el que compartir tu más reciente fase de hastío e inmunidad al terror primitivo. (Hablamos de las películas. De otro modo sigues siendo la misma persona vulnerable de siempre).

Así que cuando un devoto aficionado (aquí predominan tradicionalmente los hombres sobre las mujeres) al terror está hasta arriba, saturado y consecuentemente aburrido, ¿qué hace a continuación? ¿Darse una vuelta por las salas de urgencias de los hospitales o los depósitos de cadáveres de la zona? ¿Estar atento por si ve algún accidente sangriento en la carretera? ¿Hacerse corresponsal de guerra? De cualquier manera, el caso se ha desplazado claramente a un plano por completo distinto, de las películas a la vida real, y es evidente que algo anda mal aquí.

El único remedio para el adicto al terror parece ser este: si la vieja dosis de medicina no es lo bastante potente, ¡auméntala! (este paralelismo farmacéutico es manido, pero adecuado). Y así llegamos al bien conocido y tosco fundamento de la «escalada visceral» en las películas de terror. ¿Ya has visto demasiadas veces viejos clásicos como *Un hombre lobo americano en Londres*? Pues prueba una de sus versiones de primeros de los ochenta, mucho más sangrientas pero infinitamente inferiores. Por supuesto, este alivio solo es temporal; la tolerancia a las drogas suele aumentar con el uso, y en el horizonte no parece haber una solución definitiva, una farmacia genial en la que pueda comprarse una dosis lo bastante grande como para saciar el ansia de horror, donde el adicto inquieto pueda por fin cargarse de droga demoníaca, satisfacer su gula impía con sombras y susurrar: «ya basta».

El pozo vacío del aburrimiento se renueva constantemente, mientras que las películas de terror se tornan cada vez menos inquietantes para el espectador marginalmente sádico.

¿Y cuál es el razonamiento común para justificar lo que de otro modo se

consideraría un caso apenas frustrado de sadomasoquismo? Ahora recordamos: presentarnos horrores dentro del cine (o dentro de un libro, no los olvidemos) y así ayudarnos a asimilar los horrores de fuera, y también prepararnos para el gran horror. Suena razonable, suena correcto y racional. Pero no tiene nada de real. Estamos en el gran bosque del miedo, donde no puedes combatir las peores experiencias reales con otras falsas, por bien sincronizadas que estén sus correspondencias simbólicas. ¿Cuándo fue la última vez que, al oír que alguien despertaba gritando de una pesadilla, lo apartaste a un lado con un «sí, pero he visto cosas peores en las películas» (o he leído cosas peores en los libros; ya llegaremos a ellos)? Nada es peor que aquello que le sucede a uno en persona. Y aunque un mal sueño puede llegar muy alto temporalmente en el *asustómetro,* siendo realistas es uno de los más pequeños y efímeros terrores a los que una persona tiene que enfrentarse. Prueba a encontrar solaz en las cinco veces que has visto *La matanza de Texas* cuando te están preparando para una operación de cirugía cerebral.

En honor a la verdad, los aficionados a las películas de terror son personas más nerviosas e histéricas que la mayoría. Necesitamos toda la confianza que podamos obtener, como todo el mundo, y solemos complacernos al pensar que pasar diecisiete noches seguidas viendo películas de psicópatas sobrenaturales es bueno para los nervios, y que nos darán un poder especial del que carecen aquellos a los que no les gustan. Después de todo, este es uno de los métodos psicológicos con los que nos «venden» el mercado del terror, el más importante de sus consuelos.

Sin duda es el principal consuelo, pero también es falso.

Interludio: hasta aquí, consuelos de la violencia

Quizá haya sido un error elegir *La noche de los muertos vivientes* para ilustrar los consuelos del terror. Como delegada de Terrorlandia, esta película es admirablemente incorruptible y rezuma integridad. No se ha vendido a los códigos morales de guardería de casi todo el «terror moderno», y no lanza ningún mensaje concreto. Su único propósito es la pesadilla. Desde el punto de vista de la simple demencia alienante, inquietante y vomitiva, es una obra bastante eficaz, al menos las dos primeras veces que la ves. Ni intenta ni pretende ser nada más. (Y, como hemos descubierto, es que no hay nada más esperándonos, salvo más de lo mismo). Pero el gran problema es que a veces olvidamos lo mucho que podemos hacer en las películas de terror (¡ y en los libros!) aparte de lo visto. A veces olvidamos que las historias sobrenaturales (y este es un muy buen momento para echar a patadas a las no sobrenaturales: las de psicópatas, las de suspense, etc.) pueden tener todas las funciones que las reales, y transmitir las mismas sensaciones, pues lo sobrenatural puede servir como eficaz vehículo con el que adentrarse en reinos en los que lo

extraño y lo familiar se cargan mutuamente con los polos opuestos de su pasión.

La mansión encantada, por ejemplo. Aparte de ser la mayor película de casas encantadas jamás filmada, también nos habla de humanos poseídos. En ella, el viejo espíritu de la tragedia moral atraviesa fácilmente las paredes, dividiendo los misterios del universo mundano de aquellos de lo extramundano. Y ese espectro súper trágico no llega a descansar en ninguno de los dos, nunca se queda lo suficiente para darnos el conocimiento prohibido ni de las estrellas ni de nosotros mismos, ni de absolutamente nada, ya puestos. ¿Hasta qué punto puede culparse al «trastorno de la casa de la colina» (según el diagnóstico del doctor Markway) de la locura de la gente que estuvo, está y probablemente estará en ella? Y viceversa, por supuesto. ¿Qué es lo que sucede con esa escalera de caracol de la biblioteca, o por lo menos con las personas que intentan subir por ella? Lo único que está claro es que algo sucede, sea lo que sea… y sea quien sea el responsable. Nuestro pobre cuarteto de cazafantasmas (el doctor Markway, Theo, Luke y Eleanor) no solo son incapaces de desatarse los hilos con los que son movidos como títeres. ¡Es que ni siquiera pueden dar con los nudos!

Los fantasmas de la casa de la colina permanecen siempre invisibles, salvo por sus efectos: enormes puertas de roble que se cierran con fuerza salvaje, doblándolas como si fueran de cartón; mensajes asonantes escritos en las paredes («Ayudad a Eleanor a volver a casa») con una sustancia indeterminada («Tiza», dice Luke. «O algo que se le parece», corrige Markway); y, en general, dando al lugar unas pésimas vibraciones. Ni siquiera estamos seguros de quiénes son (o fueron) los fantasmas. ¿El devoto y dementado Hugh Crane, que construyó la casa de la colina? ¿Su siniestra hija Abigail, que se consumió allí? ¿Su negligente compañera, que se ahorcó en la casa? Ninguno de ellos emerge como el claro y definitivo responsable de una presencia que parece una especie de crisol de fuerzas enloquecidas del pasado, de una «anti-América» donde los de más bajo espíritu convergen, se estancan y se pierden en un inmenso y arrebatado cuerpo espectral.

Más fáciles de identificar son los espectros personales de los vivos, al menos para el espectador. Pero los personajes de la película están demasiado ocupados con sus asuntos exteriores como para mirar dentro de las casas de los demás, o incluso de las suyas. El doctor Markway no reconoce los fantasmas de Eleanor (que lo ama sin esperanza). Eleanor no alcanza a percibir los de Theo (es lesbiana), que por su parte evita reflexionar sobre ello. («¿Y de qué tienes miedo, Theo?», pregunta Eleanor. «De saber lo que quiero en realidad», responde ella, con una cierta falta de candor). Pero el mejor de todos es Luke, que ni siquiera cree que haya fantasma alguno hasta cerca del final de la película, cuando este afable amante de la diversión presiente una terrorífica sensación de alienación, perversidad y extrañeza en el mundo que lo rodea. «Deberían quemarla hasta los cimientos», dice acerca de la lujosa casa que va a

heredar, «y echar sal en la tierra». Esta cita cuasi bíblica indica que en los pasadizos privados de Luke se han abierto unas cuantas puertas. ¡Por fin *sabe*! La pobre Eleanor, por supuesto, ha sido reclamada por la casa como una de sus solitarias y eternas moradoras sin rostro. Será su voz la que pronunciará las últimas y reverberantes frases de la película: «La casa de la colina lleva ochenta años en pie, y probablemente resistirá ochenta más… Y los que en ella vivimos, lo hacemos en soledad». Con estas palabras, el espectador vislumbra un mundo de dolor y horror inimaginables, una región insondable de tumulto gótico, un inquietante Nuncaburgo.

La experiencia es extremadamente desconsoladora, pero en cualquier caso emocionante.

Pero el que una película transmita una sensación tan fuerte de lo sobrenatural es raro (esta, por supuesto, es una adaptación escrupulosamente fiel de la novela de Shirley Jackson, indiscutiblemente excelente). Lo que sí es frecuente, especialmente con la ficción, es el fenómeno que provocó la frase del párrafo anterior; en otras palabras, la paradoja de la diversión en las historias de terror. El palpitante corazón de la cuestión, sin embargo, es: ¿qué nos entretiene de verdad? El entretenimiento, imaginemos como imaginemos su fuente, es justamente considerado como una justificación en sí mismo, y parece ser uno de los infatigables consuelos del terror.

¿Pero seguro que es así? (Esto no llevará mucho).

Otro ejemplo

Estamos leyendo (no hace falta decir que en una sala silenciosa y acogedora) una de las estupendas historias de fantasmas de M. R. James. Es *Count Magnus,* en la que un curioso erudito obtiene un conocimiento que ni siquiera sabía prohibido, y sufre las terribles consecuencias a manos del conde y su camarada tentaculado. En realidad la historia termina antes de tener la oportunidad de ser testigos de este fabuloso golpe de gracia, pero sabemos que lo que le espera a nuestro estudioso es la succión de la cabeza. Y mientras el sabio condenado se enfrenta a un destino peor que el que cualquiera de nosotros conoceremos nunca, nosotros estamos sentados tranquilamente en una esquina, probablemente bebiendo un té calentito. Al menos creemos que su muerte será peor. Lo esperamos. En los subsótanos más profundos de nuestra mente, suplicamos: «¡por favor, que a mí no me pase nada siquiera parecido! A mí no. Si le sucede al otro yo me lo leo, e incluso temblaré un poco. Me estoy divirtiendo tanto que no puede ser tan terrible. Para él, claro está. Para él la desgracia insoportable. Fíjate lo nervioso que me pongo simplemente leyéndolo. Así que, por favor, que le pase siempre al otro».

Pero no siempre le tocará al otro, porque a la larga a todos nos llega el turno.

Por supuesto, en el corto plazo, leer acerca de un mundo en el que suceden cosas

espantosas, en un área restringida a la que nunca osaríamos acercarnos siquiera, se convierte en uno de los pequeños éxtasis de la vida, en una indudable fuente de diversión. Y es en este corto plazo en el que se leen (y escriben) todas las historias. (Si algo con ojos como huevos aguados quisiera arrancarte la cabeza, ¿te pararías a escribir un relato al respecto?). Es otro mundo, el corto plazo; es un mundo en el que el terror es un verdadero consuelo. Pero el que pongamos demasiada fe en las historias de fantasmas como consuelo para nuestra mortalidad, nuestra vulnerabilidad para los terrores de la vida real, no es un cumplido para el doctor James, ni para nosotros como lectores. En lo tocante a consuelos, este resulta ser uno de grado bajo, una complacencia demente disfrazada de beatitud.

Así que nuestro segundo consuelo está en el tiempo, como mucho, prestado. Y en el largo plazo, donde ningún sencillo relato puede servirte de mucho, el consuelo es ilusorio.

(Quizá las historias de H. P. Lovecraft nos ofrezcan un papel más amenazador y admirable a los devotos de la condenación. En la obra de Lovecraft el destino no queda restringido a personajes excéntricos en situaciones excéntricas. Comienza así, pero al final se expande para violar la zona de seguridad del lector —y del no lector, ya puestos, aunque este permanece ajeno al saber prohibido de Lovecraft—. Los de M. R. James son relatos admonitorios, lecciones de cómo permanecer libre de problemas espectrales, y de lo agradable y seguro que es esto. Pero dentro de las fronteras cósmicas del universo de Lovecraft, al que muchos llamarían el universo en sí mismo, ya estamos metidos en un buen lío, y lo de sentirse a salvo es algo complicado para cualquiera con un poco de seso y acceso a los manuscritos de Albert Wilmarth, Nathaniel Wingate Paeslee o el sobrino del profesor Angell. Estos narradores aislados nos llevan con ellos a su perdición, que es la del mundo —en los relatos de Lovecraft, a nadie le importa un pimiento lo que les suceda a los personajes en cuanto personas individuales—. Si nosotros supiéramos lo que saben ellos acerca del mundo y de nuestra terrible y precaria posición en él, sin duda nuestros cerebros temblarían ante la revelación. Y si descubriéramos lo mismo que Arthur Jermyn descubrió acerca de nosotros mismos y nuestros humildes orígenes es una mera locura de la biología, haríamos lo que él hizo con unos cuantos litros de gasolina y una misericordiosa cerilla. Por supuesto, Lovecraft insiste en contarnos cosas cuyo conocimiento en nada nos beneficia, cosas que no pueden ayudarnos, ni protegernos, ni siquiera prepararnos para el terrible e inevitable apocalipsis que se avecina. El único consuelo es aceptarlo, vivir con ellos y suspirar en el bálsamo que es el olvido viviente. Si logras mantener este constante estado de condenación, puede que te libres del dolor de la esperanza insensata y su segura aniquilación.

Pero no podemos mantener este estado, solo un santo de la perdición sería capaz de ello. La esperanza se infiltra en nuestras vidas por las grietas crecientes que

siempre quisimos reparar, sin encontrar tiempo para ello. Extrañamente, cuando las grietas se hacen más grandes y llega al fin el diluvio prometido, no es precisamente la esperanza la que se abre camino y nos ahoga).

Interludio: hasta aquí, consuelos de la violencia

Así que, cuando un estado ficticio de perdición absoluta ya no nos ofrece posibilidades de consuelo, ¿qué nos queda? Bueno, hay otro papel típico aparte del de víctima de una historia de terror: el del villano. Es decir, nos convertimos en el monstruo para cambiar el paso. Hasta cierto punto, se supone que esto sucede cuando subimos a la tarima resonante que hay detrás de la iluminación gótica. Es tradicional identificarse y sentir lástima por el vampiro y el hombre lobo en su momento definitivo de debilidad, un momento en el que son más humanos. Sin embargo, a veces parece como si fuera más divertido interpretar al vampiro o al hombre lobo en la cima de su poder monstruoso y asesino. Interpretarlos en nuestro corazón, claro. Después de todo, podría ser estupendo levantarse al ocaso todos los días para recorrer las sombras, volar en la noche con alas de murciélago, mirar a los extraños a los ojos y someterlos a tu voluntad. No está mal para alguien que en teoría está muerto. O al menos para alguien que no puede morir y cuya alma no le pertenece; para alguien que, por elegante y aristocrático que pueda parecer, está condenado a vagar por la eternidad con una única y muy embarazosa obsesión. Es el drogadicto más encanallado, y encima inmortal.

Pero quizá te fuera bien como hombre lobo. Durante la mayor parte del mes eres como todos los demás. Entonces, por unos días, te puedes tomar unas vacaciones del patético yo humano y derramar la sangre de los otros humanos patéticos. Y una vez vuelves a tu tamaño de ropa habitual, nadie puede enterarse de nada… hasta que llega el mes siguiente, y vuelta a empezar con todo el jaleo. Y otro mes, y otro, y así siempre. No obstante la vida del hombre lobo no es tan mala, siempre que no te pesquen destrozándole a alguien la garganta. Por supuesto, podrías tener sentimiento de culpa, y sí, pesadillas.

Todo el mundo admite que el vampirismo y la licantropía tienen sus contraprestaciones, pero también habría momentos memorables, momentos que los humanos raramente pueden disfrutar, si es que es siquiera posible: sentir tu yo primario en armonía con las fuerzas inhumanas que te rodean, impávido ante el rostro de la noche, de la naturaleza, de la soledad, de todas estas cosas de las que la gente simple tiene mucho que temer. Ahí estás tú bajo la Luna, como una tormenta de furia en forma humana. Y siempre serás así, eternamente si eres cuidadoso. Ser humano es ser un callejón sin salida. Parece que los sociópatas sobrenaturales tienen más posibilidades abiertas, así que, ¿no sería genial ser uno de ellos? Lo que quiero decir,

por supuesto, es: ¿es un consuelo de la literatura de terror el dejarnos serlo durante un breve tiempo? Sí, sin duda. La atracción de esta vida es en ocasiones irresistible. ¿Pero pasamos algo por alto si solo alcanzamos a ver el glamour e ignoramos el penoso trabajo que es la existencia de estos nictófilos de espíritu libre? ¿Qué me dices?

El último ejemplo

Ejemplo cancelado. El consuelo es un truco patente, hecho con escritura invisible, espejos y una cámara mágica.

Consuelo sustitutivo:
La caída de la casa Usher, o la Perdición de nuevo

¿Te has preguntado alguna vez cómo una historia gótica como esta obra maestra de Poe puede ser tan genial sin procurarse la preocupación del lector por el destino de sus personajes? Hay un montón de horribles acontecimiento y conceptos entretejidos; el narrador y su amigo Roderick experimentan una buena dosis de MIEDO. Pero, al contrario que en un relato de terror cuyos efectos dependen de la simpatía que el lector sienta por sus víctimas ficticias, esta no quiere que nos involucremos con los protagonistas de ese modo. Nuestro miedo no deriva del suyo. Aunque Roderick, su hermana y el narrador visitante son compañeros fascinantes, no nos lastran con sus catástrofes individuales. ¿Sentimos lástima por el terrible sino de Roderick y su hermana? No. ¿Nos alegramos de que el narrador logre escapar de la casa que se hunde? No especialmente. Entonces, ¿por qué lamentarnos por esta calamidad que tiene lugar en la campiña, a muchos kilómetros del pueblo más cercano y de las preocupaciones humanas cotidianas?

En esta historia no importan las personas. En el universo literario de Poe (y en el de Lovecraft), lo individual es horrible y consoladoramente irrelevante. Durante la lectura de *La caída de la casa Usher* no miramos por encima del hombro de ningún personaje, sino que nuestra atención se distribuye de modo omnisciente por las cuatro esquinas de una pestilente factoría que fabrica un solo producto: una perdición total de la que no hay escapatoria. El que un nombre propio en concreto se salve de este destino o se vea atrapado no es importante. El de Poe es un mundo creado con una obsolescencia inherente, y para apreciar por completo este cosmos tétrico uno debe asumir la perspectiva de su creador, que son todas, sin dejarse limitar por una sola. Por tanto, nosotros como lectores somos la casa Usher (tanto la familia como la estructura), somos el moho que se adueña de sus muros y la violenta tormenta sobre

su vetusta cabeza; nos hundimos con los Usher y nos escapamos con el narrador. En resumen, interpretamos ambos papeles. Y el consuelo aquí es que estamos supremamente alejados del punto de vista enloquecedoramente trágico del ser humano.

Por supuesto, cuando la historia termina debemos caer de nuestra percha divina y regresar a nuestra mortalidad, que es quizá lo que están haciendo los Usher y su casa. ¡Este es siempre el problema de los aspirantes a dios! No podemos mantener demasiado tiempo este punto de vista divino. ¿No sería genial que pudiéramos lograrlo, si la vida pudiera vivirse ajena a la agonía de lo individual? Pero estamos condenados a involucrarnos en nuestra propia vida, que es la única que hay, y la divinidad nada tiene que ver con ello.

Pero… ¿no sería genial?

Tinieblas, habéis hecho tanto por nosotros…

En este punto puede parecer que los consuelos del terror no son lo que creíamos al principio, que todo este tiempo nos hemos acompañado de meras ilusiones. Es que es así. Y seguiremos haciéndolo, seguiremos sentándonos en nuestra insensible comodidad con un libro de terror en el regazo, como depredadores catalépticos, y seguiremos hallando un atildado solaz, aunque solo sea por espacio de un relato, de un mundo al que la desesperanza y la perdición absolutas han hecho tan abrigado como simple. Estos consuelos siguen siendo eficaces, aunque no funcionen tan bien como nos gustaría. Pero solo son efectivos, como la mayoría de las cosas de valor en el arte o en la vida, como ilusiones. Y no tiene sentido atribuirles poderes terapéuticos o salvadores que ni poseen ni pueden poseer. Ya hay suficientes desencantos en el mundo como para añadir otro más.

Pero quizá la ilusión del consuelo pueda perfeccionarse adquiriendo un mejor sentido de aquello por lo que nos consolamos. ¿Qué es, en realidad, una historia de terror? ¿Y qué es lo que hace? Empecemos por la segunda pregunta.

El relato de terror hace el trabajo de una especie de sueño que todos conocemos. A veces lo hace tan bien que incluso el asunto más irracional e improbable puede infectar al lector con una sensación de realismo más allá de lo realista, un truco que no suele darse más allá del vodevil que es el sueño. ¿Cuándo fue la última vez que no te logró engañar una pesadilla, en que no te la creíste porque los incidentes no eran lo bastante lógicos y realistas? La historia de terror solo es real para los sueños, especialmente para aquellos que nos involucran en misteriosas ordalías, en la transmisión de secretos, en la obtención de saberes prohibidos y, en más de un sentido, en el derramamiento de vísceras.

Lo que distingue al terror de otra clase de historias es la devoción exclusiva de

sus practicantes, de sus auténticos practicantes, para imaginar y aislar de forma consciente los aspectos y episodios más demoníacos de la existencia humana, imperturbables ante cualquier consuelo. Pues no hay en la tierra consuelo suficiente para los terrores que tratamos en vano de hacer soportables.

¿Son las historias de terror más reales que otras? Pueden serlo, pero no necesariamente. Se limitan a mostrar condiciones de extraordinario sufrimiento, y aunque no son solo esto, estas demostraciones pueden ser tan cercanas a la verdad como cualquier otra. En cualquier caso, ¿qué horror ficticio sencillo, por grotescamente magnificado que esté, puede compararse siquiera con el complejo entramado de miseria y desencanto que es la mera rutina humana? Por supuesto, el horror fundamental de la existencia no nos es siempre evidente a sus habitantes, siempre amenazados y aun así desprevenidos. Pero en las verdaderas historias de terror podemos verlo aun en la oscuridad. Todas las esperanzas eternas, las salidas optimistas y las redenciones definitivas desaparecen, y por un rato podemos pretender que miramos el rostro putrefacto de lo pésimo.

Los consuelos del terror

¿Pero por qué? ¿Por qué?

Porque sí, no hay más. Por comprobar cuántas rarezas, pesares, desolaciones y ansiedades cósmicas puede soportar el corazón humano, y dejar corazón suficiente para traducir estas agonías en formas artísticas: las monstruosidades de vidrio tintado de James, las blasfemias claustrofóbicas de Lovecraft la paranoia sinfónica de Poe. Como en cualquier relación satisfactoria, el creador del horror y su consumidor se acercan a la unidad. En otras palabras, cada uno recibe los horrores que merece, los que puede comprender. Llevándole la contraria a la sabiduría convencional, aquello que no entiendes no puede asustarte.

Este, pues, es el único y definitivo consuelo: simplemente que alguien ha compartido parte de tus propias emociones y ha hecho de ellas una obra de arte que tiene la perspicacia, la sensibilidad y (te guste o no) el conjunto particular de experiencias que puedes apreciar. Aunque sea asombroso decirlo, el consuelo del terror en el arte es que en realidad intensifica nuestro pánico, lo amplifica en la caja de resonancia de nuestros corazones ahuecados por el miedo, sube el volumen al máximo, tratando de alcanzar esa perfecta y ensordecedora amplitud con la que podemos bailar la música grotesca de nuestra propia desdicha.

El retozo

En un hermoso hogar de una hermosa zona de la ciudad (la localidad de Nolgate, sede de la prisión estatal), el doctor Munck examinaba el periódico vespertino mientras su mujer descansaba en un sofá cercano, hojeando perezosamente el desfile de colores de una revista de moda. Su hija Norleen estaba arriba, durmiendo ya, o quizá disfrutando a escondidas de una sesión nocturna con el nuevo televisor en color que había recibido la semana anterior por su cumpleaños. De ser así, la violación de la regla acerca de la hora de irse a la cama pasó desapercibida debido a la gran distancia entre su cuarto y el salón, donde los padres no oían sonido de desobediencia alguno. La casa estaba en silencio. El vecindario y el resto de la ciudad también estaban en calma de varias formas, todas ellas levemente molestas para la esposa del doctor. Pero de momento Leslie solo se había atrevido a quejarse del letargo social del modo más jocoso («otra emocionante velada en el retiro monacal de los Munck»), Sabía que su marido estaba volcado en su nuevo puesto en aquel nuevo entorno. Aunque quizá esa noche exhibiera algunos síntomas alentadores de desencanto con su trabajo.

—¿Qué tal te ha ido hoy, David? —preguntó, levantando su mirada radiante por encima de la portada de la revista, donde otro par de ojos refulgían lustrosos y satinados—. Durante la cena has estado muy callado.

—Más o menos como siempre —respondió David, sin bajar el periódico local para mirar a su mujer.

—¿Significa eso que no quieres hablar de ello?

El dobló el periódico hacia atrás, revelando el torso.

—Sonaba a eso, ¿no?

—Sí, sin duda. ¿Estás bien? —preguntó ella, dejando la revista sobre la mesa de café para ofrecerle toda su atención.

—Lo que estoy es terriblemente indeciso —respondió el doctor, con una especie de reflexión ausente.

—¿Alguna indecisión en particular, doctor Munck?

—Todas, más o menos —respondió.

—¿Preparo algo de beber?

—Te lo agradecería enormemente.

Leslie se dirigió a otra parte del salón y, de un gran aparador, sacó algunas botellas y dos vasos. De la cocina trajo cubitos de hielo en un cubo de plástico marrón. Los sonidos de la elaboración eran inusualmente audibles en aquel silencio. Las cortinas estaban echadas en todas las ventanas salvo la de la esquina, donde posaba una escultura de Afrodita. Más allá de la ventana había una calle desierta iluminada por las farolas, y un trozo de luna sobre el opulento follaje primaveral de

los árboles.

—Tenga, doctor —dijo Leslie, ofreciéndole un vaso de base muy gruesa e imperceptiblemente ahusado hacia el borde.

—Gracias, no sabes la falta que me hacía.

—¿Por qué? ¿No te van bien las cosas en el trabajo?

—¿Te refieres al trabajo en la penitenciaría?

—Sí, claro.

—Podrías decir «en la penitenciaría» de vez en cuando. No hablar siempre en abstracto. Reconocer abiertamente el entorno profesional que he elegido, mi…

—Muy bien, muy bien. ¿Qué tal te han ido las cosas en esa cárcel maravillosa, cariño? ¿Mejor así? —Se detuvo y dio un buen trago a su copa, antes de calmarse un poco— . Siento el sarcasmo, David.

—No, me lo merecía. Te estoy echando la culpa por haber comprendido hace mucho algo que yo mismo me niego a admitir.

—¿Y que es…? —lo animó ella.

—Que tal vez no fue la decisión más inteligente la de mudarnos aquí y cargar esta misión sacrosanta sobre mis hombros de psicólogo.

Este comentario era una indicación de un desencanto mucho más profundo de lo que Leslie había deseado. Pero, de algún modo, aquellas palabras no la habían alegrado como creía que harían. A lo lejos oía ya las furgonetas de la mudanza acercándose a la casa, pero el sonido ya no le parecía tan maravilloso como antes.

—Decías que querías hacer algo más que tratar neurosis urbanas. Algo más significativo, más desafiante.

—Lo que quería, a mi modo masoquista, era un trabajo ingrato, imposible. Y lo conseguí.

—¿Tan malo es? —preguntó Leslie, sin creer del todo que hubiera hecho la preguntas con un escepticismo alentador tal ante la gravedad real de la situación. Se felicitó por colocar la autoestima de David por encima de su propio deseo de un cambio de aires, por importante que lo considerara.

—Me temo que sí. Cuando visité por primera vez la sección psiquiátrica de la penitenciaría y conocí a los otros doctores, me juré que no me haría tan desesperanzado y cruelmente cínico como ellos. Las cosas serían diferentes conmigo. Parece que me sobrevaloré, pero mucho. Hoy, uno de los enfermeros volvió a ser apaleado por dos de los prisioneros, perdón, «pacientes».-La semana pasada fue el doctor Valdman; por eso estuve tan bajo en el cumpleaños de Norleen. De momento he tenido suerte, lo único que hacen es escupirme. Por lo que a mí respecta, pueden pudrirse todos en ese agujero infernal.

David sintió cómo sus palabras alteraban la atmósfera del salón, contaminando la serenidad de la casa. Hasta entonces su hogar había sido un refugio insular alejado de

la polución de la prisión, una imponente estructura fuera de los límites de la ciudad. Ahora su imposición psíquica trascendía los límites de la distancia física. Las distancias interiores se constreñían, y David sentía cómo los gruesos muros de la penitenciaría oscurecían el acogedor vecindario.

—¿Sabes por qué he llegado tarde esta noche? —preguntó a su esposa.

—No. ¿Por qué?

—Porque tuve una charla más que extensa con un tipo que aún no tiene nombre.

—¿Ese del que me contaste que no le ha dicho a nadie de dónde es o cómo se llama de verdad?

—Ese. No es más que un ejemplo de la perniciosa monstruosidad de ese lugar. Es peor que una bestia, que un animal rabioso. Una agresión demente, ciega… pero astuta. Debido a ese jueguecito suyo del nombre, fue clasificado como inadecuado para la población reclusa normal, de modo que nos lo mandaron a la sección psiquiátrica. Pero según él tiene muchos nombres, no menos de mil, ninguno de los cuales ha consentido en pronunciar en presencia de nadie. Desde mi punto de vista, en realidad no tiene necesidad alguna de un nombre humano. Pero nos lo han endilgado, sin nombre y todo.

—¿Lo llamas así, «sin nombre»?

—Pues quizá deberíamos hacerlo, pero no.

—¿Y cómo lo llamáis entonces?

—Bueno, fue condenado como John Doe, y desde entonces todos lo llaman así. Aún está por descubrir alguna documentación oficial sobre él. Ni sus huellas ni su fotografía se corresponden con ningún registro de condenas previas. Sé que lo detuvieron en un coche robado estacionado frente a una escuela primaria. Un vecino observador informó de él como un tipo sospechoso al que se veía a menudo por la zona. Supongo que todos estaban alerta después de las primeras desapariciones en el colegio, y la policía lo vigilaba mientras llevaba a una nueva víctima al coche. Fue entonces cuando lo pescaron. Pero su versión de la historia es un poco distinta. Dice que era plenamente consciente de que lo perseguían y que esperaba, incluso deseaba, ser arrestado, sentenciado y confinado en la penitenciaría.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué preguntar por qué? ¿Por qué pedirle a un psicópata que explique sus motivaciones, si no se logra más que hacerlo todo más confuso? Y John Doe es aún más inescrutable que la mayoría.

—¿A qué te refieres? —preguntó Leslie.

—Te lo puedo explicar narrando una pequeña escena de una entrevista que he tenido hoy con él. Le he preguntado si sabía por qué estaba en prisión. «Por retozar», me ha dicho. «¿Qué significa eso?», le pregunto. Su respuesta: «Eso, so, so, so borrico». Esa musiquilla infantil me sonó en cierto modo como si imitara a sus

víctimas. Para entonces ya había tenido bastante, pero fui lo bastante insensato para proseguir la entrevista. «¿Sabes por qué no puedes marcharte de aquí?», le pregunto calmadamente, como una variación cutre de mi pregunta original. «¿Quién ha dicho que no puedo? Me iré cuando me apetezca. Pero aún no me apetece». Por supuesto, le pregunto: «¿Por qué no quieres?». «Acabo de llegar», me dice. «Creo que me viene bien un descanso después de tanto retozar. Pero quiero estar con todos los demás. Es una atmósfera incuestionablemente estimulante. ¿Cuándo podré ir con ellos, cuándo?».

»¿Te lo puedes creer? Pero sería cruel ponerlo con la población reclusa normal, por no decir que él no merece su crueldad. El interno medio detesta el tipo de delito de Doe, y no es posible predecir qué sucedería si lo pusiéramos ahí y los otros descubrieran por qué había sido condenado.

—Entonces, ¿va a pasarse el resto de la sentencia en la sección psiquiátrica ? —preguntó Leslie.

—Él no lo cree. Piensa que puede irse cuando quiera.

—¿Y puede? —preguntó Leslie con una firme ausencia de humor en la voz. Aquel había sido siempre uno de sus mayores temores al mudarse a aquella ciudad: que a todas horas del día y de la noche había demonios horrendos planeando escapar a través de lo que a ella se le imaginaban como muros de papel. Criar a una hija en un entorno así era otra de las objeciones al trabajo de su marido.

—Ya te lo he dicho, Leslie, en esa cárcel ha habido poquísimas fugas con éxito. Y si un preso logra superar los muros, su primer impulso suele ser el del instinto de conservación, por lo que intentaría alejarse de aquí todo lo posible. Por eso, en caso de fuga este sería probablemente el lugar más seguro. De todos modos, la mayoría de los huidos son atrapados a las pocas horas.

—¿Y qué hay de un prisionero como John Doe? ¿Tiene él este impulso del «instinto de conservación»?, o ese preferiría quedarse por aquí para hacerle daño a alguien?

—No es habitual que los prisioneros así se fuguen. Suelen dedicarse a darse golpes contra las paredes, no a saltarlas. ¿Entiendes lo que te digo?

Leslie dijo que así era, pero aquello no rebajó lo más mínimo la fuerza de sus miedos, que tenían su fuente en una prisión imaginaria de una ciudad imaginaria, y donde podía suceder cualquier cosa mientras se tratara de algo repulsivo. La morbidez nunca había sido uno de sus puntos fuertes, y detestaba aquella intrusión en su carácter. Y, pese a lo presto que estaba siempre David a insistir en la seguridad del presidio, también él parecía profundamente inquieto. Ahora se sentaba muy quieto, sujetando su bebida entre las rodillas, como si estuviera escuchando algo.

—¿Qué sucede, David? —preguntó Leslie.

—Creí haber oído… un sonido.

—¿Un sonido como qué?

—No lo puedo describir con exactitud. Un ruido lejano.

Se incorporó y miró alrededor, como si quisiera ver si el sonido había dejado alguna prueba comprometedora en la quietud de la casa, quizá una pegajosa huella sonora.

—Voy a ver a Norleen —dijo David, depositando con brusquedad el vaso sobre la mesa, junto a la silla, salpicando la bebida. Atravesó el salón, recorrió el pasillo, subió los tres tramos de la escalera y cruzó el pasillo superior. Al contemplar el cuarto de su hija vio su figura diminuta descansando plácidamente, mientras abrazaba en su sueño a un Bambi de peluche. En ocasiones seguía durmiendo con un compañero inanimado, aunque ya se estaba haciendo un poco mayor para ello. Pero su padre psicólogo se cuidaba de no cuestionar su derecho a aquel solaz pueril. Antes de dejar la habitación, el doctor Munck bajó la ventana, que estaba parcialmente abierta a la cálida noche primaveral.

Cuando volvió al salón transmitió el mensaje maravillosamente rutinario de que Norleen dormía sin problemas. Con un gesto que contenía leves tonos de alivio celebrante, Leslie preparó dos nuevas copas, tras lo que dijo:

—David, antes comentabas que tuviste una «charla más que extensa» con ese John Doe. No es curiosidad morbosa ni nada así, pero, ¿has conseguido alguna vez que revele algo acerca de sí mismo?

—Sin duda —respondió el doctor Munck, jugueteando con un cubito de hielo en la boca. Su voz era ahora más relajada—. Me lo dijo todo acerca de sí mismo, y en apariencia era todo un sinsentido. Le pregunté, como si no fuera en realidad conmigo, de dónde era. «De ningún lugar», respondió como un psicópata simplón. «¿De ningún lugar?», tanteé. «Sí, precisamente de ahí, herr Doktor». «¿Dónde naciste?», le pregunté con otra brillante alternativa de la cuestión. «¿A qué tiempo, po-po-podías referirte?», replicó, y así. Podría seguir con esta cháchara hasta…

—Imitas muy bien a ese John Doe.

—Muchas gracias, pero no podría mantenerlo mucho tiempo. No sería fácil imitar todas sus voces diferentes y todos sus niveles de falta de articulación. Podría ser algo que se acercara a la personalidad múltiple. No lo tengo claro. Tendría que revisar la cinta de la entrevista para ver si aparece algún patrón coherente, posiblemente algo que los detectives pudieran usar para establecer la identidad de ese hombre, si es que le queda alguna. La parte trágica es que, por supuesto, en lo que concierne a las víctimas de los crímenes de Doe toda esta información sería totalmente inútil…, y lo mismo en lo que a mí respecta, en realidad. No soy un esteta de la patología. Nunca he tenido la ambición de estudiar la enfermedad en sí misma, sin efectuar alguna clase de mejora, sin tratar de ayudar a alguien al que le encantaría verme muerto, o algo peor. Antes creía en la rehabilitación, puede que con demasiada ingenuidad e

idealismo. Pero esa gente, esas… cosas de la prisión son solo una horrible mancha de la existencia. Que se vayan al infierno —concluyó, bebiéndose su copa hasta que los cubitos empezaron a tintinear.

—¿Quieres otro? —le preguntó Leslie con un tono suave y terapéutico.

David le sonrió, purgado en parte por el estallido anterior.

—Venga, emborrachémonos.

Leslie le recogió el vaso para rellenarlo. Pensaba que ahora había algo que celebrar. Su marido no iba a dejar su trabajo por una sensación de fracaso e ineficacia, sino por furia. La furia se convertiría en resignación, la resignación en indiferencia, y después todo sería como siempre; podrían largarse de aquella ciudad penitenciaria y volver a casa. De hecho, podrían mudarse a donde quisieran. Puede que antes se tomaran unas largas vacaciones, para que Norleen conociera un lugar soleado. Leslie pensaba todo esto mientras preparaba las copas en la quietud de aquel hermoso salón. Aquel silencio ya no era indicación de un mudo estancamiento, sino un preludio delicioso de los prometedores días venideros. La felicidad indistinta ante el futuro resplandecía en su interior, acompañada por el alcohol; sentía la gravedad de las agradables profecías. Quizá fuera aquel el momento para tener otro hijo, un hermanito para Norleen. Pero eso podía esperar un poco más. Ante ellos se abría una vida de posibilidades, aguardando sus deseos como un genio distinguido y paternal.

Antes de volver con las bebidas, Leslie se dirigió a la cocina. Tenía algo que quería dar a su marido, y aquel era el momento perfecto. Una pequeña muestra para enseñarle a David que, aunque su trabajo había resultado ser un triste desperdicio de sus esfuerzos, ella lo había apoyado a su modo. Con un vaso en cada mano, sostenía bajo el codo izquierdo la cajita que había recogido de la cocina.

—¿Qué es eso? —-preguntó David, tomando su copa.

—«Algo para ti, amante del arte. Lo compré en esa tiendecita donde venden cosas hechas por los presos de la penitenciaría. Cinturones, bisutería, ceniceros, ya sabes.

—Ya sé —dijo David con una inhabitual falta de entusiasmo— . No sabía que nadie comprara estas cosas.

—Yo, por lo menos. Creía que ayudaría a apoyar a los reos que están haciendo algo… creativo, en vez de… Bueno, en vez de cosas destructivas.

—La creatividad no es siempre una indicación de bondad, Leslie —la reconvino David.

—Espérate a verlo antes de juzgarlo —dijo ella, abriendo la tapa de la caja— . Ten. ¿No es bonito? —Puso la pieza sobre la mesilla.

El doctor Munck se precipitó hacia esa sobriedad que solo es posible alcanzar si se llega desde una cima alcohólica. Miró el objeto. Claro que lo había visto antes, había contemplado cómo era amasado con ternura, acariciado por manos creativas, hasta que sintió mareos y no pudo seguir mirando. Era la cabeza de un joven,

descubierta en una arcilla gris e informe, y con una pátina azul y resplandeciente. El trabajo irradiaba una belleza extraordinaria e intensa. La cara expresaba una especie de serenidad extática, la simplicidad laberíntica de la mirada de un visionario.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Leslie.

David miró a su mujer y dijo con solemnidad:

—Por favor, devuélvelo a la caja y líbrate de eso.

—¿Liberarme de esto? ¿Por qué?

—¿Por qué? Porque sé cuál de los presos hizo esa cosa. Estaba muy orgulloso de ella, e incluso me vi obligado a expresar un cumplido por la manufactura. Era evidentemente notable. Pero entonces me dijo quién era el chico. Esa expresión pacífica, azul como el cielo, no estaba en la cara del chico cuando lo encontraron tirado en un campo hace seis meses.

—No, David —dijo Leslie, negando prematuramente la revelación que esperaba de su marido.

—Este fue su último, y según él el más memorable, «retozo».

—Oh, Dios mío —murmuró Leslie con suavidad, llevándose la mano derecha a la mejilla. Entonces, con ambas manos, devolvió poco a poco al chico azul a la caja—. Lo devolveré a la tienda —dijo muy bajo.

—Hazlo pronto, Leslie. No sé cuánto tiempo seguiremos viviendo aquí.

En el incómodo silencio posterior, Leslie pensó brevemente en la realidad de su partida de la ciudad de Nolgate, de su huida, ahora expresada abiertamente, una realidad definida. Dijo:

—David… ¿Habló… habló de las cosas que hizo? Me refiero a…

—Sé a qué te refieres. Sí, lo hizo —respondió el doctor Munck con seriedad profesional.

—Pobre David —se compadeció Leslie.

—En realidad no fue tan duro. Las conversaciones que tuvimos podrían incluso considerarse estimulantes, desde un punto de vista cínico. Describía su «retozar» de un modo irreal y muy imaginativo que no siempre resultaba repulsivo. La extraña belleza de esa cosa de la caja, aunque sea perturbadora, es un cierto reflejo del lenguaje que emplea al hablar de esos pobres chicos. A veces no podía evitar sentirme fascinado, aunque puede que estuviera protegiendo mis sensaciones con un distanciamiento profesional. A veces es necesario alejarse, aunque eso signifique ser un poco menos humano.

»En cualquier caso, nada de lo que dijo era gráficamente enfermizo, no como puedas imaginarlo. Cuando me habló de su «último y más memorable retozo», lo hizo con un fuerte sentido de asombro, con nostalgia, por chocante que pueda sonarme ahora. Parecía una especie de… añoranza, pero de un «hogar» que era un ruina execrable de su mente podrida. Su psicosis había creado un blasfemo cuento de

hadas que para él existe de un modo poderoso y nítido, y a pesar de la grandeza demente de su millar de nombres, en realidad se ve solo como una figura menor en este mundo, como un mediocre cortesano en un espantoso reino de horrores. Esto es realmente interesante cuando consideras la magnificencia egoísta que muchísimos psicópatas se atribuirían en un mundo imaginario y sin límites en el que pudieran representar cualquier papel. Pero no así John Doe. El es un medio demonio comparativamente perezoso de un lugar, un No Lugar, donde el caos confuso es la norma, un estado en el que él medra con gula. Lo que sirve como adecuada descripción de la economía metafísica del universo de un psicópata.

»Y en el mundo onírico que describe existe una geografía poética. Habló de un lugar que sonaba como los callejones de una especie de barrios bajos cósmicos, un callejón sin salida intradimensional, lo que podría ser indicativo de que Doe creció en un gueto. De ser así, su locura ha transformado los recuerdos de este gueto en un reino que combina la realidad banal de las calles con un paraíso psicopático. Aquí es donde se da a sus «retozos» con lo que él llama «su fascinada compañía», un lugar que probablemente sea un edificio abandonado, o incluso una alcantarilla conveniente. Digo esto porque menciona repetidamente un «alegre río de desechos» y unos «montones angulosos en las sombras», que sin duda son transmutaciones dementes de un yermo literal. Menos comprensibles son sus recuerdos de un pasillo iluminado por la luna en el que hay espejos que gritan y ríen, de picos oscuros de alguna clase que no permanecen quietos, de una escalera que está «rota» de un modo extraño, aunque esto último encaja con el pasado de un barrio deprimido.

»Pero a pesar de todos estos detalles oníricos de la imaginación de Doe, la evidencia mundana de sus retozos sigue apuntando a un crimen de horrores tan familiares como terrenos. A una atrocidad corriente. Doe asegura con consistencia que *a posteriori* hizo que las pruebas apuntaran a eso deliberadamente, que aquello a lo que se refiere en realidad con «retozos» es un tipo de actividad muy distinta, incluso opuesta al crimen por el que fue condenado. Es probable que este término tenga alguna asociación privada enraizada en su pasado.

El doctor Munck hizo una pausa y agitó los cubitos de hielo en su vaso vacío. Leslie parecía haberse encerrado en sí misma mientras él hablaba. Había encendido un cigarrillo y estaba recostada sobre el brazo del sofá, con las piernas sobre los cojines, de modo que las rodillas apuntaban a su marido.

—Deberías dejar de fumar, de verdad —le dijo.

Leslie bajó la mirada como una niña reprendida.

—En cuanto nos mudemos, lo prometo. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —dijo David—. Y tengo otra propuesta. Primero déjame decirte que he decidido entregar mañana por la mañana mi carta de dimisión.

—¿No es un poco pronto? —preguntó Leslie, esperando que no fuera así.

—Te aseguro que nadie se va a sorprender mucho. No creo ni que les importe. En cualquier caso, mi propuesta es que mañana cogemos a Norleen y alquilamos una vivienda al norte, para unos días. Podríamos montar a caballo. ¿Te acuerdas lo bien que se lo pasó el verano pasado? ¿Qué me dices?

—Suena bien —aceptó Leslie con un profundo brillo de entusiasmo— . Pero que muy bien.

—Y de vuelta podríamos dejarla con tus padres. Puede quedarse allí mientras nos encargamos de los asuntos de la mudanza, de encontrar algún apartamento temporal. No creo que les importe tenerla una semana, ¿no?

—No, claro que no, les encantará. ¿Pero por qué tanta prisa? Norleen sigue en el colegio, ya lo sabes. Igual tendríamos que esperar a que terminara el curso. Solo queda un mes.

David permaneció un momento en silencio, como si estuviera ordenando sus ideas.

—¿Qué pasa? —preguntó Leslie, con el más leve asomo de ansiedad en su voz.

—No, no pasa nada, de verdad. Pero…

—¿Pero qué?

—Bueno, tiene que ver con la penitenciaría. Ya sé que sonaba muy orgulloso al decirte lo seguros que estamos ante cualquier fuga, y sigo manteniéndolo. Pero ese preso del que te he hablado es muy extraño, como sin duda habrás comprobado. Es sin duda un psicópata criminal… , pero también es algo más.

Leslie preguntó a su marido con los ojos.

—Creía que decías que se dedicaba a darse contra las paredes, no a…

—Sí, gran parte del tiempo es así. Pero a veces, bueno…

—¿Qué intentas decirme, David? —preguntó Leslie inquieta.

—Es algo que Doe dijo cuando hablaba hoy con él. Nada realmente definido, pero me sentiría infinitamente más cómodo si Norleen se quedara con tus padres mientras nos organizamos.

Leslie encendió otro cigarrillo.

—Dime qué es eso que te preocupa tanto —pidió con firmeza—. Yo también debería saberlo.

—Cuando te lo diga, probablemente pensarás que yo también estoy un poco loco. Pero tú no has hablado con él. El tono, o más bien los muchos tonos distintos de su voz, las expresiones cambiantes de aquella cara chupada… Durante buena parte del tiempo que estuve con él tuve la sensación de que estaba más allá de mí, en cierto modo, aunque no sé exactamente cómo. Estoy convencido de que era el comportamiento de rigor del psicópata, para intentar asustar al doctor. Le da una sensación de poder.

—Cuéntame qué es lo que dijo —insistió Leslie.

—Muy bien, te lo diré. Como te he dicho, probablemente no sea nada. Pero hacia el final de la entrevista de hoy, cuando hablábamos de esos chavales, y de los chicos en general, dijo algo que no me gustó nada. Lo hizo con un acento afectado, escocés esta vez, y con algo de alemán. Dijo: «¿No tendrá usted también una mujercita desocupada y una chiquilla pequeña, no, profesor von Munck?». Después me sonrió en silencio.

»Ahora estoy seguro de que intentaba deliberadamente ponerme nervioso, pero sin más propósito en mente.

—Pero lo que dijo, David: «y una chiquilla pequeña»…

—Gramaticalmente, por supuesto, hubiera sido más adecuado «o», pero estoy seguro de que no tenía más intención.

—No le habrás dicho nada de Norleen, ¿no?

—Claro que no. Esa no es precisamente la clase de cosas que trataría con esa… gente.

—Entonces, ¿por qué lo dijo así?

—No tengo ni idea. Tiene una clase de inteligencia muy rara, habla gran parte del tiempo con vagas sugerencias, incluso con chistes sutiles. Puede que haya oído cosas sobre mí de otra gente, supongo. Pero de todos modos, podría ser solo una coincidencia inocente. —Miró a su mujer esperando su comentario.

—Probablemente tengas razón —aceptó Leslie con un deseo ambivalente de creer en esta conclusión—. Pero de todos modos, creo entender por qué quieres que Norleen se quede con mis padres. No porque pudiera pasar nada…

—No, en absoluto. No hay motivo para pensar que nada pudiera suceder. Puede que sea uno de esos casos en los que el paciente consigue superar al doctor, pero en realidad no me preocupa demasiado. Cualquier persona razonable se asustaría un tanto después de pasar un día tras otro en el caos y el peligro psíquico de ese lugar. Los asesinos, los violadores, lo peor de lo peor. Es imposible llevar una vida familiar normal mientras se trabaja en esas condiciones. Ya viste cómo estaba en el cumpleaños de Norleen.

—Lo sé. No es el mejor sitio para criar a un hijo.

David asintió lentamente.

—Cuando pienso en cómo estaba cuando fui a verla hace un rato, abrazada a uno de esos cinturones de seguridad de peluche suyos… —Tomó un sorbo de su bebida —. Era uno nuevo. ¿Lo compraste hoy?

Leslie lo miró inexpresiva.

—Lo único que compré fue esto —dijo, señalando la caja sobre la mesilla de café — . ¿A qué te refieres con «uno nuevo»?

—Al Bambi de peluche. Puede que lo tuviera de antes y nunca me hubiera fijado —dijo, rechazando en parte aquel asunto.

—Pues si lo tenía de antes no fue por mí —dijo Leslie muy resuelta.

—Ni por mí.

—No recuerdo que lo tuviera cuando la metí en la cama —dijo Leslie.

—Pues lo tenía cuando fui a verla después de oír…

David se detuvo con una mirada de intensa concentración, una indicación de una búsqueda interior frenética.

—¿Qué pasa, David? —preguntó Leslie, fallándole la voz.

—No estoy muy seguro. Es como si supiera algo y lo ignorara al mismo tiempo.

Pero el doctor Munck comenzaba a saber. Con la mano izquierda se cubrió la nuca, calentándola. ¿Había corriente en la casa? Aquella no era una casa con muchas corrientes, ni en un estado tal que el viento se colara a través de los tableros del tejado y los cercos de las ventanas. Pero el viento era perceptible, podía oírlo acechando en el exterior, y alcanzaba a ver los árboles inquietos a través de la ventana detrás de la escultura de Afrodita. La diosa posaba lánguida con la cabeza inmaculada echada hacia atrás, contemplando con ojos ciegos el techo, y más allá. ¿Pero más allá del techo? ¿Más allá del sonido hueco del viento, frío y muerto? ¿Y la corriente?

¿Qué?

—David, ¿sientes una corriente? —preguntó su mujer.

—Sí —respondió él muy alto, con una fuerza inusual—. Sí —repitió, levantándose de la silla, cruzando el salón, acelerando sus pasos hacia las escaleras, subiendo los tres tramos, corriendo ya por el pasillo de la planta alta.

—Norleen, Norleen —canturreaba antes de alcanzar la puerta medio cerrada del dormitorio. Podía sentir la brisa procedente de allí.

Lo sabía y no lo sabía.

Buscó a tientas el interruptor de la luz. Estaba muy abajo, a la altura de un niño. Encendió. La niña había desaparecido. Al otro lado del cuarto, la ventana estaba muy abierta, las cortinas blancas, traslúcidas, se agitaban ante el viento invasor. Sobre la cama estaba, solo, el animal de peluche, desgarrado, cubriendo el colchón de suaves entrañas. En su interior había ahora, floreciendo como un capullo, un trozo de papel, y el doctor Munck pudo distinguir entre los pliegues un fragmento del encabezado del papel oficial de la penitenciaría. Pero la nota no era un mensaje impreso con algún asunto oficial. La caligrafía variaba desde una escritura cursiva y clara hasta el garrapateo de un niño. Miró desesperado las palabras durante lo que pareció un tiempo infinito, antes de comprender el mensaje. Entonces, por fin, lo aprehendió.

«Doctor Munck», decía la nota del interior del animal, «dejamos esto atrás, en sus capaces manos, pues a las cunetas y callejones de negra espuma del paraíso, a la húmeda penumbra sin ventanas de algún sótano galáctico, a los huecos remolinos perlados de mares como cloacas, a las ciudades sin estrellas de la locura y a sus

suburbios… mi cervatillo fascinado y yo hemos ido a retozar. Nos veremos pronto. Jonathan Doe».

—¿David? —oyó a su mujer preguntar desde la base de la escalera—. ¿Está todo bien?

Entonces se rompió el silencio de aquella hermosa casa, pues resonó una risotada gélida, brillante, el sonido perfecto para acompañar la anécdota pasajera de un infierno recóndito.

El último festejo de Arlequín

1

Mi interés en la localidad de Mirocaw despertó cuando oí que allí se celebra un festival anual que prometía, hasta cierto punto, la participación de payasos entre sus demás boatos. Un antiguo colega mío, ahora asociado al departamento de Antropología de una universidad lejana, había leído uno de mis recientes artículos («La figura del payaso en los medios de comunicación americanos», *Journal of Popular Culture*) y me escribió para contarme que recordaba vagamente haber leído u oído de un pueblo, en alguna parte del estado, en el que se celebraba todos los años la «Fiesta del Bufón», y creía que podría ser pertinente para mis peculiares estudios. Por supuesto, era más pertinente de lo que él tenía motivos para creer, tanto para mis objetivos académicos en esta área como para mis intereses personales.

Aparte de mis clases, durante algunos años había participado en varios proyectos antropológicos con la principal ambición de articular el significado de la figura del payaso en diversos contextos culturales. Todos los años desde hacía veinte había acudido a los festivales previos a la Cuaresma que se celebraban en varios puntos del sur de los Estados Unidos. Todos los años aprendía algo más acerca del esoterismo de la celebración. En esos estudios era un participante animoso: aparte de interpretar mi papel de antropólogo, también ocupaba un lugar detrás de la máscara del payaso, y disfrutaba de este papel como de ninguna otra cosa en la vida. Para mí, el título de payaso siempre había tenido connotaciones nobles. Era yo un bufón diestro, extrañamente, y siempre me había enorgullecido de las habilidades para cuyo desarrollo había trabajado con tanta diligencia.

Escribí al Departamento Estatal de Pasatiempos indicando la información que deseaba, y exponiendo una urgencia entusiasta que me resultaba natural al hablar de estos temas. Muchas semanas después recibí un sobre marrón con un logotipo del gobierno. Dentro había un panfleto que catalogaba las diversas festividades estacionales de las que el estado era oficialmente consciente, y noté de inmediato que había tantas a finales de otoño y en invierno como en las estaciones más cálidas. Una carta metida en el panfleto me explicaba que, de acuerdo con sus voluminosos registros, no constaba oficialmente ningún festival en el pueblo de Mirocaw. No obstante, sus archivos estaban a mi disposición si deseaba investigar estos o similares asuntos en relación con algún proyecto determinado. En el momento de esta oferta yo ya estaba lastrado por tantas cargas personales y profesionales que, con mano cansada, simplemente deposité el sobre y sus contenidos en un cajón, para no volver a consultarlos nunca.

Sin embargo, algunos meses después me aparté impulsivamente de mis

responsabilidades y, más mal que bien, me embarqué en el proyecto de Mirocaw. Esto sucedió mientras conducía hacia el norte, una tarde de verano, con la intención de examinar unos diarios en poder de una biblioteca de otra universidad. Una vez fuera de los límites de la ciudad, el escenario cambió a uno de campos y granjas soleados, alejando mis pensamientos de las señales que pasaba por la autopista. En cualquier caso, el erudito subconsciente que había en mí debía de estar estudiándolos con detenimiento. El nombre de un pueblo apareció ante mí. Al instante el erudito recuperó ciertos registros de algún cajón mental bien escondido, y me encontré realizando rápidos cálculos acerca de si tendría tiempo y motivación suficientes para aquella desviación investigadora. Pero la señal de salida apareció aún más rápido, y no tardé en verme fuera de la autopista, pensando en la promesa del cartel, que prometía que la localidad estaba a menos de doce kilómetros hacia el este.

Aquellos doce kilómetros incluían varios giros confusos, la necesidad forzosa de tomar temporalmente un desvío alternativo, y un destino invisible hasta que se subía por completo un alto pronunciado. En el descenso, otro amistoso cartel me informó de que estaba dentro del límite urbano de Mirocaw. Algunas casas dispersas en las afueras fueron los primeros edificios que me encontré. Más allá, la autopista numérica se convirtió en Townshend Street, la avenida principal de aquel pueblo.

El lugar me impresionó al resultar mucho más grande una vez llegabas al casco urbano que lo que parecía desde el promontorio exterior. Vi que las colinas circundantes también formaban parte de la misma localidad. Sin embargo, allí el efecto era distinto. Las partes del pueblo no parecían muy bien adheridas entre ellas. Esta condición podía achacarse a la irregular topografía. Detrás de algunas de las casas viejas del distrito comercial, sobre una repentina pendiente, se habían erigido casas de cubierta muy inclinada que asomaban a una extraordinaria altura sobre los edificios más bajos. Y como no alcanzaba a ver los cimientos de estas casas, daban la impresión de estar o precariamente suspendidas en el aire, amenazando con derrumbarse, o de estar construidas con una arrogancia incongruente con su anchura y su masa. La situación también creaba una extraña distorsión de la perspectiva. Los dos niveles estructurales se solapaban sin dar sensación de profundidad, de modo que las casas, debido a su superior elevación y a la cercanía de los edificios inferiores, no parecían disminuidas en tamaño, como correspondería a un objeto situado detrás de otro. Como consecuencia, en aquella zona predominaba un aspecto plano, similar a una fotografía. De hecho, Mirocaw podía compararse con un álbum de viejas instantáneas, especialmente unas en que se hubiera movido la cámara en el momento del disparo, haciendo que las imágenes desarrollaran un ángulo: una torre de cubierta cónica, como un gorro de punta torcido con garbo, colocado sobre las casas de una calle cercana; un gran cartel con un grupo de verduras sonrientes que inclinara sus contenidos ligeramente hacia el oeste; los coches estacionados a lo largo de las aceras

empinadas parecían volar hacia el cielo en el escaparate distorsionado por el brillo de vina tienda de todo a cien; la gente se inclinaba letárgica mientras subían y bajaban por las aceras; y en aquel día soleado la torre del reloj, que al principio confundí con el campanario de una iglesia, arrojaba una larga sombra que parecía extenderse una distancia imposible y llegar a lugares improbables a su paso por el pueblo. Debería decir que quizá las inarmonías de Mirocaw afectan más a mi imaginación al recordarlas que en aquel primer día, cuando mi principal preocupación era localizar el ayuntamiento o algún otro centro de información.

Doblé una esquina y estacioné. Me incliné sobre el otro lado del asiento, bajé la ventanilla y llamé a un viandante.

—Discúlpeme, señor —dije— . El hombre, mal vestido y muy viejo, se detuvo un momento pero no se acercó al coche. Aunque aparentemente había respondido a mi llamada, su expresión vacía no traicionaba el menor reconocimiento de mi presencia, y por un momento pensé que solo por una coincidencia se había detenido en la acera en el mismo momento en que yo lo llamaba. Sus ojos estaban concentrados en algo más allá de mí, con una expresión cansada e imbécil. Tras unos momentos, siguió su camino y no hice nada para volver a llamarlo, aunque en el último segundo su rostro comenzó a parecer vagamente familiar. Por fin apareció alguien capaz de dirigirme hacia el ayuntamiento de Mirocaw y el Centro comunitario.

El ayuntamiento resultó ser el edificio con la torre del reloj. Dentro, me encontré frente a un mostrador tras el que había algunas personas trabajando en sus mesas y recorriendo arriba y abajo un pasillo trasero. En una pared había un cartel de la lotería estatal, un bufón que salía de una caja con las manos llenas de billetes verdes. Después de unos momentos, una mujer alta de edad madura se acercó al mostrador.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó con voz neutra y burocrática.

Le expliqué lo que había oído del festival (sin decir nada acerca de académicos fisgones) y le pregunté si podía proporcionarme más información, o dirigirme a alguna instancia adecuada para ello.

—¿Se refiere al que se celebra en invierno? —preguntó.

—¿Cuántos hay?

—Solo uno.

—Entonces supongo que ese es al que me refiero. —Sonreí como si compartiéramos una broma.

Sin más palabras, la mujer se dirigió hacia el pasillo trasero. Mientras estuvo ausente intercambié miradas con varios de los trabajadores detrás del mostrador, que periódicamente levantaban la vista de su trabajo.

—Aquí tiene —dijo al regresar, entregándome un trozo de papel que parecía el producto de una fotocopiadora barata. «Por favor, venga a la Diversión», decía en grandes letras. «Desfiles», seguía, «Baile de Máscaras Callejero, Bandas, la Rifa

Invernal», y «La Coronación de la Reina del Invierno». La página seguía mencionando diversas festividades variadas. Releí las palabras. Había algo en aquel implorante y pequeño «por favor» del comienzo que hacía que todo aquello pareciera una función de beneficencia.

—¿Cuándo se celebra? No dice cuándo es el festival.

—Porque la mayoría de la gente ya lo sabe. —Me arrebató abruptamente la página de las manos y escribió algo abajo. Cuando me la devolvió, vi «1921 de diciembre» escrito con tinta azul verdosa. Me impactó de inmediato una rara sensación de programación por parte del comité del festival. Por supuesto, había sólidos precedentes antropológicos e históricos para celebrar festivales alrededor del solsticio de invierno, pero las fechas de aquel acontecimiento en particular no parecían enteramente prácticas.

—Si no le importa que le haga una pregunta, ¿ no entran en conflicto estos días con la temporada regular de vacación? Quiero decir que, en esas fechas, la mayoría de la gente ya tendrá fiesta suficiente.

—Es la tradición —dijo ella, como si tras sus palabras invocara a algún venerable abolengo.

—Eso es muy interesante —dije tanto para mí como para ella.

—¿Algo más? —preguntó.

—Sí. ¿Podría decirme si en este festival hay alguna clase de payasos? Veo que aquí dice algo de un baile de máscaras.

—Sí, claro que hay gente con… disfraces. Yo nunca me he disfrazado… Es decir, sí: hay payasos de alguna clase.

En ese punto mi interés se despertó definitivamente, pero no estaba seguro de hasta qué punto quería rendirme a él. Agradecí a la mujer su ayuda y le pregunté por el mejor modo de llegar a la autopista, agobiado ante la perspectiva de rehacer la ruta laberíntica que me había llevado al pueblo.

Volví a mi coche con la cabeza llena de preguntas a medio formular, y de tantas respuestas vagas y conflictivas.

Las indicaciones de la mujer me llevaban por el sur de Mirocaw. En aquella sección del pueblo no se veía a tanta gente. Los pocos que encontré caminaban letárgicos por un bloque de escaparates rotos, y exhibían la misma expresión triste y las maneras del viejo al que había preguntado al llegar. Debía de estar atravesando la arteria central del área, pues a ambos lados se extendía una calle tras otra de patios descuidados y casas dobladas por la edad y la indiferencia. Cuando llegué a una señal de «stop» en una esquina, uno de los ciudadanos de aquel suburbio pasó frente a mi coche. Aquella persona delgada, decaída y epicena se giró en mi dirección y sonrió de forma ostentosa con una boca tensa y pequeña, aunque no parecía estar mirando a nadie en particular. Tras recorrer unas cuantas calles más llegué a una carretera que

me devolvió a la autopista. Me sentí muchísimo más cómodo en cuanto me encontré recorriendo una vez más las grandes y soleadas extensiones agrícolas.

Llegué a la biblioteca con tiempo más que suficiente para mi investigación, así que decidí tomar un desvío doctoral para ver qué material podía encontrar que me iluminara acerca del festival de invierno de Mirocaw. La biblioteca, una de las más viejas del estado, incluía entre sus posesiones toda la tirada del *Courier* de Mirocaw. Pensé que aquel sería un lugar excelente por el que comenzar. Sin embargo, pronto descubrí que no había un modo cómodo de extraer información de aquel periódico, y no quería lanzarme a una búsqueda ciega de artículos relacionados con un asunto específico.

A continuación acudí a los recursos más organizados que representaban los periódicos de las ciudades más grandes en el mismo condado, que incidentalmente también tenía el nombre de Mirocaw. Descubrí muy poco acerca de aquel pueblo, y casi nada concerniente a su festival, salvo en un artículo general sobre acontecimientos anuales que erróneamente atribuía a Mirocaw «una gran comunidad del Oriente Medio», que todas las primaveras celebraba una especie de *congreso* étnico. Por lo que ya había observado, y por lo que más tarde aprendí, los ciudadanos de Mirocaw eran claramente del medio oeste americano, probables descendientes en línea directa de un emprendedor grupo de habitantes de Nueva Inglaterra durante el siglo XIX. Había una breve nota dedicada a un acontecimiento de Mirocaw, pero resultó ser una mera necrológica de una anciana que se había quitado la vida alrededor de Navidad. Así que volví a casa aquel día con las manos prácticamente vacías en lo que respectaba a aquel lugar.

Sin embargo, no mucho después recibí otra carta de aquel antiguo colega mío que ya me había puesto en la pista de Mirocaw y su festival. Resultó que había redescubierto el artículo que le había hecho agitar mi interés acerca de una «Fiesta del Bufón» local. Este artículo solo había aparecido en un oscuro compendio de estudios antropológicos publicado hacía veinte años en Amsterdam. La mayoría de las piezas estaban en holandés, algunas en alemán, y solo una en inglés: *El último festejo de Arlequín: notas preliminares acerca de un festival local.* Por supuesto, era emocionante poder leer por fin aquel estudio, pero aún más lo era el nombre de su autor: doctor Raymond Thoss.

2

Antes de seguir adelante, debería mencionar algo acerca de Thoss, e inevitablemente acerca de mí mismo. Hace dos décadas, durante mis estudios en Cambridge, Massachusetts, Thoss fue profesor mío. Mucho antes de tener papel alguno en los acontecimientos que estoy a punto de describir, ya era una de las

figuras más importantes de mi vida. Era una personalidad asombrosa, e inevitablemente influía en cualquiera que entrara en contacto con él. Recordaba sus lecciones sobre antropología social, cómo convertía aquella aula a oscuras en un brillante y profundo circo del aprendizaje. Se movía de una forma asombrosamente vivaz. Cuando giraba el brazo para señalar en la pizarra a su espalda algún término vulgar, uno sentía que estaba presentando nada menos que un artículo de fantásticas cualidades y un valor secreto. Después devolvía la mano al bolsillo de su vieja chaqueta, y aquella magia efímera quedaba de nuevo guardada en su bolsa ajada, para quedar a disposición de la voluntad del hechicero. Todos sentíamos que nos enseñaba más de lo que éramos capaces de aprender, y que él mismo estaba en posición de un saber mucho más grande y profundo del que probablemente pudiera impartir. En una ocasión, reuní la audacia necesaria para ofrecer una interpretación propia (en parte opuesta a la suya) acerca de los payasos tribales entre los indios hopi. Sugerí que mi experiencia personal como payaso aficionado y la devoción especial a este estudio me proporcionaban una comprensión quizá más valiosa que la suya. Fue entonces cuando reveló, de modo informal y *obiter dicta*, que él mismo había representado el papel de uno de estos bufones tribales enmascarados, y que había celebrado con ellos las danzas de los *kachinas*. Sin embargo, al revelar estos actos logró de algún modo no agrandar la humillación que ya me había infligido yo solo. Siempre le estuve agradecido por ello.

Las actividades de Thoss eran tales que a veces se convertía en objeto de rumores o especulaciones romantizadas. Era un trabajador de campo *par excellence*, y su capacidad para insinuarse en culturas y situaciones exóticas, logrando por tanto conocimientos acerca de los que otros antropólogos se limitaban a recoger datos, era reconocida. En varias ocasiones de su carrera había habido rumores de que se había «pasado a los nativos», al estilo de la leyenda de Frank Hamilton Cushing. Había noticias, no siempre irresponsables o revestidas de un *glamour* barato, de que estaba involucrado en proyectos más que raros, muchos de los cuales se concentraban en Nueva Inglaterra. Es un hecho que pasó seis meses haciéndose pasar por paciente en una institución mental del oeste de Massachusetts, reuniendo información acerca de la «cultura» de los perturbados psíquicos. Cuando su libro *Solsticio de invierno: la noche más larga de una sociedad* fue publicado, la opinión general fue que era decepcionantemente subjetivo y basado en impresiones, y que, aparte de algunas observaciones conmovedoras pero «poéticamente oscuras», no había nada que le diera valor. Aquellos que defendían a Thoss aseguraban que era una especie de superantropólogo: aunque gran parte de su obra hacía hincapié en su propia mente y en sus sensaciones, su experiencia había en realidad penetrado hasta un rico núcleo de datos que aún estaba por desvelar en un discurso objetivo. Como estudiante de Thoss, yo solía apoyar esta última estimación. Por una variedad de razones

sostenibles e insostenibles, creía a Thoss capaz de desenterrar estratos de la existencia humana hasta entonces inaccesibles. Por eso me resultó tan satisfactorio al principio el que aquel artículo titulado *El último festejo de Arlequín* pareciera sostener la mística de Thoss, y en un área que yo encontraba personalmente cautivadora.

No comprendí de inmediato gran parte del artículo, dada la característica (y a menudo estratégica) opacidad del autor. En la primera lectura, el aspecto más interesante de su breve estudio (las «notas» solo comprendían veinte páginas) era el tono general. Sin duda, allí estaban presentes las excentricidades de Thoss, pero solo como una pugnante fuerza interior claramente contenida (encarcelada, podría decir incluso) por los sombríos y rítmicos movimientos de su prosa, y por las lóbregas referencias que en ocasiones invocaba. Dos referencias en particular compartían un tema común. Una era una cita de *El gusano conquistador* de Poe, que Thoss empleaba como un epígrafe sensacional. Sin embargo, la idea del epígrafe no se reflejaba en el texto del artículo, salvo en otra referencia pasajera. Thoss traía a colación la bien conocida génesis de la moderna celebración de la Navidad, que por supuesto descendía de la Saturnalias romanas. Entonces, dejando claro que aún no había observado el festival de Mirocaw y que solo conocía su naturaleza por diversos informadores, establecía que contenía también muchos elementos de la Saturnalia, incluso de forma más evidente. A continuación hacía lo que me pareció una observación trivial y puramente lingüística, y que tenía menos que ver con su argumentación principal que con el igualmente periférico epígrafe de Poe. Mencionaba de forma sucinta que los miembros de una antigua secta de gnósticos sirios se hacían llamar «saturnianos», y que creían, entre otras herejías, que la humanidad había sido creada por ángeles que a su vez habían sido creados por el Supremo Desconocido. Los ángeles, sin embargo, no poseían el poder para convertir a su creación en seres erectos, que durante mucho tiempo se arrastraron por la tierra como gusanos. Con el tiempo, el Creador remedió este estado grotesco de las cosas. En ese momento supuse que las correspondencias simbólicas entre los orígenes del hombre y su asociación con los gusanos, unidas a un festival de fin de año que reconocía la muerte invernal de la tierra, era el fondo de la cuestión de aquella «comprensión» thossiana, una observación poética pero carente de valor científico.

Otras observaciones que realizaba acerca del festival de Mirocaw eran también estrictamente éticas; en otras palabras, estaban fundamentadas en fuentes de segunda mano, en testimonios que eran meras habladurías. Sin embargo, incluso en esa tesitura daba la sensación de que Thoss sabía más de lo que revelaba; y, como más tarde descubrí, de hecho había incluido información sobre determinados aspectos de Mirocaw sugiriendo que ya estaba en poder de varias claves que de momento prefería guardarse a salvo en el bolsillo. Para entonces yo ya tenía una información mucho más reveladora. Una nota en el artículo *Arlequín* advertía al lector que el artículo no

era más que un fragmento en forma tosca de una obra mucho más amplia que se hallaba en preparación. Aquella obra nunca vio la luz del día. Mi antiguo profesor no había publicado nada desde su retirada de la circulación académica, hacía unos veinte años. Y ahora sospechaba adonde había ido.

Porque el hombre al que había parado en las calles de Mirocaw, y del que había tratado de obtener direcciones, el hombre de la mirada desconcertada y letárgica, se parecía mucho a una versión anciana del doctor Raymond Thoss.

3

Y ahora tengo que hacer una confesión. A pesar de mis motivos de entusiasmo acerca de Mirocaw y sus misterios, especialmente su relación tanto con Thoss como con mis más intensas preocupaciones de erudito, contemplaba los días que tenía por delante con una sensación de frígida insensibilidad, y a menudo con una profunda depresión. Pero no tenía motivos para sorprenderme por ese estado emocional, que no tenía mucha relación con los acontecimientos externos de mi vida sino que estaba determinado por condiciones internas que operaban por su cuenta, siguiendo enigmáticos ciclos y estaciones. Durante muchos años, al menos desde mis días universitarios, he sufrido este mal siniestro, esta dejación recurrente en la que me sepultaría cuando llegara el momento de que la tierra se tornara fría y pelada, y los cielos se velaran de nubarrones. A pesar de todo proseguí con mis planes, aunque de forma mecánica, de visitar Mirocaw durante sus días de festival, pues esperaba supersticiosamente que esta actividad disminuyera el peso de mi desesperación estacional. En Mirocaw habría desfiles y fiestas, y la ocasión de hacer el payaso una vez más.

Durante semanas practiqué mi arte, perfeccionando incluso un nuevo número de ilusionismo malabar, que era mi punto fuerte. Limpié mis trajes, compré maquillaje nuevo y estuve preparado. Había recibido de la universidad permiso para cancelar algunas de las clases anteriores a las vacaciones, explicando la naturaleza de mi proyecto y la necesidad de llegar al pueblo algunos días antes del comienzo del festival, para así realizar una documentación preliminar, establecer fuentes de información, etc. En realidad, mis planes eran posponer todo lo posible cualquier investigación formal hasta después del festival, e involucrarme por adelantado cuanto fuera posible en las actividades. Por supuesto, durante todo ese tiempo llevaría un diario.

Sí había, sin embargo, algo que quería consultar. Regresé específicamente a aquella biblioteca estatal para examinar los números del *Courier* de Mirocaw que comenzaban en el diciembre de hacía dos décadas. Una historia en particular confirmó un punto que Thoss señalaba en el artículo *Arlequín*, aunque el

acontecimiento debía haber tenido lugar antes de que Thoss escribiera su estudio.

El artículo del *Courier* apareció dos semanas después del fin del festival de aquel año, y trataba de la desaparición de una mujer llamada Elizabeth Beadle, esposa de Samuel Beadle, dueño de un hotel de Mirocaw. Las autoridades del condado conjeturaban que se trataba de un nuevo caso de los «suicidios vacacionales» que parecían darse con inusitada regularidad estacional en la región de Mirocaw. Thoss documentaba este fenómeno en *Arlequín*, aunque yo sospechaba que hoy en día esas muertes serían catalogadas claramente en el encabezado «desorden estacional afectivo». En cualquier caso, las autoridades registraron media docena de lagos en las afueras de Mirocaw, donde en los años pasados habían encontrado a muchos suicidas. Sin embargo, aquella vez no se descubrió cuerpo alguno. Junto al artículo aparecía una fotografía de Elizabet Beadle. A pesar de la reproducción granulosa del microfilm, era posible detectar una clara vivacidad y vitalidad en la cara de la Sra. Beadle. Que se presentara de inmediato la hipótesis de un «suicidio vacacional» para explicar su desaparición parecía extraño y, en cierta medida, injusto.

En su breve artículo, Thoss escribía que todos los años se producían cambios en un molde moral o espiritual que parecía afectar a Mirocaw, junto a la habitual metamorfosis invernal. No era preciso acerca de su origen o naturaleza, pero establecía, a su modo típicamente misterioso, que los efectos de esta «subestación» en la localidad era conspicuamente negativa. Además de los muchos suicidios con éxito durante este periodo, también se producía un aumento en el tratamiento de condiciones «hipocondríacas», que era como los médicos de hacía veinte años caracterizaban aquellos casos de los que hablaba Thoss. Esta situación se agravaba poco a poco hasta alcanzar el clímax durante los días del festival de Mirocaw. Thoss conjeturaba que, dada la naturaleza secretista de los pueblos pequeños, la situación era probablemente aún más pronunciada de lo que revelaba una investigación superficial.

La conexión entre el festival y aquel insidioso clima subestacional de Mirocaw era un punto acerca del que Thoss no llegaba a conclusiones rígidas. No obstante había escrito que aquellos dos «aspectos climáticos» habían llevado una existencia paralela en la historia de la localidad, si uno empezaba a investigar hasta los documentos más antiguos disponibles. Una historia del siglo XIX sobre el condado de Mirocaw se refiere al pueblo por su nombre original, New Colstead, y castiga a sus habitantes por celebrar una «fiesta licenciosa y sin alma», llegando a la exclusión de las observancias cristianas normales. (Thoss comenta que el historiador había fundido por error dos aspectos diferentes de la estación, siendo su verdadera relación esencialmente antagónica). El artículo Arlequín no se trazaba la historia del festival hasta sus primeras apariciones (no había sido posible), aunque Thoss hacía hincapié en los orígenes de los fundadores de Mirocaw, procedentes de Nueva Inglaterra. El

festival, por tanto, había sido importado de esta región y podía razonablemente tener un siglo de existencia; eso si no había sido traído desde el Viejo Mundo, en cuyo caso el descubrimiento de sus raíces quedarían en suspenso hasta que se realizaran más investigaciones. Sin duda, las alusiones de Thoss a los gnósticos sirios sugerían que no había que descartar la última posibilidad por completo.

Pero parecía el vínculo del festival con Nueva Inglaterra lo que nutría las especulaciones de Thoss. Escribió sobre aquella región como si fuera un lugar aceptable para terminar las pesquisas. Para él, las mismas palabras «Nueva Inglaterra» parecían desnudas de toda connotación tradicional, hasta llegar a implicar nada menos que un portal hacia todas las tierras, tanto conocidas como sospechadas, e incluso a eras más allá de la historia civilizada de la zona. Yo, que había sido educado en parte en Nueva Inglaterra, podía en cierto modo comprender estas exageraciones sentimentales, pues es cierto que hay allí lugares que parecen arcaicos más allá de toda medida cronológica, y que parecen trascender los estándares relativos de tiempo para alcanzar una especie de antigüedad absoluta que no puede aprehenderse de forma lógica. Pero cómo se relacionaba esta vaga sugestión con un pequeño pueblo del Medio oeste, no era capaz de imaginarlo. El propio Thoss observaba que los habitantes de Mirocaw no traicionaban ninguna conciencia misteriosamente primitiva. Por el contrario, parecían superficialmente conscientes de la génesis de su festividad invernal. Sin embargo, que tal tradición hubiera soportado el paso de los años, eclipsando incluso la convencional fiesta navideña, revelaba una profunda consciencia del significado y función del festival.

No puedo negar que lo que yo había descubierto acerca del festival de Mirocaw me inspiraba una resobada sensación de predestinación, especialmente por la participación de una figura tan importante en mi pasado como era la de Thoss. Fue la primera vez en mi carrera académica en la que me sabía mejor preparado que ningún otro para discernir el verdadero significado de unos datos dispersos, aunque solo pudiera atribuir esta autoridad especial a unas circunstancias azarosas.

Fuera como fuese, mientras estaba sentado en aquella biblioteca una mañana de mediados de diciembre, dudé por un momento acerca de la conveniencia de marcharme a Mirocaw en vez de regresar a casa, donde me aguardaba el más familiar *rite de passage* de la depresión invernal. Mi esquema original era evitar las caídas cíclicas que la estación me reservaba, pero parecía que estas también formaban parte de la historia de Mirocaw, solo que a una escala mucho mayor. Sin embargo, mi inestabilidad emocional era exactamente lo que me cualificaba como el más apto para aquel trabajo de campo en particular, aunque no hallaba en ello ni orgullo ni consuelo. Y retirarme hubiera sido negarme vina oportunidad que podría no volver a repetirse nunca. En retrospectiva, parece que en la decisión que había de tomar no había nada de fortuito. Y como sucedió, me dirigí al pueblo.

4

Justo pasado el mediodía del 18 de diciembre, comencé a conducir hacia Mirocaw. Un borrón de escenarios apagados y de colores terrosos se extendía en todas direcciones. Las nevadas de finales de otoño habían sido parcas, y solo aparecían algunos parches blancos en los campos cultivados que bordeaban la autopista. Las nubes eran grises y abundantes. Al pasar junto a una zona boscosa reparé en los cúmulos negros y rasgados que formaban los nidos abandonados aferrados a la malla retorcida de ramas desnudas. Creí ver pájaros negros paseando por la carretera delante de mí, pero no eran más que hojas muertas, que volaron por el aire a mi paso.

Me acerqué a Mirocaw desde el sur, entrando por donde me había marchado en mi visita del pasado verano. Aquello volvió a llevarme por aquella parte del pueblo que parecía existir en el lado equivocado de una gran barrera invisible que dividiera las secciones deseables de la localidad de las indeseables. Por fantástico que me hubiera parecido aquel distrito bajo el sol de verano, a la débil luz de la tarde invernal había degenerado hasta convertirse en un pálido espectro de sí mismo. Las frágiles tiendas y las casas de aspecto famélico sugerían una región fronteriza entre el mundo material y el inmaterial, una zona en la que uno portaba sardónico la máscara del otro. Vi unos pocos paseantes enjutos que se giraban a mi paso, aunque aparentemente no la *causa* de mi paso, mientras me abría camino hacia la calle principal de Mirocaw.

Tras ascender la empinada cuesta de Townshend Street, encontré las vistas comparativamente amistosas. Las avenidas estaban preparadas para el festival. El fuste de las farolas había sido cubierto de verde, y los verdes ramos parecían orgullosamente sospechosos en aquella estación baldía. En las puertas de muchos comercios de Townshend había ramilletes de acebo, igualmente verdes pero claramente plásticos. Sin embargo, aunque no había nada inusual en aquel verdor tradicional del invierno, pronto me resultó evidente que Mirocaw se había abandonado a aquel símbolo particular de la Navidad. Su presencia era chillonamente evidente por todas partes. Los escaparates de las tiendas y las ventanas de las casas estaban enmarcados en luces verdes, espumillón del mismo color colgaba de los dinteles, y los faros del Red Rooster Bar eran focos verdes con forma de gallo. Supuse que los habitantes de Mirocaw preferían esas decoraciones, pero el efecto era de exceso. Una inquietante bruma esmeralda impregnaba la localidad, y los rostros parecían levemente reptilianos.

En ese momento asumí que el prodigioso verdor, los ramos de acebo y las luces de colores (bueno, de un solo color) demostraban un énfasis en los símbolos vegetales de la Navidad nórdica, que inevitablemente se fundirían con el festival invernal de cualquier país septentrional, del mismo modo que habían sido

incorporados a la Navidad. En su artículo *Arlequín*, Thoss escribió acerca de los aspectos paganos del festival de Mirocaw, semejándolos al ritual de un culto de la fertilidad, con probables conexiones con divinidades chthónicas en algún momento del pasado. Pero Thoss había confundido, como yo, lo que no era más que parte de la significación del festival.

El hotel en el que había hecho mi reserva estaba situado en Townshend. Era un viejo edificio de ladrillo pardo, con una puerta en arco y un patético remate que pretendía conferir una impresión neoclásica. Encontré estacionamiento frente al hotel y dejé las maletas en el coche.

Cuando entré en el vestíbulo lo encontré vacío. Había creído que el festival de Mirocaw habría atraído a visitantes suficientes para por lo menos llenar el único hotel, pero parecía que me había confundido. Pulsé el botón de una pequeña campana y me apoyé sobre el mostrador antes de girarme para ver un pequeño árbol de Navidad, tradicionalmente decorado, sobre una mesa cerca de la entrada. No le faltaban sus bolas resplandecientes, los bastones de caramelo en miniatura, los Papá Noel con los brazos abiertos, la estrella en lo alto asintiendo incómodamente contra el hombre delicado de una rama alta, y luces de colores que se abrían desde las bombillas con forma de flor. Por algún motivo me pareció triste.

—¿Puedo ayudarlo? —dijo una joven que llegaba desde una sala adyacente al vestíbulo.

Debí quedarme mirándola fijamente, porque apartó la mirada y pareció muy incómoda. Apenas podía imaginar qué decirle, o cómo explicarle lo que estaba pensando. En persona, sus modos y su expresión irradiaban de inmediato un fulgor gélido. Pero aquella mujer no se había suicidado había veinte años, como sugería el artículo del periódico, ni había envejecido en todo aquel tiempo.

—¿Sarah? —dijo una voz de hombre desde las alturas invisibles de una escalera. Bajando por ellas apareció un hombre alto de mediana edad— . Creía que estabas en tu habitación —dijo el recién llegado, a quien tomé por Samuel Beadle. Sarah, no Elizabeth Beadle, miró en mi dirección girando la cabeza, para indicarle a su padre que estaba llevando los asuntos del hotel. Beadle se disculpó ante mí, antes de excusarlos a los dos un momento mientras se retiraban a un lado para seguir hablando.

Yo sonreí y pretendí que todo era normal, mientras trataba de enterarme de su conversación. Hablaban en un tono que sugería que se trataba de un conflicto ya trillado: la preocupación excesiva de Beadle respecto al paradero de su hija, y la frustrada comprensión de Sarah de las restricciones a las que se veía sometida. La conversación terminó y Sarah subió las escaleras, girándose un momento para ofrecerme la pantomima facial de una disculpa por aquella escena tan poco

profesional que acababa de tener lugar.

—Y ahora, señor, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó, casi demandó Beadle.

—Sí, tenía una reserva. En realidad he llegado un día antes de lo previsto. Si ello representa un problema… —Le di al hotel el beneficio de la duda de que en secreto estuviera floreciendo.

—No hay ningún problema, señor —dijo el, presentándome el formulario de registro y una llave de color bronce que colgaba de un disco de plástico con el número 44.

—¿Equipaje?

—Sí, está en el coche.

—Le echaré una mano.

Mientras Beadle me alojaba en mi habitación de la cuarta planta, pareció un momento oportuno para abordar el asunto del festival, los suicidios vacacionales y quizá, dependiendo de su reacción, la muerte de su esposa. Necesitaba una fuente que llevara muchos años en el pueblo y que pudiera iluminarme acerca de la actitud de aquella gente hacia su temporada de luces verdes.

—Está muy bien —dije acerca de la habitación, limpia pero sombría—. Bonitas vistas. Desde aquí se ver perfectamente las luces verdes de Mirocaw. ¿Suelen tener el pueblo decorado así? Durante el festival, me refiero.

—Sí, señor, durante el festival —replicó mecánicamente.

—Imagino que durante los siguientes días recibirán muchos forasteros como yo.

—Podría ser. ¿Desea algo más?

—Sí. Me preguntaba si podría contarme algo acerca de las festividades.

—Como por ejemplo…

—Bueno, ya sabe, los payasos y esas cosas.

—Los únicos payasos de por aquí son los que son… bueno, seleccionados, supongo que dirían ustedes.

—No le entiendo.

—Discúlpeme, señor, ahora mismo estoy muy ocupado. ¿Quería algo más?

En aquel momento no se me ocurría nada más para perpetuar nuestra conversación, así que Beadle me deseó una buena estancia y se marchó.

Deshice las maletas. Además de la ropa normal también había traído algunas de las cosas de mi guardarropa de payaso. El comentario de Beadle acerca de que los payasos de Mirocaw eran «seleccionados» me había dejado preguntándome qué propósito exacto tenían aquellos cómicos callejeros en el festival. La figura del payaso había tenido muchos significados distintos en diferentes épocas y culturas. El alegre y bienamado bufón con el que casi todo el mundo estaba familiarizado no era sino un aspecto de esta criatura proteica. Locos, jorobados, amputados y otros seres anormales habían sido antaño considerados payasos natos; eran elegidos para

interpretar un papel cómico que permitiera a los demás verlos como graciosos y entretenidos, y no como terribles recordatorios de las fuerzas del desorden en el mundo. Pero a veces se requería de un bufón sin alegría que llamara la atención sobre ese mismo desorden, como en el caso del morboso y honesto bufón del rey Lear, que por supuesto terminó ahorcado, poniendo así fin a su cómica sabiduría. Los payasos habían interpretado en ocasiones papeles ambiguos, incluso contradictorios. Por tanto, sabía bien que no bastaba con saltar con arrojo y el disfraz puesto y gritar «¡Aquí estoy otra vez!».

Durante aquel primer día en Mirocaw no me alejé mucho del hotel. Leí y descansé durante algunas horas antes de comer en una cafetería cercana. A través de la ventana junto a mi mesa vi cómo la noche invernal convertía el suave resplandor verde del pueblo en un color áspero y casi totalmente nuevo en contraste con la oscuridad. Las calles del Mirocaw me parecieron inusualmente ajetreadas para el anochecer de una pequeña población. Pero no era la clase de actividad que uno vería normalmente antes de las inminentes fechas navideñas. Aquella no era un multitud de compradores cargados de bolsas brillantes con los regalos. Sus brazos estaban vacíos y llevaban las manos metidas en los bolsillos para protegerse del frío, que a pesar de todo no los había encerrado en la soledad de sus hogares, presumiblemente cálidos. Los vi entrar y salir de una tienda y otra sin comprar nada. Muchos comercios permanecieron abiertos hasta tarde, e incluso aquellos que cerraban dejaban encendidas las luces de neón. Los rostros que pasaban junto a la ventana de la cafetería probablemente estuvieran tan tensas debido al frío; solo veía ceños profundos, nada más. En la misma ventana vi el reflejo de mi propio rostro. No era el de un adepto payaso, sino dejado y abalado, y en ese momento me pareció el de alguien más muerto que vivo. Fuera estaba el pueblo de Mirocaw, con sus calles que se hundían y elevaban con lunática severidad, con sus ciudadanos atestando las aceras, su corazón bañado en verde. Era el campo de desafío profesional y personal más prometedor que había visto nunca… y estaba aburrido como una ostra. Volví a mi habitación a toda prisa.

«Mirocaw tiene otra frialdad dentro de su frío», escribí aquella noche en mi diario. «Otro conjunto de edificios y calles que existe tras la fachada visible del pueblo, como un mundo de desgraciados callejones». Así seguí más O menos una página, que por fin taché con una enorme «X». Después me fui a la cama.

Por la mañana dejé el coche en el hotel y caminé hacia la principal zona comercial, a algunas manzanas. Mezclarse con las buenas gentes de Mirocaw parecía lo adecuado en aquel punto de mi viaje de investigación. Pero a medida que comenzaba a remontar laboriosamente Townshend (las aceras estaban atestadas de peatones), un atisbo de alguien reemplazó de repente mi plan fortuito con otro más

específico e inmediato. A través de la multitud, a unos quince pasos por delante, estaba mi objetivo.

—Doctor Thoss —llamé.

Su cabeza casi pareció girarse y mirar atrás como respuesta a mi grito, pero no podía estar seguro. Me abrí paso entre varios cuerpos cálidamente vestidos y cuellos con bufanda verde, solo para descubrir que mi objetivo parecía conservar la misma distancia respecto a mí, aunque no sabía si lo había hecho de forma deliberada o no. En la siguiente esquina Thoss, vestido con un abrigo oscuro, giró abruptamente para tomar una calle empinada que conducía directamente hacia abajo, hacia la dilapidada zona sur de Mirocaw. Cuando alcancé la esquina miré acera abajo y pude distinguirlo claramente desde arriba. También vi cómo lograba sacarme tanta ventaja en una multitud que había impedido mi propio avance. Por alguna razón, la gente de la acera hacía sitio de modo que pudiera superarlos fácilmente, sin tener que pelear con ellos paso a paso. No se trataba de una evitación física espectacular, aunque sin duda parecía intencionada. Resistiéndome al tenso tejido humano, reanudé mi seguimiento, perdiéndolo de vista en algunos momentos.

Para cuando alcancé el fondo de aquella calle empinada, la multitud se había arralado considerablemente, y después de caminar una manzana más me encontré con que estaba prácticamente solo, caminando detrás de una figura lejana que esperaba que aún fuera la de Thoss. Ahora andaba bastante rápido, y de un modo que parecía consciente de mi persecución, aunque en realidad yo sentía que él me guiaba en la misma medida en que yo lo perseguía. Grité su nombre algunas veces más a un volumen que no podría no haber oído, asumiendo que la sordera no fuera uno de los cambios que se habían operado en él. Después de todo, no era un hombre precisamente joven, ni siquiera maduro.

De repente, Thoss cruzó a la mitad de la calle. Dio algunos pasos más y entró en un edificio de ladrillo sin cartel alguno, entre una licorería y un taller de alguna clase. En el artículo Arlequín, Thoss mencionaba que la gente que vivía en esa zona de Mirocaw tenía negocios propios, y que sus clientes eran casi exclusivamente los mismos residentes del área. No tuve problemas en creer aquella afirmación cuando miré aquellos diminutos comercios, pues tenían el mismo aspecto ajado y desaseado de su clientela. A pesar de la formidable baja calidad de aquellos edificios, seguí a Thoss dentro de aquel cascarón de ladrillo de lo que había sido, o posiblemente aún fuera, una cafetería.

Dentro estaba inusualmente oscuro. Aun antes de que mis ojos se acostumbraran, sentí que aquel no era un próspero restaurante agradablemente lleno de sillas y mesas (como el establecimiento en el que había cenado la noche pasada), sino un lugar con solo unas pocas mesas mal colocadas, y muy frío. Parecía, de hecho, más frío que las calles invernales.

—¿Doctor Thoss? —llamé dirigiéndome hacia una mesa solitaria en el centro de la gran sala. Quizá hubiera cuatro o cinco personas sentadas en ella, y otras ocultas por la oscuridad detrás. Sobre la mesa había algunos libros y papeles sueltos. Allí sentado había un anciano que señalaba algo en las páginas frente a él, pero no era Thoss. A su lado había dos jóvenes cuyos rasgos saludables los distinguían del sombrío cansancio de los otros. Me acerqué a la mesa y todos me miraron. Ninguno de ellos mostró un asomo de emoción salvo los chicos, que intercambiaron miradas preocupadas y culpables, como si hubieran sido descubiertos en algún acto vergonzoso. Los dos se levantaron de repente de la mesa y corrieron hacia la oscuridad, donde apareció brevemente una luz, como si hubieran abierto una puerta trasera.

—Disculpen —dije comedidamente— . Creí ver entrar a alguien a quien conozco.

No dijeron nada. De la sala trasera empezaron a llegar otros, sin duda interesados por la fuente de la conmoción. En unos momentos, la sala estuvo atestada de aquellas figuras como vagabundos; todos observaban vacíos en la penumbra. En aquel momento no sentía miedo de ellos, al menos no de que me pudieran causar algún daño físico. En realidad me sentía como si tuviera capacidad para someterlos fácilmente a golpes, y sus caras de roedor casi invitaban a propinarles unos cuantos puñetazos. Pero había demasiados.

Se deslizaron lentamente hacia mí, como una masa anélida. Sus ojos parecían vacíos y desenfocados, y me pregunté por un momento si eran siquiera conscientes de mi presencia. En cualquier caso, era el centro en el que convergía su letárgico arrastrar de pies. Sus zapatos se deslizaban suavemente sobre el suelo pelado. Comencé a soltar varias inanidades apresuradas mientras seguían acercándose, mientras sus cuerpos débiles e inesperadamente inodoros rozaban el mío. (Ahora entiendo por qué la gente de las aceras parecía evitar instintivamente a Thoss). Piernas invisibles se enredaron con las mías; trastabillé un poco antes de recobrar el equilibrio. Este movimiento repentino me despertó de una especie de confusión mesmérica en la que debía haber caído sin reparar en ello. Había pretendido dejar aquel lugar tenebroso mucho antes de que los acontecimientos llegaran a ese punto, pero por algún motivo no pude concentrar mis intenciones con fuerza suficiente como para actuar. Mi mente debía de haber vagado lejos mientras aquellas cosas serviles se acercaban. En un repentino estallido de pánico atravesé sus blandas filas y llegué afuera.

El aire me revivió y me hizo recuperar mi estado de alerta, y de inmediato comencé a caminar rápidamente colina arriba. Ya no estaba seguro de que no hubiera imaginado simplemente lo que había parecido, y al mismo tiempo no lo había parecido, un momento de peligro. ¿Estaban sus movimientos encaminados hacia un asalto dañino, o solo trataban de intimidarme? Para cuando alcancé la verdosa calle

principal de Mirocaw, no era capaz de determinar en realidad lo que había sucedido.

Las aceras seguían atestadas con una multitud de peatones, que ahora me parecían más vivos que hacía tan poco tiempo. Había una especie de vitalidad que solo podía atribuirse a las inminentes festividades. Un grupo de jóvenes había comenzado a celebrar prematuramente y caminaba ruidosamente por el medio de la calzada, obviamente embriagados. Por las risas y chanzas de los ciudadanos aún sobrios pude colegir que, al estilo del Mardi Gras, la borrachera pública era una de las tradiciones de aquel festival de invierno. Busqué cualquier cosa que indicara el comienzo del baile de máscaras callejero, pero no vi nada: ni arlequines de atuendo colorista ni pierrots blancos como la nieve. ¿Se estaba preparando de verdad la coronación de la Reina del Invierno? «La Reina del Invierno», escribí en mi diario. «Figura de la fertilidad investida con simbólicos poderes de reavivamiento y prosperidad. Elegida a la manera de la reina del baile en una fiesta de instituto. Buscar una posible figura consorte en la forma de un representante del inframundo».

En las horas anteriores a la noche del 19 de diciembre me senté en mi habitación del hotel y escribí, pensé y organicé. No me sentía demasiado mal, teniéndolo todo en cuenta. La excitación de las fiestas, que aumentaba poco a poco en las calles bajo mi ventana, sin duda comenzaba a infectarme. Me obligué a echarme una breve siesta en previsión de una noche muy larga. Cuando desperté, la fiesta anual de Mirocaw ya había comenzado.

5

Gritos, conmoción, jolgorio. Me acerqué adormilado a la ventana y miré a la calle. Parecía que todas las luces de Mirocaw estaban encendidas, salvo aquella sección del pueblo colina abajo, que se había convertido en el negro vacío del invierno. Y ahora el tinte verdoso de la población era aún más pronunciado y se extendía por todas partes como un gran arco iris esmeralda que se hubiera fundido con el cielo y hubiera resistido, fosforescente, la llegada de la noche. En las calles se veía el resplandor de una primavera artificial. Los derroteros de Mirocaw vibraban de actividad. En una esquina cercana tronaba una banda de metales; los coches merodeadores hacían sonar sus bocinas y en ocasiones eran abordados por peatones risueños; un hombre emergía del Red Rooster, echaba los brazos al aire y cacareaba. Miré con atención a los celebrantes, buscando las vestiduras de los payasos. Encantado, no tardé en distinguirlos. El disfraz era rojo y blanco con gorro a juego, y la cara estaba pintada de un noble alabastro. Casi parecía ser una encarnación carnavalesca de ese bufón de barba blanca y botas negras de la Navidad.

Aquel bufón particular, sin embargo, no recibía el afecto y el respeto que suele reservársele a Papá Noel. Mi pobre camarada de payasadas estaba en medio de un

círculo de celebrantes que lo empujaban para pasárselo de uno a otro. El objeto de aquel abuso parecía aceptarlos voluntariamente, pero aquel pequeño juego parecía de todos modos tener la humillación como propósito. «Los únicos payasos de por aquí son los que son seleccionados» resonaron en mi memoria las palabras de Beadle. «Castigados» parecía acercarse más a la verdad.

Tras abrigarme de forma adecuada, salí a las calles verdosas. No lejos del hotel me topé con un personaje de amplia sonrisa azul y roja, y pantalones brillantes y abolsados. En realidad lo habían empujado hacia mí unos jóvenes que había junto a una farmacia.

—Mirad al rarito —dijo un tipo obeso y borracho— . Mirad cómo se cae el rarito.

Mi primera respuesta fue la furia, y después el miedo al ver a otros dos flanqueando al gordo. Se acercaron hacia mí y me tensé ante el enfrentamiento.

—Esto es una pena —dijo uno, en cuya mano izquierda sostenía con negligencia el cuello de una botella de vino.

Pero no era a mí a quien hablaban; era al payaso, al que habían empujado hacia la acera. Sus tres perseguidores lo ayudaron a incorporarse con un tirón brusco y le echaron vino por la cara. A mí me ignoraron por completo.

—Soltadlo —dijo el gordo— . Vete, arrástrate, rarito. ¡Oh, se escapa!

El payaso se alejó aprisa y se perdió entre el gentío.

—Esperad un momento —dije al trío de pendencieros, que comenzaban a alejarse. Decidí rápidamente que probablemente fuera fútil pedirles que me explicaran lo que acababa de contemplar, especialmente en medio del ruido y la confusión de los festejos. Con mi mejor actitud jovial les propuse que podríamos ir a algún sitio para invitarlos a beber algo. No pusieron objeción, y al poco tiempo estábamos los cuatro apelotonados alrededor de una mesa del Red Rooster.

A lo largo de varias rondas les expliqué que era de fuera del pueblo, lo que les agradó enormemente por algún motivo. Les dije que había cosas que no entendía acerca de su festival.

—No creo que haya nada que comprender —dijo el gordo—. Es solo lo que ves.

—Le pregunté acerca de los que se vestían de payasos.

—¿Esos? Esos son los raritos. Este año es su turno. Todo el mundo tiene su turno. El año que viene podría ser el mío. O el suyo —dijo, señalando a uno de sus amigos por encima de la mesa—. Y cuando descubramos cuál es el suyo…

—No eres lo bastante listo —dijo el desafiante «rarito» potencial.

Aquel era un punto importante: el hecho de que las personas que interpretaran a los payasos permanecieran, o al menos lo intentaran, en el anonimato. Aquel arreglo ayudaría a eliminar las inhibiciones que un residente de Mirocaw pudiera tener respecto a abusar de su propio vecino, o incluso de un familiar. Por lo que observé más tarde, el alcance de este abuso no pasaba de una trapatiesta juguetona. Y aun así,

solo algunos celebrantes ocasionales se aprovechaban de aquella ventaja del festival, y la mayoría de la gente se quedaba al margen.

Aparte de su capacidad para iluminar el significado de aquella costumbre, mis tres jóvenes amigos resultaban inútiles. Para ellos solo era diversión, como imagino que era para la mayoría de los habitantes del pueblo. Aquello era comprensible. Supongo que alguien normal no sería capaz de explicar cómo la profundamente extendida Navidad llegó a ser celebrada en su forma presente.

Dejé el bar solo, algo afectado por las bebidas consumidas. Fuera continuaba el jolgorio general. De todas partes llegaba música fuerte. Mirocaw se había transformado por completo, pasando de ser un pueblecito sedado a un enclave de Saturnalia dentro de la oscura inmensidad de una noche de invierno. Pero Saturno es también el símbolo planetario de la melancolía y la esterilidad, un choque de opuestos contenido en esa única palabra. Y mientras yo vagaba medio borracho calle abajo, descubrí que había un conflicto dentro del propio festival invernal. Este descubrimiento parecía, de hecho, ser esa clave secreta que Thoss guardaba respecto a su estudio de la localidad. Extrañamente, fue gracias a mi poco conocimiento de la naturaleza externa del festival que llegué a conocer su verdadera esencia.

Estaba mezclándome con el gentío en las calles, disfrutando cálidamente de la confusión a mi alrededor, cuando vi a una criatura extrañamente diseñada esperando en una esquina cercana. Era uno de los payasos de Mirocaw. Sus ropas eran desastradas e inclasificables, casi del tipo del payaso vagabundo, pero no lo bastante exageradas de un modo humorístico. La cara, sin embargo, compensaba lo deslucido del disfraz. Nunca había visto una representación tan extraña de la faz de un payaso. La figura se encontraba bajo la pálida luz de una farola, y cuando giró la cabeza en mi dirección comprendí por qué me parecía familiar. La cabeza delgada, suave y pálida; los ojos anchos; los rasgos ovalados que recordaban sobre todo a la criatura con cara de calavera, que grita en ese famoso cuadro (me falla la memoria). Esta imitación bufonesca rivalizaba con el original en su capacidad para sugerir reinos enfermos de horror y desesperación abyectos: una afinidad más propia de algo bajo la tierra que sobre ella.

Desde el primer momento en que vi a esta criatura, pensé en aquellos habitantes del gueto colina abajo. En su porte había la misma pasividad nauseabunda, la misma languidez. Quizá de no haber estado bebiendo antes no hubiera sido lo bastante osado como para hacer lo que hice. Decidí unirme a una de las tradiciones del festival invernal, pues me molestaba ver de pie a aquel mórbido impostor de payaso. Cuando llegué a la esquina me choqué riendo contra la criatura («¡*Uuups*!»), que trastabilló hasta terminar en la acera. Volví a reír y miré a mi alrededor buscando la aprobación de los celebrantes. Sin embargo, nadie parecía apreciar, o siquiera reconocer, lo que había hecho. No se reían conmigo ni señalaban divertidos, sino que pasaban de largo,

quizá andando un poco más rápido hasta que ponían alguna distancia con aquel incidente callejero. Comprendí al instante que había violado alguna regla tácita de comportamiento, aunque pensaba que mi actuación quedaba dentro de las prácticas habituales. Se me ocurrió que podría incluso ser detenido y acusado por lo que en otras circunstancias sería sin duda un acto delictivo. Me giré para ayudar al payaso a ponerse en pie, esperando redimir mi ofensa de algún modo, pero la criatura había desaparecido. Me alejé solemne de la escena de mi inadvertido delito y busqué otras calles lejos de los testigos.

Vagué por varias callejuelas de Mirocaw, hasta detenerme exhausto en el mostrador de una pequeña tienda de sandwiches llena de clientes. Pedí una taza de café para revivir mi sistema lleno de alcohol. Me calenté las manos con la taza y bebí lentamente, mientras observaba por el escaparate a la gente que pasaba fuera. Ya era bien pasada la medianoche, pero el flujo de peatones no daba indicación alguna de que fueran a empezar a marcharse a casa. Pasó un carnaval de perfiles y me contenté con acomodarme y observar, hasta que al final una de aquellas caras me hizo dar un respingo. Era aquel payaso terrorífico al que había empujado antes, pero aunque el rostro resultaba familiar en su imagen espectral, había esta vez algo distinto. Y entonces pensé en que debía haber de aquellas rarezas repulsivas.

Pagué rápidamente mi consumición y corrí fuera para ver al payaso de nuevo, aunque ya no estaba a la vista. La densa multitud me impidió perseguir con facilidad aquella figura, y me pregunté cómo el payaso había logrado con tanta facilidad cobrarme ventaja. Salvo que la gente le abriera paso de forma instintiva a través de la masa, como había hecho con Thoss. En el proceso de buscar a aquel monstruo en particular, descubrí que dispersos entre la población celebrante de Mirocaw, que incluía a los payasos autorizados del festival, no había vino ni dos, sino un número considerable de aquellas criaturas pálidas y fantasmales. Y todas navegaban por las calles sin molestia alguna siquiera de los más borrachos. Ahora comprendí uno de los tabúes del festival. Aquellos otros payasos no debían ser molestados, incluso había que evitarlos, como se hacía con los residentes de aquel suburbio en el límite del pueblo. A pesar de todo, sentía de forma instintiva que los dos grupos de payasos estaban de algún modo identificados entre ellos, aunque los del gueto no fueran bienvenidos en el festival de invierno de Mirocaw. En realidad, simplemente no eran parte de la comunidad y celebraban la estación a su modo. A todos los aspectos, aquel grupo de mimos melancólicos constituía nada menos que un festival por completo independiente, un festival dentro de otro.

Regresé a mi habitación y anoté mis suposiciones en el diario que llevaba para esta empresa. Lo que sigue son algunos extractos:

Los habitantes de Mirocaw muestran una superstición respecto a aquellos que

viven en las zonas bajas, particularmente cuando estos últimos aparecen con el horrendo maquillaje que significa su propio festival. ¿Cuál es la relación entre estas celebraciones simultáneas ? ¿ Precedía una a la otra ? De ser así, ¿cuál? Mi opinión al respecto, que ya mismo declaro provisional, es que el festival de invierno de Mirocaw es la manifestación posterior, que apareció tras el festival de estos payasos pálidos y deprimentes, para cubrirlo o mitigar sus efectos. Pienso ahora en los suicidios navideños y en el subclima del que habló Thoss, en la desaparición de Elizabeth Beadle hace veinte años, y en mi propia experiencia con el clan paria que vive al tiempo dentro y fuera de la comunidad. En mi propia experiencia con esta subestación emocionalmente deletérea de la que prefiero no hablar en esta ocasión. Aún no soy capaz de determinar si mi habitual melancolía invernal es o no la causa. Respecto al asunto general de la salud mental, debo considerar el libro de Thoss acerca de su estancia en un hospital psiquiátrico (en el oeste de Massachusetts, estoy casi seguro. Comprobar en este libro y en las raíces de Mirocaw en Nueva Inglaterra). El solsticio de invierno es mañana, aunque en algún momento pasada la medianoche (¡qué confusos se están haciendo estos días y noches!). Es, por supuesto, el día del año en que las horas de noche superan a las de día por el mayor margen. Considerar lo que este hecho tiene de relación con los suicidios y un aumento en los desórdenes mentales. Recordando la lista de suicidios documentados que Thoss señalaba en su artículo, parecía haber una recurrencia de apellidos concretos, cosa común en cualquier recogida de datos de cualquier clase en una localidad pequeña. Entre estos nombres había un Beadle o dos. Quizá, pues, haya una base genealógica para los suicidios ajena al subclima místico de Thoss, que sin duda es una idea entretenida y que parece adecuada para este pueblo de variados aspectos internos y externos, pero que en definitiva es un concepto que no se puede sostener.

Una cosa que parece cierta, sin embargo, es la división de Mirocaw en dos clases de ciudadanía muy diferentes, lo que resulta en dos festivales y en la aparición de similares payasos (un término ahora empleado en un sentido extremadamente amplio). Pero existe una conexión, y creo tener una idea de qué se trata. Dije antes que los residentes normales del pueblo tratan a aquellos del gueto, y especialmente a sus figuras bufonescas, con superstición. Pero es algo más que eso: hay miedo, quizá una especie de odio; la clase particular de odio que resulta de una memoria poderosa e irracional. Creo poder comprender muy bien lo que amenaza a Mirocaw. Recuerdo el incidente de hoy en la cafetería vacía. «Vacía» es el término apropiado, a pesar de la contradicción del hecho. La congregación de aquella sala en penumbra creaba menos una presencia que una ausencia, aun considerando el opresivo número de individuos. Aquellos ojos que no podían o no querían enfocarse en nada, la lánguida lasitud de sus rostros, la marcha perezosa de sus pies… Cuando escapé de allí me sentí espiritualmente drenado. Entonces comprendí por qué se evita a estas gentes, y a

sus actividades.

No puedo cuestionar la sabiduría de estos mirocavianos ancestrales que comenzaron la tradición del festival de invierno y dieron al pueblo un pretexto de celebración y comunicación social en una época en que las consecuencias del aislamiento absorto son más graves, esos largos y oscuros días del solsticio. Es obvio que un ambiente de jovialidad navideña no bastaría para contrarrestar la amenaza de esta estación. Pero aun así, están todavía los suicidios de las personas que, imagino, de algún modo quedan aisladas de las revitalizadoras actividades del festival.

Es la naturaleza de esta insidiosa subestación que parece determinar las formas externas del festival invernal de Mirocaw: el verdor optimista en un periodo de gris letargo; la fértil promesa de la Reina del Invierno; y, lo que es para mí más interesante, los payasos: los brillantes payasos de Mirocaw que son maltratados de aquel modo, que parecen servir como figuras sustitutivas de aquellos mimos de ojos oscuros de los suburbios. Como estos últimos son temidos por el poder o influencia que puedan poseer, es posible enfrentarse a ellos simbólicamente y conquistarlos a través de sus contrapartidas, que son elegidas precisamente para esa función. Si tengo razón en este aspecto, me pregunto hasta qué punto existe una consciencia despierta entre la población de esta demostración indirecta de agresión. Los tres jóvenes con los que hablé esta noche no parecían ser conscientes más que de la diversión robusta de esta tradición festiva. Y ya puestos, ¿qué conciencia existe en el otro lado de estos dos festivales antagónicos? Es demasiado horrible pensar en algo así, pero debo preguntarme si, a pesar de su aparente indeterminación, estos habitantes del gueto no son los únicos que saben lo que sucede. No se puede negar que detrás de sus expresiones inhumanamente lasas parece haber una especie de molesta inteligencia.

Ahora comprendo la confusión de mi presente estado, pero mientras me tambaleaba esta noche de calle en calle, observando a estos payasos de boca ovalada, no podía dejar de pensar que todo aquel jolgorio de Mirocaw simplemente se permitía gracias a su tolerancia. Espero que esto no sea más que una antojadiza intuición thossiana, la clase de idea que es curiosa y provocativa pero que nunca parece lograr el beneficio de la prueba. Sé que no estoy enteramente lúcido, pero siento que puede ser posible penetrar las muchas complejidades de Mirocaw e iluminar el lado oculto de este festival. En especial debo buscar el significado del otro carnaval. ¿Es también alguna clase de celebración de la fertilidad? Por lo que he visto, el tenor de este subgrupo «celebrante» es acaso el de la anti fertilidad. ¿Cómo han logrado sobrevivir, no extinguirse a lo largo de los años? ¿Cómo mantienen su número?

Pero estaba demasiado cansado para formular ninguna más de mis alcohólicas especulaciones. Me caí en la cama y me perdí muy pronto en sueños de calles y rostros.

6

Por supuesto, cuando me desperté a la mañana siguiente tenía una ligera resaca. El festival seguía con ganas, y la música atronadora del exterior me despertó de una pesadilla. Era un desfile. Varios globos procedían calle Townshend abajo, predominando el color ya familiar. Había globos de peregrinos e indios, de vaqueros e indios, de payasos de algún tipo ortodoxo. En medio de todo estaba la Reina del Invierno, helada sobre su trono gélido. Saludaba en todas direcciones, e incluso imaginé que lo hacía hacia mi oscura ventana.

En los primeros y confusos momentos de vigilia no sentí simpatía por mi excitación de la noche anterior. Pero descubrí que mi entusiasmo simplemente se había quedado dormido, y pronto regresó con aun mayor intensidad. Nunca antes mi mente y mis sentidos habían estado tan activos durante esta época del año, normalmente inerte. En casa hubiera estado escuchando lúgubres y viejos discos y mirando por la ventana. Me sentía enormemente agradecido de una forma por completo abstracta por mi compromiso con una manía significativa. Y estaba ansioso por ponerme a trabajar después de haber desayunado algo en la cafetería.

Cuando regresé a mi habitación descubrí que la puerta estaba sin la llave echada. Había algo escrito en el espejo del vestidor. La escritura era roja y grasienta, como si se hubiera realizado con el lápiz de maquillaje de un payaso… el mío, comprendí. Leí el mensaje, o quizá debería decir el acertijo, varias veces: «¿Qué se entierra antes de estar muerto?». Lo miré largo rato, estremecido por lo vulnerables que eran mis fortificaciones vacacionales. ¿Se suponía que aquello era una advertencia de alguna clase? ¿Una amenaza que sugería que, de proseguir un determinado camino, terminaría prematuramente enterrado? Me dije que tendría que andarme con cuidado. Mi resolución fue no permitir que nada me apartara de la estrategia inspirada que había desarrollado. Limpié el espejo, pues ahora lo necesitaba para otro propósito.

Pasé el resto del día diseñando un traje especial y un rostro apropiado para él. Ajé fácilmente mi impermeable con un bolsillo roto o dos, y un juego completo de manchas. Junto con unos vaqueros azules y un par de zapatos muy usados, conseguí un aceptable disfraz de derrelicto. La cara fue no obstante más difícil, pues tuve que experimentar de memoria. Conjuré una imagen mental de ese pierrot aullante del cuadro (El grito, recordé ahora), lo que me ayudó no poco. A la noche, salí del hotel por la escalera posterior.

Era extraño mezclarse con la multitud callejera con aquel disfraz grotesco. Aunque pensaba que me sentiría conspicuo, la experiencia real fue muy cercana, imaginé, a la de la completa invisibilidad. Nadie me miraba al pasar, ni cuando yo me dirigía hacia ellos. Era un fantasma, quizá el de los festivales pasados, o de los que están por llegar.

No tenía una idea clara de dónde me llevaría mi disfraz aquella noche, solo vagas expectativas de lograr la confianza de mis camaradas espectrales, y de llegar a conocer de algún modo sus secretos. Durante un momento me limité a vagar de aquel modo apático que había aprendido de ellos, siguiendo el camino que pudieran indicar. En su mayor parte, esto se tradujo en no hacer casi nada, y en hacerlo en silencio. Si me cruzaba con uno de los míos en la acera no se hablaba, no se intercambiaban miradas de saludo, no había reconocimiento alguno del que yo fuera consciente. Estábamos allí, en las calles de Mirocaw, para crear una presencia, nada más. Al menos así es como yo me sentía. Mientras vagaba con mi invisibilidad incorpórea, sentí cómo me convertía más y más en una forma vacía, flotante, que veía sin ser vista y que caminaba sin la interferencia de aquellas criaturas palpables que compartían mi mundo. No era una experiencia que careciera por completo de interés, o incluso que no fuera placentera. El lema bufo de «aquí estamos de nuevo» cobraba para mí un nuevo significado, pues me sentía un novicio de una orden excepcional del arlequinado. No tardó en presentarse la oportunidad de realizar mayores progresos en esta senda.

Marchando en dirección contraria, bajando por la calle, pasaba lentamente una camioneta que partía con delicadeza un mar de celebrantes. El cargamento que llevaba detrás era curioso, pues se componía por completo de mis compañeros sectarios. Al final de la manzana, la camioneta se detuvo y otro de ellos subió por la puerta trasera. Una manzana más allá vi cómo se subía otro. Entonces la camioneta giró 180 grados en una intersección y se dirigió hacia mí.

Me quedé en la acera como había visto hacer a los otros. No estaba seguro de si el vehículo me recogería, pues pensaba que me sabrían un impostor. Sin embargo, la camioneta frenó hasta casi detenerse al llegar junto a mí. Los otros estaban estabulados sobre el suelo de la parte trasera. La mayoría se limitaba a contemplar la nada con la habitual indiferencia que ya esperaba de ellos. Pero unos pocos me miraban en realidad con alguna anticipación. Por un segundo dudé, sin saber si quería seguir con aquella charada. En el último momento, un impulso me hizo subir a la camioneta y apretarme como pude entre los demás.

Solo recogimos a unos poco más antes de que la camioneta se dirigiera hacia las afueras de Mirocaw, y más allá. Al principio traté de mantener una clara orientación con respecto a la localidad, pero a medida que tomábamos un giro tras otro en la oscuridad de aquellas angostas carreteras comarcales, me vi incapaz de conservar sentido de la dirección alguno. La mayoría de los demás no exhibía conciencia aparente de sus compañeros. Con cuidado miré todos aquellos rostros espectrales. Unos cuantos hablaban a otros cercanos con frases cortas y susurradas. No podía entender lo que decían, pero el tono era el de una inocente normalidad, como si no pertenecieran a los endurecidos suburbios de Mirocaw. Quizá, pensé, aquellos fueran

aventureros que se habían disfrazado como yo había hecho, o quizá, lo que era más probable, iniciados de alguna clase. Posiblemente hubieran recibido ya instrucciones en reuniones como aquella con la que me había topado yo el día anterior. También era probable que entre aquella gente estuvieran los mismos chicos que había asustado hasta hacerlos escapar de la vieja cafetería.

La camioneta aceleraba ahora por un tramo bastante abierto, dirigiéndose hacia las colinas más elevadas que rodeaban el ya lejano Mirocaw. El viento helado soplaba a nuestro alrededor, y yo no podía evitar temblar de frío. Aquello sin duda me traicionaba como uno de los recién llegados al grupo, pues los dos cuerpos que se apretaban contra el mío estaban rígidamente quietos, e incluso parecían irradiar una frigidez propia. Observé las tinieblas, la negrura hacia la que progresábamos rápidamente.

Ya habíamos dejado atrás todo el campo abierto y la carretera quedaba enmarcada por bosques cerrados. La masa de cuerpos en la camioneta se apretujó cuando comenzamos a ascender una cuesta empinada. Sobre nosotros, en la cima de la colina, brillaban luces en algún punto de los bosques. Cuando la carretera se niveló la furgoneta realizó un giro cerrado, dirigiéndose hacia lo que parecía una gran zanja.

Sin embargo, había un camino sin pavimentar por el que la camioneta procedió hacia el resplandor no demasiado lejano.

Este resplandor se hizo más fuerte y nítido a medida que nos aproximábamos, titilando entre los árboles para revelar con lúgubre detalle lo que antes solo era suave tiniebla. A medida que la camioneta entraba en un claro y se detenía, vi una rala reunión de figuras, muchas de las cuales sostenían lámparas que emitían una luz cegadora y gélida. Me incorporé en la caja de la camioneta para bajar, como los demás estaban haciendo. Al mirar a mi alrededor desde aquella altura, vi aproximadamente a treinta más de aquellos payasos cadavéricos en las inmediaciones. Uno de mis compañeros me vio demorarme en la camioneta y, con un susurro extrañamente agudo, me dijo que me apresurara, explicándome algo acerca del «apogeo de la oscuridad»,. Volví a pensar en la noche del solsticio; era técnicamente el periodo de oscuridad más largo del año, aunque no por un margen muy importante respecto a otras noches de invierno. Su verdadero significado, sin embargo, estaba relacionado con consideraciones que no tenían mucho que ver ni con estadísticas ni con el calendario.

Me dirigí hacia el lugar en el que los demás formaban un grupo apretado que traicionaba una expectación en los gestos sutiles y en las expresiones de cada uno de sus miembros. Ahora se intercambiaban miradas, la mano de uno tocaba ligeramente el hombro de otro, y un par de ojos circulares miraban al punto en el que dos figuras colocaban sus lámparas sobre el suelo, separadas unos dos metros. La luz de estas lámparas revelaba una abertura en la tierra. Poco a poco, la conciencia de todos se

concentró en aquel pozo redondeado, y a una señal preestablecida todos comenzamos a congregarnos a su alrededor. Los únicos sonidos eran los del viento y los de nuestros propios movimientos, a medida que aplastábamos con los pies las hojas y ramas.

Por fin, cuando hubimos rodeado la abertura, el primero saltó dentro, desapareciendo durante un momento para asomarse y coger la linterna que le entregaba otro. El abismo en miniatura se llenó de luz y pude ver que no tenía más de dos metros de profundidad. La figura que sostenía la luz se agachó un poco y desapareció en el pasadizo.

Cada uno de nosotros, por turno, bajamos a la oscuridad de este pozo, cogiendo una linterna uno de cada cinco. Yo me quedé de los últimos, pues fueran cuales fueran las actividades subterráneas que fueran a tener lugar, estaba seguro de que preferiría encontrarme en su periferia. Cuando solo quedábamos unos diez arriba, maniobré para dejar a cuatro de ellos delante, de modo que fuera yo quien recibiera la linterna. Así fue exactamente como sucedió, pues después de saltar al fondo del pozo se me entregó una luz de forma ritual. Me giré y entré rápidamente en el pasadizo. En ese momento temblaba tanto por el frío que no sentía ni miedo ni curiosidad, solo agradecimiento por aquel cobijo.

Entré en un túnel largo y de pendiente suave, lo bastante alto como para permitirme caminar erguido. Allí hacía bastante menos frío que en la gélida oscuridad de los bosques. Tras algunos momentos me había descongelado lo bastante como para que mis preocupaciones pasaran de aquellas de la comodidad física a una repentina y justificada preocupación por mi supervivencia. Mientras caminaba sostenía mi linterna cerca de los lados del túnel. Estos eran relativamente lisos, como si el pasadizo no se hubiera realizado mediante excavación manual, sino que hubiera sido creado por algo que hubiera dejado atrás una pista de sus dimensiones en el tamaño y la forma del túnel. Aquella idea delirante me llegó cuando recordé el mensaje que me habían dejado en el espejo de mi hotel: «¿Qué se entierra antes de estar muerto?».

Tuve que apresurarme para mantener el ritmo de los asombrosos espeleólogos que me precedían. Sus linternas se bamboleaban con cada paso de sus portadores, y la lenta procesión parecía menos real a cada paso que nos adentrábamos en aquella abrigada mina. En algún punto noté que la línea por delante de mí se hacía más corta. Los procesionarios estaban repartiéndose por una cámara cavernosa a la que también yo llegué sin tardar mucho. Aquella área tenía una altura de unos diez metros, y sus otras dimensiones se aproximaban a las de un salón de baile grande. Al mirar hacia arriba cobré incómoda conciencia de lo mucho que habíamos descendido hacia el interior de la tierra. Al contrario que los suaves laterales del túnel, las paredes de la caverna parecían toscas e irregulares, como si las hubieran tallado a dentelladas.

Asumí que la tierra había sido retirada, ya fuera a través del túnel por el que habíamos emergido o por una de las otras muchas aberturas oscuras que vi en los bordes de la cámara, pues posiblemente también condujeran hasta la superficie.

Pero la estructura de la cámara ocupaba mi mente mucho menos que sus ocupantes. Para reunirse con nosotros en el suelo de la gran caverna estaba allí lo que debía de ser toda la población de los suburbios de Mirocaw, y más aún, todos con la misma cara de inquietantes ojos anchos y bocas ovaladas. Formaban un círculo alrededor de un objeto con forma de altar que se había cubierto con alguna clase de tela oscura, parecida al cuero. Sobre el altar, otro lienzo del mismo material ocultaba una forma inmóvil.

Y tras esta forma, mirando hacia abajo desde el altar, estaba la única figura cuyo rostro no estaba cubierto de maquillaje.

Vestía una larga túnica nívea del mismo color que el cabello etéreo que le coronaba la cabeza. Sus brazos descansaban calmados a los costados. No hacía movimiento alguno. El hombre que antaño creí capaz de penetrar grandes secretos estaba ante nosotros con el mismo porte profesoral que me había impresionado hacía tantos años, aunque ahora no sentía más que miedo ante la idea de las revelaciones que se escondían dentro de los pliegues abisales de su atuendo magisterial. ¿De verdad había acudido yo allí para enfrentarme a una figura tan formidable? El nombre por el que lo conocía parecía insuficiente para designar a alguien de su estatura. Era más adecuado llamarlo por sus otras encarnaciones: dios de toda sabiduría, escriba de todos los tomos sagrados, padre de los magos, tres veces grande, y más aún. Debía llamarlo Thoth.

Levantó sus manos hacia la congregación y dio comienzo a la ceremonia.

Era muy sencilla. Toda la asamblea, que hasta el momento había permanecido en total silencio, prorrumpió en el más horrísono y penetrante cántico que pueda imaginarse. Era un coro de pesar, de aullante delirio, y de vergüenza. La caverna resonó con el quejido agudo y disonante. También mi voz se sumó a la de la congregación, tratando de mezclarse con su música amputada. Pero mi canto no podía imitar el suyo, pues tenía una ronquera ajena a su gemido espectral y cacofónico. Para no exponerme como intruso, seguí moviendo la boca sin emitir sonido. Estas palabras eran una revelación de la sombría malignidad que hasta entonces solo había sentido en presencia de aquellas figuras. Estaban cantando al «nonato en el paraíso», a las «puras vidas no vividas». Cantaban una endecha por la existencia, por todas sus formas y estaciones vitales. Sus ideales eran los de las tinieblas, el caos y una melancólica semiexistencia consagrada a las muchas formas de la muerte. Un mar de rostros enjutos y exangües temblaba y gritaba con esperanzas perversas. Y la figura con túnica que lo guiaba desde su corazón, elevada a lo largo de veinte años a la posición de sumo sacerdote, era el hombre del que yo

había tomado tantos de los principios de mi propia vida. No tendría sentido describir lo que sentí en ese momento, y además necesito ese tiempo para describir los acontecimientos que siguieron.

El canto se detuvo abruptamente y la inmensa figura de cabellos canos comenzó a hablar. Estaba dando la bienvenida a aquellos de la nueva generación: veinte inviernos habían pasado desde que los «Puros» ampliaran sus filas. La palabra «puro» en aquel entorno era ofensiva para el sentido y la compostura que yo aún conservaba, pues nada podría ser más repugnante que lo que estaba por llegar. Thoss, y empleo esta identidad difunta únicamente como conveniencia, acabó su sermón y se acercó al altar oscuro. Entonces, con todo el estilo de su antigua vida, retiró el lienzo superior. Bajo él había una efigie de miembros flácidos, un títere derrumbado sobre la losa. Yo me encontraba hacia la parte trasera de la congregación e intentaba mantenerme lo más cerca posible del pasadizo de salida. Por tanto, no lo veía todo con la mayor claridad.

Thoss contempló aquella muñeca encorvada, y después a la congregación. Yo incluso imaginé que trababa contacto visual conmigo. Extendió los brazos y un torrente continuo de palabras ininteligibles fluyó de su boca quejumbrosa. Los sectarios comenzaron a agitarse, no de forma violenta pero sí perceptible. Hasta el momento había un límite a la maldad que yo suponía a aquella gente. Después de todo, no eran más que eso. Solo eran almas mórbidas que se torturaban con extrañas creencias. Si algo había aprendido en todos mis años como antropólogo era que el mundo posee una infinita riqueza de ideas extrañas, hasta el punto de que el concepto de extrañeza había perdido significado para mí. Pero ante la escena de la que era testigo, mi conciencia entró en un reino del que nunca regresaré.

Pues ahora llegaba la escena de la transformación, la culminación de toda actuación del arlequín.

Comenzó poco a poco. Hubo un aumento del movimiento entre aquellos al otro lado de la cámara. Alguien había caído al suelo y los que lo rodeaban se retiraban. La voz del altar proseguía su cántico. Traté de lograr una mejor visión, pero había demasiada gente a mi alrededor. A través de la masa de cuerpos solo vi retazos de lo que tenía lugar.

El que había caído al suelo de la cámara parecía estar perdiendo sus formas y proporciones. Creí que era un truco de payaso. Porque eran payasos, ¿no? Yo mismo podía hacer que cuatro bolas blancas se transformaran en otras negras mientras hacía malabares con ellas, y aquella no era mi proeza más asombrosa de magia carnavalesca. ¿Y no había en todas las ceremonias un componente inherente de prestidigitación, que a menudo dependía del delirio transportado de los celebrantes? Aquel era un buen espectáculo, pensé, y reí para mí. La escena de transformación de Arlequín despojándose de su fachada bufonesca. Oh, Dios, ¡Arlequín no se movía

así! Arlequín, ¿dónde están tus brazos? Y tus piernas se han fundido y han comenzado a arrastrarse sobre el suelo. ¿Qué horrible ombligo bucal es ese que ocupa lo que debería ser tu cara? *¿Qué se entierra antes de estar muerto?* La todopoderosa serpiente de la sabiduría: el Gusano Conquistador.

Ahora comenzaba a suceder por todas partes de la cámara. Algunos miembros de la congregación miraban vacíos, atrapados por un instante en un trance gélido, y entonces se desplomaban sobre el suelo para comenzar la enfermiza transformación. Esto sucedía con frecuencia cada vez mayor, a medida que Thoss cantaba más fuerte, con más frenesí, su demente plegaria o maldición. Entonces comenzó un movimiento reptante hacia el altar, y Thoss dio la bienvenida a las cosas que se retorcían en dirección hacia lo alto del ara. Entonces supe qué era la figura lasa que descansaba encima.

Era Kora y Perséfone, la hija de Ceres y la Reina de Invierno: la niña secuestrada y llevada al inframundo de la muerte. Salvo que aquella pequeña no tenía madre sobrenatural que la salvara, ni madre viva alguna. Pues el sacrificio que presenciaba era un eco del que había tenido lugar veinte años antes, en la fiesta de carnaval de la generación precedente. ¡*O carne vale*! Ahora madre e hija se habían convertido en víctimas de aquel *sabbath* subterráneo. Por fin comprendí esta verdad cuando la figura se agitó sobre el altar, levantó su cabeza de gélida belleza y gritó al ver las fauces mudas que se cerraban a su alrededor.

Corrí por la cámara hacia el túnel (no podía hacer nada más, me he dicho de forma obsesiva). Algunos de los que no habían cambiado empezaron a perseguirme. Me hubieran atrapado, de eso no tengo duda, pues caí a los pocos metros de entrar en el pasadizo. Por un momento imaginé que yo también iba a sufrir la transformación, pero no había sido preparado como los otros. Cuando oí acercarse los pasos de mis perseguidores estuve convencido de que me aguardaba un destino aún peor en el altar, pero las pisadas se detuvieron y se retiraron. Habían recibido una orden de voz del sumo sacerdote. También yo la oí, aunque hubiera deseado que no fuera así, pues hasta entonces había imaginado que Thoss no recordaba quién era yo. Fue aquella voz la que me sacó de mi error.

Por el momento tenía libertad para escapar. Me puse en pie como pude y, habiendo roto mi linterna en la caída, rehice mis pasos a través de una negrura de cloaca.

Todo pareció suceder muy rápido una vez emergí del túnel y salí del pozo, me restregué la pintura grasienta y hedionda de la cara mientras corría a través de los bosques, hacia la carretera. Un coche se detuvo, aunque no lo di más opción que aquella o el arrollarme.

—Gracias por parar.

—¿Qué coño está haciendo aquí? —preguntó el conductor.

Recuperé el aliento.

—Era una broma. El festival. Mis amigos pensaron que sería divertido… Por favor, lléveme.

El viaje me acercó a kilómetro y medio del pueblo, y desde allí pude orientarme. Era el mismo camino por el que había llegado a Mirocaw en mi primera visita del verano anterior. Permanecí un rato en la cima de la alta colina que se alzaba más allá del límite urbano, contemplando aquel pequeño y animado villorrio. La intensidad del festival no había decaído, y no lo haría hasta la mañana. Bajé hacia el verdoso brillo acogedor, atravesé el festejo sin llamar la atención y regresé al hotel. Nadie me vio subir a la habitación. De hecho, había en el edificio una atmósfera de ausencia y abandono, y nadie atendía el mostrador de recepción.

Cerré la puerta con llave y me derrumbé sobre la cama.

7

Cuando desperté a la mañana siguiente, vi desde mi ventana que el pueblo y el campo circundante habían sido visitados durante la noche por una tormenta de nieve que nadie había predicho. La nieve seguía cayendo sobre las calles ahora desiertas de Mirocaw. El festival había terminado. Todos se habían ido a casa.

Y aquella era exactamente mi intención. Cualquier otra cosa por mi parte respecto a lo que había visto la noche anterior tendría que esperar hasta que me hubiera alejado de allí. Aún no estoy seguro de si hablar así será de algún bien. Cualquier acusación que pudiera hacer contra la población de los suburbios de Mirocaw sería considerada, y con justicia, increíble. Quizá todo esto no tarde mucho en no ser asunto mío.

Con una maleta en cada mano, bajé al vestíbulo para pagar la cuenta. El hombre en el mostrador no era Samuel Beadle, y tardó un rato en encontrar mi factura.

—Aquí la tenemos. ¿Todo bien?

—Muy bien —respondí con voz muerta— . ¿Está el señor Beadle por aquí?

—No, me temo que aún no ha regresado. Se ha pasado toda la noche buscando a su hija. Es una chica muy popular, con todas esas tonterías de ser Reina del Invierno. Probablemente esté todavía en alguna fiesta.

No pude evitar un pequeño gemido.

Tiré las maletas al asiento trasero del coche y me puse al volante. En aquella mañana, nada de lo que lograba recordar me parecía real. La nieve caía ante mi vista, lenta, silenciosa e hipnótica. Arranqué el coche, mirando como era mi costumbre por el espejo retrovisor. Lo que allí vi está ahora vívidamente enmarcado en mi mente, como quedó enmarcado por el parabrisas trasero de mi coche cuando me giré para verificar su realidad.

En medio de la calle, detrás de mí, con los pies enterrados en la nieve hasta los tobillos, estaba Thoss con otra figura. Cuando miré a esta con detenimiento lo reconocí como uno de los chicos a los que había sorprendido en aquella cafetería. Pero ahora había adoptado el semblante corrompido y desabrido de su nueva familia. Tanto él como Thoss me miraron, sin hacer intento alguno por impedir mi marcha. Thoss sabía que era innecesario.

Tuve que soportar la imagen de aquellas dos figuras oscuras en mi cabeza mientras conducía de vuelta a casa. Pero solo ahora siento todo el peso de mi experiencia. De momento he alegado una enfermedad para evitar mi programación docente. Enfrentarme al flujo normal de la vida como la había conocido hasta ahora sería imposible. Ahora estoy mucho más bajo la influencia de una estación y de un clima mucho más frío y yermo que todos los inviernos que recuerda el hombre. Y el recrear mentalmente los acontecimientos no parece haberme ayudado; siento cómo me hundo cada vez más profundo en un blanco abismo aterciopelado.

En determinados momentos casi podría disolverme por completo en este reino interior de terrible pureza y vacuidad. Recuerdo aquellos momentos invisibles en que estuve disfrazado y vagué por las calles de Mirocaw, evitado por las formas beodas y ruidosas que me rodeaban: intocable. Pero al instante me retracto de esta nostalgia grotesca, pues comprendo lo que está sucediendo y sé que no quiero que sea cierto, aunque Thoss proclamó que así era. Recuerdo su orden a mis perseguidores mientras me hallaba tumbado e indefenso en el túnel. Podrían haberme prendido, pero Thoss, mi antiguo maestro, les dijo que volvieran. Su voz resonó por toda la caverna, y ahora reverbera dentro de mi propia cámara de memoria psíquica.

«Es uno de nosotros», dijo. «Siempre ha sido uno de nosotros».

Es esta voz la que ahora llena mis sueños y mis días y mis largas noches de invierno. Lo he visto, doctor Thoss, a través de la nieve desde mi ventana. Pronto celebraré, solo, el último festejo que matará sus palabras, solo para demostrar lo bien que he aprendido su verdad.

A la memoria de H. P. Lovecraft

La sombra en el fondo del mundo

Antes de que ocurriera nada de una naturaleza verdaderamente prodigiosa, la temporada había estallado de forma manifiesta con alguna febril intención. Esto, al menos, es lo que nos parecía, ya viviéramos en la ciudad o en algún lugar fuera de sus límites. (Entre la ciudad y el campo viajaba el señor Marble, que llevaba estudiando las señales estacionales mucho más tiempo y con mayor profundidad que nosotros, desentrañando profecías que nadie le reconocía en aquel momento). En los calendarios que colgaban de muchos de nuestros hogares, la fotografía mensual ilustraba el espíritu de los días contados que había debajo: gavillas de trigo ocres y quebradizas sobre un campo recién cosechado, una casa estrecha con una gran cerca al fondo, un cielo de luz vacía y un feroz follaje retozando en los límites de la escena. Pero algo oscuro, algo abisal siempre logra abrirse paso en la insípida belleza de tales imágenes, algo que normalmente se mantiene a la expectativa, una presencia enroscada que siempre sabemos allí. Y era exactamente esta presencia la que había entrado en crisis, o quizá había sido invocada en secreto por unas pequeñas voces oscuras que la llamaban durante nuestro sueño. El aire se inundó de un olor amargo, como el del vino dulce al avinagrarse, y en los árboles de la ciudad, y en los de los bosques exteriores, floreció un brillo histérico mientras en las carreteras intermedias teníamos las desmedidas demostraciones de los estramonios, los zumaques y los enormes girasoles que asentían desde las cercas torvas que jalonaban el asfalto. Incluso las estrellas parecieron, en las noches frías, tornarse delirantes y adoptar el tinte de la inflamación terrena. Por último, había un campo iluminado por la luna, en el que se había dejado un espantapájaros para vigilar unos sembrados que se habían limpiado hacía mucho, pero que no se enfriaban.

El campo, adyacente al límite urbano, concedía una clara visión de sí mismo desde muchas de nuestras ventanas. Se abría espacioso detrás de los postes inclinados, bajo la brillante luna redonda, limpio salvo por las siluetas picudas de los tallos de trigo y una forma humanoide, inmóvil en la soledad nocturna. La cabeza de la figura estaba inclinada hacia delante, como si un sueño grotesco se hubiera apoderado de su cuerpo lleno de paja, y los brazos estaban perezosamente extendidos de un modo que sugería algún gesto increíble hacia la luz. Durante un momento pareció levantarse un viento insistente que sacudía su abrigo parcheado e hinchaba los dobladillos de las mangas de la camisa; y debía de ser un viento muy fuerte el que hacía que la cabeza remendada asintiera en sus sueños. Pero nada más se unía a tales movimientos: las hojas marchitas del trigo estaban rígidas e inmóviles, los árboles en los bosques lejanos guardaban silencio en la noche clara. Solo una cosa parecía vivir bajo la luz lunar que iluminaba aquel terreno muerto. Y había quien aseguraba que el espantapájaros realmente elevaba los brazos y su rostro vacuo hacia el firmamento,

como si se declarara a los cielos, mientras que otros pensaban que las piernas pateaban furiosas, como las de un hombre ahorcado, y que lo hacían con más fuerza justo antes de que aquella cosa se desplomase y se quedara quieta. Luego descubrimos que muchos de nosotros habíamos sido sacados de nuestras camas aquella noche, llamados como testigos de aquel espectáculo siniestro. Después, las cosas que vimos, creyéramos lo que creyéramos acerca de su causa, no descansaron en nuestro interior, sino que se aferraron a los bordes de nuestro sueño hasta la mañana.

Y durante las horas encapotadas del día siguiente no pudimos evitar el visitar el lugar sobre el que ya habían surgido numerosos rumores apresurados. Vagamos como peregrinos hacia aquel campo, escrutando los restos de su cosecha en busca de signos de augurio, rodeando al espantapájaros como si fuera un gran ídolo disfrazado como un pordiosero, un avatar sagrado fuera de estación. Pero todo en aquella tierra parecía negarse a satisfacer nuestra ansia de revelación, y nuestra congregación se perdió en una nerviosa e inquieta confusión (con la excepción, por supuesto, del señor Marble, cuyos ojos, recordamos, resplandecían con iluminaciones que no podía ofrecernos con palabras que fuéramos capaces de comprender). El cielo se había escondido detrás de una bóveda de nubes plomizas, privándonos del elemento crucial de la pura luz del sol que tanto necesitábamos para quemar por completo los sueños brumosos de la noche pasada. Una pared de piedra cubierta de enredaderas en el perímetro de la granja tenía la misma tonalidad que el cielo, mientras que la propia vegetación era tan descolorida como la piedra a la que abrazaban como una extraña red de venas muertas. Pero aquel gris calculado era meramente un aspecto de la escena, pues los colores de los bosques abundantes en los márgenes del paisaje no eran sombríos, como si aquellas hojas radiantes poseyeran una fuente de luz interior, o como si pretendieran contrastar con alguna sombra profunda a la que estuvieran enmascarando.

Tales condiciones sin duda obstaculizaban nuestros esfuerzos para aliviar el miedo que sentíamos hacia ese campo. Sin embargo, por encima de todas estas manifestaciones estaba el hecho de que la tierra de aquellos acres cosechados, especialmente en el área que rodeaba al espantapájaros, era antinaturalmente cálida para la estación. Parecía, de hecho, que esperaba una cosecha tardía. Y algunos insistían en que los extraños ruidos ronroneantes que llenaban el aire no podían achacarse a las legiones de cigarras locales, sino que procedían de debajo del suelo.

Para la hora del ocaso, solo quedaban algunos rezagados en el campo, entre ellos el viejo granjero que poseía aquella parcela repentinamente notoria. Sabíamos que compartía el mismo impulso que el resto cuando se acercó a su espantapájaros y comenzó a hacer pedazos al impostor. Otros se unieron en el vandalismo, arrancando manojos de paja y rasgando las ropas hasta que expusieron lo que había debajo, el

espectáculo extraño e inesperado.

Pues el esqueleto de aquella cosa debería haber sido una mera cruz de maderos. Verificamos este hecho común con su creador, que nos juró que no se habían empleado otros materiales. Pero la forma que teníamos delante era de una naturaleza totalmente distinta. Era algo negro y retorcido hasta asumir la forma de un hombre, algo que parecía haber ascendido desde la tierra y haber crecido sobre las tablas de madera como un hongo oscuro, consumiendo la estructura. Ahora había unas piernas negras que colgaban como si hubieran sido quemadas y podridas; había una cabeza que pandeaba como un saco de cenizas sobre un magro cuerpo de negrura; y había brazos delgados estirados como las ramas nudosas de un árbol calcinado por un rayo. Todo esto quedaba sostenido por un pedúnculo grueso y oscuro que ascendía de la tierra y se introducía en la efigie como una mano en una marioneta.

Y a pesar de que el día plomizo se deslizaba hacia la noche, nuestra visión fue distraída por la oscuridad más profunda de aquella cosa, tan negra contra el crepúsculo. Parecía compuesta por la tierra más oscura, tierra estancada de algún modo en las profundidades, en un lugar en que la rica marga había ulcerado hasta convertirse en un tremedal de sombras. Pronto comprendimos que todos nos habíamos quedado callados, arrebatados por una profunda negrura que parecía absorber nuestra atención, pero que no exponía al escrutinio más que un abismo dentro de la silueta de un hombre. Incluso cuando nos atrevimos a tocar la masa de tinieblas, no hallamos sino más misterios. Pues no tenía apenas aspecto tangible, solo un indicio de sensación material, apenas el toque del viento o el agua. No parecía poseer más sustancia que unas pocas llamas danzantes, pero llamas apenas calientes, llamas negras que se han enroscado para adoptar la textura fundida de la fruta podrida. Y había una vaga sensación de circulación, como si en el interior se arremolinara una especie de vida serpentina. Pero nadie era capaz de mantener el tacto mucho tiempo antes de retirarse repentinamente.

—Cosa maldita, no pienso dejar que eche raíces en mi tierra —dijo el viejo granjero. Después se dirigió hacia la cerca, y como el resto de nosotros trató de quitarse algo de la mano que había tocado al espantapájaros arrugado, algo que no era posible ver.

Volvió con nosotros cargado de hachas, palas y otros aperos para desraizar lo que había crecido en su tierra, aquella excentricidad de la cosecha. Parecía tarea sencilla: el terreno era inusualmente blando alrededor de la base de la excrecencia negra, y su tenue sustancia apenas podía resistir la hoja ancha del hacha del granjero. Pero cuando el viejo dio el tajo y trató de partir aquella cosa como un trozo de leña para la chimenea, el acero no hendió. El hacha entró y la materia se cerró a su alrededor, como si se hubiera hundido en una ciénaga viscosa. El granjero tiró del mango y logró recuperar el hacha, pero de inmediato lo dejó caer de sus manos.

—Estaba tirando de mí —dijo en voz baja—. Y ya habéis oído ese sonido…

De hecho, el sonido que había acechado en la zona durante todo el día, como el de innumerables insectos riendo, pareció aumentar en tono e intensidad en el momento del golpe.

Sin más palabras, comenzamos a cavar la tierra en la que estaba enterrado aquel tallo negro. Alcanzamos una buena profundidad antes de que la oscuridad de la noche nos obligara a abandonar nuestros esfuerzos. Pero, por mucho que profundizáramos, no parecía suficiente para alcanzar el fondo de aquella negrura excrecente. Además, nuestros intentos se vieron perjudicados por una perversa reluctancia, como cuando alguien duda cuando le tienen que amputar un miembro gangrenado para impedir la extensión de la enfermedad.

Prácticamente no quedaba luz cuando por fin nos marchamos de aquel campo, pues los nubarrones del día se habían quedado para ocultar la luna. En la negrura, nuestras voces susurraron diversas estrategias para completar lo que hasta el momento habíamos sido incapaces de lograr. Susurrábamos, aunque ninguno podríamos haber explicado el motivo.

La gran sombra de una noche sin luna abarcó todo el paisaje, preservándonos de ver el campo del viejo granjero y lo que allí se hallaba, aunque muchas de las casas del pueblo mantuvieron la vigilia durante aquellas horas siniestras. Suaves luces brillaron a través de las ventanas con cortinas de todas las calles, donde nuestros pequeños hogares de madera parecían pequeños como casas de muñecas bajo las oscuras profundidades de la estación susurrante. Sobre los tejados reunidos flotaban los globos de vidrio de las farolas, como pequeñas lunas colocadas dentro de las densas copas de olmos, robles y arces. Aun en la noche, la luz que brillaba a través de esas hojas traicionaba el festival de colores que se filtraba desde ellas, auras cegadoras que no se habían apagado con el paso de los días, una plaga de colores que ya había comenzado a infectar nuestros sueños. Este prodigio se había conectado para entonces en nuestras mentes con el campo en las afueras del pueblo y con el extraño crecimiento que allí había echado raíces.

Por tanto, una sensación de urgencia nos devolvió a aquel lugar, donde encontramos al viejo granjero esperándonos a medida que la frígida aurora del alba aparecía sobre los bosques lejanos. Nuestros ojos revisaron la tierra cubierta de escarcha y estudiaron cada espacio entre las sombras y las gavillas de grano dispersas por el suelo, buscando lo que ya no estaba presente en aquella escena.

—Ha vuelto —nos reveló el granjero— . Ha vuelto a la tierra como algo que se ocultara en su caparazón. No entréis ahí —nos advirtió, señalando la boca de un gran pozo.

Nos reunimos alrededor del borde de este hoyo, contemplando sus profundidades.

Aun la plena luz del día no nos mostró claramente el fondo de las tinieblas. Nuestras especulaciones fueron breves e inútiles. Algunos tomamos las palas que se encontraban cerca, como si fuéramos a comenzar la larga tarea de rellenar aquel socavón.

—No tiene sentido —dijo el granjero. Entonces buscó una gran piedra y la tiró por la mina. Esperamos y esperamos; acercamos la cabeza al agujero y escuchamos, pero lo único que creíamos percibir eran ecos remotos y vagos, como el de incontables voces de insectos invisibles castañeteando. Finalmente cubrimos la peligrosa sima con algunos tableros y enterramos la improvisada tapa bajo un montón de tierra blanda.

—Puede que haya algún cambio en primavera —dijo alguien, pero el viejo granjero se limitó a reír entre dientes.

—¿Te refieres a cuando el suelo se caliente? ¿Por qué crees que esas hojas no están cayendo del modo que deberían?

No pasó mucho de este preocupante episodio cuando nuestros sueños, que hasta entonces solo habían sido meras sombras y retazos, cobraron una dimensión completa. Pero no eran sueños enteramente, sino también excavaciones en la estación que los había inspirado. Durante el sueño éramos consumidos por la febril vida de la tierra, proyectada sobe un mundo maduro y vagamente putrefacto de extraños brotes y transformaciones. Ocupábamos un lugar dentro de un paisaje de tétrico florecimiento en el que incluso el aire estaba preñado de tonos rubicundos y todo mostraba el arrugado visaje de la debilidad, el aspecto esquizado de la carne vieja. La faz de la tierra misma estaba salpicada de otras muchas caras, rostros corrompidos por impulsos viles. Las expresiones grotescas se moldeaban a sí mismas en las oscuras arboledas, en el corcho viejo, en las espirales de hojas podridas; unos rasgos pulposos y desdichados asomaban desde los ceños húmedos; y la piel tersa de los pedúnculos y las semillas muertas se partía en una multitud de sonrisas malignas. Todo era una máscara estrambótica pintada con los colores bermejos de un salpullido, colores que sangraban con intensidad virulenta, tan ricos y vibrantes que las cosas tremolaban por su propia sazón. Pero a pesar de esta grosera tangibilidad, había algo espectral en el corazón de tales sueños. Se movía en las sombras, una presencia que se encontraba en el mundo de las formas sólidas pero sin ser parte de él. Y tampoco pertenecía a ningún otro mundo que pudiera ser nombrado, salvo a ese reino que nos sugiere una noche de otoño en que los campos aparecen desastrados a la luz de la luna, y algún espíritu salvaje ha entrado en las cosas, como una gran aberración brotada de una sima de sombras húmedas y fértiles, una aullante malignidad de ojos huevos que se alza para presentarse a la fría vacuidad del espacio y a la pálida mirada de la luna.

Y fue a esa luna a la que nos vimos obligados a mirar buscando consuelo cuando despertamos trémulos en medio de la noche, abrumados por la sensación de que otra vida se enraizaba en nuestro interior, buscando su encarnación definitiva en los cuerpos que siempre habíamos soñado que eran nuestros, y que nos invitaban a las profundidades de una extraordinaria cosecha. Ciertamente hubo parte de alivio cuando empezamos a descubrir, tras muchos e inseguros indicios e indagaciones, que los sueños no eran una enfermedad restringida a gentes o familias determinadas, sino que en realidad eran una epidemia de toda la comunidad. Ya no era necesario disfrazar nuestra inquietud cuando nos encontrábamos en las calles bajo las sombras exuberantes de los árboles que no se desprendían de su follaje chillón, las plumas burlescas de una estación extraña. Nos habíamos convertido en una raza de excéntricos y declarábamos abiertamente toda una suerte de curiosos antojos y sospechas, al menos mientras la luz del día nos permitía esta audacia.

Honrado entre nosotros era el viejo tipo, bien conocido por sus rarezas, que había anunciado nuestros problemas con semanas de anticipación. A medida que vagaba por el pueblo, girando la muela de piedra con la que se ganaba la vida afilando hojas, el señor Marble había hablado de lo que podía «leer en las hojas», como si aquellos trozos aleteantes de color exuberante fueran las páginas de un libro secreto en el que leía atentamente jeroglíficos dorados y escarlatas. «Simplemente mírenlas», urgía a los viandantes, «cómo sangran sus colores. Deberían sangrar hasta secarse, pero ahora están… haciendo dibujos. Algo en su interior trata de mostrarse. Ahora están tan muertas como un andrajo, mírenlas flácidas y aleteantes. Pero algo sigue ahí. Esas imágenes, ¿las ven?».

Sí, las vimos, pero algo tarde. Y no se las veía solo en los diseños cromáticos de aquellas hojas no muertas. Se mostraban en todas partes, aunque siempre por breve tiempo. En la pared de un sótano podía aparecer el visaje mal formado entre la humedad y la piedra fracturada, una abominable imitación de un rostro que se infiltrara en las oscuras esquinas de nuestros hogares. Otras caras, máscaras leprosas, surgían en el grano de una pared panelada de madera, espiando durante un momento antes de hundirse de nuevo en las sombras nudosas, retirándose bajo la superficie. Y había infinitos patrones sin nombre que podían extenderse entre los tablones de una vieja cerca o el lateral de un cobertizo, incrustaciones retorcidas y deformadas como un laberinto subterráneo de raíces y zarcículos, una algarada infraterrena de convoluciones vegetales, ornamentaciones retorcidas. Pero estos diseños no nos eran ajenos del todo, pues en ellos reconocíamos los mismos contornos de podredumbre otoñal que poblaban nuestros sueños.

Como el viejo visionario que afilaba cuchillos y hachas y guadañas, también nosotros podíamos ahora leer el gran libro de incontables hojas de colores. Pero él seguía sacándonos ventaja acerca de lo que sucedía en lo más profundo de nuestro

interior. Pues fue él quien manifestó ciertas idiosincrasias del comportamiento que más tarde aparecerían en tantos otros, ya vivieran en el pueblo o cerca de sus límites. Por supuesto, él siempre había estado aparte de nosotros por sus declaraciones caprichosas, su voluntad de realizar pronunciamientos de terrible o deleitable curiosidad. A un niño podía decirle: «La visión de la noche puede volar como una cometa», mientras le decía a un anciano: «No tiene brazos, pero sabe cómo usarlos. No tiene cara, pero sabe dónde encontrarla».

A pesar de todo se dedicaba a su oficio con diligencia, pedaleando el mecanismo que giraba la muela, afilando experto cada hoja y recibiendo su paga como cualquier otro comerciante. Y entonces nos fijamos en que se distraía durante su trabajo. En un trance torpe acercaba los utensilios de metal a la muela giratoria de piedra, sin reparar en las chispas que le saltaban a la cara. Pero también había una luminosidad salvaje en su mirada, como si una fiebre brillante como un diamante ardiera en su interior. Al final nos vimos incapaces de tolerar su compañía, aunque ahora lo atribuíamos meramente a un aumento vertiginoso de su perenne extrañeza, más que a un cambio totalmente sin precedentes en su comportamiento. Hasta que no dejó de aparecer por las calles del pueblo, ni por ninguna otra parte, no admitimos nuestros miedos respecto a él.

Y estos miedos se relacionaban necesariamente con las otras alteraciones de aquella estación, aquellos augurios extravagantes que cobraban fuerza a nuestro alrededor. La desaparición del señor Marble coincidió con un nuevo fenómeno que se hizo por fin aparente al crepúsculo de cierto día en que el follaje tenaz y arracimado parecía exudar una vaga fosforescencia. Al caer la noche, el prodigio ya quedaba más allá de cualquier escepticismo. Las hojas multicolores brillaban suavemente contra el cielo negro, creando un extemporáneo arco iris nocturno que dispersaba sus tintes espectrales por todas partes, tiñendo la noche con una cosecha de tonalidades: el dorado del melocotón y el naranja dé la calabaza, el amarillo de la miel y el ámbar vinoso, el rojo de la manzana y el violeta de la ciruela. Los colores, luminosos dentro de sus formas vegetales, se extendían por la oscuridad y se derramaban sobre nuestras calles y nuestros campos y nuestros rostros. Todo resplandecía con la pirotecnia de un nuevo otoño.

Aquella noche nos quedamos en nuestras casas y miramos desde las ventanas. Por tanto, no resulto extraño que tantos de nosotros viéramos a quien vagaba por aquella velada iridiscente, a quien se unía a sus estallidos y celebraciones. Poseído por el éxtasis de un festival oscuro, se movía en trance, portando en la mano en aquel gran cuchillo ceremonial cuyo peligroso filo reflejaba un millar de sueños resplandecientes. Se lo vio solo debajo de los árboles cuyos colores se derramaban sobre él, manchando su cara y sus ropas harapientas. Se lo vio solo en los patios de nuestras casas, como un rígido espantapájaros elaborado con un retal de colores y

sombras. Se lo vio solo merodeando lenta y rítmicamente junto a las altas cercas de madera, ahora decoradas con un brillo trémulo. Finalmente, se lo vio en cierta intersección en el centro del pueblo; pero ahí vimos que ya no estaba solo.

Frente a él, en la noche abierta, había dos figuras a las que nadie conocía: una joven y, firmemente sujeto a su costado, un niño pequeño. No era raro ver extraños paseando por nuestros valles, o incluso deteniéndose en alguna de las granjas circundantes; era gente que estaba de paso, y que en algunos casos se había perdido. Y no era tan tarde como para que no pudiera aparecer algún viajero, ni mucho menos. Pero aquellos dos no deberían de haber estado allí. No aquella noche. Ahora estaban transfigurados frente a una criatura de la que no podían tener concepto alguno, una cosa que apretaba el cuchillo en su mano del mismo modo que la mujer al chiquillo. Podríamos haber actuado, pero no lo hicimos; podríamos haber hecho algo por ayudarlos. Pero lo cierto es que queríamos que les sucediera algo, queríamos verlos silenciados. Aquel era nuestro deseo. Solo entonces estaríamos seguros de que no podrían contar lo que sabían. Nuestro miedo no era lo que aquellos intrusos pudieran haber descubierto acerca de los árboles que brillaban antinaturalmente en medio de la noche; ni acerca de los castañeteos que ahora comenzaban a elevar su tono como una risa viciosa; ni siquiera acerca del campo del granjero en el que un montón de tierra cubría una sima sin fondo. Nuestro miedo era lo que hubiera podido saber, lo que sin duda alguna hubieran descubierto, acerca de nosotros.

Y perdimos toda esperanza cuando vimos la mano temblorosa que no podía elevar el cuchillo, la expresión torturada que no podía sino mirar mientras aquellas dos terribles víctimas (¡el justo sacrificio!) escapaban corriendo para no volver a ser vistos jamás. Después de aquello volvimos a nuestras casas, que ahora apestaban a sombras mohosas, y sucumbimos a un letargo sin sueños.

Sin embargo, al romper el día se hizo evidente que algo había sucedido durante la noche. El aire guardaba silencio, y la tierra estaba fría por todas partes. Los árboles estaban pelados, y todas las hojas se hallaban oscuras y marchitas en el suelo, como si su muerte extrañamente aplazada las hubiera alcanzado por fin en un repentino furor mortificador. Tampoco tardó mucho el señor Marble en ser hallado por un viejo granjero.

El cadáver descansaba en un campo, estirado boca abajo sobre un montón de tierra, y junto a los restos de un espantapájaros desmantelado. Cuando giramos el cuerpo vimos que la mirada era tan roma como aquella cenicienta mañana de otoño. Vimos también que su brazo izquierdo había sido abierto por el cuchillo que sostenía en la mano derecha.

La sangre había fluido sobre la tierra y había ennegrecido la carne del suicidio. Pero aquellos que manejamos aquel cadáver laso, casi sin peso, que hundimos nuestros dedos en la llaga oscura, no encontramos nada que se pareciera ni

remotamente a la sangre. Por supuesto, sabíamos muy bien qué sensación transmitía la negrura umbría; sabíamos qué se había abierto camino dentro de aquel hombre que teníamos delante, arrastrándolo hacia su mundo salvaje. Sus sueños siempre habían llegado mucho más hondo que los nuestros. Por eso lo enterramos en aquel sepulcro sin fondo.

Teatro Grottesco

Lo primero que aprendí es que nadie es capaz de anticipar la llegada del Teatro. Uno nunca diría, ni siquiera pensaría, «el Teatro nunca ha venido a esta ciudad, me parece que ya nos toca», ni quizá «no te sorprendas si aparece quien ya sabes, que hace años que no pasa por aquí». Incluso si la ciudad en la que uno vive es exactamente el tipo de sitio que gusta al Teatro, no hay base alguna para predecir su llegada. No se dan avisos, no hay fanfarrias para anunciar que está a punto de comenzar la temporada, o que otra temporada de esa clase estará pronto entre nosotros. Pero si una ciudad en particular posee lo que a veces se llama un «submundo artístico», y si uno está en contacto cercano con esta sociedad de artistas, tienes todas las papeletas para encontrarte entre los que se enteran de que las cosas ya se han puesto en marcha. Esto es todo a lo que puedes aspirar.

Durante un tiempo todo eran rumores, cuchicheos y sueños. Cualquiera que no apareciera durante unos días por los locales o librerías habituales, o que no acudiera a los acontecimientos artísticos más especiales, era sujeto de especulación. Pero la mayoría de la gente a la que me refiero lleva vidas de lo más inestables, incluso precarias. Cualquier de ellos podía hacer las maletas y desaparecer sin avisar absolutamente a nadie. Y casi todos los presuntos «desaparecidos» acababan siendo vistos antes o después. Una de estas personas era un cineasta cuyo cortometraje Infierno privado servía como objeto de debate en un festival local de una noche. Pero no se le vio por ninguna parte, ni durante el pase ni en la fiesta posterior. «Se ha ido con el Teatro», dijo alguien como si ya estuviera de vuelta de aquellas cosas, mientras otros sonreían y entrechocaban sus copas como irónico brindes de despedida.

Pero solo una semana después, el cineasta era visto en una de las filas traseras en un cine porno. Más tarde explicó su ausencia insistiendo en que había estado en el hospital después de que le diera una paliza una gente a la que había estado filmando, y a la que no le había hecho mucha gracia el asunto. Aquello sonaba plausible, dado el interés de aquel director. Pero por alguna razón nadie se tragó la historia del hospital, a pesar de las pruebas en forma de vendas que se veía obligado a llevar. «Tiene que ser el Teatro», argüía una mujer que siempre vestía en tonos púrpuras y que era una buena amiga del cineasta. «Cosa suya y cosa del Teatro», dijo, levantando dos dedos cruzados a la vista de todos.

¿Pero qué se quería decir con «cosa del Teatro»? Aquella era una expresión que había oído decir a varias personas, no todas ellas artistas del tipo pretencioso o dramático. Desde luego, no faltan anécdotas que han circulado de un lado a otro tratando de explicar la naturaleza y funcionamiento de esta «troupe cruel», un epíteto empleado por aquellos demasiado supersticiosos para llamar al Teatro Grottesco por su nombre. Pero otra cosa muy distinta es hacer encajar todas esas historias en un

informe coherente, por no hablar de fiel a la verdad.

Por ejemplo, la mujer de púrpura a la que mencioné antes nos tuvo hechizados toda una noche con una historia sobre el compañero de piso de su prima, un autodenominado «artista visceral» que trabaja como reponedor nocturno en una cadena de supermercados de los suburbios. En una mañana de diciembre, más o menos una hora antes del amanecer, el chico salió del trabajo y comenzó la caminata de vuelta a casa atravesando una angosta callejuela que daba durante varias manzanas a la parte trasera de algunas tiendas y negocios de la calle principal de aquel barrio. Durante la noche había caído una ligera nevada, que había cuajado de forma regular sobre el pavimento del callejón y que reflejaba una luna llena que parecía flotar justo a la salida de la vía. El chico vio una figura a lo lejos, y algo en aquella visión en la mañana invernal le hizo detenerse un momento y quedarse mirándola. Aunque tenía buen ojo para juzgar tamaños y perspectivas, encontró intensamente inquietante aquella silueta humana recortada contra el callejón. No era capaz de determinar si era alta o baja, o si se movía (ya fuera hacia él o alejándose) o estaba quieta. Entonces, en un instante de fabulosa alucinación, la figura apareció junto a él en medio de la calle.

La luz de la luna iluminó al hombrecillo, que estaba totalmente desnudo y que tenía extendidas las manos, como si tratara de agarrar un objeto justo fuera de su alcance. Pero el artista vio que en aquellas manos había algo raro. Mientras que el cuerpo del hombrecillo era pálido, las manos eran oscuras, y demasiado grandes para los brazos diminutos a los que estaban pegadas. Al principio el chico creyó que el otro llevaba unos guantes sin dedos demasiado grandes. Las manos parecían cubiertas por alguna clase de pelusa, al igual que la callejuela en la que se encontraban estaba cubierta por la capa de nieve que había caído durante la noche. Aquellas manos parecían blandas y poco definidas, como la nieve, salvo porque la nieve era blanca y las manos negras.

A la luz de la luna, el artista logró ver que los guantes de aquel hombrecillo eran en realidad algo similar a las zarpas de un animal. Casi tenía sentido que hubiera pensado que aquellas manos eran en realidad zarpas que daban la impresión de ser guantes negros. Entonces cada una de las zarpas se separó en dedos largos y delgados que se agitaron confusos a la luz de la luna. Pero no podían ser los dedos de una mano, porque había demasiados. Y las manos no eran zarpas, y estas en realidad no eran guantes. Y durante todo aquel tiempo el hombrecillo se hacía cada vez más pequeño a la luz de luna de la callejuela, como si se estuviera alejando mucho del chico, que estaba hipnotizado por aquella visión. Al fin, habló una voz que el artista apenas pudo escuchar, y que le dijo: «No puedo seguir manteniéndolos alejados de mí, me hago cada vez más pequeño y débil». Estas palabras convirtieron de repente aquel escenario invernal y matutino en algo que era excesivo incluso para el presunto «artista visceral».

En el bolsillo de su abrigo llevaba la herramienta que usaba para abrir las cajas en el supermercado. En el pasado ya había cortado carne, y con la luz de la luna resplandeciendo sobre la nieve del callejón, dio algunos tajos que convirtieron en rojo aquel mundo blanco. Dadas las circunstancias, lo que había hecho le parecía a él perfectamente justificado, incluso misericordioso. Aquel hombre se estaba haciendo tan pequeño…

Después el chico corrió por la callejuela sin detenerse hasta llegar a la casa de alquiler en la que vivía con su compañera de piso. Fue ella la que telefoneó a la policía, diciendo que había un cuerpo tirado en la nieve en tal y tal lugar, y después colgó sin dar su nombre. Durante días, semanas, el artista y su compañera de piso revisaron el periódico local buscando alguna noticia acerca de aquella cosa extraordinaria que la policía tenía que haber encontrado en el callejón. No apareció nada.

—Ya veis cómo se silencian estos incidentes —nos había susurrado la mujer de púrpura—. La policía sabe lo que está pasando. Hay incluso una policía especial para encargarse de estos asuntos. Pero nada se hace público, no se interroga a nadie. Y sin embargo, después de aquella mañana en el callejón, mi prima y su compañero de piso quedaron bajo vigilancia, y unos coches sin marcar los seguían a todas partes. Porque estos policías especiales saben que es a los artistas, o a las personas con una gran inclinación artística, a las que se acerca el Teatro. Y saben a quién tienen que vigilar después de que haya sucedido algo. Se dice que estos policías pueden estar conchabados con las actuaciones de esta «compañía de pesadillas».

Pero ninguno nos creímos ni una palabra de aquella anécdota del Teatro contada por la mujer de púrpura, como ninguno nos creíamos que su amigo, el cineasta, cuando negó todas las insinuaciones que lo relacionaban con el Teatro. Por una parte, nuestra imaginación estaba del lado de aquella mujer cuando nos aseguró que su amigo, el creador del corto *Infierno privado,* estaba asociado de algún modo con el Teatro; por la otra, teníamos dudas y nos burlábamos de la historia de su prima y de su compañero, el presunto artista visceral y su encuentro en el callejón nevado.

Esta reacción dividida no era tan natural como parecía. Daba igual que el caso del cineasta fuera más creíble que el del artista visceral, aunque solo fuera porque la primera historia carecía de los detalles extravagantes que lastraban a la segunda. Hasta entonces habíamos paladeado sin mucho espíritu crítico todo lo que oíamos acerca del Teatro, por extrañas que pudieran ser estas historias, y por mucho que se opusieran estas a una verdad verificable, o incluso a una explicación coherente del fenómeno. Como artistas sospechábamos que nos venía bien llenarnos la cabeza con toda esta clase de locuras acerca del Teatro. Incluso yo, escritor de prosas nihilistas, saboreaba la inconsistencia y el exuberante absurdo de lo que me decían en la mesa de una tranquila biblioteca, o en un ruidoso local. En una palabra, me refocilaba en la

irrealidad de las historias del Teatro. Cualquier verdad que pudieran contener era inmaterial. Y nunca nos cuestionábamos ninguna de ellas hasta que la mujer de púrpura nos relató el episodio del artista visceral y el hombrecillo del callejón.

Pero aquella novedosa descreencia no estaba en absoluto inspirada por nuestro sentido de la razón o de la realidad. De hecho, su única base estaba en el miedo; la alimentaba la voluntad de negar lo que uno teme. Nadie renuncia a algo hasta que esto se vuelve contra él, ya se trate de algo real o irreal. En cierto modo, todo aquel asunto del Teatro había conseguido hacer mella en nuestros nervios; se había quebrado el equilibrio entre una locura que nos embriagaba y otra que comenzaba a amenazar nuestras mentes. Por lo que respectaba a la mujer que siempre se vestía con tonos púrpuras… la evitamos. Hubiera sido algo típico del Teatro, dijo alguien, usar a una persona de ese modo para lograr sus propósitos.

Quizá nuestro juicio acerca de la mujer de púrpura fuera injusto. Sin duda sus teorías concernientes al «acercamiento del Teatro» nos ponían a todos nerviosos. ¿Pero era esta razón suficiente para expulsarla de aquel submundo artístico que era la única sociedad a la que tenía acceso? Como muchas otras sociedades, por supuesto, la nuestra estaba cimentada en una temerosa superstición, y aquello siempre era razón suficiente para cualquier clase de comportamiento. Ella se había visto permanentemente estigmatizada por asociarse demasiado con algo en esencia impuro. Porque incluso después de ser desacreditadas sus teorías por una nueva historia del Teatro, su posición no mejoró.

Ahora me refiero a una historia que circulaba y en la que un artista no era contactado por el Teatro, sino que era él quien daba un paso hacia la compañía, como si actuara bajo el impulso de una voluntad soberana.

El artista en este caso era un fotógrafo del tipo «soy una cámara». Era un espécimen estudiadamente exangüe que muy a menudo, y sin motivo aparente, comenzaba a mirar a alguien sin parar hasta que esa persona reaccionaba de alguna manera, normalmente huyendo de la escena, pero en ocasiones asaltando al fotógrafo, que invariablemente presentaba denuncia. Por tanto, no resultaba del todo sorprendente enterarnos de que había intentado lograr los servicios del Teatro del modo en que lo hizo, pues creía que aquella troupe cruel podía ser contratada para, en palabras del fotógrafo, «destruir por completo a alguien». Y aquel a quien quería desintegrar era su casero, un hombre pequeño y bigotudo de cabello en retirada que, después de que el fotógrafo abandonara el apartamento, se negó a devolverle el dinero de la fianza, quizá con un buen motivo o quizá no.

En cualquier caso el fotógrafo, cuyo nombre por cierto era Spence, realizó pesquisas acerca del Teatro a lo largo de varios meses. Siguiendo la pista a cualquier información, por pequeña, sospechosa u oscura que fuera, el tenaz Spence llegó al fin al distrito comercial de un viejo suburbio donde había un edificio de dos plantas que

alquilaba espacio a diversas personas y negocios, entre ellos un pequeño videoclub, un dentista y, tal y como se deletreaba en el directorio del edificio, el Teatro Grottesco. Al fondo de la planta baja, directamente debajo de un estudio de danza, había un pequeño grupo de oficinas cuyas puertas de cristal mostraban unos rótulos estarcidos que rezaban «T. G. VENTURES». Sentada detrás del escritorio de la zona de recepción, detrás de la puerta de cristal, había una joven de largo pelo moreno y gafas de montura negra. Estaba totalmente absorta en la escritura de algo en una pequeña tarjeta en blanco, una entre muchas otras dispersas sobre la mesa. Por el modo en que Spence lo contó, no se vio afectado por aquella fachada que parecía sugerir que el Teatro, o Teatro, no era lo que él pensaba que era. Entró en el área de recepción del despacho, se acercó al escritorio de la joven y se presentó con su nombre y su profesión, al creer importante comunicar cuanto antes su identidad como artista, o al menos dar a entender del mejor modo posible que se trataba de un fotógrafo de gran calado artístico, lo que sin duda era. Cuando la mujer se ajustó las gafas y preguntó: «¿En qué puedo ayudarlo?», el fotógrafo Spence se inclinó hacia ella y susurró: «Me gustaría contratar los servicios del Teatro». Cuando la recepcionista le preguntó lo que tenía planeado, el fotógrafo respondió: «Destruir por completo a alguien». La joven no mostró el menor azoro ante aquella declaración, según Spence, sino que comenzó a reunir con calma las tarjetas dispersas por su escritorio mientras le explicaba que T. G. Ventures era, según sus palabras, un «servicio de entretenimiento». Después de colocar las pequeñas tarjetas en blanco a un lado, sacó de su mesa un folleto plegado que resumía la naturaleza del negocio, y que incluía payasos, magos y actuaciones novedosas para una variedad de ocasiones, siendo la especialidad las fiestas infantiles.

Mientras Spence estudiaba el folleto, la recepcionista se sentaba plácidamente con las manos plegadas, y lo contemplaba desde los marcos negros de sus gafas. La luz en aquella oficina suburbana era fuerte, pero no áspera; las paredes pálidas estaban increíblemente limpias y la moqueta, según la descripción de Spence, era sospechosamente nueva y mostraba el púrpura exacto de los nabos. El fotógrafo aseguraba que se sintió como si se encontrara sobre un espejismo. «Esto no es más que una fachada», dijo al fin Spence, tirando el folleto sobre la mesa de la recepcionista. Pero la joven se limitó a recogerlo y devolverlo al cajón de donde había salido. «¿Qué hay detrás de esa puerta?», demandó Spence, señalando al otro lado de la sala. Y justo mientras indicaba hacia esa puerta, desde detrás de la misma llegó un sonido, un temblor breve, como si algo pesado acabara de caerse al suelo. «Las clases de danza», dijo la recepcionista, señalando con el índice derecho hacia el techo. «Quizá», concedió Spence, pero aseguró que aquel sonido que oyó, al que atribuyó una «resonancia abismal», le provocó una repentina sensación de pánico. Trató de no moverse del sitio en el que estaba, pero su cuerpo se veía asaltado por el

impulso de dejar aquel lugar. Se giró y vio su propio reflejo en la puerta de cristal. La recepcionista lo observaba desde detrás de las lentes de sus gafas de pasta negra, y el rótulo estarcido en la puerta estaba al revés, como si lo viera en un espejo. Unos pocos segundos después, Spence estaba en el exterior del edificio de aquel viejo suburbio. Asegura que durante todo el camino a casa el corazón le latió desbocado.

Al día siguiente, Spence se acercó a la oficina de su casero, un despacho diminuto en un decrépito edificio del centro. Como había renunciado al Teatro, tendría que encargarse a su modo de aquel hombre que se negaba a devolverle el dinero de la fianza. La estrategia del fotógrafo era plantarse en el despacho y someterlo con su inquietante mirada. Tras llegar al lugar alquilado, en la sexta planta de lo que era un edificio absolutamente deprimente, Spence se vio sentado en una silla, mirando sobre un escritorio sucio a un hombre pequeño, con bigote y casi calvo. Pero aquel tipo apenas le devolvía la mirada. Para empeorar las cosas, el casero (cuyo nombre era Hermann Zick) se inclinaba con frecuencia hacia Spence y le decía en voz baja: «Todo es perfectamente legal, ¿sabe?». Entonces Spence retomaba su mirada asesina, que para su frustración resultó ineficaz contra aquel tal Zick, que por supuesto no era un artista, ni siquiera tenía inquietudes al respecto, como la mayoría de las víctimas del fotógrafo. Así que la batalla se prolongó durante casi una hora, y el casero no dejaba de decir «todo es perfectamente legal», y Spence trataba de captar la mirada de aquel hombre al que quería destruir por completo.

Fue Spence el primero en perder el control. Saltó de la mesa en la que se sentaba y comenzó a gritarle incoherencias al casero. Entonces Zick maniobró rápidamente alrededor del escritorio y expulsó físicamente al fotógrafo de aquel despacho diminuto, echándolo al pasillo. Spence dice que solo llevaba un segundo o dos en el pasillo cuando se abrieron las puertas del ascensor que estaba directamente enfrente de aquel despacho de la sexta planta. De la cabina salió un hombre de mediana edad con un traje negro y gafas de pasta también negra. Tenía una barba bien arreglada que, observó Spence, estaba ligeramente salpicada de gris. En la mano izquierda el caballero aferraba una bolsa marrón arrugada, que llevaba un poco apartada de su cuerpo. Se dirigió a la puerta del despacho del casero y, con la mano derecha, tomó el picaporte negro y redondo, girándolo varias veces a un lado y a otro. Se produjo un chasquido fuerte que resonó en el pasillo de aquel viejo edificio. El caballero giró la cabeza y miró a Spence por primera vez, sonriendo brevemente antes de entrar en la oficina de Hermán Zick.

De nuevo experimentó el fotógrafo aquel sentimiento de pánico que había sufrido el día anterior, al visitar las oficinas suburbanas de TG Ventures. Pulsó el botón de bajada del ascensor y, mientras esperaba, prestó atención al despacho del casero. Lo que oyó, asegura Spence, fue aquel sonido terrible que lo había hecho salir corriendo a la calle, huyendo de TG Ventures, aquella «resonancia abismal», tal y como la

definía él. De repente, el caballero de la barba arreglada y las gafas de montura negra salió del pequeño despacho. La puerta del ascensor acababa de abrirse, y el hombre pasó por delante de Spence para entrar en la cabina vacía. El propio fotógrafo no entró sino que se quedó esperando, contemplando impotente a aquel hombre, que seguía sosteniendo la bolsa arrugada. Una fracción de segundo antes de que las hojas del ascensor se cerraran, el caballero miró directamente a Spence y le guiñó un ojo. Asegura el fotógrafo que aquel guiñó, ejecutado desde detrás de unas gafas de pasta negra, hizo un sonido mecánico que resonó en aquel oscuro pasillo. Antes de salir del edificio en ruinas, tras bajar por las escaleras y no con el ascensor, intentó abrir la puerta del despacho de su casero. La encontró sin la llave echada, y entró con cautela. Pero no había nadie al otro lado.

La conclusión de la aventura del fotógrafo tuvo lugar una semana después. A su buzón llegó por correo ordinario un pequeño sobre cuadrado sin remitente. Dentro había una fotografía, que llevó a la Biblioteca Des Esseintes, una librería donde varios de nosotros hacíamos lecturas nocturnas de nuestros más recientes esfuerzos literarios. Varios miembros del submundo artístico local, yo incluido, vimos la fotografía y oímos el relato frenético que Spence nos ofreció respecto a sus circunstancias. La fotografía mostraba al propio Spence mirando con aire lúgubre a la cámara, una imagen que aparentemente había sido tomada desde el interior de un ascensor, ya que en el borde derecho de la fotografía se podía ver en parte un panel con botones numerados. «No vio ninguna cámara», no dejaba de repetir Spence. «Pero aquel guiño que me hizo… y lo que está escrito en el dorso de esta cosa…». Spence giró la fotografía y leyó la siguiente inscripción manuscrita: «Ese hombrecillo es ahora mucho más pequeño. Pronto sabrá de las blandas y negras estrellas. Y el pago ya se retrasa». Alguien le preguntó entonces qué tenían que decir de todo aquello en las oficinas de TG Ventures, pero el fotógrafo sacudió lentamente la cabeza, en exasperada negación. «Ya no está allí», dijo una y otra vez. Con mi única excepción, aquella noche en la Biblioteca Des Esseintes fue la última vez que nadie vio al señor Spence.

Después de que el fotógrafo dejara de aparecer en los puntos de reunión habituales y en los acontecimientos artísticos, no surgieron ingeniosos comentarios acerca de que «se había ido con el Teatro». Todos habíamos superado ya aquella fase. Yo me sentí perversamente orgulloso de notar que se había empezado a desarrollar una madurez filosófica en aquel submundo artístico del que era parte. No hay nada como el miedo para complicar la propia consciencia, induciendo niveles de reflexión previamente desconocidos. Sometido a esa tensión mental comencé a organizar mis propios pensamientos y observaciones acerca del Teatro, en concreto acerca de aquel fenómeno relacionado con los artistas que parecían ser su único objeto de atención.

Ya se dirigiera el Teatro al artista, o tuviera este la iniciativa de dar el primer

paso, el efecto parecía el mismo: el final de la obra de ese creador. Yo mismo verifiqué este hecho en la medida en que pude. El cineasta cuyo cortometraje *Infierno privado* muchos de nosotros admirábamos se había convertido con dedicación exclusiva, según todos los indicios, en un distribuidor de vídeos pornográficos, ninguno de ellos producido por él. Aquel presunto artista visceral había anunciado públicamente el fin de aquellas proezas que le habían reportado una modesta reputación entre ciertos sectores. Según su compañera de piso, la prima de la mujer de púrpura, ahora era el encargado del supermercado en el que antes había trabajado como reponedor. Por lo que respectaba a la propia mujer de púrpura, que nunca había sido muy alabada como artista y cuyo renombre comenzó y terminó de hecho con la fase «maqueta de cajetillas de tabaco» de su carrera, ahora era agente inmobiliaria, una profesión en la que estaba teniendo bastante éxito. Aquel plantel de ex artistas podía extenderse considerablemente, no me cabe la menor duda. Pero para los propósitos de este informe o confesión (o como prefieras llamarlo), debo terminar mi lista de antiguos artistas conmigo mismo, mientras trato de explicar el modo en que el Teatro Grottesco puede transformar a un escritor de prosa nihilista en un ser no artístico, o más específicamente, un ser posartístico.

Fue después de la desaparición del fotógrafo Spence que mis intuiciones acerca del Teatro comenzaron a cristalizar y a volverse pensamientos explícitos, un proceso indeciso pero del que soy sujeto inevitable como escritor de prosa. Hasta aquel punto en el tiempo, todo el mundo asumía tácitamente que había una intimidad «de casta» entre el Teatro y los artistas que se acercaban a la institución o que eran abordados por aquella troupe cruel tras alguna obertura, como en el caso de Spence, o quizá por gestos más sutiles, quizá puramente noéticos (me niego a escribir «inconscientes», aunque otros podrían discutirme esta reserva intelectual). Muchos de nosotros hablamos incluso del Teatro como una manifestación del súper arte, un término que siempre dejábamos convenientemente nebuloso. Sin embargo, tras la desaparición del fotógrafo, todo el saber que había reunido acerca del Teatro, fragmentario como era, quedó configurado en un patrón completamente nuevo. Quiero decir que ya no consideraba posible que el Teatro estuviese relacionado en modo alguno con un súper arte, o con ningún arte de ninguna clase, sino más bien todo lo contrario. Para mí el Teatro era, y es, un fenómeno intensamente destructivo de todos los artistas, e incluso de personas con una fuerte inclinación artística. No tengo ni idea de si esta fuerza destructiva es una materia de intención o un epifenómeno de algún diseño no relacionado, o quizá mayor; tampoco sé si existe siquiera en el Teatro nada que se acerque a la intención o al diseño, o al menos no soy capaz de pensar en todo esto con términos comprensibles. En cualquier caso, estoy convencido de que para un artista que se encuentra con el Teatro solo hay una posible consecuencia: el final de su obra. Es extraño, pues, que sabiendo esto actuara de todos modos como lo hice.

No sabría decir si fui yo quien buscó al Teatro o viceversa, como si esta estupidez marcara alguna diferencia. Lo importante es que, desde el momento en que percibí al Teatro como un fenómeno profundamente anti artístico, concebí la ambición de convertir mi forma de expresión artística, con lo que me refiero a mis escritos de prosa nihilista, en un fenómeno antiteatro. Para lograrlo, por supuesto, necesitaba un conocimiento penetrante del Teatro Grottesco, o de algún aspecto significativo de esa *troupe* cruel, un entendimiento de una variedad profundamente sutil, aun onírica, acerca de su naturaleza y funcionamiento.

El fotógrafo Spence había hecho un gran avance visionario al intuir que la naturaleza del Teatro era actuar sobre su petición de destruir completamente a alguien (aunque el significado exacto de la frase «pronto sabrá de las blandas y negras estrellas» en referencia al casero de Spence se nos dio a conocer a ambos solo un tiempo después). Comprendí que yo necesitaba realizar un salto de pensamiento similar en mi propia mente. Aunque ya había percibido al Teatro como un fenómeno profundamente antiartístico, aún no estaba para nada seguro de qué constituía un fenómeno antiteatro, ni tenía la menor idea de cómo poner mis propios escritos al servicio de este propósito.

Por tanto, durante varios días medité acerca de estas cuestiones. Como era habitual, las exigencias psíquicas de esta meditación se cobraron un gran precio en mis procesos corporales, y en mi estado debilitado contraje un virus, específicamente un virus intestinal, que me confinó a mi pequeño apartamento durante una semana. A pesar de todo, fue durante este periodo que comenzaron a encajar las cosas respecto al Teatro y a la comprensión que necesitaba para oponerme a aquella compañía de pesadillas de un modo más o menos eficaz.

El sufrir los días y noches de una enfermedad, especialmente de un virus intestinal, lo hace a uno muy consciente de ciertas realidades, así como altamente sensible a las funciones de esas realidades, que de otro modo no suelen ser sujeto de una atención o meditación prolongadas. Tras recuperarse de un virus así, la conciencia de estas realidades y de sus funciones necesariamente se desdibuja, de modo que el antiguo enfermo puede reanudar sus actividades y no llegar a la demencia o al suicidio por la aguda consciencia de estos desagradables hechos de la existencia. Mediante la iluminación de la analogía, comprendí que el Teatro operaba de un modo muy similar al mal que acababa de sufrir, con la consecuencia de que la persona expuesta a la enfermedad del Teatro se hace extremadamente consciente de ciertas realidades y de sus funciones, por supuesto muy distintas de las realidades y funciones de un virus intestinal. Sin embargo, el virus intestinal termina sucumbiendo antes o después, en una persona razonablemente sana, ante la formación de anticuerpos (o algo de esa clase). Pero la enfermedad del Teatro, ahora lo comprendo, era una enfermedad para la que los sistemas de las personas (es decir, de los artistas)

atacados nunca habían creado agentes defensivos, o anticuerpos. Un encuentro con cualquier enfermedad, incluido el virus intestinal, sirve para alterar la mente de una persona, haciéndola intensamente consciente de ciertas realidades, pero esta mente no puede permanecer alterada una vez el encuentro ha terminado, o esa persona nunca será capaz de desarrollar su vida tal y como lo había hecho hasta entonces. En contraste, un encuentro con el Teatro parece quedarse dentro del propio sistema y alterar la mente de una persona de forma permanente. Para el artista, el resultado no es ni la demencia ni el suicidio (como podría ser el caso de alguien con una permanente conciencia de un virus intestinal), sino el fin absoluto de la obra de dicho artista. La sencilla razón de este efecto es que no hay anticuerpos para la enfermedad del Teatro, y por tanto no hay alivio de la conciencia de las realidades cuando un artista se ve sometido a un encuentro con esta entidad.

Tras realizar estos progresos en mi contemplación del Teatro (de modo que pudiera descubrir su naturaleza o esencia y por tanto convertir mis escritos en un fenómeno antiteatro) descubrí que no podía seguir avanzando. Por mucho seso y meditación que dedicara al asunto, no ganaba una sensación definida de haberme revelado las verdaderas realidades y funciones que el Teatro comunicaba a un artista, y el modo en que esta comunicación ponía fin a la obra de dicho artista. Por supuesto, podía imaginar vagamente la especie de conciencia que podría hacer a un creador incapaz de producir ningún tipo de esfuerzo artístico. De hecho llegué a una detallada y perturbadora idea de lo que sería dicha conciencia, una «conciencia mundial», como yo la concebía. Pero no creí haber penetrado el misterio de la «cosa del Teatro». Y el único modo de saber acerca del Teatro parecía ser tener un encuentro con él. Tal encuentro se habría producido en mi caso en cualquier caso como resultado del descubrimiento de que mis escritos se habían convertido en un fenómeno antiteatro: aquello constituía un acercamiento de la clase más escandalosa para aquella compañía de pesadillas, lo que forzaría un encuentro con todas sus realidades y funciones. Así que no era necesario, en aquel punto de mi plan, haber tenido éxito en transformar mi prosa en un fenómeno antiteatro. Simplemente tenía que hacer saber, falsamente, que así era.

En cuanto me hube recuperado lo bastante de mi virus intestinal empecé a hacer correr la noticia. Cada vez que me encontraba entre otros miembros del así llamado submundo artístico de esta ciudad, presumía de que había logrado una conciencia más intensa de las realidades y funciones del Teatro, y que en vez de acabar conmigo como artista, había usado esa misma comprensión como inspiración para una serie de breves obras en prosa. Expliqué a mis colegas que para meramente existir (por no hablar de crear obras artísticas) teníamos que impedir que determinadas cosas abrumaran nuestras mentes. Sin embargo, continuaba, para impedir que estas cosas, como las realidades de un virus intestinal, abrumaran nuestras mentes, tratábamos de

negarles voz alguna, ni dentro de nuestra cabeza ni, por supuesto, de forma clara y precisa en una obra de arte. La voz de la locura, por ejemplo, es apenas un susurro en la historia balbuciente del arte porque sus mismas realidades son demasiado enloquecedoras como para hablar mucho tiempo de ellas… y las del Teatro no tenían voz alguna, dada su naturaleza imponderablemente grotesca. Además, decía, el Teatro no solo propagaba una intensa conciencia de tales cosas, de estas realidades y funciones de realidades, sino que era idéntico a ellas. Y yo, baladroneaba, había permitido que mi mente fuera abrumada por toda suerte de informaciones acerca del Teatro, al tiempo que lograba usar esta experiencia como material para mis escritos. «Esto», prácticamente grité un día en la Biblioteca Des Esseintes, «es el súper arte». Entonces prometí que, en dos días, haría una lectura de mis piezas cortas.

A pesar de todo, mientras nos sentábamos alrededor de un viejo mueble en una esquina de la Biblioteca Des Esseintes, algunos refutaron mis argumentos y afirmaciones acerca del Teatro. Un colega escritor, poeta, habló con aspereza a través de una nube de humo de cigarrillo, diciéndome: «Nadie sabe de qué va todo eso del Teatro. No estoy muy seguro de creer en ello». Pero le respondí que Spence sí que sabía de qué iba todo. «¡Spence!», dijo una mujer con un tono de exagerado disgusto (en el pasado había vivido con él, y también era fotógrafa). «Últimamente no es que hable mucho con nosotros, y mucho menos del Teatro». Pero le respondí que, como la mujer de púrpura y los otros, Spence había sido abrumado por su encuentro con el Teatro, y que su impulso artístico había sido por tanto totalmente destruido. «Y tu impulso artístico sigue intacto», dijo ella con sarcasmo. Le respondí que sí, que así era, y que en dos días se lo demostraría leyendo una serie de obras en prosa que demostraban el conocimiento de las experiencias más insoportablemente grotescas y les daba voz. «Eso es porque no tienes ni idea de lo que estás hablando», dijo otro, y casi todos apoyaron el comentario. Les pedí que fueran pacientes, que esperaran y vieran lo que mis escritos les revelarían. «¿Revelar?», preguntó el poeta. «Qué coño, nadie sabe siquiera por qué se llama Teatro Grottesco». Yo no tenía respuesta para eso, pero les repetí que comprenderían mucho más acerca del Teatro en pocos días, pues pensaba que en ese periodo habría triunfado o fracasado en mi intento de provocar un encuentro con el Teatro, y que el asunto de mi inexistente obra anti-Teatro no tendría la menor importancia.

Al día siguiente, sin embargo, me derrumbé en la Biblioteca Des Esseintes durante una conversación con una congregación diferente de artistas y personas de gran inclinación artística. Aunque los síntomas de mi virus intestinal nunca habían llegado a desaparecer del todo, no esperaba desplomarme del modo en que lo hice, y así descubrí que lo que había creído un virus intestinal era en realidad algo mucho más grave. Como consecuencia de la caída, mi cuerpo inconsciente terminó en la sala de urgencias de un hospital cercano, la clase de lugar donde los que bordeamos la

indigencia como yo siempre terminamos: un hospital de barrio bajo con instalaciones anticuadas y una plantilla de sonámbulos.

Cuando volví a abrir los ojos ya era de noche. La cama en la que habían puesto mi cuerpo estaba junto a una alta ventana que reflejaba la débil luz fluorescente fija a la pared sobre mi cama, lo que creaba un reflejo en los cristales que no me permitían ver lo que había fuera, sino solo una imagen fracturada de mí mismo y de la sala que me rodeaba. Había una larga hilera de estas ventanas altas, y otras camas en aquel pabellón, todas ocupadas por un cuerpo que, como el mío, estaba dañado de algún modo y que por tanto había sido confinado en aquel hospitalucho.

No sentía para nada el dolor extraordinario que me había hecho derrumbarme en la Biblioteca Des Esseintes. En aquel momento, de hecho, no podía sentir ninguna de las experiencias de mi pasado. Parecía como si siempre hubiera sido un ocupante de aquel oscuro pabellón del hospital, y como si siempre fuera a serlo. Aquella sensación de extrañamiento tanto de mí mismo como de todo lo demás me hizo terriblemente difícil el permanecer en la cama de hospital en la que me habían puesto. Al mismo tiempo me sentía inquieto por cualquier movimiento que me alejara de aquella cama, especialmente por los que me acercaran al umbral abierto que conducía al pasillo en penumbra de aquel hospital. Hallando un compromiso entre mi impulso de salir de la cama y mi miedo por alejarme de ella y acercarme a aquel corredor, me situé de modo que estuviera sentado en el borde del colchón, rozando apenas con los pies desnudos el frío suelo de linóleo. Llevaba sentado en el borde de aquel colchón ya un buen rato cuando oí una voz procedente del pasillo.

La voz procedía del sistema de megafonía, pero no era especialmente fuerte. De hecho, tuve que esforzarme durante varios minutos simplemente para discernir sus cualidades peculiares y descifrar lo que decía. Sonaba como la voz de un niño, una voz cantarína llena de provocaciones y diabluras. Una y otra vez repetía la misma frase: «Llamando al doctor Groddeck, llamando al doctor Groddeck». Sonaba increíblemente hueca y distante, enmarañada por toda clase de interferencias. «Llamando al doctor Groddeck», reía desde el otro lado del mundo.

Me levanté y me acerqué lentamente al umbral que salía al corredor. Pero aun después de cruzar la sala con los pies descalzos y llegar hasta el umbral, aquella voz de niño no pareció hacerse más fuerte o clara. Incluso cuando al fin entré en aquel pasillo en penumbra, con sus anticuados apliques de luz, la voz que llamaba al doctor Groddeck seguía sonando igual de hueca y distante. Y ahora era como si me hallara en un sueño en el que caminaba descalzo por el corredor de un hospital de mala muerte, oyendo una voz enloquecida que parecía eludirme a medida que iba recorriendo el pasillo y los innumerables pabellones llenos de cuerpos maltrechos. Pero entonces la voz murió, llamando al doctor Groddeck una última vez antes de disiparse como el último eco en un pozo profundo. En el mismo momento en que la

voz terminó con sus gritos huecos, me detuve en algún lugar cercano al final de aquel oscuro pasillo. En la ausencia de la voz traviesa fui capaz de oír algo más, un sonido similar al de una risa queda y jadeante. Procedía de la sala que tenía delante, en el lado derecho del corredor. A medida que me acercaba a ella, vi una placa de metal atornillada a la pared, a la altura de los ojos, y las palabras que mostraba eran estas: «Dr. T. Groddeck».

Una luz extrañamente resplandeciente emanaba de la sala desde la que procedía aquella risa sorda y continua. Asomé un momento la cabeza y vi que la risa procedía de un viejo caballero sentado detrás de una mesa, mientras que el extraño fulgor lo provocaba un gran objeto globular situado sobre la mesa, directamente enfrente de él. La luz de aquel objeto (parecía un globo de cristal sólido) brillaba sobre el rostro del hombre, que tenía una expresión demente, con una barba bien arreglada de un blanco puro y unos anteojos con delgadas lentes rectangulares que descansaban sobre el puente de una nariz esbelta. Cuando me asomé dentro del despacho, los ojos del doctor Groddeck no se fijaron en mí, sino que continuaron contemplando aquel extraño globo resplandeciente y las cosas que contenía.

¿Qué eran aquellas cosas que veía el doctor Groddeck? A mí me parecían diminutas flores con forma de estrella dispersas uniformemente por todo el volumen, los típicos elementos que prestan una falsa apariencia artística a un pisapapeles vulgar. Salvo que aquellas flores, aquellos crisantemos arácnidos, eran de un color negro puro. Además, no parecían estar firmemente fijados a la esfera resplandeciente, como uno esperaría, sino que parecían flotar en su posición, temblando su estallido de pétalos como unos tentáculos. El doctor Groddeck parecía deleitarse en los sutiles movimientos de aquellos apéndices negros. Tras los anteojos rectangulares, sus ojos giraban mientras intentaban abarcar a cada una de las formas flotantes dentro de aquel globo radiante frente al que se hallaba.

Entonces el doctor buscó lentamente en uno de los profundos bolsillos de la bata de laboratorio que llevaba, y su risa apagada se hizo más intensa. Desde el umbral abierto vi cómo sacaba con cuidado una pequeña bolsa de papel del bolsillo, siempre sin mirarme. Con una mano sostenía ahora la bolsa arrugada directamente sobre el globo. Cuando dio una pequeña sacudida a la bolsa, las cosas dentro del globo respondieron con una creciente agitación de sus delgados brazos negros. El doctor usó ambas manos para abrir la parte superior de la bolsa y girarla rápidamente para colocarla boca abajo.

Desde la bolsa algo cayó dentro del globo, sobre cuya superficie pareció quedar pegado. Sin embargo, no era tanto que se adhiriera a la superficie, como que se hundía en el interior del cristal. La cosa se agitó cuando aquellas blandas estrellas negras dentro del globo se reunieron para atraerla hacia sí mismas. Antes de que yo alcanzara a ver qué es lo que habían capturado y rodeado, el espectáculo acabó. Las

estrellas volvieron a sus lugares, flotando levemente una vez más dentro de la esfera resplandeciente.

Miré al doctor Groddeck y vi que por fin me devolvía la mirada. Había detenido su risa asmática y sus ojos me contemplaban frígidos, totalmente desprovistos de cualquier sentido comprensible. Pero de algún modo, aquellos ojos me provocaban. Estando allí, de pie en aquel umbral abierto en ese despacho repulsivo de un hospital de mala muerte, los ojos del doctor Groddeck me provocaron un intenso ultraje, un astronómico resentimiento por la posición en que se me había colocado. Aunque había consumado mi plan de encontrar al Teatro y experimentar sus más devastadoras realidades y funciones (para convertir mi prosa en un fenómeno anti-Teatro), me sentí ultrajado al encontrarme donde me encontraba, y resentido por aquella mirada del doctor Groddeck. No importaba que hubiera sido yo quien había acudido al Teatro o si el Teatro me había buscado a mí, o si ambos habíamos dado el paso. Comprendí que es posible que te busquen para obligarte a hacer lo que parece ser una búsqueda propia, lo que en realidad es una no-búsqueda que niega todo el concepto de dicha búsqueda. Todo fue una celada desde el principio, porque yo pertenecía al submundo artístico, porque era un artista cuya obra tendría su fin en un encuentro con el Teatro Grotesco. Y por eso me ultrajaron los ojos del doctor Groddeck, que eran los ojos del Teatro, y me sentí resentido por todas las realidades dementes y las penosísimas funciones del Teatro. Aunque yo sabía que las persecuciones del Teatro no se concentraban exclusivamente en los artistas y las personas de gran inclinación artística del mundo, me sentí igualmente ultrajado y resentido por ser elegido para recibir aquel «tratamiento especial». Quería castigar a aquellas personas del mundo que no son objeto de este tratamiento especial. Por eso, a pleno pulmón, grité en aquel corredor en penumbra, grité para que otros se unieran a mí ante el escenario del Teatro. Es extraño que creyera necesario sintetizar la pesadilla de todos aquellos cuerpos maltrechos en aquel hospital de mala muerte, así como a su plantilla de sonámbulos, que se movían dentro de un mundo de instalaciones anticuadas. Pero para cuando llegó alguien el doctor Groddeck ya había desaparecido, y su despacho no era más que una sala llena de ropa sucia.

A pesar de mi escapada de aquella noche, pronto me dejaron salir del hospital, pendientes los resultados de varias pruebas a las que se me había sometido. Me sentía tan bien como siempre, y el hospital, como todos, siempre estaba necesitado de camas libres para acomodar nuevos cuerpos maltrechos. Me dijeron que se pondrían en contacto conmigo en los días siguientes.

Fue de hecho al día siguiente cuando me informaron del resultado de mi estancia en el hospital. «Hola de nuevo», comenzaba la carta, escrita en una hoja de papel lisa, aunque con mancha de agua. «Me encantó conocerlo por fin en persona. Creo que su interpretación durante nuestra entrevista en el hospital fue realmente de primera, y

estoy autorizado a ofrecerle una posición entre nosotros. Hay un hueco en nuestra organización para alguien de sus recursos e imaginación. Me temo que las cosas no salieron bien con el señor Spence, pero sin duda tenía una cámara por ojo, y nos ha proporcionado algunas fotografías maravillosas. Me gustaría especialmente compartir con usted sus últimas imágenes de las blandas y negras estrellas, o B.N.E., como a veces nos referimos a ellas. ¡Si existe de verdad el súper arte, aquí tenemos todo un ejemplo!

»Por cierto, los resultados de sus pruebas, a algunas de las cuáles aún está usted por someterse, van a ser positivos. Si cree que un virus intestinal es un fastidio, espérese unos cuantos meses. Así que piense rápido, señor. En cualquier caso, dispondremos una nueva entrevista con usted. Y recuerde: usted nos buscó a nosotros. ¿O era al revés?

»Como ya habrá notado, todo este negocio artístico solo logrará mantenerlo en marcha hasta que quede sin palabras ante las realidades y funciones de… Bueno, asumo que ya sabe lo que quiero decir. Yo mismo me vi forzado a comprenderlo, y soy consciente del golpe que puede llegar a suponer. De hecho, fui yo quien inventó el apelativo para nuestra organización, tal y como se la conoce en estos momentos. Aunque no es que le dé ninguna importancia a los nombres, y tampoco debería dársela usted. Nuestra compañía es mucho más antigua que su propio nombre, o que cualquier otro nombre, ya puestos. (Y cuántos ha tenido a lo largo de los años: las Diez Mil Cosas, Anima Mundi, Nethescurial). Debería usted sentirse orgulloso de que tengamos reservado un papel especial a su talento. Con el tiempo se olvidará a usted mismo en el trabajo, como nos ha pasado a todos antes o después. En lo que a mí respecta, sigo en marcha con numerosos seudónimos, ¿pero cree que soy capaz de recordar quién fui en realidad? Un hombre de teatro, eso parece plausible. Posiblemente fuera el padre de Fausto o de Hamlet. O simplemente Peter Pan.

»Para terminar, espero de corazón que considere seriamente la oferta de unirse a nosotros. Podemos hacer algo respecto a su predicamento médico. Podemos hacer prácticamente cualquier cosa. En caso contrario, me temo que lo único que podré hacer será darle la bienvenido a su propio infierno privado, que será tan horroroso como pueda imaginárselo».

La carta la firmaba el doctor Theodore Groddeck, y su pronóstico de mi salud física era correcto. Me he realizado más pruebas en el hospital y los resultados son funestos. Durante varios días y sus insomnes noches he considerado las alternativas que me propuso el doctor, así como otras de mi propia cosecha, y aún tengo que tomar una decisión respecto al rumbo a seguir. La conclusión que no para de imponerse es que no importa la decisión que tome o deje de tomar. Nunca puedes anticipar el Teatro… ni ninguna otra cosa. Nunca puedes saber a lo que te estás acercando, o qué es lo que se acerca a ti. Muy pronto, mis pensamientos perderán

toda claridad y ya no seré consciente siquiera de que tenga que tomar una decisión. Las blandas y negras estrellas ya han comenzado a cubrir el firmamento.

El arte perdido del crepúsculo

1

La dibujé o, bueno, al menos traté de hacerlo. La pinté al óleo, con acuarela, e incluso la pintarrajeé sobre una ventana junto a la que me situé para revivir el fulgor del objeto original. Y siempre en abstracto. Nunca la verdadera puesta del sol en los cielos primaverales, otoñales o invernales; nunca una luz sepia en descenso sobre el horizonte desgastado de un lago, ni siquiera del lago al que me gusta mirar desde la terraza de mi vieja mansión. Pero mis Crepúsculos no eran solo una abstracción, de serlo no supondrían más que una cuestión de técnica, un método diseñado para deshacerse de la parte vulgar del mundo real. Eso hace que otros pintores abstractos puedan asegurar que sus lienzos no representan nada. Probablemente tengan razón: una raya rojo violeta no es más que una raya rojo violeta, una mancha de negro sin matices equivale a una mancha de negro sin matices; y, por el contrario, el color puro, la luz pura, las líneas puras con sus ritmos y la forma pura en general, tendrían todos ellos mucho más sentido que eso. Pero esos otros pintores solo han contemplado sus dramas de figuras y sombras; yo —y es imposible insistir sobre esto demasiado enérgicamente— he estado allí. De hecho, mis abstracciones crepusculares representaban alguna realidad, en alguna parte, en algún momento: representaban una zona formada por palacios de un color leve y áspero, elevados junto a océanos de un estampado centelleante y bajo cielos tristemente iluminados, representaron una zona en la que el propio visitante llega a transformarse en una esencia formal, en una presencia luminosa, o en un ser libre de substancias; en un ciudadano de lo abstracto. Y una zona (no puedo ampliar suficientemente mi desesperación en este punto, por lo que no trataré de hacerlo) que no volveré a conocer.

Hace solo algunas semanas estaba sentado afuera en la terraza, contemplando cómo caía el sol matinal del otoño sobre el lago que antes he mencionado, mientras hablaba con tía T. Sus tacones repiqueteaban de forma grácil sobre las baldosas. De pelo plateado, vestía con un atuendo gris y un aparatoso pañuelo que le llegaba hasta la mandíbula inferior. En su mano izquierda sostenía un largo sobre, abierto con esmerada precisión, y en su mano derecha la carta que este había contenido, doblada en secciones como si se tratara de un tríptico.

—Quieren verte —me dijo haciendo un gesto con la carta—. Quieren venir aquí.

—No lo creo —contesté, y con escepticismo di la vuelta a mi silla para contemplar la luz del sol que, a través de los desniveles de la hierba, se extendía en largos haces de luz como si fueran pasillos de una catedral.

—Si por lo menos leyeras la carta… —insistió.

—Está en francés ¿no? No puedo leerla.

—No creo que sea verdad, a juzgar por esos libros que sueles apilar en la biblioteca.

—Da la casualidad de que esos son libros de arte. Solo miro las imágenes.

—¿Te gustan las imágenes, André? —preguntó en su mejor tono irónico—. Yo tengo una imagen ti. Es esta: se les va a permitir venir y estar con nosotros tanto tiempo como quieran. Son una familia con dos niños, y por lo que se menciona en la carta, incluso una hermana soltera. Han venido desde Aix-en-Provence para visitar América, y durante su viaje desean ver a su único pariente de sangre que aún está vivo. ¿Comprendes esta imagen? Ellos saben quién eres, y lo que es más, dónde estás.

—Me sorprende que quieran visitarme, son los únicos.

—No, no son los únicos. Proceden del lado de la familia de tu padre. Los Duval —explicó—. Aunque conocen todo sobre ti, digamos que… —al llegar a este punto tía T. consultó la carta por una momento— son *sans préjugé*.

—La generosidad de semejantes criaturas me hiela la sangre. Qué canallas. Hace veinte años esa gente le hizo a mi madre lo que le hizo, y ahora tienen la desfachatez, la desfachatez de decir que no tienen prejuicios contra mí.

Tía T. se aclaró la garganta mientras me hacía un gesto de advertencia para que me callara, precisamente porque para entonces Rops salía a la terraza llevando una bandeja que contenía un juego de vasos. Yo le había puesto el apodo de Rops porque, al igual que el artista, nunca dejaba de obsequiarme con unos andares arrastrados propios de una casa de muertos.

Se acercó como un cadáver a tía T. y le sirvió su aperitivo vespertino.

—Gracias —le dijo ella mientras cogía un vaso de contenido anubarrado.

—¿Algo para usted, señor? —me preguntó entonces, sujetando la bandeja con el pecho como si fuera un escudo de plata.

—Cada vez que me veas ten preparada una bebida, Rops —le respondí—. Cada vez.

—André, compórtate. Eso es todo, gracias.

En pocas zancadas Rops desapareció de nuestra vista.

—Ya puedes continuar tu discurso —dijo tía T., indulgente.

—Estoy en ello, pero ya sabes cómo me siento —contesté mientras, a falta de un refresco corriente, dejaba la mirada perdida en la lejanía del lago y me bebía la oscura atmósfera del crepúsculo.

—Sí, sé cómo te sientes, pero siempre has estado equivocado. Siempre con esas románticas ideas acerca de que tú y tu madre, descanse en paz, habéis sido victimas de una monstruosa injusticia. Pero las cosas no son como te empeñas en creer. No fueron unos campesinos analfabetos los que, podría decirse, salvaron a tu madre; fueron unos ricos y sofisticados miembros de su propia familia. Y no hubo ninguna

superstición, pues lo que creían acerca de tu madre era verdad.

—Verdad o mentira —repliqué—. Creían lo increíble, actuaban en función de ello, y a eso lo llamo yo superstición. ¿Qué motivo podría…?

—¿Qué motivo? Tengo que decirte que en aquel tiempo tú no estabas en situación de juzgar motivos, puesto que no eras más que un abultamiento dentro del cuerpo de tu madre. Pero yo sí estaba allí. Vi a «los nuevos amigos» que se había hecho, esa «aristocracia de sangre», tal y como ella la llamaba en contraste con la riqueza que duramente se había ganado su propia gente. Pero no la juzgo, nunca lo he hecho. Después de todo, acababa de perder a su marido, tu padre era un buen hombre y es una lástima que no llegaras a conocerlo, y encima llevaba un niño dentro, el hijo de un hombre muerto… Estaba aterrorizada, confundida, y por eso se apresuró a regresar a su tierra natal y su familia. Quién puede culparla de haber actuado irresponsablemente. Aunque no deja de ser una pena que pasara, especialmente para ti.

—No sabes cómo me alivias con tus palabras, tiíta —dije, ahora con un lamentable sarcasmo.

—Bien, me tienes a tu lado tanto si quieres como si no. Creo que te lo he demostrado durante años.

—Desde luego que lo has hecho —convine, y en cierto sentido lo hice con sinceridad.

Tía T. apuró el resto de su bebida, y una pequeña gota, de la que no se había percatado, se derramó desde un lado de su boca como una perla brillante en la luminosidad crepuscular.

—Cuando tu madre no vino a casa una noche, aunque debería decir una mañana, todos sabían lo ocurrido, pero nadie dijo nada. Y, contrariamente a tus ideas acerca de sus supersticiones, durante algún tiempo no fueron capaces de creer la verdad de lo sucedido.

—Fue un detalle por vuestra parte dejar que siguiera desarrollándome durante un tiempo, a pesar de que en ese momento decidíais cuál era el mejor modo de capturar a mi madre.

—Voy a ignorar ese comentario.

—No tengo ninguna duda al respecto.

—Como bien sabes, nosotros no capturamos a tu madre. Esa es otra de tus fantasías persecutorias. Ella vino a nosotros, ¿o no fue así?, arañando las ventanas en plena noche…

—Te puedes saltar esa parte, ya la…

—… hinchada por todas partes como la luna llena. Muy extraño, teniendo en cuenta que eras tan pequeño que, de haber nacido en esa época, habrías sido considerado un bebé prematuro de alto riesgo; no obstante, cuando seguimos a tu

madre de vuelta al mausoleo de la iglesia local en el que se tendía durante las horas del día, cargaba con todo el peso de su embarazo. El cura se espantó al ver que, por decirlo así, había estado en la inopia acerca de su situación. Fue él precisamente, y no tanto alguien de la familia de tu madre, quien pensó que no debíamos permitir que fueras traído al mundo. Y fue su mano la que al final liberó a tu madre de la compañía de sus nuevos amigos. Inmediatamente después ella empezó a parir, justo en el ataúd en el que estaba tumbada. La cantidad de sangre era terrible. Sí…

—No es necesario que…

—… capturamos a tu madre, pero deberías estar agradecido de que yo estuviera en aquella ceremonia. Tuve que sacarte esa misma noche del país, y volver a América. Yo…

En ese momento pudo ver que ya no la escuchaba, pues me había distraído siguiendo los voluptuosos cambios de la puesta del sol. Cuando dejó de hablar y participó de aquellas vistas, dije:

—Gracias, tía T., por ese bonito cuento. Nunca me canso de escucharlo.

—Lo siento, André, pero quería recordarte la verdad.

—¿Qué puedo decir? Soy consciente de que te debo la vida, ni más ni menos.

—No es eso lo que quiero decir. Me refiero a la verdad sobre lo que llegó a ser tu madre y lo que eres tú ahora.

—No soy nada. Soy completamente inofensivo.

—Por eso mismo es por lo que debemos dejar que los Duval vengan y se queden con nosotros. Para mostrarles que el mundo no tiene nada que temer de ti, que es lo que yo creo que vienen a averiguar. Ese va a ser el mensaje que llevarán a tu familia en Francia.

—¿De verdad crees que vienen por eso?

—Sí. Y además creo que, si no les dejamos venir, podrían crearte bastantes problemas, y a mí también.

Me levanté de la silla mientras las sombras del desfalleciente atardecer se hacían más profundas. Me acerqué a tía T. y me quedé de pie contra la piedra de la barandilla de la terraza; entonces le susurré:

—En ese caso, déjalos venir.

2

Soy un vástago de la muerte, descendiente de lo difunto, progenie de fantasmas. Mis ancestros son ilustres multitudes de fallecidos, grandiosas e innumerables. Mi linaje es más extenso que el tiempo. Mi nombre se escribe con fluido embalsamado en el libro de la muerte. Mi nombre es un nombre noble.

En la familia más cercana, el primero en encontrarse con su creador fue mi propio

creador, que descansa en la tumba del misterioso padre. Y en cualquier caso, mientras ese hombre trataba de engendrarme, daba su último aliento en este mundo antes de que yo sacara el mío. Fue derrocado de un solo golpe, su primer y último golpe. En esos momentos finales, según me han contado, sus irregulares y delicadas ondas cerebrales hicieron unos extraños movimientos de un lado al otro del monitor EEG. El mismo doctor que le dijo a mi madre que su marido ya no estaba entre los vivos también le informó, precisamente el mismo día, de que estaba embarazada. Pero no fue esta la única coincidencia mordaz en la vida de mis padres. Ambos pertenecían a familias acomodadas de Aix-e-Provence, en el sur de Francia. Sea como sea, su primer encuentro no tuvo lugar en el viejo mundo sino en el nuevo, en la universidad americana a la que ambos asistían. Y fue así como dos vecinos cruzaron el frío océano para encontrarse en un curso obligatorio de ciencias. Más tarde, cuando compararon los detalles de su procedencia común, supieron que se habían encontrado por destino en el trabajo. Se enamoraron el uno del otro y también de su nueva patria. Posteriormente se mudaron a un rico y prestigioso barrio (cuyo nombre o situación rehúso mencionar, pues aún resido en él y, por razones que pueden resultar obvias, debo mantener discreción). Durante años, la pareja vivió satisfecha, pero después mi directo antepasado varón murió justo después de alcanzar la paternidad y se convirtió en padre para el que sería su hijo.

Un vástago de la muerte.

Y, por qué no, alguien podría decir que nací de una madre viva; como si durante mi llegada a este mundo me hubiera vuelto y hubiera clavado mi mirada en el fulgor de un par de relucientes ojos maternales. Pero no fue así, como creo que evidencia mi anterior conversación con mi querida tía T. Viuda y embarazada, mi madre había escapado a Aix en busca de la comodidad de los bienes de la familia y de una vida aislada. Pero continuaré con esto más adelante. Antes no puedo evitar decir unas pocas palabras sobre mi patria ancestral.

Aix-en-Provence, donde nací pero nunca viví, tenía muchos vínculos conmigo, aunque necesariamente fueran de segunda mano. Pero en todo caso, no es solo una conexión entre Aix y mi propia vida lo que mantiene en mi imaginación tan poderoso asidero, sino una imperecedera *ideé fixe* que, de hecho, tenía más que ver con un puñado de hechos desconocidos de la historia de la región. Concretamente unos hechos que fueron recogidos por dos sucesos históricos que, en honor a la verdad, se hallan separados por siglos, e incluso por épocas, unos hechos que tuvieron lugar en diferentes situaciones anímicas y unos hechos que son, en consecuencia, dos mundos aparte. A pesar de lo cual, desde cierto punto de vista, a alguien le podrían parecer dos opuestos inseparables. El primer hecho se trata de lo siguiente: en el siglo XVII tuvo lugar la posesión de las monjas del convento ursulino de Aix por parte de varios demonios. Pronto llegó la excomunión a las desafortunadas hermanas, las cuales, por

obra y gracia de Grésil, Sonnillon y Vérin, habían sido seducidas para que blasfemaran. El *Dictionnaire infernal Plancy* caracteriza a estos demonios respectivamente, en palabras de un traductor desconocido, como «aquel que resplandece horriblemente como un arco iris de insectos», «aquel que se estremece de manera espantosa» y «aquel que se mueve con un peculiar movimiento rastrero». De estos seres de movimientos y colores extraños incluso existen allí grabados, aunque desgraciadamente son estáticos y están en blanco y negro. ¿Cómo es posible? ¿Qué clase de gentes eran —tan estúpidas y obtusas— que podían tener devoción por semejante absurdo? ¿Es que alguien puede penetrar en la ciencia de la superstición? (Pues, como un poeta del mal garabateó una vez, la superstición es la reserva de todas las verdades). Esta es, en definitiva, una parte de mi imaginada Aix. La otra parte, y segundo dato histórico que ofrezco, es sencillamente el nacimiento en 1839 de su más prominente ciudadano: Cézanne. Mi obsesión por su figura incita a mi cerebro a deambular por la campiña provenzal en busca de sus hermosos cuadros.

Estos son, en definitiva, los dos aspectos de mi Aix personal. Juntos, se funden en una sola imagen, tan grotesca y coherente como un panteón de gárgolas en medio del esplendor de una iglesia medieval.

Así era el mundo al que mi madre emigró, hace algunas décadas, el mundo de horror y belleza de Notre Dame. No cabe duda de que mi madre fue seducida por la sociedad de aquellos extraños maravillosos que le prometieron escapar de una vida mortal dominada por el desasosiego y el sufrimiento, y que al hacerlo la llevaron al exilio. Tengo entendido, por lo que cuenta tía T., que todo empezó en una fiesta de verano en la finca de Ambrosie y Paulette Valraux. «El bosque encantado», tal y como se conocía este lugar entre las *hautes classes* de la vecindad. La noche de la fiesta era tan perfectamente moderada como la atmósfera de los sueños, en la que uno raramente nota bochorno o frío glaciar. Se colgaron farolillos en lo alto de los tilos, luces que conducían a un cielo anunciado. Una orquesta tocaba.

Había gran variedad de gente en la fiesta. Y, como de costumbre, se presentaron algunas personas que nadie parecía conocer, desconocidos exóticos cuya invitación era su propia elegancia. En aquel momento tía T. no les prestó atención, por lo que su descripción es más bien imprecisa. Uno de ellos bailó con mi madre, sin que le preocupara instar a una viuda a salir de su retiro social. Otro, de ojos enigmáticos, le susurró cerca de los árboles. Esa noche se formaron alianzas y se hicieron promesas. A partir de entonces mi madre empezó a salir sola para reunirse tras la caída del sol. Más tarde, dejó de venir a casa. Teresa —enfermera, confidente y doncella personal que mi madre se había traído consigo desde América— quedó dolida y desconcertada por las frías humillaciones que en los últimos días recibió de su dueña. La familia de mi madre se mostró cuidadosamente reservada acerca de aquel reciente cambio de comportamiento (y más en el estado en que se hallaba, *mon Dieu*!). Nadie supo qué

medidas tomar. Entonces fue cuando algunos sirvientes dijeron haber visto una mujer pálida embarazada que, al llegar la oscuridad, se escondía fuera de la casa.

Ya al final, la familia depositó su confianza en un sacerdote que sugirió una opción que no sería discutida por nadie, ni siquiera por Teresa. Se apostaron a la espera de mi madre cual cazadores de almas llamados por la justicia. Siguieron el movimiento vago de su silueta al regresar al mausoleo ante un inminente amanecer. Retiraron la gran piedra que cubría el sarcófago y la hallaron dentro. «*Diabolique*», exclamó uno de ellos. Discutieron acerca de cuántas veces y en qué lugares se le debía incrustar la estaca. Al final lo hicieron en el corazón, y clavaron una sola al lecho de cuero en el que estaba tendida. Pero, ¿qué hacer con el niño? ¿Cómo sería? ¿Un santo defensor de lo vivo o un monstruo de la muerte? (¡Ninguna de las dos cosas, estúpidos!). Afortunada o desafortunadamente, nunca he estado seguro de cuál. Teresa estaba con ellos y aceptó sus sesudas especulaciones. Alargó los brazos hacia el colchón de sangre y me ayudó a nacer. Yo era heredero de la fortuna familiar y, por esta razón, Teresa me llevó de vuelta a América. Supo gestionar el asunto con extremo provecho personal, pues convino, junto a un compasivo y avaricioso abogado, que ella iba a ser la administradora legal de mi fortuna. Esto requería algunos actos de magia con las identidades, como era el que Teresa, por razones personales que nunca he puesto en tela de juicio, de sirvienta de mi madre pasara a ocupar el lugar de hermana póstuma de ésta. Y así fue como se convirtió en tía T., bautizada como tal el mismo día en que yo llegué al mundo.

Naturalmente, todo esto ha marcado un destino en la historia de mi vida, una vida que, no obstante, no contiene más vida que historia. No se trata de una historia de cine, ni novelesca; no valdría para componer un solo poema de modesta longitud. Podría acaso servir para una pieza de música moderna: una lenta, un canto palpitante como el latido aletargado de un corazón prematuro. Mejor aún, el retrato de mi vida podría ser como una pintura abstracta: un mundo crepuscular, difuminado en sus márgenes y sin centro o lugar al que enfocar; un puente sin orillas; un túnel sin entradas; una existencia pura y simplemente crepuscular. Sin cielo y sin infierno, solo un espacio silencioso entre la histeria de la vida y la tenaz oscuridad de la muerte. (Y así es, lo que más amaba del crepúsculo era esa sensación con la que uno mira con desprecio hacia la oscuridad del ocaso, pero no porque se trate de algo pasajero sino porque, en realidad, no hay nada ni antes ni después de él: lo que muestra es todo lo que es). Mi vida nunca ha tenido un principio, y por eso pensé que tampoco iba a tener un final, pero estaba equivocado.

En fin, ¿cuál fue la respuesta a aquellas cuestiones formuladas precipitadamente por los monstruos que acechaban a mi madre? ¿Se dotaría a mi naturaleza de alma humana o de alma vampírica? La respuesta: de ninguna de las dos. Existí entre dos mundos y tuve pocas quejas sobre los valores activos y pasivos de ambas. Ni vivo ni

muerto, ni no-vivo ni no-muerto, sin tener nada que ver con tan aburridas polaridades, tan fastidiosos opuestos, que además, en última instancia, no eran más distintos uno de otro que un par de estúpidos monocigotos. Dije no a la vida y a la muerte. No, señor Brote Primaveral. No, señor Gusano. Y sin decir siquiera hola o adiós, simplemente evité su compañía y desprecié sus atractivas invitaciones.

Desde luego, al principio tía T. intentó cuidar de mí como si yo fuera un niño corriente. (Casualmente, puedo recordar con total precisión cada momento de mi vida desde que nací, desde que mi existencia tomó la forma de un momento sin interrupciones, sin un ayer para olvidar ni un mañana por venir). Trató de darme comida normal, que vomité sin hacer excepciones. Más adelante me preparó una especie de puré de carne, que ingerí y digerí, aunque sin acostumbrarme nunca a él. Jamás le pregunté con qué lo había elaborado, pues a tía T. no le importaba gastar dinero, y yo sabía lo que el dinero podía comprar en forma de comida inusual para una criatura fuera de lo común. Supongo que llegué a acostumbrarme a una alimentación similar mientras crecía en el vientre de mi madre, una variedad de tipos de sangre suministrada por los ciudadanos de Aix. Pero nunca tuve un apetito demasiado grande para la comida carnal.

Mucho más fuerte fue mi hambre de una clase de alimento trascendental, un festín para la mente y el espíritu: el banquete astral del arte. Con esto me alimenté. Y tuve no pocos chefs para planificar el menú. A pesar de que vivíamos exiliados del mundo, tía T. no descuidó mi educación. Por razones de apariencia y de legalidad, obtuve diplomas de las escuelas privadas más prestigiosas del mundo (diplomas que, por cierto, también el dinero puede comprar). Pero mi verdadera educación fue mucho más privada que esa. Se contrató a verdaderos genios para que fueran mis tutores en casa, y estos estuvieron encantados de enseñar a un niño inválido que, a pesar de ello, prometía ser excepcional.

Por medio de una educación personal, escudriñé las artes y las ciencias. Sí, aprendí a citar a mis poetas franceses,

> *Fina inmortalidad negra y dorada,*
> *consuelo de guirnaldas que dañan la vista.*
> *La bonita mentira del vientre de una madre,*
> *la artimaña piadosa, ¡para ella está la tumba!*

aunque generalmente traducidos, pues algo hizo que me mantuviese siempre lejos de alcanzar más allá de un nivel de principiante en lenguas extranjeras. En todo caso dominé la gramática, cada dialecto o lengua del *ojo* francés. Pude leer el mundo interior de Redon (que estuvo a punto de nacer en América), su *grand isolé* paraíso de oscuridad. Comprendí sin esfuerzo el mundo exterior de Manet y los

impresionistas, ese lenguaje secreto hecho de luz. Y pude incluso descifrar las palabras imposibles de los surrealistas, esas retorcidas galerías donde hay sombras brillantes que se unen a la carne podrida del arco iris.

Concretamente me acuerdo de un hombre llamado Raymond, que me enseñó la técnica rudimentaria del artista de óleos. Recuerdo vivamente haberle mostrado un trabajo que había realizado sobre el fenómeno sagrado que presenciaba en cada puesta del sol. Y sobre todo me acuerdo de la expresión de sus ojos, como si hubiera presenciado el alzamiento de una cortina que estuviera ocultando alguna atrocidad. Se ajustó distraídamente sus delicadas lentes y las movió de un lado a otro alrededor del tabique nasal. Pasó la atención del lienzo a mi persona una y otra vez. Su único comentario fue: «las figuras… No se supone que los colores deben perderse de esa manera. Alguno… No, es imposible». En ese momento pidió usar el cuarto de baño. Al principio pensé que con ese gesto apreciaba de un modo simbólico mi cuadro. Pero era un hombre bastante reservado y lo único que pude hacer fue indicarle el camino hacia el excusado más cercano, en un tono igualmente sobrio. Salió de la habitación con los dos primeros dedos de la mano derecha sobre la muñeca de la otra. Después de esto, nunca más volvió.

Este es, en pocas palabras, el boceto de mi mediocre existencia: crepúsculo tras crepúsculo tras crepúsculo. Y en toda esa confusión temporal me pregunté, aunque solo ocasionalmente y por poco tiempo, si yo también poseía el mismo potencial de inmortalidad que mi madre no-muerta antes de que su vida fuera abortada y yo naciera. Aunque no es una cuestión que realmente preocupe a alguien que existe más allá, por debajo, por encima, entre medias (triunfantemente al margen) de los mundos en colisión de padres humanos y madres ultraterrenas.

Ahora tenía curiosidad por saber (cómo explicarlo, dado que es algo que se disimula) cómo sería mi modo antinatural de ser desde el punto de vista de los parientes que me visitaban. A pesar de la hostilidad que mostraba hacia ellos delante de tía T., deseaba que se llevaran una buena imagen de mí de vuelta al mundo real, aunque solo fuera para mantener dicha imagen alejada de mi propio mundo en el futuro. Durante los días previos a su llegada, llegué a pensar en mí como en un personaje sin duda corriente en las historias góticas: el extraño que habita en la misteriosa torre de una casa, esa figura tenebrosa para encontrar a la cual el héroe recorre largas distancias, un alma oscura que esconde sus horrores. En resumen, un individuo medieval que vive perpetrando misteriosos actos en santuarios secretos. Y esperaba que, en contraste, pronto tuvieran la imagen acertada de mí, la de una impotencia absoluta, sin ningún ímpetu. Y era así como iba a ser.

A pesar de todo, en ningún momento precipité el hecho de ser llamado para enfrentarme a los fenómenos casi olvidados del vampirismo, a ese defecto que se hallaba en el fondo del retrato de familia.

3

La familia Duval, y la hermana aún doncella, iban a llegar en un vuelo nocturno al que esperaríamos en el aeropuerto. Tía T. pensó que me vendría bien hacerlo así, debido a mi tendencia a dormir la mayor parte del día y a levantarme con la caída del sol. Sin embargo, en el último momento sufrí un grave ataque de pánico: la muchedumbre. Apelé a tía T., que sabía que la muchedumbre era el talismán más poderoso del mundo contra mí, si es que hacía falta alguno. Se dio cuenta de que yo no sería capaz de servir como comité de bienvenida, y por eso Gerald, el hermano más joven de Rops, un hombre de unos 75 años, se fue con ella sola hacia el aeropuerto. Sí, prometí a tía T. que sería sociable y saldría al encuentro de todos tan pronto viera vibrar las luces del gran coche negro por nuestra calle privada.

Pero no iba a hacerlo y no lo hice. Me dirigí a mi habitación y me quedé adormecido con un programa de la televisión que había puesto sin sonido. Mientras los colores bailaban en la oscuridad, yo me sumergía más y más en un estado de somnolencia antisocial. Por último, di instrucciones a Rops, por medio del intercomunicador, para que informara a tía T. y compañía de que no me encontraba muy bien y necesitaba descansar. Esto, pensé, estaría en consonancia con la fachada de una enfermiza inocuidad, y, aún mejor, con la de una persona totalmente normal. Un durmiente nocturno. «Muy bien», podía oírles decir en su alma. Y entonces, lo juro, apagué la televisión y realmente dormí en una auténtica oscuridad.

No obstante, las cosas se volvieron menos reales en algún punto de la profundidad nocturna. Debí de haberme dejado encendido el intercomunicador, pues oí débiles voces metálicas procedentes de la pequeña caja que hay colgada en la pared de mi habitación. En mi estado de somnolencia no llegó a ocurrírseme que podía sencillamente levantarme y hacerlas desaparecer apagando la caja horrible. Pues, de hecho, tenía un aspecto horrible. Las voces hablaban en una lengua extranjera que no era el francés, como cabía esperar. Algo más extraño que el francés. Quizá una mezcla entre la conversación de un maníaco que hablara en sueños y el sonido estridente de un murciélago. Escuché a las voces cuchichear y cuchichear unas con otras hasta que, al final, caí profundamente dormido una vez más. Antes de que me despertara, por primera vez en mi vida con la luz resplandeciente de la mañana, aquel diálogo había terminado.

La casa estaba en silencio. Incluso los sirvientes parecían tener tareas que los mantenían inaudibles e invisibles. Aproveché que estaba despierto a esas horas de la madrugada para merodear sin ser visto alrededor del viejo lugar, imaginando que todos lo demás estarían todavía en la cama tras su larga y, en cierto modo ruidosa, noche. Las cuatro habitaciones que tía T. había preparado para nuestros invitados tenían las grandes puertas cerradas: una para el papá y la mamá, otras dos cerradas

para los niños, y una fría alcoba que había al final del pasillo para la hermana soltera. Me detuve un momento frente a cada habitación y estuve atento a los reveladores cantos de la somnolencia, con la esperanza de llegar a conocer mejor las relaciones con mis parientes por sus ronquidos, silbidos y gruñidos entre sus respiraciones. Sin embargo no armaban mucho alboroto, apenas hacían algún ruido, a pesar de que se contestaban los unos a los otros y producían un sonido peculiar que parecía emitido por una misma cavidad. Se trataba de un jadeo extraño, procedente de la parte trasera de la garganta, la aspereza de un demonio tuberculoso. Habiendo asistido a una chismería de extrañas cacofonías la noche anterior, pronto abandoné mis indagaciones.

Pasé el día en la biblioteca, donde noté que las altas ventanas habían sido diseñadas para proporcionar la máxima luz natural posible con la que leer. Fuera como fuese, descorrí las cortinas y me quedé en las sombras para descubrir que la salida del sol no era tanto como se decía de ella. No me resultó fácil leer allí, pues tenía la sensación de que en cualquier momento oiría pasos extraños que bajaban la escalera de doble barandilla y cruzaban el tablero de ajedrez negro y blanco de mármol del vestíbulo/ para tomar posesión de la casa. Sin embargo, a pesar de mis temores y de mi creciente estado de incomodidad, la familia no llegó a aparecer.

Llegó el ocaso y aún no había rastro de mamá y papá, ni del hijo y la hija de ojos soñolientos, ni tampoco de la hermana recatada que comenta asombrada la inusual duración de su bonito sueño. Ni siquiera había ni rastro de tía T. Supongo que habían tenido suficiente con la noche anterior, y en todo caso no me importaba estar solo en la penumbra. Descolgué las cortinas de las tres ventanas que daban al oeste y vi que cada una de ellas bosquejaba la misma escena en el cielo, en mi *Salón d'Automme* privado.

No era un crepúsculo corriente. Como había estado sentado detrás de velados cortinajes durante todo el día, no me había dado cuenta de que se avecinaba una tormenta y de que gran parte del cielo se había convertido en la sombra exacta de los viejos trajes con armaduras que uno encuentra en los museos. Al mismo tiempo, unos fragmentos de resplandor se engarzaban en una disputa territorial con el recién llegado ónice de la tormenta. La luz y la oscuridad se entremezclaban por extraños caminos que iban hacia arriba y hacia abajo. Las sombras y los brillos del sol se confundían, y pasaban como un rayo por el paisaje con una impronta de resplandor y penumbra que no parecía ser de este mundo. Las nubes claras se plegaban entre las negras, en un terreno del cielo que no parecía ser el cielo de los hombres. Los árboles otoñales tomaron la apariencia de esculturas creadas en sueños, con sus troncos y ramas de color plomizo y con sus hojas de un rojo metálico, todos ellos encerrados en un momento infinito y ajeno a la vida que, en su singularidad, se encontraba fuera del tiempo. El lago gris rieló lentamente y cayó en un sueño inerte, mientras se daba

codazos inconscientes contra su rompiente de piedra aletargada. Fue una escena de contradicción y ambivalencia, pero sobre todo de una bruma tragicómica. Una tierra de un crepúsculo perfecto.

Me encontraba en plena exaltación: finalmente el crepúsculo había llegado hasta la tierra, y hasta mí. No tenía otra alternativa, necesitaba huir e introducirme en aquella atmósfera enrarecida. Dejé la casa, me dirigí al lago y me quedé en la ladera de hierba espigada que llegaba hasta él. Levanté la mirada para clavarla en los tonos opuestos del cielo a través de los árboles. Me quedé con las manos en los bolsillos, sin tocar nada excepto con los ojos.

No pensé en volver a la casa hasta que transcurrió al menos una hora. Para entonces estaba oscuro, si bien no recuerdo el paso del ocaso a la noche, aunque esto podía deberse a que el ocaso carece de ostentosos finales. No se veían las estrellas. Algunas nubes de tormenta se habían aproximado y habían encapotado el cielo. Incluso empezaban a hacer tentativas de descargar unas gotas de lluvia. Retumbó un trueno y me vi forzado a volver a la casa, traicionado una vez más por la noche.

En el vestíbulo los llamé por sus nombres en tono interrogativo. «¿Tía T.? ¿Rops? ¿Gerald? ¿M. Duval? ¿Madame?». Pero todo seguía en silencio. ¿Dónde estaba todo el mundo?, me pregunté. No podían estar todavía dormidos. Pasé de habitación en habitación sin encontrar ningún signo de su presencia. El polvo de un día descansaba sobre todas las superficies. ¿Dónde estaban los sirvientes? Por fin abrí la doble puerta del comedor. ¿Había llegado tarde a la cena que tía T. había planeado en honor de los familiares que nos visitaban?

Eso parecía. Pero, si tía T. alguna vez me había dado a probar la fruta prohibida de carne y sangre, nunca lo había hecho directamente de las ramas, jamás había tomado la savia del mismo árbol de la vida. Sin embargo, allí todavía yacían esparcidos los restos de tales festines. Era el cuerpo destrozado de tía T., si bien apenas habían dejado suficiente carne en los huesos para identificarla. El grueso lino blanco estaba coagulado como una venda desenvuelta.

—¡Rops! —grité—. ¡Gerald, quien sea!

Aunque sabía que los sirvientes ya no se encontraban en la casa, y que estaba solo.

No completamente solo, desde luego. Lo cual enseguida se hizo patente en mi cerebro, que se sumergió en su modalidad de total oscuridad. Me encontraba en compañía de cinco figuras negras hincadas en las paredes y que pronto empezaron a deslizarse a lo largo de sus superficies. Una de ellas se separó y vino hacia mí, una masa sin peso que noté helada al tratar de expulsarla atravesándola con la mano derecha. Otra la siguió, descolgándose de la puerta en la que colgaba cabeza abajo. Una tercera dejó una marca blanquecina sobre el papel de la pared en el que estaba pegada como una babosa, al soltarse para disfrutar del ataque. Fue entonces cuando

vino el resto; bajaron desde el techo, cayeron sobre mí, que en ese momento me movía torpemente en círculos y agitaba los brazos. Salí corriendo de la habitación, pero aquellas cosas me tenían rodeado. Dirigieron mi huida, primero hacia el vestíbulo, y después escaleras arriba. Al final me cercaron en una pequeña habitación, un diminuto lugar polvoriento en el que no había estado desde hacía años. Sobre las paredes había animales de colores que jugueteaban, osos azules y conejos amarillos. También había muebles en miniatura cubiertos con sábanas grisáceas. Me escondí detrás de los altos barrotes de una pequeña cuna de marfil, pero me encontraron y me encerraron. No lo hacían movidos por el hambre, ya que acababan de darse un festín. No los impulsaba el deseo de sangre de un asesino, dado que actuaban metódicamente y con cautela. Se trataba de una simple reunión familiar, un encuentro sentimental. Entonces comprendí cómo los Duval podían ser *saris préjugé*: ellos eran peores que yo. Yo, que no era más que un bastardo, un híbrido, un simple mulato del alma: ni un humano de sangre caliente ni un demonio empapado de sangre. Y ellos, en cambio, a pesar de venir de la parte del mapa que se llama Aix, eran la pura casta de la familia.

Y vaciaron mi cuerpo seco.

4

Cuando recobré la conciencia, todavía estaba oscuro y había una enorme cantidad de polvo en mi garganta. No era exactamente polvo, por supuesto, sino una extraña sequedad que nunca antes había experimentado. Y hubo otra experiencia nueva: hambre. Sentí como si hubiera un abismo de profundidad infinita dentro de mí, un gran abismo que necesitaba ser llenado, inundado con océanos de sangre. Ahora yo era uno de ellos, resucitado en el interior de una muerte hambrienta. Ahora sabía que me había convertido en todo lo que antes había evitado en mi imposible y blasfemo afán por no estar vivo ni muerto. En una amarillenta cosa voraz, en una bestia con un centenar de deseos de saciar su hambre, en el guardián de los cementerios.

Cada uno de los cinco había bebido de mi cuerpo por cinco fuentes diferentes. Sin embargo, las heridas ya casi estaban cerradas cuando me levanté en las tinieblas, debido a la milagrosa capacidad de cicatrización que tiene la muerte. Para entonces, todos los pisos de arriba estaban sumidos en las sombras y me encaminé hacia la luz que enmarcaba los peldaños más bajos. Un resplandor impresionante iluminó la barandilla de madera en lo alto de las escaleras, desde las que brotaba la oscuridad del segundo piso. Esta visión me inspiró un sentimiento profundo de emoción, para mí desconocido hasta ese momento: un sentimiento de pérdida, aunque una pérdida de algo a lo que no podía dar nombre, como si de alguna manera la privación hubiera ocupado mi futuro.

Mientras descendía las escaleras vi que ya estaban esperando para encontrarse conmigo, de pie en silencio sobre los cuadrados blancos y negros del vestíbulo. Papá de rey, mamá de reina, el niño de caballo, la niña como un pequeño y oscuro peón, la arrogante doncella de alfil, detrás de ellos. Y ahora tenían mi casa, mi castillo, para completar las piezas que faltaban en su lado del tablero, mientras que en el mío no había nada.

—Demonios —grité inclinándome con fuerza sobre la barandilla de la escalera—. Demonios —repetí, pero ellos se mantuvieron horriblemente serenos, quizá al no entender mi arrebato—. Diablos —reiteré en su propia jerga repulsiva.

Sin embargo, tampoco era el francés su verdadera lengua, como averigüé cuando empezaron a hablar entre ellos. Me cubrí los oídos para tratar de suavizar las voces. Tenían un lenguaje propio, un tipo de discurso bien preparado para unos órganos vocales que estaban muertos. Las palabras salían sin aliento, como vagos recitales en la parte trasera de su garganta, como resecas raspaduras en la puerta de un mausoleo. Jadeos áridos y secos gorjeos eran sus dialectos, unas entonaciones anodinas que resultaban especialmente molestas cuando emanaban de la boca de criaturas con forma humana. Si bien, lo peor de todo fue el darme cuenta de que entendía a la perfección lo que estaban diciendo.

El chico dio un paso hacia delante, Me señaló mientras miraba hacia atrás y le hablaba a su padre. Según aquel joven de ojos aunados y labios rosados, yo debía haber sufrido el mismo final que tía T. Con una paciencia autoritaria, el padre le dijo que yo estaba para servir como una especie de guía turística a través de aquella nueva y extraña tierra, para ser el nativo que pudiera mantenerlos a salvo de las dificultades en las que los visitantes, por ser extranjeros, algunas veces se ven envueltos. Además, concluyó grotescamente, yo era un miembro de la familia. El chico se había encolerizado y mostraba una caracterización de su padre increíblemente inmunda. Las cosas que dijo solo podían haber sido transmitidas a través de un excéntrico dialecto seco, un lenguaje que sugería y sabía representar con una repulsiva perfección sentimientos y relaciones de una naturaleza incomprensible, ajena a este mundo. Era un discurso propio del infierno y creado para tratar la cuestión del pecado.

Esto dio lugar a una disputa. La compostura del padre se convirtió en un arrebato demoníaco, y al final doblegó a su hijo con grotescas amenazas sin equivalente en el lenguaje de la malevolencia ordinaria. Después de que se le hiciera callar, el chico se volvió hacia su tía, aparentemente en busca de consuelo. Aquella mujer de mejillas de yeso y ojos hundidos tocó los hombros del chico y, con un solo dedo, lo atrajo hacia sí, guiando su cuerpo como si fuera un globo, sin peso, cual juguete. Hablaron en susurros rápidos, de un modo personal que daba a entender que existía entre ellos una antigua e inimaginable lealtad.

Excitada aparentemente por esta escena, la hija dio entonces un paso hacia delante y utilizó el mismo modo de dirigirse a los demás para captar mi atención. Su madre la contuvo abruptamente con una sola sílaba. Lo que ella llamaba su hija posiblemente podría imaginarse haciendo referencia a los más bajos sectores del mundo humano. Sus propias palabras, sus ahogados chirridos, traían consigo todas las armonías disonantes del otro mundo juntas. Cada articulación perversa era una escandalosa ópera del demonio, un coro que gritaba salmos de blasfemias intricadas y lujurias enigmáticas.

—No me convertiré en uno de vosotros —creí gritarles. Pero el sonido de mi voz era ya mucho más parecido al de ellos que las palabras con significado exactamente opuesto que pretendía pronunciar. De repente la familia dejó de pelearse. Mi cólera los había unido. Todas las bocas, rellenas de cualquier manera con apenas once dientes, como cementerios rurales atestados de losas destrozadas, se abrieron y sonrieron. Podían sentir que mi hambre se hacía más intensa, y ellos pudieron ver profundamente dentro de la polvorienta catacumba de mi garganta, que ansiaba a gritos ser ungida con sanguinolento alimento. Conocían mi debilidad.

Sí, podían quedarse en mi casa. (*Estoy hambriento*).

Sí, podía encargarme de los preparativos y de ese modo cubrir la desaparición de los sirvientes, para algo era un hombre rico que sabía lo que el dinero podía comprar. (*Por favor, familiares míos, estoy hambriento*).

Sí, su seguridad podía ser garantizada, y era perfectamente posible que obtuvieran un asilo permanente. (*Por favor, estoy mortalmente hambriento*).

Sí, sí, sí. Accedí a todo; me ocuparía de todas sus demandas. (*¡Hasta la muerte!*).

Pero primero les rogué, por el amor del cielo, que me dejaran salir y adentrarme en la noche.

La noche, la noche, la noche, la noche. La noche, la noche, la noche.

A partir de entonces el crepúsculo se ha convertido en una alarma, una alerta dañina que me despierta y me deja en una interminable vigilia. En mi nueva lengua hay un sonido para ese momento del día transitorio que precede a las horas de oscuridad. Es un sonido que agrupa curiosas sombras de emociones significativas y sombrías. Ninguna de esas emociones pertenece ya a mi concepto anterior de un paraíso abstracto: el jardín verdadero de encantos ultraterrenos. El nuevo crepúsculo es, en cambio, un ladrón de tumbas severo, clandestino y profanador; una campana que anuncia la muerte, un toque de difuntos para la vida, aquel que alza el telón; el hada que anuncia la muerte, la sirena, un aullido de mujer lobo. Ahora el antiguo crepúsculo está muerto. Incluso estoy aprendiendo a despreciarlo, de la misma manera que aprendo a amar mi vida eterna y mi muerte eterna. Con todo, no le desearía ningún mal al que intentara destrozar mi precaria inmortalidad, pues mi renacimiento me ha mostrado el tormento de los principios, y, por el contrario, la idea

del final ha cobrado en mis pensamientos un significado de tranquilidad. Tampoco podría rebatir a quienes vengaran las almas desangradas de mi pasado o de mi futuro. Sí, de pasado o futuro. Principios y finales. En definitiva, ahora existe el tiempo, que se mide como un perpetuo día de fiesta que consiste solo en orgías de medianoche. Una vez tuve un mundo y una familia; ahora tengo otros nuevos. Una nueva vida, un mundo nuevo. Un mundo que no es ya aquel en el que podía contemplar lánguidamente los crepúsculos rosados, sino otro en el que tengo el deber de extraer ferozmente la sangre de un cuerpo repleto cada noche.

Noche tras noche… Noche tras noche…

El doctor Voke y el señor Veech

Una escalera sinuosa sube rodeada de una oscuridad total, aunque su contorno es visible como el garabato de un rayo grabado sobre un cielo negro; y a pesar de no tener apoyo, no se cae. Ni tampoco termina su ascenso irregular hasta alcanzar el desván donde Voke, el ermitaño, se ha enclaustrado. Alguien llamado Cheev está subiendo la escalera, lo que parece de algún modo molestarle. Aunque la estructura en su totalidad es bastante segura, Cheev parece indeciso al colocar todo su peso sobre el peldaño. Víctima de un vago recelo, asciende acompañado de movimientos extraños y afectados. De vez en cuando mira hacia atrás por encima del hombro hacia los escalones por los que acaba de pasar, como esperando ver allí las huellas de las suelas de sus zapatos, como si los peldaños no estuvieran hechos de madera sólida, sino de arcilla blanda y moldeada. Pero la escalera sigue igual.

Cheev lleva un abrigo largo de un color muy vivo. Las enormes astillas de la barandilla de la escalera a veces se enganchan en las voluminosas mangas, también en las manos huesudas, pero Cheev está más exasperado por los destrozos ocasionados en la ropa cara que por la carne menospreciada. Mientras sube, sorbe un pequeño pinchazo en su dedo índice para evitar mancharse el abrigo de sangre. En el decimoséptimo escalón, por encima del decimoséptimo y último descansillo, se tropieza. Los largos faldones del abrigo se enredan en sus piernas y se produce un estruendo cuando este cae. Al límite de su paciencia, se quita el abrigo y lo arroja por las escaleras hacia el negro abismo. Los brazos y las piernas de Cheev son muy delgados.

Hay una única puerta al final de las escaleras, detrás de la cual está el desván de Voke, que parece ser un cruce entre un cuarto de juegos y una cámara de tortura. Sin duda Cheev advierte esto cuando, con cinco dedos muy separados que empuja contra la puerta, entra.

La oscuridad y el silencio de la gran sala solo se ven interrumpidos por los ruidosos surtidores de luz verde azulada que parpadean espasmódicamente por las paredes. No obstante, la mayor parte del espacio permanece oculto entre las sombras. Incluso es difícil determinar su altura exacta, ya que por encima de la iluminación convulsa apenas se puede ver nada, ni tan siquiera por la vista más aguda, cuanto menos por las pequeñas hendiduras entrecerradas de Cheev. La parte inferior del entramado de las vigas es visible, pero el techo está totalmente oculto, si es que el santuario de Voke en realidad dispone de uno.

En algún lugar encima del suelo arenoso, unas cuantas muñecas de tamaño natural están suspendidas por unos cables que relucen y parecen ser pegajosos como las hebras húmedas de una telaraña. Pero ninguna de las muñecas se aprecia al completo: el perfil narigudo de una sobresale hacia la luz; las satinadas piernas

brillantes de otra encuentran su camino fuera de la penumbra superior; una mano maravillosamente pálida resplandece en la distancia mientras, mucho más cerca, la mejor parte del arlequín cuelga a la vista, cortada a la altura del cuello por la negrura. La mayoría del inventario de esta inmensa habitación parece constar solo de partes y piezas que logran apartarse de la sofocante oscuridad. Sobre el suelo veteado, una larga caja baja saca a escena una esquina de sí misma, realzando los bordes reforzados con brillantes ribetes metálicos sujetos con gruesos tornillos. Unos instrumentos puntiagudos y con forma extraña se abren paso entre la marga de sombras; están recubiertos de… años. Una gran rueda aparece en el cuadrifásico del espacio nocturno. Otras partes, apéndices y engranajes de aparatos curiosos complican esta inmensa galería.

Mientras Cheev avanza a través de la penumbra, de repente lo detiene un brazo metálico con un suave mango negro. Retrocede y continúa arrastrando los pies por la cámara, pisando el serrín, la arena, tal vez estrellas pulverizadas. Las extremidades desmembradas de las muñecas y los títeres están desparramadas por el suelo, sin su relleno. Carteles, letreros, carteleras y folletos de distintas clases están esparcidos como naipes, sus brillantes palabras convertidas en galimatías por el desorden. Otros innumerables objetos, artefactos y artículos sobrantes llenan la habitación, más de lo que cualquiera podría advertir. Pero, de alguna manera, todos son como los que ya han sido descritos, por lo que uno se pregunta cómo pueden cuadrar en un ambiente como aquel de… ¿No es «reposo» la palabra? Sí, pero un tipo en concreto de reposo: el reposo de la ruina.

—Voke —lo llama Cheev—. Doctor, ¿está ahí?

Entre la oscuridad aparece de repente un rectángulo alto, como la taquilla del vendedor de entradas de una feria ambulante. La parte inferior está hecha de madera y la superior de cristal; el interior está iluminado únicamente por un resplandor untuoso de un rojo deslumbrante. En su asiento del interior de la cabina, inclinado hacia delante como si estuviera dormido, hay un muñeco bien vestido con una chaqueta negra apropiada y un chaleco con relucientes botones de plata, una camisa blanca de cuello alto con gemelos de plata y una corbata ahuecada que muestra un dibujo de lunas y estrellas. Puesto que su cabeza está inclinada hacia delante, el único rasgo digno de mención en el muñeco es el lustre negro de su pelo pintado.

Cheev se acerca a la cabina con un poco de cautela y no se fija o considera irrelevante el personaje inanimado de la figura que hay dentro. A través de una abertura semicircular en el cristal, Cheev mete la mano en la cabina, por lo visto con la intención de agitar el brazo al muñeco. Pero antes de que su propio brazo avance demasiado hasta su objetivo, pasan muchas cosas seguidas: el muñeco levanta la cabeza con toda tranquilidad y abre los ojos…, extiende su mano de madera y la coloca sobre la de carne y hueso de Cheev… y abre la mandíbula para dejar escapar

una risa mecánica: «ja-ja-ja-ja, ja-ja-ja-ja».

Mientras forcejea para apartar la mano del espeluznante muñeco, Cheev se tambalea hacia atrás, unos pocos pasos caóticos. El muñeco continúa sin parar con aquella risa burlona, que sacude cada rincón del siniestro desván y resuena como ecos extraños. El muñeco tiene una cara bonita y una expresión distraída; le ruedan los ojos como canicas en movimiento. Entonces, de entre las sombras detrás de la cabina sale una figura igual de delgada que Cheev, aunque más alta. Va vestida no muy diferente del muñeco, pero la ropa le cuelga, y lo que queda de su pelo ralo cae como trapos viejos por el cuero cabelludo, blanco como un hueso.

—¿Alguna vez se ha preguntado, señor Veech —empieza a decir Voke mientras desfila despacio hacia su invitado y sostiene una parte de su abrigo como la cola de un vestido—, alguna vez se ha preguntado qué es lo que hace tan horrible de ver, por no mencionar de oír, la animación de un muñeco? Escucharla, y quiero decir escucharla de verdad. «Ja-ja-ja-ja-ja»: una sucesión estúpida de sonidos que llegan a ser terriblemente elocuentes cuando los pronuncia el Taquillera. Son una especie de poesía que entona lo que no debería, que habla de lo que no debería hablarse. ¿Pero de qué diantre se ríe? Parecería que de nada, no hay motivos evidentes o impulsos que provoquen la risa del muñeco, ¡y aun asilo hace! «Ja-ja-ja-ja-ja», de la manera más pura y maligna posible.

»"¿Por qué se ríe?", estará preguntándose, señor Veech. Parece que sea solo para sus oídos, ¿no? Parece estar dirigido a cada secreto indescriptible de su ser. Parece… saber. Y lo sabe, pero de un modo distinto del que supone, en un sentido totalmente opuesto. No es a usted al que conoce el muñeco, sino solo a sí mismo. La pregunta no es por qué se ríe, en absoluto. La pregunta es de dónde viene esa risa. En realidad, eso es lo que da miedo. El muñeco lo aterroriza, pero es él quien de verdad está atemorizado. Piénselo: la madera se despierta. No se lo puedo poner más claro. Y no olvidemos la pintura del pelo y los labios, o el cristal de los ojos que también Kan despertado del sueño que jamás debió ser interrumpido; ahora también son parte de la red de hormigueo de los nervios del muñeco, vivos y conscientes de un modo que no podemos imaginar. Es algo demasiado doloroso para las lágrimas, y por eso el muñeco se ríe en la cara de usted, intentando dar rienda suelta a una maldad que no forma parte de su vieja casa de cristal, pintura y madera. No obstante, ese mal es ahora la esencia de su nuevo hogar, nuestro mundo, señor Veech; eso es lo que hace tan horrible la risa del Taquillera. Vete a dormir ya, muñeco. ¿Ve? Ya vuelve a su agradable silencio. Alégrese de que no haya creado uno que grite, señor Veech. Alégrese de que el muñeco, después de todo, sea tan solo un artefacto.

»Bien, ¿a qué debo hoy aquí su presencia? Es de día o está a punto de hacerse de día, ¿no?

—Sí —responde Cheev.

—Bien, me gusta mantenerme al corriente de las cosas. ¿Qué me cuenta? —pregunta Voke mientras pasea despacio y con tranquilidad, admirando el desorden de su desván.

Cheev se inclina hacia detrás, se apoya en un montón de objetos indefinidos y clava los ojos en el suelo. Parece adormilado.

—No tendría que haber venido, pero no sabía qué hacer. ¿Cómo se lo diría? Los últimos días y noches, sobre todo las noches, han sido como un infierno helado. Supongo que se puede decir que hay alguien…

—A quien le ha cogido simpatía —termina Voke.

—Sí, pero hay alguien más…

—Que está siendo un obstáculo, alguien cuya existencia ayuda a asegurar que sus noches sean frías. Parece muy sencillo. Dígame, ¿cómo se llama, la primera persona?

—Preña —contesta Cheev después de dudar un poco.

—¿Y él, la segunda persona?

—Lamm, pero, ¿por qué necesita sus nombres para ayudarme?

—Sus nombres, como el suyo y el mío, no son realmente importantes para este asunto. Solo estaba demostrando interés en su aprieto por cortesía, nada más. Respecto a ayudarlo, eso supone que poseo un control sobre esa situación que, gracias a Dios, no tengo.

—Pero pensé… —tartamudea Cheev—. El desván, sus artefactos… Parecía tener cierto… conocimiento.

—¿Como el del muñeco? No debería haber contado con ello. Ahora ya tiene otra decepción más a la que enfrentarse, otro dolor. Pero escuche, ¿no puede seguir adelante? Por una u otra razón podría acabar olvidándose de Preña y de ese Lamm; se dará cuenta de que son solo dos sombras unidas por su propio delirio. Vale la pena tenerlo en cuenta, cualquier cosa puede ocurrir en este mundo.

—No puedo esperar más, doctor —dice Cheev con una voz nerviosa y sombría.

—Bueno, ya sabe lo que dicen: no hay nada peor que algo o alguien con tu propia sombra. Me he olvidado de cómo era exactamente.

—Yo soy mi propia sombra —contesta Cheev.

—Sí, ya me doy cuenta. Escuche, hablemos de manera hipotética por un momento. ¿Conoce la calle de los Tejados Vacilantes? Sé que tiene un nombre más común, pero me gusta llamarla así por todas esas casas altas e inclinadas.

Cheev asiente con la cabeza para señalar que también conoce la calle.

—Bueno, recuerde que no le prometo nada, yo no hago promesas, pero si se las acaba arreglando para llevar a sus dos amiguitos a esa calle esta noche, creo que podría haber un remedio para su problema, si de verdad quiere encontrar uno. ¿Le importa la forma que tome esa solución?

Cheev gira la cabeza con timidez de un lado a otro, queriendo decir que le da

igual.

—¿Va en serio, no?

Cheev no responde. Voke se encoge de hombros y poco a poco retrocede hasta su punto de origen entre las más oscuras sombras de la habitación. La luz roja de la cabina del Taquillera también se va desvaneciendo como el sol al atardecer, hasta que el único color que permanece en la sala es el ultramarino de las llamas que arden en las paredes. Cheev continúa mirando fijamente la parte superior del desván durante unos poco segundos, como si ya pudiera ver los delgados tejados de las casas de la calle de los Tejados Vacilantes.

Por la noche, las fachadas de las casas a ambos lados de esta calle estrecha están unidas, como si las hubieran cortado de una pieza única de cartón muy viejo. Pegadas por las sombras y cubiertas por la luz de la luna, una casa ondula hacia la otra. Aparte de los cimientos y unos pocos pisos con ventanas con postigos, son todo tejado. Se alzan en la noche con gran esplendor, y a menudo alcanzan alturas fantásticas. Desde algunos ángulos determinados por un sistema de fuerzas desconocido y fijado para siempre en la inclinación del destino, caen hacia y a través del cielo.

Esta noche, el cielo es un pantano de nubes oscuras que brillan en el falso fuego de la luna. Desde el punto de vista de la entrada arqueada de la calle, tres figuras que se acercan están precedidas por tres sombras alargadas. Una silueta camina delante guiando a los otros, pero sin los gestos apropiados de sabiduría y autoridad. Detrás están los cuerpos de un hombre y una mujer, el uno junto al otro, con tan solo un fragmento del suave resplandor del atardecer entre ellos.

Hacia el final de la calle, la figura que va a la cabeza se detiene y las otras dos le alcanzan. Ahora están los tres de pie delante de una de las casas más majestuosas con techos altos, que también parece ser un comercio de alguna clase, ya que un gran cartel, que se balancea un poco por el viento y está confuso por las sombras, muestra un dibujo de los artículos y servicios que allí ofrecen: un par de tenacillas, o algo similar, puestas en diagonal sobre lo que podría ser un atizador o algún otro utensilio largo. No obstante, la tienda está cerrada por la noche y los postigos están bien cerrados. Un ojo de buey en la buhardilla no parece más que un agujero vacío allí en lo alto, aunque desde la calle —donde las tres figuras han asumido las posturas provisionales de los sonámbulos— es difícil decir cómo son las cosas allí arriba. Y encima, una niebla empieza a cortarles la vista de las zonas superiores de la calle de los Tejados Vacilantes. A Cheev se lo ve un tanto afligido, al parecer no está seguro de cuánto tiempo deberían merodear por aquel lugar. Sin saber lo que se supone que ocurrirá, si es que ocurre algo, ¿qué debería hacer? De momento, solo puede entretenerse. Pero pronto todo llega a una conclusión, aunque muy precipitada, sin sentido de la prisa o la violencia.

Cheev está conversando de forma somnolienta con sus dos acompañantes, aunque

ambos ya parecen bastante desconfiados a estas alturas; de repente, es como si fueran dos marionetas a las que se han llevado hacia arriba con cuerdas invisibles, en dirección a la niebla, fuera del alcance de la vista. Todo ocurre tan deprisa que no hacen ni un ruido, aunque poco después de su desaparición se oyen unos gritos ahogados que provienen de arriba. Cheev ha caído de rodillas y se cubre la cara con las manos huesudas.

Dos subieron, pero solo uno baja y queda suspendido a unos centímetros del suelo, mientras se balancea un poco por el viento. Cheev se descubre los ojos y mira hacia aquella cosa. Sí, solo hay uno, pero ese uno tiene muchos… Hay mucho de todo en ese cuerpo. Dos caras comparten una única cabeza, dos bocas calladas para siempre con labios separados. Aquella cosa continúa colgada en el aire incluso después de que Cheev se haya derrumbado completamente sobre la calle de los Tejados Vacilantes.

El siguiente encuentro de Voke con Cheev es tan inesperado como el último. Se produce un alboroto en el desván y el estricto ermitaño arrastra sus huesos fuera de las sombras para investigar. Lo que ve es a Cheev y al Taquillera riéndose a carcajadas. Sus risotadas remueven el aire estancado del sobrado; son dos gemelos maníacos que gritan y ríen socarronamente con una única voz.

—¿Qué pasa aquí, señor Veech? —pregunta Voke.

Cheev lo ignora y continúa riéndose a dúo con el muñeco. Incluso después de que Voke toque la cabina y diga «vete a dormir, muñeco», Cheev todavía se ríe solo, como si él también fuera un autómata sin control sobre sus acciones. Voke lo tumba, lo que parece accionar el mecanismo adecuado para hacerlo callar. Al menos se ha calmado durante unos instantes. Luego levanta los ojos del suelo y fulmina a Voke con la mirada.

—¿Por qué les tuvo que hacer eso? —le reprocha muy dolido. Tiene la voz ronca por tanta risa, suena como una maquinaria chirriante.

—No voy a fingir que no sé de lo que está hablando. He oído lo que ocurrió, nada que me debiera importar. No me puede hacer responsable, señor Veech, yo nunca salí de mi desván, eso ya lo sabe. Sin embargo, usted es perfectamente libre de marcharse, si quiere irse ahora. ¿Es que no me ha causado ya bastantes problemas?

—¿Por qué tuvo que ocurrir de aquella forma? —protesta Cheev.

—¿Cómo iba a saberlo? Usted dijo que no le importaba qué forma adoptara la solución a su problema. Además, creo que todo se arregló de la mejor manera. Aquellos dos lo estaban dejando en ridículo, señor Veech. Ambos se querían y ahora ya se tienen, por así decirlo, mientras usted es libre para seguir adelante hacia la próxima catástrofe. Espere un momento, sé lo que le molesta —dice Voke con una repentina iluminación—. Está afligido porque fueron ellos los que fallecieron y no usted. La muerte siempre es lo mejor, señor Veech, ¿pero quién hubiera pensado que

usted apreciaría ese punto de vista? Sin duda lo he subestimado. Acepte mis disculpas.

—No —grita Cheev temblando como un animal enfermo.

Voke se empieza a entusiasmar.

—¿No? ¿Noooo? ¿Qué es lo que le pasa, joven amigo? ¿Por qué me tiende una trampa para estas decepciones? Ya tengo suficiente sin añadirlo al montón. Aprenda del Taquillero, ¿acaso lo ve lloriquear? No, está callado, está tranquilo. El silencio de un muñeco es el silencio más relajante de todos, y su calma es la perfecta calma de un nonato. Podría estar armando un escándalo, pero no lo hace; y es precisamente esta falta de actuación, su naturaleza frustrada la que lo convierte en la compañía ideal, al parecer en mi verdadero amigo. ¡Mi trozo de madera, cómo te adoro! Mire cómo sus manos reposan sobre el regazo en una plegaria vacía. Mire el porte majestuoso de sus extremidades caídas y sin fuerzas. Mire sus labios entumecidos que no mascullan nada, y mire esos ojos, ¡cómo mantienen la vista fija para siempre!

Voke echa un vistazo a los ojos del muñeco desde más cerca y los suyos empiezan a bajar con una oscura concentración. Se inclina contra la cabina para lograr el examen más riguroso posible, con las manos pegadas al cristal como por la fuerza de alguna succión poderosa. En el interior de la cabina, los ojos del muñeco han cambiado, de ellos manan ahora pequeñas gotas de sangre, que parecen negras en la roja neblina que lo rodea.

Voke se aparta de la cabina y se vuelve hacia Cheev.

—¡Ha estado manipulándolo! —brama tanto como puede.

Cheev parpadea, se le saltan un par de lágrimas restantes de la risa falsa, y sus labios forman una sonrisa sincera.

—No he hecho nada —susurra con sorna—. ¡No me eche la culpa de sus problemas!

Voke parece estar por un momento paralizado de indignación, aunque su cara está retorcida por miles de ideas que se le pasan por la cabeza. Por lo visto, Cheev es consciente del peligro y busca con los ojos por toda la habitación una forma de escapar o un arma que usar contra su contrincante. Se fija en un objetivo y comienza a moverse hacia él en cuclillas.

—¿Adonde se cree que va? —dice Voke, ya liberado de los efectos de la furia que lo inutilizaban.

Cheev intenta alcanzar algo que hay en el suelo con el tamaño y la forma aproximada de un ataúd. Solo una esquina de la larga caja negra se asoma entre las sombras hacia el verde azulado resplandor del desván. Una gruesa franja plateada y resplandeciente bordea el objeto, asegurada por unos tornillos plateados.

—Márchese de aquí —grita Voke mientras Cheev se agacha hacia la caja y toquetea la tapa.

Pero antes de que la pueda abrir, antes de que pueda hacer cualquier otro movimiento, Voke da el primer paso.

—He hecho todo lo que he podido por usted, señor Veech, y no he recibido más que dolor. He intentado librarlo del destino de sus amigos… pero lo entrego a él. Únase a ellos, Cheev.

Con estas palabras, el cuerpo de Cheev empieza a subir como una marioneta, luego se eleva hacia las vigas tenebrosas y más allá, transportado por cables invisibles. Los brazos y las piernas se mueven sin control durante el ascenso y sus gritos… se desvanecen.

Pero Voke no presta atención al vuelo de su víctima. Con las ropas anchas agitándose de manera histérica, corre hacia el objeto al que acaban de amenazar con la violación y lo arrastra hacia un espacio iluminado en el suelo. La luz de las paredes, espectral y oceánica, brilla sobre la superficie sedosa y negra del ataúd. Voke está de rodillas ante el féretro y prueba con ternura y con la yema de los dedos su seguridad. Como si cada momento acumulado de deliberación fuera una blasfemia, de repente retira la tapa.

Amortajada en el interior hay una mujer joven cuya belleza ha sido perpetuada de manera poco natural por un fanático de su forma. Voke se queda mirando durante un rato el cadáver y luego, finalmente, dice:

—Siempre lo mejor, cariño. Siempre lo mejor.

Todavía está de rodillas ante el féretro cuando sus rasgos comienzan a sufrir los estragos de las diferentes, obviamente contradictorias, fases de sentimientos. Los ojos, la boca, toda la estructura de la cara representan horripilantes acrobacias de expresión. Al final, una tarea imposible se alivia o se evita por la risa: la risa liberadora de una inocente locura, de una demencia virginal. Voke se pone en pie con el poder de su hilaridad idiota. Empieza a ir de un sitio a otro bailando de forma extraña, saltando a la pata coja, botando y meneándose. Su risa se hace aún peor mientras gira sin rumbo fijo y sus gestos se hacen más convulsos. Sin prestar ni la más remota atención, o tal vez recuperándola por un momento, Voke sale del desván y ahora ríe en el oscuro abismo más allá de la barandilla precaria al final de la sinuosa escalera. Su última risa parece atascársele en la garganta; pasa por encima de la barandilla y cae sin hacer ruido mientras sus ropas sueltas se agitan en vano.

De esta manera, los gritos que ahora oímos no son aquellos del Voke que caía en picado, ni tampoco los de Cheev que hace tiempo que se fue, ni los ecos sobrenaturales de los gritos de terror de Preña y Lamm. Estos gritos, los que se oyen más allá de la puerta al final de las escaleras, pertenecen solo a un muñeco que siente cómo unas gotas calientes de sangre le resbalan con densidad sobre las mejillas lacadas, y al que han dejado solo y vivo en las sombras de un desván abandonado. Y sus ojos dan vueltas como canicas.

El manicomio del doctor Locrian

Los años pasaron y nadie en nuestro pueblo, nadie que pueda nombrar, dedicó una sola palabra a aquella gran ruina que nublaba el horizonte. Ni tampoco se hizo mención del terreno misteriosamente cerrado cerca de los límites de la ciudad. Incluso en un tiempo más remoto, poco se comentó de estos sitios. Quizás alguien proponía derribar el viejo manicomio y arrasar el cementerio donde ningún interno había sido inhumado durante una generación o más; y a lo mejor otros tantos, llevados por el momento, daban su conformidad. Pero la resolución no se acababa de constituir, pronto perdía la forma completamente y su ímpetu tenía una muerte dulce en las tranquilas calles de nuestra población.

Entonces, ¿cómo puedo explicar el súbito cambio de los acontecimientos, esa transformación repentina que nos hizo ir hacia aquel descomunal y decadente edificio, y de camino pisotear su cementerio? Como respuesta sugiero la existencia de un movimiento secreto llevado a cabo en las almas de los habitantes de la aldea y en sus sueños. Si lo consideramos de esta manera, la inexplicable transformación pierde algo de misterio: basta con que se acepte que todos estábamos embrujados por el mismo fantasma, que ciertas imágenes comenzaron a establecerse en lo más profundo de nosotros y se convirtieron en parte de nuestras vidas ocultas. Al final, llegamos a la conclusión de que ya no podíamos vivir como lo habíamos hecho.

Cuando surgió primero la idea de una auténtica actuación, los vecinos de la humilde parte oeste del pueblo fueron los más impacientes y entusiastas, ya que habían sido ellos los que sufrieron las molestias más considerables, al vivir como vivían tan cerca de los terrenos salvajes y las lápidas torcidas de aquel tramo de tierra atestada de gente donde las mentes enfermas habían sido encerradas para toda la eternidad. No obstante, todos soportábamos la carga de la derruida institución mental, que parecía verse desde cualquier rincón del pueblo, desde las altas habitaciones del antiguo hotel, desde los cuartos tranquilos de nuestras casas, desde las calles ocultas por la niebla matutina o la neblina del atardecer y desde mi propia tienda cada vez que miraba por el escaparate de delante. Cuando se ponía el sol siempre quedaba medio oculto por la gran silueta, aquella enorme lápida rota de una tumba incalificable. Sin embargo, más perturbadora que la vista del manicomio era la mirada fija e idiota que parecía lanzarnos, y con el paso de los años la verdad es que determinadas personas supersticiosas aseguraban de forma vergonzosa haber visto figuras inmóviles con ojos de loco, que miraban fijamente desde las ventanas del manicomio en las noches en que la luna resplandecía con un brillo inusual y el cielo oscuro sobre el pueblo parecía contener más estrellas de las que le correspondían. Aunque pocas personas hablaban de dichas experiencias, casi todo el mundo había visto otras cosas en el manicomio que no podían negar, como tampoco podían negar

las extrañas imágenes que les venían a la mente después de aquello; por toda la ciudad se tuvieron visiones de escenas confusas.

Cuando éramos niños, la mayoría visitamos en algún momento aquel lugar prohibido, y más tarde nos llevamos con nosotros recuerdos de aquellas aventuras lúgubres. Con el paso de los años llegamos a comparar lo que habíamos vivido y recopilamos estos conocimientos de la institución mental hasta que llegó a ser indecoroso ir más allá.

Según se cuenta, la antigua institución era una cámara de los horrores, si no en su totalidad al menos sí en ciertos rincones aislados. No se trataba simplemente de que una habitación en particular atrajera la atención por su atmósfera de desolación: las paredes grises agujereadas como esponjas, el suelo lleno de restos de todos los años en que se pudo entrar con libertad por las ventanas rotas, y la cama vacía y marchita después de soportar tantas noches de gritos y lágrimas inútiles. Había algo más.

Quizá una de las paredes que daba a dicha habitación tenía incorporado un panel corredero, una larga ranura rectangular cerca del techo, y al otro lado habría otro cuarto, uno sin muebles y que pareciera no haber estado nunca ocupado; pero apoyados contra una pared de esta otra habitación, justo debajo del panel corredero, habría unos palos largos de madera, y colocados sobre la punta de esos palos, unos horribles muñequitos.

Puede que hubiera otra habitación completamente desnuda y cuyas paredes todavía estarían cubiertas de claros fragmentos de extrañas escenas itinerarias. Al quitar algunas tablas del suelo sueltas en el centro de la habitación se descubrían unos cuantos centímetros de tierra amontonada sobre un viejo ataúd vacío. Y después habría una habitación muy especial, una habitación que había visitado yo mismo, que estaba situada en el piso más alto del manicomio y en la que había un gran tragaluz sin ventana.

Colocada bajo aquella abertura sobre los cielos, y bien sujeta, había una mesa larga con unas correas enormes que colgaban de ambos lados.

Podrían haber existido otras habitaciones raras que la memoria me impide recordar, pero de alguna manera ninguna de ellas fue mencionada en los comentarios durante el mismo desmantelamiento del manicomio, cuando la mayoría de nosotros estaba ocupada tirando los escombros de años por las grandes brechas que habíamos hecho en las paredes externas del edificio, mientras, a poca distancia, el resto del pueblo era testigo de la demolición en un prudente estado de silencio. Entre este grupo estaba el señor Harkness Locrian, un hombre mayor, delgado y de ojos grandes, y cuyo silencio no era igual que el de los otros.

Tal vez esperábamos que el señor Locrian se opusiera a nuestro proyecto, pero no lo hizo durante ninguna fase de la demolición. Aunque nadie, por lo que yo sé, sospechaba que conservara ningún sentimiento morboso por el manicomio, era difícil

olvidar que su abuelo había sido el director del sanatorio del condado de Shire durante los años de decadencia y que su padre había cerrado la clínica en circunstancias que quedaron como un episodio oscuro en la historia de nuestra localidad. Si nosotros hablamos muy poco sobre el manicomio y su cementerio, el señor Locrian no los menciona en absoluto. Sin duda, esta reticencia solo servía para consolidar en nuestras mentes el vínculo intangible que parecía existir entre él y las espantosas ruinas que tapaban el horizonte. Incluso yo, que conocía al viejo mejor que nadie en la ciudad, lo contemplaba con un grado de circunspección. En apariencia, por supuesto, era educado con él, hasta simpático; era, después de todo, el cliente más antiguo y de confianza de mi tienda. Y no mucho después de que la demolición del manicomio hubiera acabado, y el último de los restos de sus antiguos internos fuera exhumado e incinerado a toda prisa, el señor Locrian me hizo una visita.

En el preciso instante en que entró en la tienda, yo estaba examinando unos libros que acababan de llegar para él por un pedido especial. Pero a pesar de que me había hartado de tales coincidencias durante todos los años que había dedicado a la compraventa de libros, que se caracteriza por la generación de acontecimientos de esta naturaleza, había algo desagradable en este fenómeno de sincronización.

—Buenas tardes —lo saludé—. Bueno, estaba revisando…

—Ya veo —dijo y se acercó al mostrador, donde los libros amontonados dejaban muy poco espacio libre.

Mientras echaba un vistazo a las novedades (por lo visto no muy interesado) se desabrochó despacio el abrigo, un tanto grande, lo que hacía que la cabeza pareciera demasiado pequeña para su cuerpo. Con qué facilidad puedo visualizarlo aquel día; incluso ahora puedo oír con claridad su voz en mi memoria, una voz demasiado calmada para los ojos brillantes y de mirada dura del viejo. Después de unos segundos se volvió y empezó a deambular por la tienda con indiferencia, como si buscara observadores que pudieran estar ocultos entre las estanterías. Dobló una esquina y lo perdí de vista.

—Así que por fin está hecho —comentó—. Toda una proeza, una página asombrosa en la historia de esta población.

—Supongo que sí —contesté mientras miraba cómo el señor Locrian atravesaba el pasillo de la parte trasera de la tienda y aparecía y desaparecía cuando pasaba por las distintas filas de estanterías.

—Sin duda lo es —replicó y continuó recto por el pasillo delante de mí. Finalmente, cuando alcanzó el mostrador detrás del que yo estaba de pie, colocó las manos sobre él, se inclinó hacia delante y preguntó—: ¿Pero qué se ha conseguido, qué es lo que de verdad ha cambiado?

El tono de voz con el que formuló aquella pregunta era tan sarcástico como

taciturno, y conllevaba connotaciones no deseadas que resonaban en todos los lugares remotos donde la verdad había sido encerrada y abandonada como una imbécil total. Sin embargo, me acogí a la mentira.

—Si se refiere a que hay muy poca diferencia, tengo que darle la razón. Se trataba solo de quitar una monstruosidad. Esa era la intención de todos, nada más.

Después traté de que centrara su atención en los libros que habían llegado para él, pero me interrumpió con frialdad:

—Debemos de caminar por calles diferentes, señor Crane, ver caras y oír voces muy distintas en este pueblo. Dígame, ¿alguna vez le han contado una de esas historias sobre el sanatorio? ¿Sobre lo que la gente ve en las ventanas? —me preguntó, de pronto animado—. Quizá usted mismo fuera uno de ellos.

No dije nada, lo que tal vez hizo que lo interpretara como confirmación de que yo era una de aquellas personas.

—¿Y no hay ahora la misma sensación en este pueblo que la que había en aquellas historias? ¿Puede afirmar que los días y las noches son mucho peores ahora que… antes? Por supuesto, me dirá que se trata tan solo de la depresión provocada por esta época del año, por el frío, por las tardes oscuras que observa a través del escaparate de su tienda. De camino aquí, de hecho, he oído a algunas personas hacer este tipo de comentarios. También decían otras cosas que pensaban que yo no podía oír. No sé cómo, pero parece que todo el mundo sabe lo de mis libros, señor Crane.

No me miró mientras pronunciaba esta última observación, pero empezó a caminar sin parar de un extremo a otro del mostrador, muy despacio.

—Lo siento, señor Locrian, si piensa que no he respetado su confianza. Siempre creí que daría lo mismo.

Detuvo su paseo y se me quedó mirando fijamente con una expresión de perdón casi paternal.

—Claro —dijo con la voz calmada de antes—, pero las cosas son muy diferentes ahora. ¿Lo reconocerá, no?

—Sí —admití.

—Pero nadie sabe con seguridad en qué sentido son diferentes.

—No —acepté.

—¿Sabía que mi abuelo, el doctor Harkness Locrian, fue enterrado en ese cementerio?

Lleno de sorpresa y una vergüenza repentina, contesté:

—Lo sabría si me lo hubiera comentado.

Pero era como si yo fuera el que no había dicho palabra, nada que lo disuadiera de lo que había venido a decirme.

—¿Me puedo sentar ahí? —preguntó señalando la vieja silla que había al lado del escaparate de delante. Más allá del cristal, sin nada que lo ocultara, podía verse el

pálido sol de otoño que se ponía.

—Sí, está en su casa —dije, mientras me daba cuenta de que algunos transeúntes habían advertido la presencia del señor Locrian y lo miraban de manera extraña.

—Mi abuelo —continuó— se sentía a gusto con sus locos. Quizá le asuste oír tal cosa, pero no pasaba el tiempo en la casa que ahora es mía y una vez fue suya, ni siquiera para dormir; fue solo después de que cerraran el sanatorio cuando en realidad empezó a vivir en su propia casa, que también era la mía y la de mis padres, que entonces se hicieron cargo del anciano. Por supuesto, usted seguramente no se acuerde…

»Mi abuelo pasó los últimos años de su vida en una pequeña habitación del piso de arriba que daba a las afueras del pueblo, y recuerdo verlo día tras día mirando fijamente por la ventana de su habitación hacia el sanatorio…

—No tenía ni idea —tercié—. Parece bastante…

—Por favor, antes de que piense que se trataba de una relación sentimental, por retorcida que fuera, déjeme decir que no era así. Sus sentimientos respecto al sanatorio eran de hecho bastante increíbles, debido a la manera en que había utilizado su autoridad en aquel lugar. Me enteré de esto cuando todavía era muy joven, aunque no tanto como para no entender el profundo conflicto que existía entre mi padre y mi abuelo. Sucumbí al misterio de su presencia e hice caso omiso de las advertencias de mis padres respecto a que no pasara mucho tiempo con el abuelo. Y una tarde se reveló.

»Estaba mirando fijamente por la ventana y no se volvió ni una vez para mirarme a la cara. Pero después de llevar sentados en silencio un rato, empezó a susurrar algo. “Hacían preguntas”, dijo. “Acusaban. Se quejaban de que aquí nadie nunca se ponía bien”. Luego sonrió y empezó a entrar en detalles. “¿Qué era lo que habían visto”, dijo entre dientes, “para… llegar a esa conclusión? No miraban a las caras”. No, no dijo “caras” sino “ojos”. Sí, dijo: “… no miraban a los ojos de aquellos seres, los ojos que reflejaban la belleza anodina del silencio con la mirada clavada en el mismo universo”.

»Aquellas fueron sus palabras, y después habló de las voces de los pacientes bajo su cuidado. Susurró tal y como cito que “la maravillosa música de aquellas voces emitía el delirio supremo de los planetas mientras giraban y giraban como brillantes marionetas que bailan en la oscuridad”. Me dijo que en las palabras itinerantes de aquellos lunáticos se recuperaban los antiguos misterios.

»Como todos los auténticos ocultistas —continuó el señor Locrian—, mi abuelo anhelaba un conocimiento que era tácito e incalificable. Cada uno de los volúmenes de la extraña biblioteca que dejó a sus herederos atestigua ese deseo. Como sabe, he ampliado esa colección a mi estilo, como lo hizo mi padre, aunque nuestras razones no son las del viejo doctor. En su sanatorio, el doctor Locrian había hecho algo muy

extraño, algo para cuya realización quizá él fuera el único con el conocimiento y el impulso necesarios. No fue hasta muchos años después que mi padre intentó explicármelo todo, como ahora yo se lo intento contar a usted.

»Como ya he dicho, mi abuelo era y siempre había sido un ocultista, nunca un filántropo de la mente, ni un restaurador de las psiques heridas. No mantenía en absoluto un enfoque terapéutico con los internos del manicomio. No los veía como almas que estaban poseídas, ya fuera por demonios o por sus propias historias dolorosas, sino como seres que mantenían una extraña alianza con otros órdenes de existencia, que contenían dentro de sí mismas una partícula de algo eterno, una pizca dorada de magia que él creía que podía aumentar. Por tanto, su ambición no lo llevó a mitigar la locura de sus pacientes, sino a exasperarla, a dejarla respirar con vida propia. Y lo que hizo en cierto modo erradicó por completo las cualidades humanas que quedaban en aquellas personas, aunque a veces aquella magia peculiar que veía en sus ojos parecía desvanecerse, y entonces iniciaba su «tratamiento adecuado», que consistía en someterlos a una serie de terribles y traumáticas experiencias con la intención de aflojar su relación con el mundo de los humanos y distanciarlos hacia el absoluto, el reino del «silencio, del universo que mira fijamente», donde la locura final del vacío infinito podría resultar una cura bastante paradójica. El resultado fue algo tan patético como un títere y tan magnífico como las estrellas, algo al mismo tiempo muerto y eterno, algo totalmente sin destino y por lo tanto imperecedero, que poseía aquella ausencia abismal de juicio, aquella infinita vacuidad que es la esencia de todo lo que es inmortal. Y de alguna manera, durante sus últimos días, mi abuelo usó el mismo procedimiento en sí mismo para alcanzar un espacio más allá de la muerte.

»Sé que esto era verdad, porque una noche, en la última etapa de mi niñez, me desperté y fui testigo de la prueba. Salí de la cama, caminé por el pasillo iluminado por la luna y no pude evitar sentirme atraído hacía la puerta cerrada de la habitación de mi abuelo. Me paré delante de la puerta, giré el frío picaporte y empujé despacio su extraña masa nocturna. Mientras miraba a hurtadillas en la habitación, vi a mi abuelo sentado delante de la ventana iluminado por la brillante luz de la luna. Mi curiosidad debió de apoderarse de mi terror, porque la verdad es que me puse a hablar con su espectro.

»—¿Qué estás haciendo aquí, abuelo?— le pregunté.

»Y sin apartarse de la ventana, contestó lentamente y con un tono apagado:

»—Estamos haciendo justo lo que ves.

»Por supuesto, lo que vi fue un anciano que debía estar en su tumba, pero que en ese momento miraba fijamente desde su ventana a través de las ventanas del sanatorio, donde otros que no eran humanos le devolvían la mirada.

»Cuando, aterrorizado, fui a alertar a mis padres sobre lo que había visto, me

sorprendió que mi padre me contestara enfadado en vez de incrédulo: no había hecho caso de sus advertencias sobre la habitación de mi abuelo. Entonces me reveló la verdad como ahora yo se la revelo a usted, y año tras año repetía y ampliaba el secreto que había aprendido: por qué aquella habitación tenía siempre que estar cerrada y por qué no podía perturbar la tranquilidad del sanatorio. Tal vez no esté al corriente de que el intento previo de destruir el sanatorio se suspendió por la intervención de mi padre. Tenía mucho más apego del que yo pueda tenerle a este pueblo, que dejó de tener un futuro ya hace tiempo. ¿Cuánto hace desde que se añadió un nuevo edificio a los que ya había? Este lugar se habría desmoronado con el tiempo. El curso natural de las cosas lo hubiera destruido, así como el manicomio habría desaparecido si lo hubiesen dejado en paz. Pero cuando todos ustedes agarraron aquellas herramientas y se pusieron en marcha hacia las viejas ruinas, no sentí deseos de interferir. Ustedes mismos se lo han buscado —terminó satisfecho de sí mismo.

—¿Y qué es lo que hemos hecho? —pregunté con un tono de voz frío, a la vez que reprimía una indignación misteriosa.

—Solo está intentando conservar lo que le queda de paz mental. Sabe que algo va mal en este pueblo, que nunca debería haber hecho lo hizo, pero todavía no puede sacar conclusiones de lo que le acabo de contar.

—Con todo respeto, señor Locrian, ¿cómo puede imaginar que me he creído algo de lo que ha dicho?

Se rió débilmente.

—La verdad es que no. Como dice, ¿cómo podría? Sin estar un poco loco, ¿no? Pero con el tiempo usted sí lo estará, y entonces le contaré más cosas, cosas que no le quedará más remedio que creer.

Mientras se incorporaba de la silla al lado de la ventana, le pregunté:

—¿Por qué me tiene que contar nada? ¿Por qué ha venido hoy aquí?

—¿Por qué? Porque pensé que tal vez mis libros habían llegado y me los podría llevar. También porque todo ha acabado ya. Los otros… —se encogió de hombros— no tienen remedio. Usted es el único que podría entender; no en este momento, sino con el tiempo. Y ahora yo entiendo mejor que nunca lo que mi abuelo dijo aquel día de otoño hace unos cuarenta años.

Fue hacia el final del mismo día sombrío, en el transcurso del lóbrego crepúsculo, cuando empezaron a aparecer. Como figuras que emergían silenciosamente de las profundidades de la memoria, forcejeaban en las sombras y poco a poco iban volviéndose visibles. Pero incluso si la transición había sido sutil, graduada de forma insidiosa, no tardó en pasar desapercibida. Al anochecer, sin darse cuenta ya llamaban la atención por todo el pueblo, siempre encuadrados en alguna ventana alta de los edificios que ocupaban: las habitaciones encima de las tiendas del centro, el

último piso del viejo hotel, las torres vacías de los edificios municipales, las torrecillas majestuosas y los espléndidos gabletes de las casas más distinguidas, los desvanes de las casas más humildes.

Sus formas eran tan suavemente luminosas como las constelaciones en otoño sobre el oscuro cielo de allí arriba, y las caras les brillaban con la misma expresión petrificada de plácida vacuidad. El atuendo de estas apariciones estaba adaptado de forma grotesca a su entorno. Enterrados hacía muchos años con ropas anticuadas de corte formal y funerario, parecían pertenecer al pueblo agonizante de una manera que sus habitantes vivos no podían emular, porque las calles ahora perdían lo que la vida dejaba en ellas y se convertían en los oscuros pasillos de un museo donde esas pesadillas de cera habían sido expuestas.

A la luz del día, cuando las figuras de las ventanas adoptaban un aspecto de madera sin brillo que las hacía parecer menos exasperantes, algunos de nosotros nos aventurábamos a subir a aquellas habitaciones. Pero nunca se encontraba nada al otro lado de sus ventanas, nada salvo un cuarto sin inquilino que ninguna luz iluminaba y que tarde o temprano inspiraría en cualquier ocupante vivo un terror demencial. Por la noche, cuando parecía que los podríamos oír dando golpecitos en el suelo sin rumbo fijo sobre nosotros, su presencia en nuestras casas nos hacía salir a la calle. Tanto de día como de noche nos convertíamos en vagabundos desvelados, en extraños en nuestra propia localidad. Con el tiempo tal vez nos dejamos de reconocer, pero todavía recordábamos un nombre, una cara, la del señor Harkness Locrian, cuya mirada fija nos perseguía a todos.

Sin duda fue en su casa donde comenzó el fuego que consumió por completo cada uno de los rincones del pueblo. Hubo intentos de cortarle el paso, pero no con muchas ganas, y se acabó desistiendo. Casi todo el rato permanecimos en silencio, mirando ausentes mientras las llamas subían hasta las altas ventanas donde las figuras espectrales posaban como retratos enmarcados.

A la larga, aquellos demonios se exorcizaron y las ventanas quedaron vacías, pero solo después de que el pueblo fuera aniquilado por el desastre.

No quedaron nada más que restos carbonizados. Después se informó de que uno de nuestros vecinos había sido alcanzado por el fuego, aunque nadie investigó las circunstancias exactas en las que murió el anciano señor Locrian.

Por supuesto, no se intentó recuperar la ciudad que habíamos perdido: cuando cayó la primera nevada aquel año, lo hizo sobre unas ruinas frías y espantosas. Pero ahora, después de tantos años, no son los escombros cenicientos de aquel pueblo lo que me obsesiona hora tras hora; es esa gran ruina en cuya sombra se ha recluido mi mente.

Y si me han metido en este cuarto porque hablo con caras que aparecen en mi ventana, que protejan esta misma habitación de las perturbaciones después de que me

haya ido. Porque el señor Locrian ha mantenido su promesa: me dijo ciertas cosas cuando estuve preparado para oírlas. Y tenía otras cosas que decirme, unos secretos que superaban toda demencia. Al recomendarme una cura absoluta, habrá encerrado otra alma dentro de las negras paredes sin límites del manicomio eterno, donde las estrellas bailan siempre como brillantes marionetas en el silencioso y completo vacío.

La secta del idiota

«El primer caos, señor supremo, el dios ciego e idiota: Azathoth».
El Necronomicón.

Lo insólito es una competencia del alma solitaria. Una vez se pierde de vista la multitud, queda dentro de los grandes huecos de los sueños, un lugar infinitamente aislado que se prepara para tu llegada, y para la mía. Una alegría asombrosa, un dolor increíble, los terribles polos del mundo lo superan y lo amenazan. Es un infierno milagroso hacia el que uno camina sin saberlo. Y su puerta, en mi caso, fue un viejo pueblo cuya lealtad a lo irreal infundió en mi alma una locura sagrada mucho antes de que mi cuerpo hubiese llegado a morar en aquel lugar incomparable.

Poco después de llegar a aquella localidad (cuya identidad debe permanecer en secreto, así como la mía), me instalé en una habitación alta con vistas al ideal de mis sueños a través de cristales de diamante. ¿Cuántas veces me había quedado ya delante de esas ventanas producto de mi imaginación, a través de las que ahora miraba de verdad la vieja aldea? Después de deambular absorto por las calles, finalmente pude verme envuelto por sus visiones sensuales.

Descubrí una calma infinita en las mañanas nebulosas, milagros de silencio en las tardes indolentes y el retablo extrañamente parpadeante de noches interminables. Cualquier aspecto de aquel pueblo me transmitía la sensación de un lugar tranquilo. Había balcones, porches vallados, tiendas y casas en pisos superiores que creaban arcadas intermitentes sobre las aceras. Unos tejados colosales sobresalían por encima de todas las calles y las transformaban en pasillos de una única estructura que contenían una asombrosa multitud de habitaciones. Y los tejados menores de más abajo recordaban a fantásticos remates que caían sobre las ventanas como párpados medio cerrados y convertían cada entrada angosta en el armario de un mago que escondiera un fondo engañoso de sombras.

Por lo que es difícil explicar cómo aquel viejo pueblo también transmitía la sensación de no acabar nunca, de proliferar dimensiones ocultas, al mismo tiempo que servía de imagen perfecta para la pesadilla de un claustrofóbico. Incluso las noches infinitas sobre los grandes tejados del pueblo parecían simplemente el nivel más alto de un estado prosaico, a lo sumo un viejo desván con olor a humedad donde las estrellas eran reliquias inútiles y la luna un baúl de sueños cubierto de polvo. Y esta paradoja es justo el origen del encanto de esta población. Me imaginaba los cielos en lo esencial como parte de un decorado interior. De día, montones de nubes como bolas de polvo flotaban por las habitaciones vacías del cielo. Por la noche,

había pintado un mapa fluorescente del cosmos sobre un gran techo negro. Cómo deseaba vivir para siempre en esos dominios de otoños medievales e inviernos mudos, cumpliendo mi sentencia de cadena perpetua entre todas las maravillas visibles e invisibles con las que solo había soñado desde muy lejos.

Pero no hay vida, por utópica que sea, sin pruebas ni trampas. Tan solo después de llevar unos días en el pueblo me empecé a preocupar por lo apartado que estaba aquel lugar, por la soledad que lo invadía y lo poco comunicado que estaba. Un día, a última hora de la tarde, mientras me relajaba sentado en una silla al lado de aquellas ventanas caleidoscópicas, llamaron a la puerta. Fue un ruido apenas perceptible, pero este hecho elemental fue tan inesperado, y tan desarrollada estaba mi susceptibilidad, que parecía un trastorno inusitado de las fuerzas atmosféricas, una especie de cataclismo de espacio vacío, un terremoto en lo invisible. Vacilante, atravesé la habitación y me paré delante de la puerta, que era una simple tabla marrón sin molduras alrededor del marco. La abrí.

—Ah —dijo el hombrecillo que esperaba fuera, en el pasillo.

Tenía el pelo bien peinado, canoso, y unos ojos tan claros que llamaban la atención.

—¡Qué vergüenza! Me han dado otra dirección. La caligrafía de esta nota es desastrosa —se quejó mientras miraba el trozo de papel arrugado que tenía en la mano—. Bueno, no importa, volveré y lo comprobaré.

Sin embargo, el hombre no dejó enseguida la escena que lo incomodaba, sino que se puso de puntillas sobre sus pequeños zapatos, se asomó por encima de mi hombro y miró fijamente mi habitación. Todo su cuerpo compacto, como lo era también en estatura, parecía estar en un estado de agitación concentrada. Por fin dijo:

—Bonitas vistas tiene su habitación. —Y esbozó una sonrisita muy falsa.

—Sí —contesté y miré hacia la habitación sin saber muy bien qué pensar. Cuando me di la vuelta, el hombre ya se había ido.

Durante unos instantes de desconcierto no me moví. Luego salí y me quedé mirando a ambos lados del oscuro pasillo. No era muy ancho ni se extendía una gran distancia antes de llegar a un rincón sin ventana. Todas las puertas del resto de las habitaciones estaban cerradas, y no salía ni el más mínimo ruido de ninguna de ellas. Al final oí lo que parecían unos pasos que bajaban las escaleras de los pisos inferiores; apenas resonaban en el silencio, y hablaban el tranquilo lenguaje de las viejas pensiones. Me sentí aliviado y volví a mi cuarto. El resto del día no pasó nada interesante, aunque de alguna manera estaba influido por toda una gama de imaginaciones. Aquella noche tuve un sueño muy extraño que parecía la culminación de mi vida de sueños, así como una estancia ideal en el viejo pueblo. De hecho, la perspectiva que tenía de aquella localidad cambió a partir de entonces de forma radical. Y sin embargo, a pesar de la naturaleza del sueño, la transformación no fue

inmediatamente a peor.

En el sueño ocupaba un cuarto oscuro, una habitación en un piso alto cuyas ventanas daban a un laberinto de calles que se desenmarañaba bajo un abismo de estrellas. Pero aunque las estrellas se esparcían por toda una gran oscuridad de fácil acceso, las calles estaban bañadas de una rancia penumbra gris que no sugería ni noche ni día, ni ninguna fase natural entre ellas. Mientras miraba a través de la ventana, sentí que se estaban llevando a cabo enigmáticos procedimientos en rincones apartados de esa escena, prácticas imprecisas sin ninguna clase de realidad en ellas. Parecía que tenía un motivo especial para preocuparme por determinadas cosas que estaban ocurriendo en otra de las habitaciones situadas en pisos altos de la ciudad, en una en particular cuya situación, sin embargo, no conocía. Tenía la impresión de que existía una peculiar correspondencia entre lo que ocurría en aquella habitación y mi propia vida, pero al mismo tiempo me sentía muy lejos de todo aquello: lo que sucedía en la otra pieza no tenía nada que ver con mi destino personal, no obstante de alguna forma lo afectaría profundamente. Yo era como una mota oculta, perdida en las circunvoluciones de extraños esquemas. Y esa misma lejanía de los diseños de mi universo onírico, esa sensación de falta de hogar en medio de un inmenso orden foráneo, era la fuente de unos miedos innombrables. No era más que una parte irrelevante de un tejido viviente atrapado en un lugar donde no debería estar, amenazada con ser atrapada en vina gran red de drenaje de perdición, un trozo de carne accidental arrancado de su elemento de luz y arrastrado a una oscuridad glacial. En el sueño nada justificaba mi existencia, lo que me dio la impresión de que en cualquier momento podría alterarse de forma horrible o simplemente… acabar. En el sentido más profundo de la expresión, mi vida no importaba.

Pero aun así no podía evitar mantener la atención alejada del otro cuarto, no podía evitar darme cuenta de las maquinaciones minuciosas que allí se estaban llevando acabo. Creí ver unas figuras borrosas que ocupaban aquella espaciosa cámara, vin lugar amueblado solo con un par de sillas de vin diseño sumamente raro y con unas vistas vertiginosas de la negrura estrellada. La gran luna redonda del sueño iluminaba lo suficiente para el propósito de la noche y pintaba las paredes de la misteriosa estancia de un intenso azul acuático; las estrellas, innecesarias y ornamentales, presidían como lámparas menores esta reunión y sus intervenciones nocturnas.

Mientras observaba esa escena —aunque no «de cuerpo presente», como ocurre en los sueños— llegué a convencerme de que ciertas habitaciones ofrecían una soledad maravillosa para tales funciones o celebraciones. Su atmósfera, esa cualidad intangible que existe aparte de los elementos que componen la forma y el matiz, tenía un tinte de ensueño, un estado en el que el tiempo y el espacio se habían trastornado: unos instantes podrían considerarse siglos y milenios, y el hueco más diminuto podía abarcar un universo. Sin embargo, al mismo tiempo esa atmósfera no parecía ser muy

diferente de la que existía en las habitaciones de siempre, las altas y solitarias estancias que había conocido en mi vida cuando estaba despierto, aunque aquella sala pareciera limitar con los vacíos de la astronomía y las ventanas se abrieran al infinito exterior. Y me encontré especulando que, si la habitación en sí no pertenecía a una única especie, quizá eran sus ocupantes los que habían introducido el elemento extraño.

Aunque cada uno de ellos estaba totalmente cubierto por una enorme capa, la manera en la que la tela caía al suelo en extraños pliegues y la estructura inusual de las sillas en las que esas criaturas estaban sentadas revelaba una singularidad que motivaba mi curiosidad y me infundía terror. No podía evitar preguntarme qué ocultaban aquellas vestiduras. ¿Quiénes eran aquellos seres con esas formas tan antinaturales? Con sus sillas altas y angulosas colocadas en círculo parecían estar inclinados en todas direcciones, como monolitos inestables. Era como si estuvieran adoptando posturas misteriosamente simbólicas, encerrándose en hábitos hostiles a un análisis convencional. Del mismo modo, inclinaban la cabeza de forma sesgada en relación con el resto de sus formas majestuosas, y saludaban de un modo herético para su anatomía terrestre. Susurraban casi sin cesar, pues no se me ocurre una palabra más exacta para describir el suave murmullo que parecía ser su forma de hablar. ¿O era la suspensión de este sonido lo que transmitía de uno a otro sus mensajes desconocidos, aquellos silencios escasos pero notables que me aterrorizaban mucho más que el extraño susurro?

Pero el sueño presentaba otro detalle que tal vez estuviera relacionado con el modo de comunicación de aquellas figuras susurrantes que se sentaban bajo la luz estancada de la luna. De las mangas anchas que colgaban a ambos lados de cada figura sobresalían unos delicados y delgados apéndices que parecían estar atrofiados, unas zarpas encogidas con numerosas garras que se reducían a tentáculos flácidos, unos dedos fibrosos que parecían trabajar juntos con brío y una agitación incesante.

La primera vez que vi aquellos gestos horripilantes sentí que casi me despertaba, que me llevaba al mundo la sensación de una espantosa explicación sin un significado acertado, o una posibilidad de expresión en ninguna lengua excepto los votos susurrados de aquella secta misteriosa. Pero permanecí más tiempo en aquel sueño, mucho más tiempo de lo normal. Presencié el nerviosismo insectil de aquellas pinzas arrugadas, la excitación crispada de aquellos miembros que parecían revelar un conocimiento intolerable, una manifestación máxima sobre el orden de las cosas. Tales movimientos sugerían un despliegue de analogías horrorosas: las hiladas patas de las arañas, la fricción ansiosa de las largas y flacas extremidades de una mosca, la ondulación de la lengua de un lagarto o el movimiento que hace su cola. Pero la sensación acumulativa que tenía en el sueño solo estaba en parte relacionada con lo que yo llamaría «el triunfo de lo grotesco»; puesto que mucho mayor era una

percepción bastante diferente, la que iba acompañada de una euforia extraña contaminada de náuseas. Esta revelación —de acuerdo con el estilo de ciertos sueños — era complicada y exacta, y no permitía ambigüedades ni confusiones que consolaran al soñador. Y lo que se le trasmitía a mi mente testimonial era la visión de un mundo en trance: un desfile hipnotizado de seres sonámbulos por las manipulaciones detestables de sus amos susurrantes, esos monstruos encapuchados que estaban entre los hipnotizados, pues existe un poder que los supera, un poder al que sirven y del que simplemente emanan, algo que está más allá de la hipnosis universal en virtud de su inconsciencia, de su impresionante idiotez. Cada uno de los amos con capas fue partícipe de alguna medida de deidad y presidió de forma pasiva, como zombi inteligente, las multitudes en trance, ese dominio frenético de la esfera humana.

Y fue en ese lugar de mi sueño cuando me di cuenta de que allí conseguía una intimidad atroz entre yo mismo y aquellas efigies susurrantes del caos cuya existencia me aterrorizaba por su distancia de la mía. ¿Me habían permitido aquellos seres, con alguna macabra intención que solo ellos podían comprender, penetrar en su sabiduría infernal? ¿O era mi acceso superfluo a tal misterio asqueroso solo el resultado de una repugnante casualidad en el universo de átomos, vina intersección del azar entre elementos demoníacos de los qvie se compone toda creación? Pero la verdad estaba, no obstante, en la superficie de esas locuras; tanto de modo premeditado como por accidente, yo era la víctima de lo desconocido y finalmente sucumbí a vin horror extático a causa de aquel conocimiento insoportable.

Mientras caminaba, era como si me hubiera llevado vina diminuta partícula como una joya de ese éxtasis horroroso y, por alguna alquimia de asociación, aquella oscura sustancia cristalina infundía su magia a la imagen de mi pueblo.

Aunque antes me creía el conocedor consumado de los secretos de aquella localidad, al día siguiente descubrí algo inesperado. Las calles que observaba en aquella mañana inmóvil estaban repletas de nuevos secretos y parecían conducirme a la misma esencia de lo extraordinario. Un elemento anteriormente desconocido aparecía en la composición del pueblo, algo que debía de haber estado escondido en alguna de sus zonas más oscuras. Quiero decir que, aunque esas fachadas arcaicas y pintorescas todavía adoptaban la apariencia de una paz de ensueño, ahora tenía a la vista una agitación maligna debajo de la superficie. El pueblo ofrecía más maravillas de las que conocía, un alijo oculto de ofrendas blasfemas. No obstante, fuera como fuese esa fórmula de engaño, de corrupción disfrazada, servía para intensificar los aspectos más atractivos del lugar: algunos tejados inclinados, una puerta principal baja o un callejón estrecho provocaban una profusión de sensaciones insospechadas. La niebla que pronto se extendió uniformemente aquella mañana por el pueblo estaba iluminada de sueños.

Deambulé todo el día con una exaltación febril por el lugar, como si lo visitara por primera vez. Apenas me paré un momento para descansar, y estoy seguro de que no me detuve para comer. A última hora de la tarde tal vez sufriera tensión nerviosa, puesto que había estado muchas horas alimentando un singular estado mental en el que unas caóticas corrientes de miedo invadían y enriquecían la euforia más pura. Cada vez que doblaba una esquina o giraba la cabeza para apreciar una vista atractiva, los temblores más oscuros quedaban inspirados por el espectáculo híbrido que presenciaba, unas escenas espléndidas y rotas por sombras malignas, lo espeluznante y lo hermoso fundidos para siempre en un abrazo. Y cuando pasé bajo el arco de una vieja calle y miré hacia arriba, hacia la estructura altísima que había ante mí, quedé casi abrumado.

Reconocí el sitio de inmediato, aunque nunca lo había visto desde aquella perspectiva. Y de repente fue como si ya no estuviera en la calle mirando hacia arriba, sino que miraba hacia abajo desde la ventana que había justo debajo del tejado en pico. Era la habitación más alta del pueblo, y desde ninguna otra se podía ver lo que había en su interior. El edificio en sí, como algunos de los que lo rodeaban, parecía vacío, quizás abandonado. Consideré varias formas de forzar la entrada, pero no hacía falta ninguno de esos métodos, ya que la puerta principal, en contra de mi observación inicial, estaba ligeramente entornada.

En efecto, aquella vivienda estaba abandonada, sin mobiliario ni decoración ni accesorios básicos, y los pasillos estaban desiertos, como túneles, tan solo visibles bajo la horrible luz que entraba por las ventanas sucias sin cortinas. Otras ventanas idénticas aparecían en el descansillo de cada tramo de escaleras que subía por la parte central de la casa como una columna vertebral retorcida. Me quedé inmóvil, cerca del sobrecogimiento cataléptico, al ver el mundo por el que me paseaba, aquel paraíso deteriorado. Era un lugar de extrañas interferencias, de inquietud y melancolía infinitas, el residuo eterno de alguna desgracia cósmica. Subí las escaleras con una concentración solemne y mecánica y solo me detuve cuando llegué arriba del todo y me topé con la puerta de una habitación determinada.

Incluso en aquel momento me preguntaba si podría haber entrado a esa pieza con aquella determinación de haber esperado de verdad encontrar algo extraordinario en su interior. ¿Alguna vez tuve la intención de enfrentarme a la locura del universo, o al menos a la mía? Debía confesar que, aunque había aceptado las ventajas de mis sueños y fantasías, no creía profundamente en ellas. En el fondo era un escéptico, un total incrédulo que se había permitido demasiada libertad de imaginación y que a lo mejor había llegado a la locura por sus propios medios.

Todo parecía indicar que la estancia estaba deshabitada. Observé este hecho sin la decepción que da la expectación verdadera, pero también con un extraño alivio. Luego, mientras mis ojos se acostumbraban a la penumbra confusa de la habitación,

vi las sillas en círculo.

Eran tan extrañas como en el sueño, más parecidas a instrumentos de tortura que a cualquier clase de objeto práctico o decorativo. Sus altos respaldos estaban un tanto inclinados y cubiertos de una piel gruesa que no se parecía a nada que hubiera visto antes; los brazos eran como cuchillas y cada uno tenía cuatro hendiduras semicirculares que lo atravesaban y quedaban separadas a partes iguales por toda su extensión; debajo había seis patas articuladas que sobresalían hacia fuera, una característica que transformaba toda la pieza en algo semejante a un cangrejo con la habilidad aparente de caminar por el suelo. Si, por un momento de asombro, sentí el impulso idiota de sentarme en uno de aquellos extraños tronos, rápidamente dejé de desearlo al ver que el asiento de cada silla, que al principio parecía estar compuesto por un cubo de cristal negro suave y sólido, era, de hecho, tan solo un cubículo abierto lleno de un líquido turbio que se agitó de manera extraña cuando pasé la mano por la superficie. Y mientras lo hacía sentí un hormigueo por todo el brazo, de tal forma que me dirigí a trompicones hacia atrás, en dirección a la puerta de aquella horrible habitación, detestando cada átomo de la carne agarrada a los huesos de esa extremidad. Me di la vuelta para salir de allí, pero me detuvo una figura que había en la entrada.

Aunque ya me había encontrado con aquel hombre, ahora era bastante diferente, más siniestro que simplemente enigmático. Cuando el día anterior me había molestado, no me había percatado: su actitud había sido inusual pero muy educada, y no me había dado motivos para dudar de su cordura. Ahora no parecía ser más que un maligno títere de la locura. Desde la postura retorcida que adoptaba en la entrada hasta la expresión imbécil y salvaje que poseían sus rasgos, era una criatura de extraña degeneración. Antes de que pudiera apartarme de él, agarró mi mano temblorosa.

—Gracias por la visita —dijo con una voz que era una parodia de su antigua cortesía.

Me atrajo hacia él, bajó los párpados y sonrió de oreja a oreja como si estuviera disfrutando de una agradable brisa en un día cálido. Después dijo:

—Quieren llevarte con ellos cuando se marchen. Quieren a los elegidos.

Nada puede describir lo que sentí al oír aquellas palabras, que solo tendrían sentido en una pesadilla. Sus consecuencias eran una quintaesencia del delirio infernal, y en aquel instante todas las maravillas del mundo se convirtieron en algo espantoso. Intenté liberarme de las garras del loco mientras le gritaba que me soltara la mano.

—¿Tu mano? —me gritó.

Después empezó a repetir aquella frase una y otra vez, y se reía como si algún chiste sardónico hubiera llegado a su conclusión en lo más hondo de su locura.

Gracias a su alegría repugnante se debilitó y yo pude escapar. Mientras descendía rápidamente la gran cantidad de escaleras del viejo edificio, su risa me perseguía como una resonancia hueca que llenaba la misteriosa vivienda.

Y aquella risa estrafalaria y retumbante me acompañó mientras deambulaba aturdido en la oscuridad, intentando huir de mis propios pensamientos y sensaciones. Poco a poco, aquellos ruidos horribles que llenaban mi cerebro amainaron, pero fueron sustituidos por un nuevo miedo: el murmullo de los extraños delante de los que pasaba en las calles del pueblo. No importaba lo bajo que hablaran o lo rápido que se acallaran unos a otros con embarazosos carraspeos y miradas adustas, pues sus palabras llegaban a mis oídos en fragmentos que era capaz de reconstruir al repetirse con tanta frecuencia. Los términos más comunes eran «deformidad» y «desfiguración». Si no hubiera estado tan consternado podría haberme acercado a aquellas personas aparentando buena educación, aclarar la garganta y decir: «perdone, pero no he podido evitar escuchar lo que decía. ¿A qué se refería exactamente, si no le importa que le pregunte, cuando ha dicho…?». Pero descubrí por mí mismo lo que aquellas palabras significaban —¡qué horror, pobre hombre!— cuando volví a mi habitación y me puse delante del espejo de la pared sujetándome la cabeza con una mano.

Pues solo una de aquellas manos era mía.

La otra les pertenecía a ellos.

La vida es la pesadilla que te marca para demostrar, de hecho, que es real. Y sufrir una locura solitaria parece la alegría del paraíso cuando lo comparamos con las condiciones extraordinarias en las que la propia locura de uno solo es el reflejo de la del mundo exterior. Los sueños me engatusaron, ya nada tiene sentido.

Déjenme escribir, mientras todavía pueda, que la transformación no se ha limitado; ahora me resulta difícil continuar con este manuscrito sin manos; estos tentáculos que no paran de moverse apenas pueden coger el bolígrafo, y estoy perdiendo la voluntad necesaria para pasar una garra arrugada por esta página. Aunque me he alejado a mucha distancia del pueblo, su influencia no ha disminuido. En estas cuestiones es aterrador cómo desaparecen las leyes del espacio y el tiempo. Yo estoy ligado a unas leyes mayores, unas fuerzas extrañas que intervienen mientras yo me quedo mirando impotente.

Por el bien de los demás, he tomado precauciones para ocultar mi identidad y la ubicación exacta de un horror que no se puede evitar; sin embargo, también he tratado por todos los medios de revelar, como si fuera con intención maliciosa, la existencia y la naturaleza de aquellos mismos horrores. A la larga, ni mis motivos ni mis acciones han tenido consecuencias: tanto los unos como las otras son bien conocidos por las cosas que susurran en la habitación más alta de un viejo pueblo. Saben lo que escribo y por qué lo escribo. Tal vez incluso guíen mi bolígrafo por

medio de una mano que es una extensión de las suyas. Y si alguna vez deseé ver lo que había debajo de aquellas capas negras, pronto satisfaré esta curiosidad con tan solo mirarme al espejo.

Debo volver al pueblo, pues ahora mi hogar no puede estar en ningún otro sitio. Pero ya no entraré en aquel lugar como antaño: cuando vuelva a aquel mundo de sueños lo haré a través de un umbral que ningún ser humano ha cruzado jamás… ni lo hará.

La música de la luna

Con un interés considerable y algo de intranquilidad, escuchaba mientras un hombrecillo pálido llamado Tressor contaba su experiencia con una suave voz que apenas rompía el silencio de la habitación iluminada por la luna. Al parecer era uno de esos que no podían dormir, así que a menudo pasaba estos momentos superfluos caminando hasta el alba, intercambiando su descanso natural por aquellas visiones nocturnas que nuestra ciudad revela a determinados ojos. Y quién puede resistirse a tal encantamiento, incluso si sabe que en verdad es un mal secreto que adorna nuestro mundo con maravillas. Pero ese mismo mal puede a la larga arruinar tanto esas maravillas como nuestro mundo; y esta paradoja, sobre todo, tiene que ver con los que no encuentran descanso en sus camas.

Sin embargo, el hecho de mirar arriba fijamente y alcanzar a ver una forma fuera de lo común trotando por los empinados tejados con una agilidad desconcertante podría ser una compensación para tantas noches de infiernos en vela. Tal vez aliviaría los efectos cansados de un tormento monótono, si oyéramos un murmullo casi perceptible a la luz de la luna en una de nuestras callejuelas y siguiéramos esos susurros a través de la noche sin siquiera ser capaces de acercarnos, aunque no por ello se desvanecieran en lo más mínimo. ¿Y si la mayoría de estos incidentes no fueran decisivos, y si se los considerara meros episodios tentadores, no documentados y poco desarrollados? ¿Acaso no servirían a su propósito? ¿Cuántos había rescatado ya nuestra ciudad de esa manera, alejando sus manos del cuchillo, la soga o el frasco de veneno? Sin embargo, aunque la historia de Tressor era una exageración, una versión aumentada y adornada con dichas aventuras indeterminadas, no me sorprendió que las consecuencias fueran concluyentes, si lo que creo que le pasó es verdad.

Durante una de sus vacías noches de insomnio había ido a pasear por el casco antiguo de la ciudad, donde hay actividad sin reservas a todas horas. Pero Tressor estaba interesado en agotarlas, en usar esas horas con el menor dolor posible. Por tanto, no echó más que un modesto vistazo al personaje que estaba en las escaleras de un viejo y asqueroso edificio, tan solo para advertir que aquel hombre era más o menos de su estatura y parecía estar perdiendo el tiempo sin ningún propósito, con las manos hundidas en los enormes bolsillos de su abrigo y los ojos fijos con mucha paciencia en el transeúnte.

El edificio fuera del que estaba sentado tenía una estructura bastante sencilla, de la que solo destacaban las ventanas, de la misma manera que algunos rostros son inconfundibles únicamente gracias a un interesante par de ojos. Estas ventanas no eran los rectángulos estrechos que se encontraban en los otros edificios de la calle, sino que tenían la forma de semicírculos divididos en unos cuantos cristales con

forma de porción que a la luz de la luna parecían brillar de un modo asombroso, aunque lo más seguro es que fuese solo un efecto de contraste con el contorno, donde unos pocos trozos limpios de cristal no podían evitar llamar la atención. No sé con seguridad cuál sería la explicación.

Fuera como fuese, Tressor pasaba por el edificio con aquellas ventanas cuando el hombre de las escaleras le ofreció algo que dejó a su alcance, y mientras lo hacía lanzó una mirada tan intensa y directa a los pobres ojos de Tressor que este bajó al instante la vista y la fijó en el objeto que tenía en la mano. Lo que le había entregado era un trozo de papel, y al bajar un tramo más de calle se paró al lado de una farola para leer las delgadas líneas de letras diminutas. Impreso con tinta negra sobre una cara de aquella pasta de papel gruesa, más bien gomosa, el folleto anunciaba un espectáculo esa misma noche, un poco más tarde, en el edificio que acababa de pasar de largo. Tressor se volvió para mirar al hombre que se lo había dado, pero ya no estaba en aquel lugar. Por un momento todo aquello pareció muy extraño, pues a pesar de su aspecto despreocupado, hasta tranquilo, y de dar la impresión de no esperar nada ni a nadie, aquel hombre sí parecía estar de algún modo relacionado con ese lugar en particular fuera del edificio, y su ausencia repentina hizo que Tressor se sintiera… confuso.

Una vez más examinó la hoja que tenía en la mano y la frotó de forma distraída con los dedos. Tenía una textura rara, como ceniza mezclada con grasa. Sin embargo, pronto empezó a pensar que le estaba dando demasiada importancia, y mientras reanudaba su marcha de insomne tiró el trozo de papel. Pero antes de que llegara al suelo, alguien que caminaba muy rápido en dirección contraria cogió al vuelo el folleto. Tressor miró hacia atrás, pero no supo distinguir cuál de aquellos peatones había recuperado el papel. Después continuó su camino.

Sin embargo más tarde, aquella noche, desesperado por encontrar alguna distracción que el simple paseo no podía ya proporcionarle, volvió al edificio con ventanas brillantes en forma de semicírculos.

Entró por la puerta principal, que estaba abierta y desatendida, y avanzó en silencio por los pasillos vacíos. En las paredes había lámparas con forma de esferas que brillaban débilmente. Al doblar una esquina se topó de pronto con un negro abismo, dentro del cual una escalera sin luz empezaba a tomar forma conforme sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. Tras unos momentos de vacilación subió los escalones, cuyas viejas tablas producían un ruido exasperante. Desde el primer rellano de la escalera podía distinguir las tenues luces de arriba, y en vez de volver atrás siguió ascendiendo hacia ellas. El segundo piso, en cambio, se parecía más al primero, como el tercero y los subsiguientes. Cuando llegó a la cumbre del edificio, Tressor empezó a deambular otra vez. Incluso abrió alguna de las puertas.

Pero la mayoría de las habitaciones que había detrás de aquellas puertas estaban

vacías y a oscuras, y la luz de la luna que brillaba a través de las ventanas totalmente transparentes caía sobre el suelo sin alfombras, cubierto de polvo, y las paredes lisas. Tressor estaba a punto de darse la vuelta y marcharse de aquel lugar para siempre, cuando descubrió al final del último pasillo una puerta con un halo áureo, apenas visible, que se filtraba por los bordes. Caminó hasta aquella puerta, que estaba entreabierta, y con cautela la empujó.

Mientras inspeccionaba la habitación, Tressor vio el globo amarillento de luz que pendía del techo. Al examinar detenidamente las paredes vio unas cositas que parecían sombras y se movían en los rincones, por el suelo; llegó a la conclusión de que serían las consecuencias de un servicio inútil. Entonces vio algo en una pared, a lo lejos, que lo hizo retroceder hasta el pasillo. Lo que había vislumbrado eran los oscuros contornos de cuatro figuras con forma extraña apoyadas contra la pared, de las cuales la más alta tenía casi su misma estatura, mientras que la más pequeña era mucho más baja. Sin embargo, una vez en el pasillo se dio cuenta de que esas imágenes las veía ahora más claras en su mente. Tenía la impresión de estar casi seguro de su verdadera naturaleza, aunque tengo que confesar que no pude imaginarme lo que podían ser hasta que dijo la palabra clave: «estuches».

Se aventuró de nuevo a entrar en la habitación y se detuvo ante los estuches cerrados, que probablemente pertenecieran a un cuarteto de músicos. Parecían muy antiguos y, como si fueran libros, estaban encuadernados con una tela oscura. Tressor pasó los dedos por aquel material y al poco rato empezó a tocar los pestillos de metal deslustrado del estuche del violín. Pero de repente se detuvo cuando vio un grupo de sombras que se alzaban en la pared de delante.

—¿Por qué ha venido aquí? —preguntó una voz que sonaba tan agotada como maliciosa.

—Vi la luz —contestó Tressor sin darse la vuelta, y continuó en cuclillas junto al estuche del violín.

De algún modo, el eco de su propia voz en aquella habitación vacía le molestaba más que el de su interrogador, aunque en ese momento no supo por qué. Contó cuatro sombras en la pared, tres de ellas altas y estilizadas, la cuarta algo más pequeña y con una enorme cabeza deforme.

—Levántese —le ordenó la misma voz de antes.

Tressor se levantó.

—Dése la vuelta.

Tressor se dio la vuelta despacio y se sintió aliviado al ver que ante él había tres hombres de aspecto bastante corriente y una mujer que tenía la cabeza envuelta en nubes de pelo blanco y desgreñado. Además, entre aquellos hombres estaba el que le había dado a Tressor esa misma noche el folleto, aunque ahora le parecía mucho más alto que antes, en la calle.

—Tú me diste la hoja —le recordó Tressor como si desenterrara una vieja amistad. Una vez más su voz le pareció extraña cuando resonó en aquella habitación vacía.

El hombre alto miró a sus compañeros y analizó las tres caras una a una, como si leyera un silencioso mensaje en sus facciones inexpresivas. Luego sacó un trozo de papel de su abrigo.

—¿Se refiere a esto? —le preguntó a Tressor.

—Sí, exacto.

Todos le dedicaron una leve sonrisa y el alto dijo:

—Pues se ha equivocado de sitio, debería estar en el piso de arriba. Pero la escalera principal no lo llevará hasta allí, hay otra más pequeña al fondo del pasillo, seguro que la ve. ¿Tiene buena vista?

—Sí.

—¿Buena vista mientras mira? —preguntó otro de los hombres.

—Veo muy bien, si se refiere a eso.

—Sí, precisamente a eso nos referimos —contestó la mujer.

Entonces los cuatro se apartaron para cederle el paso, dos a cada lado de Tressor, y este salió de la habitación.

—Ya hay algunas personas arriba para ver el concierto —comentó el hombre alto cuando Tressor alcanzó la puerta—. Dentro de poco subiremos para tocar.

—Sí… sí… sí… —murmuraron los otros mientras empezaban a mover con torpeza los oscuros estuches que contenían sus instrumentos.

Sus voces no, pensó Tressor, mi voz.

Según Tressor me explicó más tarde, las voces de los músicos, a diferencia de la suya, no resonaban en la habitación vacía.

No obstante, Tressor se fue a buscar la escalera, que al principio parecía un hueco vacío y oscuro en el rincón del fondo del pasillo. Guiado por una frágil barandilla que giraba en espiral, llegó hasta el piso más alto del viejo edificio. Allí los pasillos eran mucho más estrechos que los de abajo, meros corredores iluminados por lámparas esféricas que estaban cubiertas de polvo y ya no aparecían ni a intervalos constantes. También había menos puertas, y estas se encontraban más por el tacto que por la vista. Pero Tressor tenía muy buenos ojos, como había asegurado, y halló la sala donde ya se habían reunido unas cuantas personas, tal y como habían afirmado los músicos.

Puedo imaginarme que no fue fácil para Tressor decidir si llevaba a cabo o no lo que había empezado aquella noche. Si la incapacidad para dormir a veces lleva al que la sufre a consuelos extraños o peligrosos, Tressor todavía conservaba bastante lucidez como para comprometerse. Así que no entró en la habitación donde divisó gente tirada en asientos desperdigados y negras siluetas de cabezas humanas visibles

solo a la luz de la luna que se filtraba a través del cristal inmaculado de aquellas ventanas tan particulares. Lo que hizo fue ocultarse en las sombras pasillo abajo, y cuando los músicos llegaron arriba cargados con los instrumentos y entraron en fila en la habitación iluminada por la luna, no se imaginaron que Tressor estaba allí fuera. La puerta se cerró detrás de ellos con un clic que no resonó en el angosto pasillo.

Durante unos instantes no hubo nada más que silencio, un silencio más puro que cualquiera que él hubiera conocido, como el silencio de un mundo oscuro y sin vida. Luego el sonido empezó a filtrarse en él, pero de manera tan discreta que no supo cuándo había terminado el silencio absoluto y había empezado el silencio adornado. El ruido se convirtió en música, una música lenta y apagada en la tenue oscuridad, que llegaba algo debilitada al traspasar la puerta intermedia. Al principio era como una única nota que vibraba en un universo de silencio y oscuridad, que intentaba persuadir a la audiencia para que entendiera su voz sutil, para que sintiera sus secretos y quizás oyera lo inaudible. Aquella nota estalló en una lluvia de tonos que proliferaban armonías, y justo en ese momento una segunda nota empezó a seguir el mismo curso; después, otra nota, y otra. Ahora había más música que la que podría contener el silencio anterior, que al parecer era expansivo. Pronto ya no hubo espacio para el silencio, o a lo mejor la música y el silencio se confundieron, se hicieron indistinguibles, como los colores se funden con el blanco. Y por fin, para Tressor, aquella interminable secuencia de noches en vela, cada una de ellas un espejo de la anterior y de la siguiente, se rompió.

Cuando se despertó, la luz de un tranquilo amanecer gris inundaba el estrecho pasillo en el que estaba apoyado entre paredes desconchadas. Al recordar un momento los acontecimientos de la noche anterior, se puso de pie y caminó hacia la habitación cuya puerta aún seguía cerrada. Colocó el oído sobre la madera áspera, pero no oyó ningún ruido al otro lado. Le vino a la memoria una música maravillosa, y que al instante se había desvanecido. Como antes, la música le sonaba apagada, con muy poca fuerza, ya que había tenido demasiado miedo para entrar en la sala donde estaban tocando. Pero ahora lo hizo.

Se sorprendió al ver que la audiencia todavía estaba en sus asientos de cara a cuatro sillas vacías y cuatro instrumentos abandonados de distintos tamaños. No había ni rastro de los músicos.

Los espectadores estaban todos vestidos de blanco, con túnicas encapuchadas hechas de algún material diáfano. Eran como sudarios andrajosos en los que estaban bien envueltos. Estaban muy callados y tranquilos, tal vez eran presa todavía del profundo sueño del que Tressor acababa de despertar. Sintió un miedo extraño por aquella congregación, extraño porque también percibía que estaban completamente indefensos y no eran más capaces de realizar cualquier acción voluntaria que una habitación llena de muñecos abandonados. Conforme iba viendo mejor gracias a la

penumbra grisácea de la habitación, se dio cuenta de que las túnicas que llevaban aquellas figuras paralizadas se parecían cada vez más a vendas de algún tipo, una malla blanca y fuerte que los envolvía y los dejaba bien atados.

—Pero no eran vendajes, ni túnicas, ni sudarios —me dijo al final Tressor—. Eran telarañas, gruesas capas de telaraña que al principio creí que cubrían el cuerpo entero de todos.

Pero esto era lo que le parecía a Tressor desde su perspectiva detrás del público momificado, pues cuando avanzó rodeando por un lado la terrible concurrencia y continuó hacia las cuatro sillas vacías que había delante, vio que cada capullo blanco y fibroso estaba tejido de tal manera que dejaba al descubierto la cara de su habitante. También observó que las expresiones de esas caras eran muy similares, y casi se podría decir que eran serenas, si hubieran sido caras completas; porque al parecer ninguna tenía ojos: el público estaba mirando en la misma dirección para presenciar un espectáculo que ya no podía ver, y contemplaba la nada con cuencas sangrantes. Todos menos uno, como descubrió finalmente Tressor.

Al final de una hilera de sillas bastante caótica que había al fondo de la sala, un miembro de la audiencia muerta estaba despierto en su asiento. Al acercarse despacio a la figura, con pensamientos vagos de rescate en su mente, Tressor se dio cuenta de que el infortunado tenía los párpados cerrados. Sin perder ni un segundo, empezó a arrancar la telaraña que aprisionaba a la víctima y le dio esperanzas mientras se esforzaba por deshacer aquella malla horrible. Pero entonces los párpados cerrados se abrieron y miraron alrededor, y en última instancia a Tressor.

—Eres el único —le informó Tressor, que insistía en deshacer las ataduras de telaraña.

—Shhhh —dijo el otro—. Estoy esperando.

Tressor se detuvo lleno de confusión y los dedos se le enredaron de forma insufrible en aquella cosa horripilante, pegajosa, abrasiva y extraña al tacto.

—Puede que vuelvan —insistió, aunque no estaba muy seguro de quiénes eran «ellos».

—Volverán —respondió la otra voz suave pero nerviosa—. Con la luna volverán con su música maravillosa.

Consternado por el enigma, con miedo de cosas que no podía mencionar, Tressor empezó a retroceder. Y sospecho que desde el interior de algunas de aquellas cuencas huecas, cuatro para ser exactas, los diminutos ojos de unas extrañas criaturas lo observaban mientras huía de aquella habitación horrible.

Más tarde Tressor empezó a visitarme noche tras noche para hablarme sobre aquella música, hasta que pareció que casi podía oírla yo mismo y contar su historia como si me hubiera sucedido a mí. Poco después solo hablaba de música, mientras recordaba cómo la había escuchado un tanto apagada tras la puerta cerrada. Cuando

intentó imaginarse cómo sería haber oído la música, como el mismo expresó, «en las carnes», fue obvio que se había olvidado del destino de aquellos que sí la habían escuchado de esa manera. Su voz se iba debilitando a medida que la música se hacía más fuerte y clara en su cabeza. Una noche dejó de venir a visitarme.

Y al parecer ahora soy yo el que no puede dormir, sobre todo cuando veo la luna que se cierne sobre la ciudad; la luna, grande y pálida, que nos observa desde dentro de la maraña de nubes transparentes. ¿Cómo puedo dormir bajo su mirada encantadora? Qué difícil es mantenerme alejado de cierta parte de la ciudad cuando, noche tras noche, vago solo por calles extrañas.

Vastarien

En la oscuridad de su sueño, unas luces empezaron a brillar como velas en una celda enclaustrada. La iluminación era débil e inestable y no procedía de ninguna fuente determinada. Sin embargo, gracias a esta descubrió muchas formas bajo las sombras: unos edificios altos cuyos tejados se inclinaban hacia el suelo, unos edificios grandes cuyas fachadas parecían seguir la curva de una calle y edificios oscuros cuyas puertas y ventanas se ladeaban como cuadros mal colgados. Incluso si se veía incapaz de situarse en esa escena, sabía dónde lo habían llevado una vez más sus sueños.

Mientras las estructuras alabeadas se multiplicaban en su visión y llenaban la distancia perdida, él seguía teniendo una sensación de intimidad con cada una de ellas, una conciencia peculiar del espacio de sus interiores y de las calles que se enroscaban alrededor de su masa. Una vez más sabía lo que había en lo más hondo de sus cimientos, donde una vida oscura parecía establecerse, una civilización secreta de repeticiones que crecían entre unas paredes crujientes. Sin embargo, en lo más profundo de su interior se presentaban algunas dificultades: había escaleras que se desviaban hacia lugares inútiles, ascensores cerrados que instaban a los pasajeros a hacer paradas no deseadas, escaleras de mano delgadas que subían a un laberinto de huecos y conductos, las arterias y válvulas oscuras de un organismo petrificado y monstruoso.

Y él sabía que cada rincón de ese mundo corroído tenía muchas opciones, aunque debía elegirlas a ciegas en un lugar donde no había claras consecuencias ni una jerarquía de posibilidades: una habitación cuya decoración gastada y silenciosa irradiara una serenidad sombría podía atraer a un visitante que después descubriera determinadas figuras envueltas en mobiliarios lujosos, figuras que no se movieran ni hablaran sino que solo miraran fijamente; y llegar a la conclusión de que estos maniquís cansados habían ejercido una indulgencia extraña en reposo y que había que reflexionar sobre las alternativas: ¿quedarse o marcharse?

Al eludirlos encantos claustrales de esas estancias, su mirada vagaba ahora por las calles del sueño. Escudriñaba las alturas más allá de los altos tejados inclinados. Allí era como si las estrellas no fueran más que ceniza plateada que se asomara por la boca de las grandes chimeneas, aferrada a algo oscuro y espeso que amenazaba por encima, algo que se cernía sobre todos los horizontes negros. Le pareció que algunas torres altas prácticamente rompían la negrura decaída al alargarse hacia la noche para estar lo más lejos posible del mundo de allí abajo. Y fue en la punta de una de las torres más altas donde descubrió unas siluetas borrosas que se movían de forma desenfrenada en una ventana con mucha luz, y que giraban y se inclinaban sobre el cristal como sombras chinescas engarzadas en una disputa demencial.

A través de las calles laberínticas su visión se deslizaba despacio, como si fuera

arrastrada por una lenta corriente. Las ventanas a oscuras reflejaban la luz de las estrellas y la de las farolas; las ventanas iluminadas, por débiles que brillaran, revelaban extrañas escenas que el viajero soñador dejaba atrás mucho antes de que todo su misterio pudiera abrumarlo. Paseaba por las calles más apartadas, y empujado por la corriente se movía junto a un muro expansivo que parecía bordear un abismo, flotar sobre puentes que se arqueaban sobre el murmullo de las negras aguas de los canales.

Cerca de una esquina determinada de la calle, en un lugar tranquilo y de claridad sobrenatural, vio dos figuras que quedaban bajo la mirada cristalina de una luz colocada en la parte alta de un muro de piedra tallada. Sus sombras eran perfectas columnas de oscuridad sobre el pavimento lívido; sus caras un par de máscaras descoloridas que ocultaban ideas profundas. Parecían hacer su vida sin ser conscientes de la presencia del observador soñante, que solo deseaba vivir con estos espectros y conocer sus sueños, quedarse en aquel lugar donde todo estaba paralizado en el orden de lo irreal.

Parecía que nunca jamás podrían obligarlo a abandonar aquel reino de hermosas sombras.

Victor Keirion se despertó con una breve convulsión de sus miembros, como si se hubiera estado moviendo de forma caótica para evitar una caída desde una altura imaginaria. Durante un momento permaneció con los ojos cerrados, con la esperanza de conservar la euforia del sueño que se disipaba. Finalmente, parpadeó una o dos veces. La luz de la luna que entraba por la ventana sin cortinas le ofreció una imagen de sus brazos extendidos y de sus manos, que por algún motivo estaban retorcidas. Al agarrar las sábanas por el borde del colchón, se liberó de esa postura y se giró sobre su espalda. Después tanteó hasta que sus dedos encontraron la cadena que colgaba de la lámpara que había sobre la cama. Apareció ante él una habitación pequeña, sin apenas muebles.

Se incorporó y alcanzó la mesilla de noche de metal pintado. Entre el espacio de sus dedos separados vio las tapas de color gris claro de un libro, y algunas de las letras en negrita estampadas sobre la cubierta: «V», «S», «R», «N». De repente retiró la mano sin tocar el libro, pues la intoxicación mágica del sueño había desaparecido y temía no ser capaz de restablecerlo.

Se liberó de las gruesas mantas y se sentó en el borde del colchón, con los codos reposados en las piernas y las manos cruzadas de forma relajada. Tenía el pelo y los ojos claros, una tez bastante grisácea que recordaba el color de ciertas nubes, o aquel característico del que ha estado mucho tiempo recluido. La única ventana de la habitación solo estaba a unos pasos de distancia, pero él trataba de no acercarse, ni siquiera intentaba mirar en aquella dirección. Sabía perfectamente lo que vería a esas horas de la noche: edificios altos, edificios grandes, edificios oscuros, unas cuantas

estrellas y luces desperdigadas, un movimiento letárgico en las calles de allí abajo.

En muchos sentidos, la ciudad que había detrás de aquella ventana guardaba semejanza con el otro lugar, que ahora parecía sumamente lejano e inaccesible. Pero el parecido se manifestaba tan solo en su visión interna, únicamente en las imágenes que recordaba y formaba cuando cerraba los ojos o desenfocaba la vista. Sería difícil concebir una criatura para quien este mundo —con su forma desnuda vista con los ojos abiertos— representara un paraíso codiciado.

Delante de aquella ventana, con las manos metidas en los bolsillos de un albornoz acartonado, se dio cuenta de que faltaba algo, una propiedad crucial que se había negado a las estrellas arriba y a las calles abajo, una esencia de otro mundo necesaria para salvarlas. La expresión «de otro mundo» resonó en la habitación. En aquel lugar y a aquella hora, la ausencia paradójica, la cualidad perdida, se hizo evidente para él: se trataba del factor de lo irreal.

Pues Victor Keirion pertenecía a aquella secta de almas desgraciadas que creían que el único valor de este mundo residía en su poder de, en determinadas ocasiones, insinuar otro mundo. Sin embargo, el lugar que ahora contemplaba por la ventana no podría ser nunca nada más que un sutil fantasma de aquel otro sitio, nada más que una vaga imitación de la anatomía de aquel gran sueño. Y aunque era cierto que había veces en que uno podía engañarse, momentos aislados cuando el don del disfraz triunfa, la imitación nunca podría ser perfecta o duradera. No existía nada que desafiara la rica irrealidad de Vastarien, donde todas las formas insinuaban otros cientos, cada sonido se difundían en ecos eternos y las palabras fundían un mundo. Ningún miedo o alegría igualaba las sensaciones a flor de piel que se experimentaban en aquel lugar que estaba en otra parte, ese fascinante retiro donde todas las vivencias estaban entrelazadas para componer fantásticas texturas de sensaciones, una fina tracería oscura de diseños ilimitados. Pues todo en lo irreal apunta al infinito, y todo en Vastarien era irreal, ilimitado por la mentira tangible de la existencia. Hasta sus aspectos más modestos revelaban esa verdad. Él se preguntaba: ¿qué puerta de otro mundo podría implicar las posibilidades extrañas y abundantes que pertenecían a las fascinantes puertas del sueño?

Luego, mientras centraba la vista sobre una parte remota de la ciudad, recordó una puerta en particular, uno de los objetos menos sugerentes con los que se había encontrado nunca y que indicaba poco de lo que había más allá.

Era un rectángulo de cristal difuminado dentro de otro rectángulo de madera rayada, algo estropeado y colocado en una pared de ladrillos al final de unas escaleras que bajaban de una calle que se desmoronaba. Se abrió con facilidad hacia dentro, era una mera formalidad sutil entre la tienda subterránea y el mundo exterior. Al entrar te encontrabas con un espacio abierto con forma un tanto circular, que parecía más el pasillo de un viejo hotel que una librería. La circunferencia que formaba el local

estaba compuesta por estanterías llenas de libros cuyas partes separadas estaban unidas para crear un polígono irregular de once lados, con un largo escritorio donde hubiera ido la duodécima. Detrás del escritorio había unas cuantas estanterías más, dispuestas formando pasillos, con una monótona longitud que conducía a las sombras. En la otra punta de la tienda empezó su recorrido por las estanterías, que parecían muy prometedoras por toda la variedad de cubiertas antiguas y rojizas, como restos de algún otoño magnífico.

Sin embargo, muy pronto se rompió la promesa y el halo de misterio de la *Librairie de Grímoires*, de acuerdo con las expectativas, se retiró para revelar, a sus ojos, el puestecillo de un charlatán; pero esa desilusión era solo culpa suya. Además, apenas podía expresar la naturaleza de la discrepancia entre lo que había esperado hallar y lo que en realidad había encontrado en esos lugares. Dejando a un lado lo que él esperaba, había muy poco en lo que basarse para pensar que allí existían otros misterios, uno totalmente diferente al que le ofrecían los libros que había ante él, que estaban empapados de una realidad obscena, aventuras falsamente herméticas que consistían en dar vueltas alrededor de un paisaje absurdo. Los otros mundos descritos en esos libros servían de forma inevitable como anexos de este; eran impostores de la irrealidad auténtica que servía como único reino de redención, por más horripilante que pudiera parecer. Y era este el paisaje terminal que él buscaba, no aquellos rituales del «camino» que nunca llega, cielos o infiernos que son meros pretextos para circunnavegar lo real y deleitarse en ello. Pues él soñaba con volúmenes extraños que se apartaban de toda luz terrenal para perderse en sus propias pesadillas, páginas que predicaban una salvación nocturna, una liturgia de las sombras, catecismo de fantasmas. Su máxima: habitar entre las ruinas de la realidad.

Y parecía rebasar toda probabilidad el hecho de que allí no existiera ningún precedente de ese sueño, que no se hubiera detallado la visión por escrito en una Biblia delirante que sería la ruina de todas las otras, una escritura sagrada que empezaría con el apocalipsis y conduciría a sus discípulos a la destrucción de toda creación.

De hecho, en ciertos libros se había encontrado con pasajes que se acercaban a este ideal y daban a entender al lector —casi amonestándolo— que la página que tenía ante sus ojos estaba a punto de ofrecerle una idea del abismo y arrojar una luz temblorosa sobre alucinaciones desoladas. «Convertirse en viento en lo más crudo del invierno», así podría empezar un verso tentado de sueños. Pero pronto el visionario desconcertado vacilaría y retraería el escenario prometido de un reino de sombras al final de toda entidad, y quizá se disculparía por ese lapso en lo irreal. La obra una vez más retomaría el tema universal y revelaría su verdadera intención de fustigar la ambición más trivial y profana de todas: el poder, con el conocimiento como esclavo. La visión de una ilustración desastrosa, de una iluminación catastrófica que se

invocaba de pasada y luego se desechaba. Lo que quedaba era siempre una metafísica tan sistemáticamente banal y degradada como las leyes físicas que pretendía trascender, un manual que esbozaba el camino a un estado hipotético de gloria absoluta. La que continuaba perdida era la revelación de que nada hasta ahora había acabado en gloria; de que todo lo que termina lo hace agotado, confuso y convertido en desechos.

Sin embargo, un libro que contuviese siquiera un gesto en falso hacia su excéntrica máxima verdadera podría realmente servir a su propósito. Cuando dirigía la atención de un librero para seleccionar los contenidos de tales volúmenes, decía: «me interesa un área temática en particular, quizá usted sepa… eso, me preguntaba si sabe de otras, cómo le diría, fuentes que me pudiera recomendar para mi…».

De vez en cuando consultaba a otro librero o al propietario de una colección privada, y a la larga no le quedaba otro remedio que darse cuenta de que lo habían malinterpretado de forma grotesca cuando se encontraba al margen de una sociedad dedicada a una empresa totalmente demoníaca.

La misma librería en la que estaba ahora curioseando representaba solo el paréntesis más reciente en una búsqueda sin progresos. Pero había aprendido a ser cauteloso, e intentaría perder el menor tiempo posible en descubrir si había algo oculto allí para él. Desde luego, no en las estanterías que lo rodeaban.

—¿Ha visto a nuestro amigo? —preguntó una voz cercana que lo sobresaltó un poco.

Víctor Keirion se volvió hacia el desconocido. Aquel hombre era bastante bajo y llevaba un abrigo negro; su pelo también era negro y le caía con libertad por la frente. Aparte de su aspecto en general, había también algo en su presencia que recordaba a un cuervo, a una criatura carroñera al acecho.

—¿Ha salido de ese agujero? —preguntó señalando el escritorio vacío y hacia la zona oscura que había detrás.

—Perdone, no he visto a nadie —contestó Keirion—. En usted acabo de reparar ahora mismo.

—No puedo evitar ser silencioso. Mire estos piececillos —comentó el hombre mientras apuntaba a un par de zapatos negros muy lustrados.

Sin pensar, Keirion miró hacia abajo; se sintió como un inocentón y subió de nuevo la mirada hacia el desconocido sonriente.

—Parece muy aburrido —opinó el cuervo humano.

—¿Perdone?

—No se preocupe. Ya veo que lo estoy molestando.

El hombre se alejó con un leve aleteo del abrigo y empezó a mirar algunas estanterías de más allá.

—No lo había visto por aquí antes —dijo desde el otro lado del local.

—Nunca había estado aquí —contestó Keirion.

—¿Ha leído alguna vez este? —preguntó el desconocido mientras sacaba un libro y sujetaba la cubierta negra sin nada escrito en ella.

—No —contestó Keirion sin apenas echarle un vistazo al libro.

Parecía ser la mejor manera de tratar a aquel personaje que, por algún motivo indefinible, creía extranjero, extranjero de manera indiscutible.

—Bueno, debe de estar buscando algo en particular —continuó el otro hombre, que devolvió el libro de color negro a la estantería—. Y ya se sabe cómo es cuando buscas algo muy especial. ¿Alguna vez ha oído hablar de un libro, un libro muy especial, que no… Sí, que no trata sobre nada, pero en realidad es ese algo?

Por primera vez el repelente desconocido había conseguido intrigar a Keirion en vez de irritarlo.

—Eso parece… —comenzó a decir, pero entonces, el otro hombre exclamó—: Ahí está, ahí está. Perdone.

Parecía que el propietario (el amigo mutuo) por fin había aparecido y ahora estaba detrás del escritorio, mirando hacia sus dos clientes.

—Amigo mío —dijo el hombre cuervo mientras daba un paso con una mano extendida hacia el caballero suavemente calvo y dulcemente gordo.

Ambos se estrecharon la mano y cuchichearon durante un rato. Luego el hombre cuervo fue invitado a pasar detrás del escritorio y, guiado por el fornido y adusto librero, se adentró en la oscuridad al fondo de la tienda. En un rincón apartado de aquella negrura, se iluminó de repente el rectángulo brillante del contorno de una puerta, que dejaba entrar a través del marco una sombra larga con dos cabezas.

Solo, entre aquellos volúmenes de la tienda sin ningún valor, Victor Keirion sintió la triste frustración del que no ha sido invitado, del que ha sido abandonado. Más que nunca se había contagiado de las esperanzas y curiosidades de una clase indeterminable, y pronto encontró imposible quedarse fuera de aquel radiante cuartito en el que los otros dos habían entrado y sobre cuyo umbral él, en ese momento, permanecía en silencio.

La habitación era un estrecho cubículo bibliográfico dentro del que había otro cubículo formado por unas estanterías independientes que creaban cuatro pasillos muy estrechos en el espacio que quedaba entre ellas. Desde la puerta no podía ver cómo se entraba al cubículo interior, pero oía las voces de los otros que hablaban dentro de este. Caminó con cautela y empezó a recorrer el perímetro de la estancia, escudriñando con voracidad una amplia variedad de volúmenes de aspecto extraño.

Enseguida sintió que alguna cosa de especial naturaleza aguardaba su descubrimiento, y la prueba para tal intuición empezó a desarrollarse. Cada uno de los libros que examinaba servía como pista en esta investigación delirante, una señal enigmática que atraía sus poderes de interpretación y transmitía la fe para continuar.

Muchas de las obras estaban escritas en lenguas extranjeras que él no conocía; algunas parecían estar redactadas en un código basado en caracteres familiares y otras parecían transcritas en una criptografía totalmente artificial. No obstante, en cada uno de esos libros encontró una orientación indirecta, una característica de mayor o menor importancia: alguna rareza en el tipo de letra, las páginas y las cubiertas de textura poco común, o diagramas abstractos que no indicaban ningún ritual ortodoxo o sistema oculto. Hasta se creó mayores expectativas por algunas ilustraciones en particular, dibujos y grabados misteriosos que representaban escenas y situaciones que jamás había visto. Y obras tales como *Cynothoglys* o *El noctuario del tronco* expresaban esquemas tan extraños, tan distantes de los textos y los tratados conocidos de tradición esotérica, que estaba seguro del sentido de aquella búsqueda.

Los susurros se hicieron cada vez más altos, aunque no más claros, mientras doblaba una esquina del cubículo interior y advertía con ansiedad la abertura en la otra punta. Al mismo tiempo lo distrajo, sin razón aparente, un librito grisáceo que estaba inclinado dentro de un hueco entre tomos más grandes y estridentes. El librito estaba colocado en el estante más alto, por lo que tuvo que estirarse para alcanzarlo, como si estuviera en un potro vertical de tortura. Intentó no revelar su presencia con los ruidos de su dolor y al final logró agarrar el objeto de color ceniza —tan pálido como él mismo— con las yemas del pulgar y el índice. Tiró de él con cuidado para sacarlo de su sitio sin hacer ruido; una vez conseguido su objetivo, volvió a su posición normal y examinó las frágiles páginas del libro.

Parecía ser una crónica de sueños extraños. No obstante, de algún modo los pasajes que revisó no eran un recuerdo de sueños no controlados, sino más bien una encarnación de ellos, no mera retórica sino la cosa en sí. El uso del lenguaje en el libro era muy forzado, y el autor de la obra desconocido. Es más, daba la impresión de que el texto hablaba por sí solo y únicamente para sí mismo; las palabras fluían como sombras proyectadas por una forma ajena al libro. Pero aunque este volumen parecía estar escrito en una jerga de misterios, sus palabras sí infundían una clara comprensión y creaban en el lector una aprensión visceral por el mundo que describían, al existir inseparables de este. ¿Podría realmente ser aquello la invocación de Vastarien, aquel mundo inverosímil al que hacían referencia las letras retorcidas de la cubierta? ¿Es que acaso era un mundo? Más bien la esencia irreal de uno, con todos los elementos naturales purgados por un proceso oculto de extracción, donde por el día se destilan sueños y por las noches pesadillas. Cada pasaje que comenzaba lo cautivaba y a la vez lo consternaba con imágenes e incidentes tan extraños y caóticos que el sentido habitual de estos términos se desintegraba junto con todo lo demás. La rareza desatada parecía ser la norma del reino; la imperfección se convirtió en el origen de lo milagroso, las maravillas de la deformidad y la malformación. Sin duda era un horror; pero un horror no comprometido por ningún sentimiento de

alegría perdida o redención frustrada; más bien se trataba de salvarse a través de la condenación. Y si Vastarien era una pesadilla, era una pesadilla transformada en espíritu por la ausencia absoluta de un refugio: la pesadilla convertida en normalidad.

—Disculpe, no me había dado cuenta de que había llegado hasta aquí —dijo el librero con voz alta, pero débil.

Acababa de salir de la cámara interior de la habitación y allí estaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Por favor, no toque nada. ¿Podría devolverme esto?

El librero alargó el brazo derecho y volvió a su postura anterior cuando el hombre de los ojos claros no soltó la mercancía.

—Creo que quiero comprarlo —contestó Keirion—. Estoy seguro de que lo haría si…

—Si el precio fuera razonable, por supuesto —terminó el librero—. Pero quién sabe, tal vez no sea capaz de comprender lo valiosos que pueden llegar a ser estos libros. Ese… —comentó mientras sacaba un bloc y un lápiz del interior de su chaqueta y garabateaba un poco.

Arrancó la primera hoja y se la colocó delante al futuro comprador para que la viera. Después, con absoluta seguridad, guardó los materiales de escritura como si ya hubiera acabado.

—Pero podríamos llegar a un acuerdo… —protestó Keirion.

—Me temo que no —respondió el librero—, y menos cuando no hay otro igual, como ocurre con la mayoría de estos volúmenes. No obstante, el libro que tiene entre las manos, esa copia única…

Una mano rozó el hombro del librero y pareció apagar su voz. El hombre cuervo salió al pasillo. Sus ojos estaban fijos sobre el objeto que se trataba y preguntó:

—¿No considera el libro un tanto… difícil?

—Difícil… —repitió Keirion—. No sé. Si se refiere a que el lenguaje es extraño, tengo que admitirlo, pero…

—No —interpuso el librero—, no se refiere a eso en absoluto.

—Discúlpenos un momento —dijo el hombre-cuervo.

Después los dos hombres volvieron a meterse en la habitación interior, donde se quedaron cuchicheando un rato. Cuando se callaron, salió el librero y le comunicó que había habido un error. El libro, aunque era una rareza, merecía un precio mucho menor del antes propuesto. La valoración revisada, aunque todavía era alta, estaba sin embargo dentro del alcance del bolsillo de este comprador en particular, quien accedió al instante a pagarlo.

De este modo fue cómo empezó la obsesión de Victor Keirion por un libro en particular y cierto mundo imaginado, aunque hacer una distinción de estos dos fenómenos a la larga fue un error, pues el libro, de hecho, no solo describía aquel

mundo extraño sino que, de manera un tanto oscura, era una redacción fiel de la cosa en sí misma, la encarnación de su forma.

A partir de entonces, cada día estudiaba los episodios hipnóticos del librito; cada noche, mientras soñaba, realizaba expediciones sin forma a su fantástica topografía. Todo parecía indicar que había descubierto la cumbre o el abismo de lo irreal, el paraíso del agotamiento, de la confusión y los restos, donde la realidad acaba y donde se puede morar entre sus ruinas. Y no tardó mucho en pensar que era necesario volver a visitar la tienda de doce lados con la intención de preguntar al librero obeso por el tema del libro, aunque no quería descubrir la verdad acerca de por qué había acabado vendiéndolo.

Cuando llegó a la librería, en algún momento a mitad de una tarde gris, Victor Keirion se sorprendió al encontrarse con que la puerta que había abierto con tanta libertad en su visita anterior ahora estaba cerrada a cal y canto; ni siquiera hizo ruido en el marco cuando, nervioso, la empujó y tiró del picaporte. Como el interior de la tienda estaba iluminado, sacó una moneda del bolsillo y empezó a dar golpecitos en el cristal. Finalmente, alguien avanzó entre las sombras del fondo de la habitación.

—Está cerrado —dijo con mímica el librero desde el otro lado del cristal.

—Pero… —se quejó Keirion mientras señalaba su reloj de pulsera.

—De todas formas —gritó el grandullón.

Pero entonces, después de examinar al cliente decepcionado, el librero quitó el cerrojo a la puerta y la abrió lo suficiente para mantener una breve conversación.

—¿Qué puedo hacer por usted? Está cerrado, así que tendrá que venir en otro momento si…

—Solo quería preguntarle una cosa: ¿recuerda el libro que le compré no hace mucho, aquel…?

—Sí, me acuerdo —contestó el librero, como si estuviera preparado para aquella pregunta—. Y permítame decirle que me quedé bastante impresionado, así como por supuesto… el otro hombre.

—¿Impresionado? —repitió Keirion.

—Estupefacto sería una palabra más apropiada en su caso —prosiguió el librero —. Me dijo que el libro había encontrado su lector, ¿y qué otra cosa podía hacer más que estar de acuerdo?

—Me temo que no lo entiendo —dijo Keirion.

El librero parpadeó y no añadió nada más. Después de unos instantes explicó a regañadientes:

—Esperaba que, por lo menos, ahora ya lo entendiera. ¿No ha contactado con usted el hombre que estuvo aquí aquel día?

—No, ¿por qué debería hacerlo?

El librero volvió a parpadear.

—Bueno —dijo—, supongo que no hay razón por la que deba quedarse ahí fuera. Está empezando a hacer mucho frío, ¿no lo nota?

Luego cerró la puerta y movió a Keirion un poco hacia un lado.

—Hay una cosa que querría comentarle —susurró—. Aquel día no me equivoqué en el precio del libro. Lo que costaba lo pagó en su totalidad el otro hombre, y no me pregunte nada más sobre él. Pues bien, pagó aquel precio menos la pequeña cantidad que usted aportó. No estafé a nadie y mucho menos a él, que hubiera sido feliz de pagar incluso más con tal de que el libro cayera en sus manos; y aunque no estoy seguro de sus razones, creo que usted debería saberlo.

—Pero, ¿por qué no se limitó a comprar el libro para él? —preguntó Keirion.

El librero parecía confuso.

—No le servía para nada. Tal vez hubiera sido mejor si usted no se hubiera descubierto cuando le preguntó por el libro, por lo que sabía de él.

—Pero yo no sabía nada, aparte de lo que había leído en el libro. Vine aquí a encontrar…

—… nada, me temo. Usted es el que debería explicarme, es impresionante. Pero no le estoy preguntando nada, no me malinterprete, y no le puedo contar nada más, pues ya he violado todo precepto de discreción. Aunque este es un caso muy excepcional. Es impresionante, si de hecho usted es el lector del libro.

Comprendió que como mucho había entrado en un diálogo de misterio, y posiblemente en uno de mentiras, así que Víctor Keirion no se arrepintió cuando el librero le abrió la puerta para que saliera.

Pero no pasaron muchos días, y sobre todo muchas noches, antes de que supiera por qué el librero se había sorprendido tanto y por qué el desconocido con aspecto de cuervo había sido tan generoso: el que le había obsequiado con el libro no veía sus misterios. En el transcurso de aquellos días, de aquellas noches, supo que aquel desconocido le había dado una cosa que no podía obtener de otro modo, pues leía el libro a través de unos ojos prestados y robaba sus secretos del alma del lector legítimo. Al final quedó claro lo que estaba ocurriéndole durante aquellas noches de sueños.

Todas aquellas noches las formas de Vastarien se abrían paso entre la oscuridad de su sueño, un vasto paisaje que surgía de su propia imagen onírica profunda y salía de un lugar sin nombre ni dimensión. Y mientras los inclinados monumentos se volvían a manifestar, parecían expandirse y elevarse alto por encima de él, arrastrando su visión hacia ellos. La escena iba adquiriendo cada vez más matiz y expresión; a un ritmo constante, la creación se convertía en algo más compacto y complicado dentro de su negra matriz: las calles eran entrañas sinuosas que serpenteaban por el oscuro cuerpo, y los edificios eran los huesos prominentes de un esqueleto con una delgada musculatura de sombras.

Pero justo cuando su visión se extendía para abarcar completamente la forma irregular y misteriosa del sueño, parecía que todo se alejaba y lo abandonaba en el borde de un vacío sin sueños. El paisaje se alejaba y se reducía en la distancia. Ahora, lo único que podía ver era una única calle limitada por dos líneas convergentes de edificios, y al otro lado de esta calle, más alta incluso que los mismos edificios, se veía la silueta de una gran figura. Desde aquella posición, la imponente sombra asimilaba todas las otras formas en la suya, lo que hacía que poco a poco fuera ganando altura mientras el paisaje se retraía y disminuía. El perfil de aquella figura titánica parecía ser el de un hombre, aunque también era el de una oscura ave rapaz.

Aunque durante unas cuantas noches Victor Keirion se las arregló para despertarse antes de que el carroñero hubiera consumido a conciencia lo que no era suyo, no había garantía de que siempre fuera capaz de conseguirlo, o de que el sueño no pasara a manos de otro. A la larga, consideró que era necesario apoderarse del sueño que había codiciado durante tanto tiempo.

Vastarien, susurró entre las sombras y entre la luz de la luna de aquel cuartito en que apenas había muebles, donde una puerta de metal macizo evitaba que se escapara. Dentro de aquella puerta había instalado un cuadradito de grueso cristal para que lo pudieran observar día y noche. También había una malla rígida de alambre fuerte que cubría la ventana que daba a la ciudad que no era Vastarien. *Nunca,* gritó una voz que podría haber sido la suya. Y después, más insistente: *nunca, nunca, nunca…*

Cuando se abrió la puerta y algunos hombres con uniformes entraron en la habitación, encontraron a Victor Keirion gritando con todas sus fuerzas e intentando trepar por la gruesa malla de metal que cubría la ventana, como si estuviera arrastrándose hacia una inverosímil vía de liberación. Por supuesto, lo tiraron al suelo y lo estiraron sobre la cama, donde le ataron con fuertes correas las muñecas y los codos. Más tarde, por la puerta entró a zancadas una enfermera que llevaba una fina jeringuilla rematada con una aguja plateada.

Durante la inyección continuó vociferando palabras que todos los de la habitación ya habían oído antes, y con cada arranque desarrollaba el tema de su injusto confinamiento: cómo el hombre al que había matado lo estaba utilizando de un modo horrible, un modo imposible de explicar o de hacer creíble. El hombre no podía leer el libro —aquel libro—, y estaba robando los sueños que el libro había generado. *Roba mis sueños,* murmuró mientras la droga empezaba a hacerle efecto. *Roba mis…*

El grupo de personas permaneció alrededor de la cama durante unos instantes. Contemplaron en silencio a su ocupante dominado. Luego, uno de ellos señaló el libro y empezó una conversación familiar para todos ellos.

—¿Qué debemos hacer con esto? Ya se lo han llevado varias veces, pero siempre aparece otro.

—No sirve de nada. Mira estas páginas, no hay nada, no hay nada escrito.

—Entonces, ¿por qué se pasa horas leyéndolas? No hace otra cosa.

—Creo que va siendo hora de que lo consultemos con las autoridades.

—Sí, muy bien, podemos hacerlo, pero, ¿qué les diremos exactamente?

¿Que se le tiene que prohibir la lectura de un libro aun interno? ¿Que se pone violento? Y luego preguntarán por qué no le quitamos el libro. ¿Qué contestaremos a eso?

—No podremos decir nada. ¿Puedes imaginarte lo locos que pareceríamos? Y en cuanto abriéramos la boca, sería lo último que hiciéramos.

—Y cuando alguien preguntara qué significa para él el libro, o incluso su nombre…, ¿cuál sería nuestra respuesta?

Como respuesta a esa pregunta, unos gemidos sin forma salieron del delincuente sicótico que estaba atado a la cama. Pero nadie pudo entender el significado de la palabra o las palabras que pronunció, y menos todavía él mismo, pues ahora se hallaba muy lejos de sus propias palabras, en lo más profundo de sus sueños, en un lugar donde todo estaba paralizado en el orden de lo irreal; y de donde, al parecer, ciertamente no volvería nunca.

Los anteojos del cajón

1

El año pasado por estas fechas, quizá este mismo día, Plomb vino a visitarme a casa. Al parecer siempre sabía cuándo volvía de mis viajes habituales y se presentaba en mi puerta sin ser invitado. Aunque el estado en que estaba mi antigua residencia daba pena, Plomb la consideraba una especie de castillo o fortaleza y siempre se quedaba admirando los techos altos como si presenciara sus maravillas por primera vez. Aquel día —uno bastante oscuro, creo— no dejó de hacer lo que de costumbre. Luego nos sentamos en una de las espaciosas (aunque poco amuebladas) habitaciones de la casa.

—¿Qué tal han ido tus viajes? —preguntó, como si mantuviera la conversación por cortesía.

Pude ver en su sonrisa, sin duda una emulación de la mía, que estaba contento de volver a estar en mi casa y en mi compañía. Le devolví la sonrisa y me incorporé. Plomb, por supuesto, se levantó conmigo, casi simultáneamente.

—¿Vamos? —dije. *¡Qué plasta!*, pensé.

Nuestros pasos resonaban con un ritmo regular sobre el duro suelo de madera, que llegaba hasta los escalones. Subimos hasta el segundo piso, que había dejado casi totalmente vacío, y después ascendimos por una escalera más estrecha hasta la tercera planta. Aunque ya habíamos hecho este recorrido unas cuantas veces, me di cuenta por sus ojos itinerantes de que, para él, cada espiral enroscada del papel pintado, cada telaraña que ondeaba en las esquinas del techo, cada corriente de aire viciado componían un preludio de suspense para nuestro destino. Al final del pasillo del tercer piso había una escalenta de madera, una de esas de mano, que iba a dar a un viejo trastero donde guardaba ciertas cosas que coleccionaba.

No se trataba ni mucho menos de una habitación espaciosa y, como señalaría Plomb, el ambiente cerrado se acentuaba todavía más por la colocación claustrofóbica de altos armarios, estanterías que llegaban hasta el techo y varias cajas y baúles. Así era como estaban las cosas en aquel tiempo. De todas maneras, Plomb parecía ser partidario de que todo estuviera en aquel estado.

—La habitación de los misterios secretos —dijo—, donde se guardan todos sus tesoros, todas las nuevas maravillas que ha conseguido.

Aquellas maravillas y tesoros, como Plomb las llamaba, eran, supongo, extraordinarias desde cierto punto de vista. A Plomb le encantaba revisar todos los objetos y artículos, juntar un puñado de curiosidades y colocarlas en el sofá polvoriento del centro de aquella habitación. Pero siempre que volvía de uno de mis prolongados viajes, los objetos nuevos eran los que tenían prioridad en la jerarquía de maravillas de Plomb. Por lo tanto, enseguida saqué la daga de doble mango con una

única hoja de piedra pulida. En cuanto vio aquel objeto ceremonial, tendió las palmas de las manos y coloqué el exótico artefacto sobre el legítimo altar.

—¿Quién pudo haber hecho tal cosa? —preguntó, aunque de manera retórica.

No esperaba contestación a sus preguntas, y puede que ni siquiera la deseara. Por supuesto, no le ofrecí más explicación que una mera sonrisa. Pero qué rápido, advertí, perdió la fuerza inicial de fascinación, la magia de aquel primer fragmento de «estupefacción», como él diría. Qué rápido se disipó la niebla refulgente que lo rodeaba solo a él, para descubrir una claridad tediosa. Me tenía que mover más deprisa.

—Mire —dije, mientras con el brazo buscaba en las sombras de un armario—. Deberá llevar esto cuando tenga ese utensilio de sacrificio.

Y le eché la túnica por encima de los hombros, envolviendo su cuerpo más bien menudo con un ciclón de dibujos y colores extraños. Se admiró ante el espejo empotrado en la puerta del armario.

—¿Ha visto la túnica en el espejo? —casi gritó—. El estampado se ha dado la vuelta. ¡Qué raro, perfecto!

Mientras estaba allí de pie, deslumbrándose a sí mismo, lo despojé del puñal antes de que tuviera ocasión de cometer un descuido. Esto le dejó las manos libres para subirlas hasta el techo de la habitación cubierto de polvo y hasta los oscuros dioses de su imaginación. Agarrando con fuerza los dos mangos de la daga, de repente la elevé por encima de su cabeza, donde la mantuve suspendida. Al poco rato empezó a entrarle la risa floja y luego cayó en un ataque de hilaridad sardónica. Tropezó con el sofá y se desplomó sobre los suaves cojines. Lo seguí, pero cuando alcancé su figura postrada no tenía el acero azul pálido que había llevado hasta su pecho, sino un simple libro, uno de los muchos que yo le había puesto delante. Sus piernas paliduchas le servían de atril, y en ellas apoyaba el enorme volumen. Lo acomodó antes de empezar a pasar las tiesas páginas crujientes. Parecía absorto por aquel sonido, así como por la visión de una lengua que no identificaba, y mucho menos entendía.

—El grimorio perdido del abad de Tine. —Se rió tontamente—. Transcrito en la lengua…

—Buen intento —tercié—, pero no.

—Entonces serán los prohibidos *Salmos del silencio,* el libro anónimo.

—No, tienen autor, aunque está muerto, si es que recuerda lo que le conté al respecto. Pero ni siquiera se ha acercado.

—Bien, ¿y si me diera una pista? —insinuó con tal impaciencia que llegó a sorprenderme—. ¿Y si…?

—¿Y no preferiría adivinarlo usted mismo, Plomb? —le sugerí de modo alentador.

Pasaron unos momentos de precario silencio.

—Supongo —respondió al fin para mi tranquilidad.

Luego observé cómo devoraba con los ojos el texto inescrutable del antiguo ejemplar.

Hay que reconocer que los misterios de estas sagradas escrituras estaban entre los más auténticos de su clase, puesto que nunca ha sido mi intención engañar a mis discípulos —como se consideraba él con razón— con falsos secretos. Pero los enigmas que encierran estos libros no son absolutos: una vez se conocen, se relegan a una esfera menor, que es la de lo entendido. Cuando pierden el prestigio del que disfrutaban, esos antiguos secretos funcionan como instrumentos para profundizar en otros todavía más ocultos y que, a su vez, sufrirán el mismo destino corrosivo, que es el sino de todos los verdaderos secretos. Con el tiempo se llega a la conclusión —ya sea por perspicacia o por puro agotamiento— de que este inflexible proceso es interminable, de que la mortificación de un misterio tras otro tan solo terminará con la extinción del que los busca. ¿Y cuántos quedan ya propensos a dicha búsqueda? ¿Cuántos la persiguen hasta el final de sus días con la esperanza eterna de una última revelación? Mejor no pensar en términos exactos en los pocos fieles que existen. Hoy en día, Plomb es uno de esos números infinitesimales, y mi intención es reducir esos números a uno.

El plan era sencillo: consistía en alimentar las ansias por las sensaciones misteriosas hasta que vomitara… y más. Lo único que quedaría serían unas tripas llenas de vergüenza y pesar por una pasión caduca.

Mientras Plomb estaba tumbado en el sofá, comiéndose con los ojos aquel estúpido libro, fui hacia un gran armario cuyas puertas eran de rejilla de metal opaco enmarcadas en madera muy oscura. Abrí una de esas puertas y dejé a la vista unas estanterías abarrotadas de libros y objetos raros. Sobre uno de los estantes, descansando allí sola, había una caja muy blanca. No era más grande, como había previsto mentalmente, que un modesto joyero. No tenía marcas a excepción de unas huellas dactilares, más bien de pulgares, que cubrían la lisa superficie blanca en sus bordes contrarios a medio camino de su longitud. No tenía tiradores ni adornos de ninguna clase, ni siquiera se notaba, a simple vista, la más mínima juntura que indicara dónde se encontraba la parte inferior y la superior de la caja, o que descubriera la posible existencia de un cajón. Me reí un poco por la intriga simulada sobre aquel objeto, luego lo agarré por ambos lados con cuidado y coloqué mis pulgares justo donde estaban las marcas frescas de las huellas dactilares. Presioné con los dedos y salió de la parte delantera de la caja un cajón sin mucho fondo. Como era de esperar, Plomb me había estado observando mientras hacía aquellos movimientos sin sentido.

—¿Qué tiene ahí? —preguntó.

—Paciencia, Plomb, ya lo verá —contesté mientras, con delicadeza, sacaba dos brillantes artículos del cajón: un pequeño cuchillo plateado que parecía más bien un abrecartas muy afilado y un par de anteojos anticuados con montura metálica.

Plomb dejó a un lado el libro que ya no le interesaba y se puso derecho, apoyado en el brazo del sofá. Me senté a su lado y abrí los anteojos para que las patillas quedaran mirando hacia su cara. Cuando se inclinó hacia delante, se los puse.

—Son simples cristales —dijo con un claro tono de decepción—, o tienen muy poca graduación.

Sus ojos se movieron como si tratara de examinar lo que se apoyaba en su propia cara. Sin decir palabra, sostuve delante de él el pequeño cuchillo hasta que le hizo caso.

—Aaah —exclamó sonriendo—. Aún hay más.

—Por supuesto —contesté, y giré con cuidado la acerada hoja ante sus ojos llenos de fascinación—. Extienda su mano, mire, así; bien, bien. Ni siquiera lo notará, es totalmente inofensivo. Y ahora —le ordené— siga observando ese hilillo rojo.

»Sus ojos ahora se han fundido con estas lentes fantásticas y su vista es una con este objeto. ¿Pero qué es exactamente? De manera obvia es todo lo que fascina, todo lo que tiene poder sobre su mirada y sus sueños; ni siquiera puede concebir el deseo de apartar los ojos, y aunque no haya ni una imagen que ver existe una visión de algún tipo, una escena infinita y abrumadora que se expande ante usted. La inmensidad de dicha escena es tal que ni siquiera la deslumbrante difusión de todos los universos conocidos puede transmitir su grandeza. Todo es tan brillante, tan fabuloso y está tan vivo… Son paisajes sin fin llenos de vida, paisajes que de por sí están vivos. Una variedad inimaginable de formas y movimientos, diseños y dimensiones; y cada detalle es totalmente cristalino, desde las gigantescas figuras cuyo perfil se tambalea en los horizontes infinitos hasta el más mínimo cilio que se retuerce en un recóndito nicho oceánico. Aunque esto es solo un fragmento de todo lo que se puede ver y conocer. Existen astronomías laberínticas, discretos sistemas de masa viva que todavía están entrelazados por una serie de intersecciones, que se mezclan en algunos puntos de forma que afectan mutuamente a los sistemas que participan y producen evoluciones instantáneas, constantes transformaciones tanto de la apariencia como de la esencia. Es testigo de todo lo que existe o pueda existir. Pero todavía hay algo oculto entre las sombras de todo lo que puede ver que es invisible, algo que palpita como un pulso atronador y promete visiones aún más espectaculares: todo lo demás es solo una membrana que envuelve la quintaesencia que aguarda nacer y que se prepara para el cataclismo que será tanto el comienzo como el fin. Contemplar el preludio de este acontecimiento debe de ser una experiencia de insoportable expectación, de modo que la esperanza y el terror se funden en una nueva emoción que corresponde a lo total y absolutamente desconocido. Parece que

el siguiente instante conllevará una revolución de la energía y la materia. Pero los segundos pasan y la experiencia cada vez es más fascinante sin cumplir los presagios, sin extinguirse en la revelación. Y aunque las visiones permanecen activas dentro de usted, en su sangre ello se despierta.

Plomb se levantó del sofá, se tambaleó unos pasos y se limpió la sangre de la palma de la mano en la camisa, como si quisiera borrar de la memoria aquellas visiones. Sacudió la cabeza con fuerza una o dos veces, pero los anteojos siguieron en su sitio.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté.

Plomb parecía estar deslumbrado de mala manera. Detrás de los anteojos tenía la mirada atontada y su boca estaba abierta, llena de innumerables palabras no pronunciadas. Sin embargo, cuando dije «tal vez sea mejor que se los quite», alzó la mano hasta la mía, como para impedir que lo hiciera, aunque no puso demasiado entusiasmo. Plegué las patillas metálicas una encima de la otra y devolví los anteojos a su caja. Plomb me miraba como si estuviera llevando a cabo un ritual de gran fascinación; parecía estar todavía recuperándose de la experiencia.

—¿Y bien? —pregunté.

—Terrible —contestó—. Pero…

—¿Pero qué?

—Pero yo…

—¿Usted qué?

—Lo que quiero decir es… ¿De dónde los ha sacado?

—¿No puede imaginárselo? —repliqué, y por un momento pareció que en este caso también deseaba una respuesta simple, al contrario de sus hábitos más frecuentes. Luego sonrió de manera bastante artera y se tiró en el sofá. Se le vidriaron los ojos mientras se inventaba una anécdota por capricho.

—Me lo imagino en una subasta ocultista en un barrio de mala fama de una ciudad en el extranjero —dijo—. Sacan la caja, y de allí los anteojos. Fueron fabricados hace unas cuantas generaciones por un hombre que era estudiante de los gnósticos, a la vez que experto en optometría. Su ambición era la de construir un par de ojos artificiales que le permitieran saltar el obstáculo de las apariencias físicas y alcanzar a ver un reino lejano de verdad secreta cuya puerta está en lo más profundo de nuestra propia sangre.

—Sorprendente —señalé—. Su especulación se acerca tanto a la realidad que no vale la pena mencionar los detalles para no caer en una corrección ordinaria.

En realidad, los anteojos pertenecieron a un lote de basura antigua que una vez compré a ciegas, y la caja era de origen desconocido; o más bien no me acordaba, era solo algo que había dejado tirado por el desván. Y el cuchillo era un objeto de *atrezzo* de un mago para cortar mejor el papel moneda y las corbatas de seda.

Llevé la caja que contenía los anteojos y el cuchillo hasta Plomb y la sostuve ligeramente fuera de su alcance.

—¿Se imagina los peligros que encierra, la pesadilla que representaría poseer esos «ojos artificiales»? —le sugerí. El asintió serio con la cabeza—. Y ya puede suponer las limitaciones que tendría la persona que poseyera ese horripilante artefacto.

Sus ojos eran todo comprensión mientras se chupaba la palma un tanto lacerada de la mano.

—Así que nada me complacería más que traspasar la propiedad de este extraño milagro a usted, mi querido Plomb. Estoy seguro de que lo guardará como oro en paño.

Y precisamente era esa admiración la que quería debilitar con mi intención maliciosa, o más bien aumentarla hasta que la hiciera añicos, puesto que no aguantaba verla ni un minuto más.

Cuando Plomb volvió a estar en la puerta de mi casa, aferrado a su preciado regalo con el abrazo torpe de un niño, no pude resistir hacerle una pregunta. Mientras le abría la puerta le dije:

—Por cierto, Plomb, ¿alguna vez lo han hipnotizado?

—Yo… —contestó.

—Usted… —lo animé.

—No —respondió—. ¿Por qué lo pregunta?

—Por curiosidad, ya me conoce. De acuerdo, buenas noches, Plomb.

Y cerré la puerta tras el ser más obsecuente del mundo, esperando que jasara algún tiempo antes de que regresara.

—Ojalá —dije en voz alta, y las palabras resonaron en los huecos de mi casa.

2

Pero no pasó mucho tiempo hasta que Plomb y yo tuvimos nuestro siguiente enfrentamiento, aunque las circunstancias fueron extrañas y accidentales. Un día, a última hora de la tarde, dio la casualidad de que estaba mirando en una tienda que vendía artículos de segunda mano en un estado bastante lamentable. Aquel sitio estaba lleno de balanzas oxidadas que una vez hubieron dado el peso por un céntimo, estanterías cojas, muñecos rotos, muebles sin diseño o sustancia, grotescos ceniceros de pie que habrían pertenecido al vestíbulo de algún hotel, y una mezcolanza de objetos de casa pasados de moda. Para mí, sin embargo, estos bazares decadentes ofrecen mayor diversión y consuelo que la mayoría de los mercados exóticos, que con tanta frecuencia cumplen sus extrañas promesas y el mismo misterio deja de tener significado. Pero mi vendedor de segunda mano no hacía promesas y no

infundía sueños, por lo que dejaba todo eso para los mercachifles más ambiciosos que traficaban con esas perecederas existencias a la venta. En aquel momento no podía pedir más a aquella tarde gris que encontrarme en vino de esos desiertos establecimientos con encanto.

Aquella tarde en particular, en la tienda de segunda mano alcancé a ver un Plomb de segunda mano. Esta operación visual tuvo lugar en un espejo que estaba apoyado contra una pared, uno de los muchos espejos que parecían constituir una especialidad de la tienda. Me había puesto en cuclillas ante aquella reliquia rectangular, cuyo marco me recordaba a los márgenes decorados de los libros antiguos, y pasaba la mano descubierta por la superficie polvorienta. Y allí, escondida tras el polvo, estaba la cara de Plomb, que debía de acabar de entrar en la tienda y se hallaba al otro lado del local. Mientras que parecía haberme reconocido enseguida de espaldas, su expresión revelaba la esperanza de que yo no lo hubiera visto a él. Su semblante reflejaba tanto sorpresa como lástima, y algo más. Y si se me acercaba, ¿qué iba a decirle? Tal vez le mencionaría que no veía muy bien o que había sido víctima de un accidente. ¿Pero cómo podría explicar lo que le había pasado sin revelar la verdad que ambos conocíamos y de la que ninguno de los dos hablaría? Por suerte, esa escena permanecería en su estado hipotético, porque un poco más tarde lo veía salir por la puerta.

Con cautela, me acerqué al escaparate delantero de la tienda a tiempo de ver a Plomb alejarse corriendo hacia el día gris e irreflexivo, con la mano derecha en la cara.

—Tan solo pretendía curarlo —dije entre dientes.

No había tenido en cuenta que era incorregible, y tampoco que los acontecimientos se habían desarrollado como lo habían hecho.

3

Después de aquel día me pregunté, hasta el punto de obsesionarme, en qué tipo de infierno estaba metido el pobre Plomb. Solo sabía que le había proporcionado una especie de juguete: la habilidad subliminal de regalarse los ojos con un universo imaginario en un riachuelo de su propia sangre. No se me había ocurrido en serio la posibilidad de que deseara aumentar esa experiencia, ni de que encima fuera capaz de tal proeza. Sin embargo, y como era obvio, ese había sido el caso. Ahora me preguntaba cuánto más lejos llegaría su situación, aunque la respuesta no me llegó en aquel momento, sino que se me presentó en un sueño.

Parecía que lo apropiado era que el sueño tuviera lugar en el viejo desván de mi casa que utilizaba de almacén, esa habitación que Plomb una vez consideró la mejor del mundo. Estaba sentado en una silla, una grande y envolvente que en realidad no

existía, pero que en el sueño estaba situada justo enfrente del sofá. No había nada que me preocupara y solo tenía una mínima sensación de que había alguien más en el cuarto, pero no podía ver quién era porque todo estaba muy borroso y grisáceo. Me pareció percibir un movimiento en la zona del sofá, como si los mismos cojines enormes se hubieran impacientado de un modo letárgico. Incapaz de entender el origen de este movimiento, coloqué las manos en las sienes para pensar. Así fue como descubrí que llevaba puestos unos anteojos de lentes circulares unidas por un metal grueso y rígido.

Si me quito estos anteojos, pensé, *podré ver con mayor claridad*.

Pero una voz me dijo que no me los quitara y reconocí de quién era.

—Plomb —lo llamé.

Y entonces algo se movió por el sofá, como una sombra con forma de hombre. Un clima de horror moderado empezó a invadir el ambiente.

—Aunque hayas vuelto de un viaje —dije con delirio—, no tienes nada que enseñar.

Pero la voz discrepaba en susurros siniestros que no significaban nada, aunque a la vez tenían mucho sentido. Se me mostrarían cosas, decían aquellos murmullos; de hecho, ya me habían mostrado algunas, objetos sorprendentes, maravillas y misterios más allá de lo que nunca hubiera podido imaginar. Y de repente todos mis sentimientos, mientras miraba a través de los anteojos, fueron prueba de aquella confusa declaración. Eran sentimientos con una naturaleza extraña que, a mi entender, uno experimenta solo en los sueños: unas sensaciones de magnificencia infinita y significado inefable que no tienen lugar en ningún otro sitio en nuestras vidas. Pero aunque estas emociones monstruosas y astronómicas insinúan maravillas de increíble magnitud y carácter, no vi nada a través de aquellas lentes mágicas a excepción de una forma poco definida en las sombras ante mí, de contorno cada vez más claro. Poco a poco llegué a ver lo que parecía un cadáver mutilado, algo de terrible crudeza, destrozado y despellejado, cuyas laceraciones podían distinguirse con cristalina agudeza. Era la única cosa con color a mi gris alrededor, y se movía y agitaba como un corazón sangriento expuesto bajo el cuerpo del sueño; y producía un sonido como el de una risita infernal.

—Ya he vuelto de mi viaje —dijo con una horrible voz desgarradora.

Fue esta simple afirmación la que me sirvió de estímulo para intentar quitarme los anteojos de la cara, aunque ahora parecían ser parte de ella. Los agarré con ambas manos y los lancé contra la pared, donde se hicieron añicos. No sé cómo, pero esto fue lo que exorcizó a mi atormentado compañero, que se volvió a desvanecer entre las sombras. Luego miré a la pared y vi una mancha roja allí donde los anteojos habían chocado. Las lentes rotas en el suelo estaban sangrando.

El hecho de experimentar un sueño como este una sola vez puede ser

perfectamente el producto de un recuerdo inolvidable para toda la vida, algo que a lo mejor se ha conservado por las insondables profundidades de esa sensación. Pero cuando se padece una y otra vez la misma pesadilla, como pronto descubrí que era mi destino, uno no busca más que una cura para acabar con el sueño, para revelar todos sus secretos y así provocar una amnesia selectiva.

Al principio miraba las reconfortantes sombras de mi casa para liberarme y olvidarme, las aleccionadoras sombras que en otros tiempos me habían otorgado una paz fría y estancada. Intenté deshacerme de mis excursiones nocturnas, apartar aquellas visiones, erigir barreras contra los prodigios de un mundo misterioso.

—Puesto que ninguna forma de existencia… —murmuré—, puesto que ninguna forma de existencia es por definición un conflicto de fuerzas, o no es nada en absoluto, ¿qué puede importar si estas escaramuzas tienen lugar en un mundo de maravillas o en uno de barro? La diferencia entre ambos no merece la pena mencionarla, si es que hay alguna. Tales distinciones son solo el trabajo de la perspectiva más ordinaria y limitada, donde el sentido del misterio y lo asombroso es lo más importante. Incluso el éxtasis más esotérico, cuando llega, requiere el *atrezzo* del dolor común para ponerlo como experiencia. Una vez reconocida la verdad, aunque provisional, y la realidad, si bien ha sido sometida a un cambio, de todas las cosas extrañas del universo, ya sean conocidas o desconocidas, o simplemente imaginadas, a uno solo le queda llegar a la conclusión de que todas son iguales, de que tales maravillas no cambian nada: nuestra experiencia permanece intacta. La galería de sensaciones humanas que existía en la prehistoria es idéntica a la que afrontamos en el día a día de hoy, y a la que continuará haciendo frente cada nueva vida que venga a este mundo… y que mire más allá de él.

Y de ese modo traté de razonar mi vuelta a la serenidad, pero no lo conseguí; al contrario, mis días, al igual que mis noches, estaban envenenados por la obsesión con Plomb. ¿Por qué le había dado aquellos anteojos? Y lo que es más, ¿por qué había permitido que se los quedara? Ya era hora de recuperar mi regalo, de confiscar aquellos trocitos de cristal y metal retorcido que ahora estaban atormentando la mente equivocada. Y como me las había apañado muy bien para mantenerlo lejos de mi puerta, tendría que ser yo quien me acercara a la suya.

4

Pero no fue Plomb el que contestó a la puerta podrida de aquella casa que estaba al final de la calle, al lado de un extenso descampado. No fue Plomb el que preguntó si yo era un periodista o un policía, antes de cerrar en mi cara la puerta agujereada y mugrienta cuando le contesté que no era nada de eso. Aporreé aquella puerta destartalada que parecía que se iba a romper con cada golpe de mi puño. Quería

llamar al hombre de ojos hundidos una segunda vez y preguntarle si en realidad aquella era la dirección del señor Plomb. Nunca lo había ido a visitar a su casa, aquella penosa cajita de zapatos en la que vivía, dormía y soñaba.

—¿Era pariente suyo?

—No —contesté.

—Un amigo. No estará aquí para cobrar deudas, porque si ese es el caso…

Para simplificar le dije que sí, que era amigo del señor Plomb.

—Entonces, ¿cómo es que no lo sabe?

Por curiosidad dije que había estado fuera de viaje, como a menudo sucedía, y que tenía mis razones para notificarle al señor Plomb mi llegada.

—Entonces no sabe nada —dijo rotundamente.

—Exacto —contesté.

—Ha salido hasta en los periódicos, y me preguntaron por él.

—Por Plomb —confirmé.

—Sí —afirmó, como si de pronto se hubiera convertido en el guardián de un conocimiento secreto.

Después me pidió que entrara con un gesto de la mano y me llevó a través del interior de la casa, desagradable y con el aire cargado, hasta un pequeño trastero que había en la parte de atrás. Extendió el brazo hacia la pared de dentro de la habitación, como si evitara entrar, y encendió la luz. Comprendí enseguida por qué el hombre de la cara hundida prefería quedarse fuera, ya que Plomb había renovado aquel pequeño espacio de un modo muy raro. Las paredes, así como el techo y el suelo, eran un mosaico de espejos, una espantosa galaxia de reflejos inútiles. Cada espejo estaba salpicado de siniestras gotitas, como si alguien hubiera sacudido un pincel lleno de pintura desde varios puntos del cuarto y hubiera extendido oscuras estrellas en un firmamento plateado. En su intento por agotar o acentuar las visiones de las que al parecer era esclavo, Plomb no había hecho más que multiplicar esas visiones hasta el infinito y así había creado océanos de su propia sangre que le permitieron verse con innumerables ojos. Extasiado por tal aspiración, me quedé mirando los espejos, estupefacto. Entre ellos se encontraba uno que recordaba haber visto hacía unos días. ¿O habían sido semanas?

El casero, que no me siguió hasta la habitación, comentó algo de un suicidio y un cuerpo destrozado. Aquella información era desde luego innecesaria, y hasta aburrida, pero me hallaba abrumado por el ingenio de Plomb: sucedió poco después de que pudiera apartarla vista de aquella galería de cristal y sangre. Solo después de hacerlo me acabé de dar cuenta de que nunca me desharía de aquel horrible hombre. Había roto todos los espejos y se había proyectado hacia la eternidad, más allá de ellos.

Incluso cuando abandoné mi casa y aquel espantoso desván, Plomb todavía me

seguía en sueños. Ahora viaja conmigo hasta los confines de la Tierra y me enseña noche tras noche sus indescriptibles maravillas. Solo espero que no nos encontremos en otro lugar, allí donde los misterios son siempre nuevos y los sueños no terminan. Ay, Plomb, ¿porqué no te quedarás en esa caja donde han puesto tu cuerpo desgarrado?

Nethescurial

El ídolo y la isla

He descubierto un manuscrito bastante asombroso, *empezaba la carta*. Fue un hallazgo totalmente fortuito, durante mis monótonas tareas del día entre algunos de los más viejos y descompuestos restos sepultados en los archivos de la biblioteca. Si fuera un experto en documentos antiguos, y lo soy, diría que esas frágiles páginas se remontan a la última década del siglo pasado. (Más adelante habrá un cálculo más preciso de la época, junto con una fotocopia que me temo que no hará justicia a la delicada y rizada caligrafía, ni a la decoloración negra verduzca que ha tomado la tinta con el paso de los años). Por desgracia, no hay indicios de la autoría ni dentro del manuscrito ni en la cantidad de papeles tediosos que lo acompañan, ninguno de los cuales parece estar relacionado con el objeto que tratamos. ¡Y menudo artículo es este! Un verdadero libro de cuentos desconocido entre un montón de ejemplos documentales, y probablemente destinado a permanecer en el anonimato.

Estoy casi seguro de que esta invención, aunque a veces parece una carta o un artículo, nunca ha aparecido en publicaciones corrientes. Dada la extraña naturaleza de su contenido, debí haberlo sabido antes. Aunque es una «declaración» anónima, si es que se puede llamar así, las primeras líneas bastaban para hacer que lo dejara todo y me recluyera en un rincón entre las estanterías de la biblioteca durante el resto de la tarde.

Empezaba así: «En las habitaciones de las casas y más allá de sus paredes; bajo las oscuras aguas y en los cielos iluminados por la luna; bajo los montículos de tierra y sobre las cimas de las montañas; en las hojas del norte y las flores del sur, dentro de las estrellas y en el espacio que queda entre ellas; dentro de la sangre y los huesos, a través de las almas y los espíritus; entre los vientos que vigilan este y otros muchos mundos; tras los rostros de los vivos y de los muertos…». Allí se detenía un fragmento citado de algún texto más antiguo. Pero, desde luego, no era lo último que oiríamos de este refrán que todo lo abarca.

Da la casualidad de que la retahíla de frases mencionadas por el narrador hace referencia a una presencia en particular, más bien a una omnipresencia, que se encuentra en una isla oscura situada en alguna latitud septentrional indeterminada. En pocas palabras, se ha citado en esta isla, que aparece en un mapa local bajo el nombre de Nethescurial, con otro hombre, un arqueólogo al que se refiere solo como Dr. N…, y que llegará a conocer al narrador del manuscrito por el alias que él mismo se pone, Batholomew Gray (ya no los llaman así). El Dr. N…, al parecer, se ha estado entreteniendo rebuscando cosas antiguas en una isla lejana, árida y, aparte de eso, deshabitada. Mientras el señor Gray navega rumbo a esta, observa el cielo nublado

por encima y las aguas turbias debajo. Su estilo prosístico es un tanto simple para mi gusto, pero es bastante útil una vez se aproxima a la isla y se da cuenta enseguida de su aspecto sobrecogedor: formaciones rocosas retorcidas; pinos y píceas puntiagudos, gigantescos, con movimientos asombrosos; el semblante como una máscara de los acantilados que desafían al mar; y una espantosa niebla estancada que se aferra al paisaje como un hongo.

Desde el momento en que el señor Gray empieza a describir la isla, un repentino encantamiento entra en su relato; ese siniestro hechizo que deriva de un mal profundo que se mantiene a una justa distancia de nosotros, para que podamos experimentar tanto el amor como el miedo en una única sensación arrolladora. Si nos acercamos demasiado, nos recordará un mal omnipresente en el mundo de los vivos y correremos el peligro de que nuestro sentido aletargado de la muerte se despierte lleno de vigor. Si nos alejamos demasiado, nos convertiremos en seres más indiferentes y displicentes que en nuestro estado habitual y, a la larga, nos exasperaremos cuando un mal imaginario sea suscitado de manera tan pobre que no ofrezca ni el más mínimo eco de su verdadero homólogo que todo lo invade. Por supuesto, cualquier cosa del entorno puede servir como escenario para revelar las verdades de mal augurio; el mal, un mal querido y amenazador, puede aparecer en cualquier lugar precisamente porque está en todos sitios y se desencadena tan bien por el contraste del sol y las flores como por la oscuridad y las hojas muertas. Una peculiaridad puramente privada, sin embargo, a veces permite que se despierte la esencia más pura de la malignidad de la vida solo por sitios como la solitaria isla de Nethescurial, donde lo real y lo irreal giran loca y libremente en la misma niebla.

Parece que en ese lugar, ese reino lejano, el Dr. N… ha descubierto una antigua reliquia que hace tiempo estaba buscando, una anotación increíble a pesar de estar escrita en el margen de aquel diario de creación indescriptiblemente voluminoso. Al poco rato después de avistar tierra, el señor Gray se encuentra comprobando la verdad que afirma el arqueólogo: que han moldeado de forma extraña todas las partes de la isla y que en el interior de sus orillas todo rastro de planta, mineral o cualquier otra cosa parece haber caído a merced de alguna fuerza formativa de temperamento demoníaco, un *genius loci* que ha esculpido sus pesadillas con los átomos de aquella tierra. Un examen más riguroso de la isla en el mapa sirve para aumentar la sensación de hechizo y del mal que apenas se había descrito antes en el manuscrito. Pero me abstengo de anotar más citas (se está haciendo tarde y quiero terminar esta carta antes de irme a la cama) para cortar recto la epidermis de esta historia y penetrar en sus huesos y sus entrañas. Es más, es como si el manuscrito tuviera su propia anatomía, con aquella holografía verde oscura que se tensa como venas, y lamento que mi paráfrasis no le dé vida. ¡Ya basta!

El señor Gray se adentra en la isla y se lleva a cuestas una bolsita de viaje

bastante llena. En un claro se encuentra con una casa grande pero sin ornamentaciones, casi primitiva, situada contra el fantástico telón de fondo de montañas verrugosas y árboles tumorosos de la isla. La casa, por fuera, está recubierta de las piedras leprosas y variopintas que abundan tanto en el paisaje de alrededor. El interior de la casa, que la visita ve al entrar por la puerta abierta, es espacioso como una catedral, pero mucho menos decorado. Las paredes son blancas y lisas y parecen estrecharse hacia dentro, como una pirámide, conforme se alzan del suelo al alto techo. No hay ventanas, y un montón de lámparas de aceite desperdigadas inundan el interior de la casa con un sacro resplandor. Una figura desciende la larga escalera, cruza toda la habitación y con aire de gravedad saluda a su huésped. Al principio desconfían el uno del otro, pero poco a poco se van relajando y al final van al grano.

Hasta aquí se puede ver que la obra que se representa es familiar: la escena es estrictamente tradicional y los intérpretes se ven envueltos en este estilo, puesto que hay tantos actores como títeres en las antiguas funciones, los mismos que han contado la misma historia durante siglos, los mismos que todavía nos pueden parecer extraños. Recorren la misma escena nebulosa, buscan la misma casa apartada, los títeres en estos espectáculos siempre lo encuentran todo nuevo y desconocido porque no tienen recuerdos de los que hablar, y apenas pueden acordarse de hacer esos movimientos artificiales que realizaron infinitas veces en el pasado. Luchan con los mismos gestos, repiten las mismas posturas, aunque rara vez tengan la vaga sospecha de que todo eso ha ocurrido antes. ¡Qué parecidos son a la raza humana! Eso es lo que les hace ser nuestros perfectos representantes, esto y el hecho de que están grabados a mano a la imagen y semejanza de las víctimas maníacas que buscan compartir los secretos de sus tormentos personales mientras el mismo titiritero manipula sus cuerdas.

Los secretos que estos dos polichinelas compartían lo presenta de manera bastante taimada el autor de esta confesión, pues si lo tenemos en cuenta, este es el género al que realmente pertenece. De hecho, el señor Gray, o como quiera que se llame, parece saber mucho más de lo que está contando, sobre todo respecto a su colega el arqueólogo. No obstante, deja constancia de lo que el Dr. N… sabe y, lo que es aún más importante, lo que este ávido excavador ha encontrado enterrado en la isla. Se trata solo de un fragmento de un objeto que se remonta a la antigüedad. Aunque se sabe que es una parte de un ídolo religioso, es difícil determinar de qué parte se trata. Es una pieza retorcida de un rompecabezas y sugiere que la figura al completo es sumamente espantosa. El fragmento también está oscurecido por el verdín de los siglos, que hace que la sustancia parezca algo semejante al jade en descomposición.

¿Se encontrarían también otras piezas de este ídolo en la misma isla? La respuesta es no. Al parecer habían destrozado el ídolo hacía siglos y se habían enterrado los

pedazos en algún lugar remoto para que no se volvieran a unir con facilidad todas sus piezas. Aunque era una mera representación, la misma efigie era el foco de un gran poder. La antigua secta que se había creado para adorar este poder la formaban panteístas de algún tipo que creían que todas las cosas, aunque parezca lo contrario, son una sola materia unificada y trascendental, una emanación de una fuerza central creativa. De ahí que el canto ritual que fluye se oiga «en las habitaciones de las casas», etcétera, y haga referencia a la naturaleza omnipresente de esta deidad, la clase de dios más primaria y dominante, el que entra en la categoría de «dios que eclipsa al resto», divinidades territoriales cuyo derecho a la creación supuestamente sustituye al de sus rivales. (Las palabras del famoso cántico, por cierto, son las únicas que nos llegan del antiguo culto y que aparecen por primera vez en la obra etnográfica pseudoesotérica titulada *Iluminaciones de la antigüedad*, que se publicó a finales del s. XIX, alrededor de la misma época, supongo, en que se escribió este manuscrito que ahora me apresuro a resumir). En algún momento de su carrera como adoradores del «Gran Dios», cayó una sombra sobre la secta. Al parecer un día les fue revelado, de forma confusa y espantosa, que el poder al que reverenciaban era en esencia el mal personificado, y que su estilo religioso panteísta era en realidad una clase de pandemonismo. Pero esta revelación no fue una sorpresa para todos los sectarios, ya que hubo una lucha sangrienta que acabó en matanza. De todas formas, los enemigos de lo demoníaco prevalecieron y enseguida volvieron a bautizar a su antigua deidad para reflejar el recién descubrimiento de su esencia maligna; y el nombre por el que se le conoció a partir de entonces fue Nethescurial.

Una interesante cambio de los acontecimientos: aquella recóndita isla se revela abiertamente como la tierra del ídolo de Nethescurial. Por supuesto, solo es uno de los muchos sitios por los que han sido esparcidos los pedazos del tótem destrozado. Los miembros originales de la secta que habían traicionado a su dios sabían que el poder concentrado en la efigie no podía destruirse, así que decidieron repartirla por los rincones más recónditos de la Tierra, allí donde hiciera el menor daño posible. ¿Pero habrían dado a conocer este hecho al permitir que los lugares de entierro llevaran el nombre del dios pandemoníaco? Es bastante dudoso, así como poco probable, que fueran ellos los que construyeran aquellas casas rudimentarias, a modo de templos, para marcar dónde se podía localizar un fragmento en especial del antiguo ídolo.

Por lo tanto, el Dr. N… se ve obligado a presuponer que ha sobrevivido parte de la fracción demoníaca de la secta, un culto que se ha dedicado a buscar aquellos lugares que la presencia del ídolo ha transformado y que de este modo pueden reconocer por sus características horripilantes. La búsqueda requería mucho tiempo y esfuerzo, dado que las esquirlas del mal podían estar escondidas en cualquier parte del mundo. Conocida como la «exploración», también incluía el reclutamiento de

personas externas, que en los últimos años eran a menudo investigadores de culturas de tiempos pasados, aunque ignoraban que la causa a la que servían todavía estaba viva. De este modo, el Dr. N… advierte a su «colega, el señor Gray» que puede que estén en peligro por los que todavía intentan volver a ensamblar el ídolo y restablecer su poder. La misma presencia de aquella casa primitiva de la isla sin duda prueba que el culto ya es consciente de la situación de este fragmento del ídolo. De hecho, el misterioso señor Gray, como era de suponer, es en realidad un miembro de la encarnación moderna de la secta; es más, se ha llevado consigo a la isla —ya sabe, en aquella mochila voluminosa— el resto de las piezas del ídolo, que después de siglos de búsqueda se han ido recuperando. Ahora solo le hace falta el pedazo que ha encontrado el Dr. N… para reconstruir el ídolo por primera vez en un par de milenios.

Pero también necesita al arqueólogo para una especie de sacrificio a Nethescurial, una ceremonia que tiene lugar más tarde esa misma noche, en la parte superior de la casa. Si se me permite resumir el desenlace para mayor brevedad, el ritual de sacrificio tiene algunas horribles sorpresas para el señor Gray (esta gente parece que no se dé nunca cuenta de dónde se meten), que no tarda en arrepentirse de sus prácticas malignas, lo que lo lleva a romper el ídolo en mil pedazos una vez más. Cuando escapa de aquella isla extraña, tira los trozos por la borda y siembra las frías aguas grises con los restos de un increíble poder. Más tarde, al sentir que algo amenaza su existencia (tal vez por la represalia de sus compañeros sectarios), relata un horror que no solo lo afecta a él, sino a toda la raza humana.

Fin del manuscrito.[1]

A pesar de mi afición por estas historias delirantes que acabo de intentar describir, no dejo pasar por alto los errores. En primer lugar, fuera cual fuera el impacto emocional que pudiera haber perdido el relato en el resumen anterior, desde luego ganó en coherencia: los incidentes en el manuscrito estaban desarrollados con poca fluidez, los detalles importantes carecían de un énfasis adecuado y se presentaban al lector hechos imposibles sin ningún verdadero esfuerzo para convencerlo de su veracidad. Sí admiro el principio fantástico en el centro de esta pieza, la naturaleza de esta entidad pandemoníaca es muy intrigante. Imagine toda la creación como una máscara del más vil de los males, un mal absoluto cuya realidad está atenuada solo por nuestra ceguera frente a él, un mal que se encuentra en el corazón de las cosas, que existe «dentro de las estrellas y en el espacio que queda entre ellas; dentro de la sangre y los huesos, a través de las almas y los espíritus», etcétera. Se hace incluso una referencia en el manuscrito que indica una analogía entre Nethescurial y aquel precioso mito de los aborígenes australianos conocido como Alchera (el tiempo del sueño o el que sueña), una supra-realidad que es la fuente de todo lo que vemos en el

mundo que nos rodea. (Esta referencia será útil para datar el manuscrito, ya que fue hacia finales del siglo pasado cuando un antropólogo australiano dio a conocer la cosmología aborigen al público en general). Imagine el universo como un sueño, la pesadilla febril de un demiurgo demoníaco. ¡Oh, supremo Nethescurial! El problema es que esas invenciones sobrenaturales son en realidad muy difíciles de imaginar. De vez en cuando no consiguen materializarse en la mente, no logran adoptar una textura mental, y por tanto se perciben nada más como monstruos abstractos y metafísicos, un diagrama más o menos elegante que no puede levantarse del papel para tocarnos. Por supuesto, tenemos que mantener cierta distancia con estos espectros como Nethescurial, pero por lo general ya ocurre mediante palabras como estas, que atrapan todo tipo de criaturas fantásticas antes de que puedan destrozarnos en cuerpo y alma. (Y sin embargo, las palabras de este manuscrito en especial parecen bastante débiles al respecto, posiblemente porque son solo rayas de color verde apagado trazadas por una mano humana, y no la gruesa malla de letra negra). Pero queremos acercarnos lo suficiente para sentir el aliento fétido de esas bestias o para verlas como leviatanes prehistóricos, dando vueltas alrededor del islote en el que nos hemos refugiado. Aunque seamos incapaces de creer con sinceridad en cultos antiguos y en ídolos desconocidos, a pesar de que esos aventureros y arqueólogos pseudónimos parecen ser meras sombras en una pared, y aunque unas casas extrañas en islas remotas sean de construcción inestable, todavía existirá un poder en esas cosas que nos amenace como un mal sueño. Y este poder no emana tanto del interior de la historia como de alguna parte detrás de esta, un lugar de oscuridad infinita y de mal omnipresente por el que podemos caminar sin ser conscientes. Pero no se preocupe por estos pensamientos nocturnos; después de cerrar esta carta me iré derecho a la cama.

Posdata
Aquella misma noche un poco más tarde.

Han pasado muchas horas desde que escribí la descripción que figura más arriba y el análisis del manuscrito. Qué simplistas me parecen ahora esas palabras, y sin embargo son lo bastante fieles desde una perspectiva determinada. Pero se trata de un punto de vista privilegiado que, al menos por el momento, no disfruto. La distancia entre yo y un mal devastador ha disminuido considerablemente. Ya no encuentro tan difícil imaginarme los horrores definidos en aquel manuscrito, porque los he conocido en profundidad. Me siento como un tonto por haber jugado con esas visiones, y con qué facilidad un simple sueño puede destruir la seguridad de una persona, aunque solo sea durante unas pocas horas turbulentas. Sin duda he vivido esto antes, pero nunca con tanta agudeza como esta noche. No estuve dormido

durante mucho tiempo, pero al parecer sí lo suficiente. Al principio del sueño estaba sentado en un escritorio en un cuarto muy oscuro. También me pareció que la habitación era muy grande, aunque no veía mucho más allá de la zona de la mesa, donde a ambos lados brillaba una lámpara de algún tipo. Extendidos delante de mí había un montón de papeles de diversos tamaños. Sabía que eran mapas de alguna clase, y los estaba estudiando uno tras otro. Estaba muy absorto en aquellos mapas, que ahora dominaban el sueño hasta la exclusión del resto de las imágenes. Cada uno de ellos se centraba en una especie de concatenación de islas y no hacían referencia a extensiones de tierra más grandes o conocidas. Esas manchas irregulares de tierra fijadas en masas de agua sin nombre me transmitieron una poderosa sensación de lejanía y aislamiento. Pero aunque la situación de las islas no estaba especificada, de algún modo estaba seguro de que aquellos a los que los mapas iban dirigidos sí conocían esta información. No obstante, ese secreto era solo superficial, puesto que no se requería una clave esotérica para buscar una geografía mayor, de la que estos mapas eran un detalle exagerado: todos se diferenciaban por alguna lengua conocida en la que estaba escrito el nombre de las islas; distintos idiomas para distintos mapas.

Sin embargo, al revisarlo más detenidamente (en realidad me sentía como si viajara entre aquellos exóticos fragmentos de tierra, esos diminutos trocitos de un misterio hecho añicos) me di cuenta de que los mapas tenían algo en común: dentro de cada grupo de islas, fuera cual fuera el idioma en el que estuviera escrito su nombre, siempre había una que se llamaba Nethescurial. Era como si en todo el mundo los que allí habitaban hubieran insinuado este terrible nombre como el único apropiado para una isla en concreto. Por supuesto, había formas y grafías alternativas relacionadas, y a veces transliteraciones de la palabra (¡con qué precisión las veía!). Aun así, con la extraña convicción que se apodera del que sueña, sabía que esos lugares se habían reclamado en nombre de Nethescurial y que llevaban la señal única de algo que se había enterrado allí: los pedazos del ídolo desmembrado. Gracias al aumento de iluminación que ofrecían las lámparas, vi que la habitación en realidad tenía unas dimensiones fuera de lo común. Las cuatro enormes paredes se inclinaban las unas hacia las otras y se juntaban en un punto muy alto sobre el suelo, lo que otorgaba al espacio que me rodeaba la forma de una pirámide perfecta. Pero ahora veía las cosas desde otra perspectiva curiosamente lejana: había un altar con su ídolo en el centro de la habitación y yo me encontraba a cierta distancia, o tal vez ni siquiera estaba en aquella escena. Luego, de alguna esquina oscura o una puerta secreta salió una fila de figuras que caminaban despacio hacia el altar y después se congregaban en un semicírculo ante él. Advertí que todos tenían una forma bastante esquelética pues iban vestidos iguales, con un material negro ceñido al cuerpo que les hacía parecer sombras esmirriadas. Parecían estar envueltas de oscuridad de pies a cabeza y llevaban tan solo la cara al descubierto. Pero en realidad no eran caras, sino

máscaras idénticas, pálidas e inexpresivas. No tenían aberturas y otorgaban a los que las portaban un terrible y antiguo anonimato. Detrás de aquellas caras lisas y apenas moldeadas había espíritus por encima de toda esperanza y consuelo, excepto en el mal al que se entregan por voluntad propia. Sin embargo, esta entrega es un proceso muy selectivo, una ceremonia del elegido. Una de las sombras con la cara blanca se apartó del grupo y dio un paso adelante, al parecer provocada por la proximidad al ídolo. La figura permaneció inmóvil mientras algo como un humo luminoso comenzó a salir de su cuerpo oscuro. Flotaba, se arremolinaba ligeramente hacia el ídolo, que lo absorbía. Y supe —¿puesto que aquel no era mi sueño?— que el ídolo y su sacrificio se estaban convirtiendo en uno. Aquel espectáculo continuó hasta que ya no quedó más bruma brillante y ectoplásmica que extraer, y aquel cuerpo —ahora reducido al tamaño de una marioneta— se desmoronó. Pero no tardó en levantarlo, con bastante ternura, otro de los del grupo, que dejó aquella forma empequeñecida sobre el altar; después sacó un cuchillo y se lo clavó muy adentro, sin hacer ruido.

Al poco tiempo empezó a rezumar algo del altar, algo espeso, aceitoso y de un color extraño, oscuro, aunque no era del tono de la sangre. Aunque lo extraño de ese color era más una idea que un tema de la vista, empezó a apoderarse del sueño y a determinar la última parte de su desarrollo. De manera bastante repentina, aquella habitación cerrada y tenebrosa como un pozo se desvaneció y se transformó en una extensión abierta de tierra: aunque estaba al aire libre tenía una curiosa topografía cuyas delirantes formas eran todas de aquel color tan siniestro y particular. El suelo parecía estar cubierto por un oscuro y vetusto moho, así como las cosas que se alzaban por encima. A mi alrededor había un paisaje que alguna vez pudo haber tenido piedras, tierra, árboles (o tenía esa sensación), pero que se había transformado totalmente en una especie de cieno petrificado. Me quedé mirando lo que se extendía delante de mí, que se retorcía como una tracería de hierro forjado o unos grandes jardines abandonados de corales enroscados, una celosía intrincada de mantillo endurecido cuya superficie estaba invadida por un caos de pequeños grabados, unos costrosos diseños que sugerían un mundo de rostros y formas demoníacas. Y todo estaba compuesto por un color que de algún modo me hacía pensar en el liquen podrido. Pero antes de que saliera presa del pánico de mi sueño, hubo otra incidencia relacionada con este color: las aguas teñidas que bañaban las orillas de la isla que me rodeaba. Como he escrito hace unas páginas, llevo ya despierto unas horas. Lo que no he mencionado ha sido el estado en el que me encontré después de despertarme. Durante todo el sueño, y en especial en los últimos instantes cuando identifiqué de forma definitiva aquel lugar espantoso, percibí una presencia oculta, algo que circulaba por todas las cosas y las unía en un organismo del mal que se extendía hasta el infinito.

Supongo que es normal que continuara bajo el hechizo visionario incluso después

de haber salido de la cama. Intenté invocar a los dioses del mundo corriente —durante el silbido de la cafetera recé ante el icono de la luz eléctrica—, pero eran demasiado débiles para librarme de aquel cuyo nombre ya no puedo ni escribir. Parecía poseer mi casa, cada objeto de dentro y la totalidad del oscuro mundo de afuera. Sí, acechaba entre los vientos que vigilan este y otros muchos mundos. Todo parecía ser una manifestación de este mal, y a mis ojos estaba adquiriendo su aspecto. También podía sentir cómo salía de mí y se hacía cada vez más fuerte detrás de esta cara viva que tengo miedo de poner frente al espejo. Sin embargo, estas ilusiones inducidas por el sueño parecían disminuir, ahuyentadas tal vez al escribir yo sobre ellas. Como alguien que ha bebido mucho la noche anterior y jura dejar el alcohol de por vida, yo había renunciado al abuso de lecturas extrañas. Sin duda, aquella era una promesa temporal y pronto volvería a mis viejos hábitos. ¡Pero seguro que no sería hoy!

Los títeres del parque

Algunos días después, a altas horas de la noche.

Bien, parece que esta carta se ha transformado en una crónica de mis aventuras nethescurianas. Ya ve, ahora puedo escribir ese nombre excepcional con facilidad; además, ya no siento apenas aprensión al acercarme al espejo y pronto seré capaz de dormir como lo hacía antes, sin intrusiones visionarias de ningún tipo. No se puede negar que las experiencias que he vivido últimamente han inclinado la balanza a favor de lo extraño. Me encontré caminando sin descanso —bueno, sin poder trabajar —, acompañado siempre por ese gran terror en el plexo solar, como si me hubiera dado un festín en un banquete del terror y la comida se me hubiera indigestado. Muy extraño, pues durante todo este tiempo me he resistido a alimentarme. ¿Cómo podría llevarme algo a la boca cuando todo estaba como estaba? Ya era bastante difícil tocar el pomo de una puerta o un par de zapatos, incluso cuando llevaba guantes. Podía sentir cómo se retorcía todo, mi propia carne incluida, y también veía lo que se movía debajo de las superficies, mi visión penetraba a través de la coraza habitual de los objetos y percibía el mismo material que manaba de dentro de todo, mirara donde mirara. Era aquel color oscuro del sueño que ahora identificaba con claridad. Oscuro y verdoso. ¿Cómo iba a comer? ¿Cómo podía siquiera quedarme mucho rato en un sitio? Así que seguí de un lado para otro e intenté no mirar con demasiada atención, pues absolutamente todo se arrastraba dentro de sí mismo y creaba todo tipo de formas, dejándome ver toda clase de expresiones. (Sin embargo, en realidad todos tenían el mismo aspecto, estaban llenos de la misma materia reptante). También oía ruidos, voces que decían palabras que no distinguía, voces que no procedían de las bocas de la gente que pasaba por la calle, sino de lo más profundo de sus cerebros,

murmullos que al principio eran incomprensibles y después se hicieron más claros, elocuentes.

Esta nueva ola de caos alcanzó su culminación esta noche y luego cayó en picado. Pero mis oportunas maniobras, espero, lo volvieron a colocar todo en su sitio.

A continuación presento los últimos acontecimientos de esta pesadilla tal y como ocurrieron. (Y cómo desearía no estar hablando de manera metafórica, estar en realidad en el mundo de los sueños o de vuelta a las páginas de libros y antiguos manuscritos). Esta conclusión tiene su comienzo en el parque, un lugar que de hecho está a cierta distancia de mi casa, o al menos eso me pareció cuando fui andando. Ya era bastante tarde aquella noche, pero todavía estaba paseando, caminando por el sendero de asfalto que serpentea por este rincón de árboles y césped en mitad de la ciudad. (Y de algún modo parecía como si ya hubiera paseado por aquel lugar esa misma noche, que todo eso me hubiera pasado antes). El camino estaba iluminado por globos de luz que se sostenían en equilibrio sobre finos postes de metal; había otra esfera luminosa en la gran negrura de arriba. Al margen del camino, el césped estaba oscurecido por las sombras y los árboles que se agitaban en lo alto eran del mismo color verde sucio.

Después de recorrer durante muchísimo tiempo un camino infinito, llegué a un claro donde se había reunido un grupo de personas para ver algún espectáculo de última hora. Había unas cuerdas de luces de color colgadas alrededor del perímetro de esta zona, y unas filas de bancos que daban a una cabina alta e iluminada. Era el tipo de cabina que se utiliza para las funciones de títeres, con divertidos dibujos pintados por toda la parte inferior y una abertura con una cortina en la parte de arriba. En aquel momento las cortinas estaban abiertas y dos criaturas semejantes a payasos se retorcían en una luz cegadora que provenía del interior de la cabina. Se inclinaban el uno hacia el otro, chillaban, se golpeaban con torpeza con palas blandas que tenían pegadas a sus bracitos mullidos. De repente, se quedaron inmóviles en plena batalla y se giraron despacio de cara al público. Era como si las marionetas estuvieran mirando directamente donde yo estaba de pie, detrás de la última fila de bancos. Inclinaron aquellas cabezas deformes y sus ojos vidriosos se clavaron en los míos.

Entonces me di cuenta de que los otros hacían lo mismo: todos se había dado la vuelta en los bancos, sin ninguna expresión en la cara y con ojos muertos de marioneta que me miraban. Aunque movían las bocas, no eran mudos, pero lo que oía eran las voces de muchas más personas de las que había allí reunidas. Esas eran las voces que había estado oyendo mientras recitaban las confusas palabras en las profundidades de los pensamientos de todos, a metros y metros por debajo del nivel de su conciencia. Las voces seguían siendo murmullos, y las frases lentas y monótonas se mezclaban como las secuencias de fuga.

Pero ahora entendía aquellas palabras, incluso cuando se unían más voces al

cántico y se solapaban unas con otras, mientras decían: «en las habitaciones de las casas… en los cielos iluminados por la luna… a través de todas las almas y los espíritus… tras los rostros de los vivos y los muertos».

Me es imposible decir cuánto tiempo pasó antes de que pudiera moverme, antes de que regresara al camino, con aquellas innumerables voces que no paraban de cantar a mi alrededor y aquellas luces de colores que oscilaban entre los árboles agitados por el viento. No obstante, a medida que llegaba a casa dando traspiés en la verduzca oscuridad de la noche, parecía que oía una única voz y veía un solo color.

Sabía lo que tenía que hacer. Recogí unos tablones viejos del sótano, los puse en la chimenea y abrí el tiro. Tan pronto como se pusieron a arder intensamente, añadí una cosa más al fuego: un manuscrito cuya tinta tenía un color en especial. Gracias a una visión reveladora supe quién firmaba el manuscrito, qué mano había escrito en realidad aquellas páginas y se había ocultado tras ellas durante cien años. El autor de aquella narración había roto en mil pedazos el ídolo y lo había tirado a las aguas profundas, pero la mancha de su antigua pátina quedó sobre él. Había invadido la apretada letra del autor de color verde negruzco y allí había sobrevivido, aguardando poder arrastrarse hasta otra alma perdida que no consiguió ver los oscuros sitios por donde vagaba. ¡Cómo iba a saber yo que eso era verdad! ¿Acaso no lo probaba el color del humo que se elevaba del manuscrito en llamas y que todavía sigue subiendo?

Escribo estas palabras sentado junto a la chimenea, pero las llamas se han extinguido y aun así todavía queda por el hogar el humo del papel carbonizado, que se niega a ascender por la chimenea y desvanecerse en la noche. Tal vez se ha atascado. Sí, seguro que es eso, tiene que ser eso. Lo demás son mentiras, ilusiones. Aquel humo del color del moho no ha adoptado la forma del ídolo, aquella figura que no se ve del todo ni continuamente, pero sigue sacando muchos brazos y cabezas, muchos ojos y después los mete hacia dentro y los vuelve a sacar con otras configuraciones. Esa figura no está extrayendo nada de mí ni poniendo nada en su lugar, algo que parece que se escurra en las palabras mientras escribo. Y mi bolígrafo no se está haciendo cada vez más grande, ni mi mano cada vez más y más pequeña…

¿Ve?, no se ha formado ninguna figura en la chimenea. El humo se ha ido por el tiro, hacia el cielo; y no hay nada allí arriba, nada que vea por la ventana. Desde luego está la luna, allí en lo alto, redonda, pero no hay una sombra que tape la luna, no hay caos ni remolino de humo que interrumpa el delicado orden de la tierra, ni ninguna nube cambiante de pesadillas que envuelva los satélites, los soles y las estrellas. No es una forma retorcida, escalofriante y sucia lo que veo sobre la luna, no es la forma de un gran cangrejo deformado que corre por los negros océanos del infinito e invade el rincón de la luna, y se arrastra con sus innumerables cuerpos por todas las islas giratorias del espacio impenetrable. Esa figura no es una totalidad

cancerosa de todas las criaturas, no es el icor rezumante que fluye dentro de todas las cosas. Nethescurial no es el nombre secreto de ¡a creación. No está en las habitaciones de las casas ni más allá de las paredes… bajo las oscuras aguas y en los cielos iluminados por la luna… bajo montículos de tierra y sobre las cimas de las montañas… en las hojas del norte y las flores del sur… dentro de las estrellas y en el espacio que queda entre ellas… dentro de la sangre y los huesos, a través de las almas y los espíritus… entre los vientos que vigilan este y otros mundos… tras los rostros de los vivos y los muertos.

No me estoy muriendo en una pesadilla.

A la sombra de otro mundo

Muchas veces en mi vida, y también en muchos lugares diferentes, me he encontrado paseando al atardecer por calles bordeadas de silenciosas casas antiguas y árboles que se movían suavemente. En esas ocasiones tan tranquilizadoras las cosas parecen bien situadas, asentadas tranquilamente y muy presentes a la vista natural del ojo humano. Sobre los distantes tejados el sol abandona la escena y proyecta su último rayo de luz sobre las ventanas, el césped lleno de rocío y los bordes de las hojas. En este entorno adormecido, tanto las cosas grandes como las pequeñas logran una intricada unión, al parecer sin dejar el menor espacio entre ellas para que no se inmiscuya nada más en sus dominios. Pero siempre existen otros reinos que son capaces de hacer sentir su presencia, flotando invisibles en el aire como ciudades extrañas disfrazadas de nubes u ocultas como un mundo de pálidos espectros rodeados de niebla. Estamos asediados por las órdenes de una entidad que se niega a expresar su naturaleza exacta o auténtico entorno, y pronto aquellas calles bien alineadas descubren que en realidad están situadas en paisajes extraños donde las casas sencillas y los árboles están bien ocultos, donde todo se sitúa dentro de las profundidades de un enorme abismo con eco. Hasta el mismo cielo infinito, por el que el sol propaga su luz expansiva, es tan solo una ventanita borrosa con una grieta, una fisura irregular más allá de lo que podemos ver, en el atardecer, que ocupa y envuelve una calle vacía bordeada de árboles que se mueven suavemente y silenciosas casas antiguas.

En una ocasión en particular seguí una calle con árboles a ambos lados, pasé todas las casas de largo y continué caminando hasta que llegué a una casa apartada, a poca distancia del pueblo. Como la carretera que tenía delante se estrechaba hasta convertirse en un camino lleno de hierbajos que ascendía y tomaba un recorrido que se desviaba por un montículo hacia otro paisaje uniforme, permanecí ante mi destino del día.

Como otras casas de este estilo (había visto muchas de ellas cuyo perfil se recortaba contra un cielo claro al anochecer), esta parecía un espejismo, tenía un carácter quimérico que llevaba a dudar de su existencia. A pesar de la estructura oscura y angular, las aristas, los porches y los peldaños de madera desgastados, había algo indebidamente endeble en su materia, como si la hubieran construido con materiales ilícitos, sueños y vapor que se hacían pasar por materia sólida. Y aquí no era donde acababa su similitud con una quimera, puesto que la casa parecía haber adquirido su forma actual gracias a una acumulación fabulosa de propiedades; puede que no hubiera estado siempre limitada a una sola naturaleza y función. ¿No podía ser un vestigio del mundo prehistórico, una gran bestia desenterrada por el tiempo y los elementos? La rugosa superficie exterior tenía el aspecto de carne petrificada y no costaba imaginar una estructura interior que no estuviera hecha de vigas y tablones,

sino más bien de huesos gigantescos. Las chimeneas y tablillas, las puertas y las ventanas eran, por lo tanto, los adornos de una época posterior que no había entendido la verdadera esencia de esta monstruosidad antigua y la había transformado en una cosa heterogénea y ridícula. No es de extrañar entonces que, por vergüenza, tratara de rechazar su realidad y pasara solo como una sombra en el horizonte, como una cosa con una belleza de pesadilla que levantaba falsas esperanzas.

Como en el pasado, miré en el interior oculto de la casa, que era el centro de… celebraciones desconocidas. Estaba convencido de que el mundo interior del edificio, a su estilo, participaba en una especie de desolación ceremonial, que se podían vislumbrar festivales traslúcidos en los rincones de determinadas habitaciones y que los ruidos lejanos de los locos carnavales llenaban los pasillos a todas horas del día y de la noche. No obstante, me temo que una característica en particular de la casa impedía que hubiese indulgencia total dentro de las expectativas habituales. Esta característica era una torrecilla construida a un lado de la casa y que se elevaba a una altura fuera de lo común más allá del tejado, con vistas al mundo como un faro, lo que reducía el aspecto de introspección que es vital para tales estructuras. Y, al parecer, cerca de la arista del tejado cónico de esta torrecilla habían puesto una hilera de ventanales, como una modificación posterior, alrededor de toda la circunferencia. Pero si la casa usaba en realidad esas ventanas para mirar hacia fuera más que hacia dentro, no se vería nada, puesto que todas las ventanas de las tres amplias plantas de la casa, así como las de la torrecilla y aquella pequeña abertura octogonal del desván, estaban con los postigos cerrados.

De hecho, ese era el estado en el que esperaba encontrarme la casa, ya que había mantenido correspondencia con Raymond Spare, el propietario actual.

—Lo esperaba mucho más pronto —lo regañó Spare al abrir la puerta—. Ya casi ha anochecido y estaba seguro de que había entendido que solo en algunos momentos determinados…

—Le ruego me disculpe, pero ya estoy aquí, ¿puedo entrar?

Spare se apartó e hizo un gesto histriónico hacia el interior de la casa, como si estuviera presentando uno de esos espectáculos con los que se había ganado la vida de forma considerable. Era cierto que había adoptado el apellido de un visionario y artista célebre, incluso que llegó a reclamar algo de sangre o parentesco espiritual con este gran excéntrico. Pero aquella noche me estaba haciendo el escéptico, como había actuado también en mi correspondencia con Spare, para obligarlo a ganarse mi aceptación. No habría otro modo de conseguir una invitación suya para presenciar el fenómeno que, según me habían explicado otras fuentes diferentes a las del prestidigitador Spare, merecían mi atención. Y, aparentemente, tenía un aspecto tan ramplón que hacía difícil tener en cuenta su talento para organizar grandes espectáculos, su don para el histrionismo fantasmal.

—¿Lo ha dejado todo tal y como lo tenían antes de que viniera? —pregunté, haciendo referencia al difunto antiguo propietario cuyo nombre Spare nunca me reveló, aunque yo ya lo conocía de todas formas. Pero eso no tenía importancia.

—Sí, casi todo está igual. Un excelente administrador, lo tuvo todo en cuenta.

La observación de Spare lamentablemente era verdad: el interior de la casa estaba inmaculado hasta el punto que hacía sospechar. El gran salón en el que estábamos sentados, así como las otras habitaciones y los pasillos que se adentraban en la casa, irradiaban el ambiente de un mausoleo lujoso y bien cuidado donde los muertos reposan de verdad. Había gran cantidad de muebles arcaicos, aunque no revelaban ninguna conciencia opresiva de otros tiempos, ninguna conspiración secreta con espíritus de difuntos, a pesar de la disposición antinatural que creaba el atardecer gracias a aquellos postigos meticulosamente cerrados que no dejaban entrar ni un resquicio de la verdadera naturaleza del crepúsculo del mundo exterior. El reloj que oí haciendo tictac con resonancia en una habitación cercana no retumbaba de forma siniestra entre los pulidos suelos oscuros y los techos altos libres de telarañas. Uno no se temía ni esperaba encontrarse con una presencia maligna en el sótano o con una sombra enferma en el desván. Ni la apariencia ni la oscuridad de la casa indicaban que estuviera encantada, a pesar de una rara impresión provocada por la curiosidad taumatúrgica que apareció en un estante, así como un mapa hermético bien enmarcado del firmamento, que colgaba de una pared.

—Hay una atmósfera muy inocente —señaló Spare, quien no demostró ninguna habilidad especial al manifestar lo que yo pensaba.

—No me lo esperaba. ¿Era parte de lo que pretendía?

Spare se rió.

—La verdad es que esta era su intención original, el génesis de lo que más tarde ocuparía su talento. Al principio…

—¿Una tierra baldía espiritual?

—Exacto —confirmó Spare.

—Yerma, pero… segura.

—Lo entiende, entonces. No nos podemos fiar de su reputación, pero sus apuntes dejan muy claro el sufrimiento provocado por su fantástico don, su increíble sensibilidad. Necesitaba un entorno espiritualmente aséptico, aunque estaba totalmente tentado por el visionario. Una y otra vez, en sus anotaciones se describe a sí mismo como un ser «abrumado» hasta el punto de la locura. Ya ve la ironía.

—Lo que veo es el horror —contesté.

El taller del que Spare había hablado estaba situado, como cualquiera hubiera supuesto, en el piso más alto de la torrecilla, en la parte más occidental de la casa. Solo se podía llegar a esa habitación circular por una escalera de caracol estrecha que había en el desván, donde una segunda serie de escalones llevaba hasta la torrecilla.

Spare metió la llave con torpeza en la pequeña puerta de madera y no tardamos en entrar.

La habitación era sin duda como Spare había supuesto: un taller, o al menos lo que quedaba de uno.

—Parece como si al final hubiera empezado a destruir sus aparatos, así como parte de su trabajo —explicó Spare mientras yo entraba en la habitación y veía escombros por todos sitios.

La mayoría del desorden consistía en cristales rotos que se habían pintado y deformado de manera extraña. Había un montón que todavía permanecían intactos, apoyados contra la pared curvada o extendidos sobre una larga mesa de trabajo. Otros cuantos estaban colocados sobre caballetes de madera como cuadros empezados, con las extrañas transformaciones de sus superficies inacabadas. Aquellas láminas de cristal corrompido se habían cortado de varias formas y en cada una de ellas había pegado —en una tarjetita— un carácter garabateado que se asemejaba a un ideograma oriental. Se habían grabado unos símbolos similares, aunque mucho más grandes, en la madera de los postigos que cubrían las ventanas que rodeaban toda la habitación.

—Una simbología que no aspiro a comprender —admitió Spare—, salvo su función. Venga, mire lo que ocurre cuando retiro estas etiquetas con las figuritas garabateadas.

Observé cómo Spare iba por la habitación arrancando los signos deformes de aquellos paneles de cristal cromáticamente desproporcionados, y no tardé mucho en advertir un cambio en el aspecto de la habitación, una alteración en el ambiente, como cuando un día despejado de repente se complica por los matices sombríos de las nubes. Antes, aquella estancia circular estaba bañada en un retorcido calidoscopio de colores cuando la luz que rodeaba la habitación se difundía a través de los cristales de las ventanas coloreados de forma extraña; pero el efecto era puramente decorativo, una experiencia restringida al terreno de lo estético, sin implicaciones de lo espectral. Ahora, sin embargo, un nuevo elemento impregnaba la cámara redonda, lo que expuso de manera breve y parcial cualidades de orden muy diferente, donde lo visible dejaba paso a lo realmente ilusorio. Lo que anteriormente había parecido el estudio de un artista, por más excéntrico que fuera, poco a poco iba heredando el aura trascendente de la vidriera de una catedral, aunque en todo caso se trataría de una que hubiera sufrido alguna extraña profanación. En determinadas partes del suelo, el techo, y la pared circular cuya curva interrumpían las ventanas cerradas, en determinadas zonas de la habitación que percibía a través de aquellos cristales prismáticos, unas formas borrosas parecían estar luchando por hacerse visibles, unos perfiles extraños se esforzaban por materializarse del todo. No sabría decir si eran fantasmas o demonios —o puede que una rara progenie generada de su unión—, pero

fuera cual fuera el tipo de creación al que pertenecieran en aquel momento, lo cierto era que no solo estaban ganando en claridad y sustancia, sino también en tamaño; crecían, aumentaban y expandían su universo hacia un eclipse de la visión de este mundo.

—Es posible —dije mientras me daba la vuelta hacia Spare— que este efecto de aumento sea solo una propiedad del medio a través del cual… Pero antes de que pudiera completar mi especulación, Spare ya estaba corriendo por la habitación, sustituyendo desesperadamente los símbolos de cada placa de vidrio para deshacer las imágenes en una traslucidez temblorosa, y después borrarlas u ocultarlas del todo. La habitación volvió a su antiguo estado de esterilidad iridiscente. Luego, a toda prisa, me acompañó de nuevo a la planta baja y la puerta de la torrecilla quedó cerrada detrás de nosotros.

Más tarde me hizo de guía por el resto de las estancias de la casa, de menor importancia, cada una de las cuales estaba cerrada con oscuros postigos y compartía el mismo ambiente inhóspito, las secuelas de un extraño exorcismo, un purgamiento del terreno que no lo dejó ni sagrado ni profano, sino que solo lo había convertido en un laboratorio donde un temeroso genio practicaba su ciencia de las pesadillas.

Pasamos unas cuantas horas en la pequeña biblioteca, a la luz de las lámparas. La única ventana de aquella estancia estaba cubierta por una cortina y me imaginé que vería la oscuridad de la noche detrás del estampado, pero cuando coloqué mi mano sobre aquel diseño simétrico y aterciopelado, lo único que palpé al otro lado fue algo duro, como si hubiera tocado un ataúd bajo el paño mortuorio. Este muro era lo que hacía parecer el mundo exterior el doble de oscuro, aunque sabía que, cuando los postigos se abrieran, estaría ante una de las noches más claras que jamás había visto.

Durante un rato Spare me leyó algunos pasajes de los cuadernos cuya simple criptografía había descifrado. Me senté y escuché una voz que estaba acostumbrada a hablar de milagros, alguien que sabía promocionar muy bien los espectáculos místicos de feria. Sin embargo, también detecté cierta convicción en sus palabras, lo que quería decir que su discurso estaba lleno de dejes disonantes provocados por el miedo.

—«Dormimos» —leyó— «entre las sombras de otro mundo. Son la sustancia amorfa que se nos impone y la materia prima con la que moldeamos nuestro entendimiento. A pesar de que creamos lo que vemos, no somos los creadores de su esencia. Por lo tanto, las pesadillas nacen de la impronta de nosotros mismos sobre la vida de las cosas desconocidas. Cuán espantosas son esas formas fantasmales y demoníacas cuando los ojos de la carne proyectan luz y moldean las sombras que están siempre a nuestro alrededor. Cuán mucho más atroz es presenciar sus verdaderas formas, que vagan libres sobre la tierra o en las estancias más acogedoras de nuestras casas, o que retozan por ese infierno luminoso que en un arranque de

locura hemos llamado cielo. Entonces nos despertamos de veras de nuestro sueño, pero solo para dormir otra vez y rehuir las pesadillas que siempre deben volver a aquella parte de nosotros que está soñando desalentada».

Después de presenciar algunos de los fenómenos que habían inspirado esta hipótesis, no pude evitar quedarme de algún modo extasiado con su elegancia, si no con su originalidad. Las pesadillas tanto a nuestro alrededor como dentro de nosotros se habían integrado en un sistema que parecía garantizar la admiración. Sin embargo, la idea a la larga no era más que el terror recordado en tranquilidad, una fórmula que reflejaba un poco del trauma laberíntico que había iniciado estas especulaciones. ¿Debería llamarse revelación o más bien delirio, cuando la razón se interpone entre las sensaciones del alma y un misterio monstruoso? La verdad no es el tema en este asunto, ni tampoco los aspectos prácticos del experimento (que aunque fuera imperfecto, dio buenos resultados), y a mi parecer fue la fidelidad al misterio y su terror lo que llegó a ser primordial, incluso sagrado. En esto, el teórico de pesadillas fracasó al caer en la lúcida paleta de teorías que al final no pudo salvarlo. Por otro lado, aquellos maravillosos símbolos que Spare no supo dilucidar, aquellos diseños crípticos y rudimentarios, representaban un poder auténtico contra la locura del misterio, aunque no se podía explicar con el más esotérico análisis.

—Tengo una pregunta —le dije a Spare cuando hubo cerrado el tomo que tenía sobre su regazo—: Los postigos del resto de la casa no están pintados con los signos dibujados en los de esa torrecilla, ¿me lo podría explicar?

Spare me llevó hasta la ventana y descorrió las cortinas. Con mucho cuidado tiró de uno de los postigos lo suficiente para mostrar el borde, lo que reveló que algo de un color y una textura contrastante formaba una capa entre los dos lados de la oscura madera.

—Está grabado en un trozo de cristal colocado dentro del postigo —explicó.

—¿Y los de la torrecilla? —pregunté.

—Lo mismo. Si el otro grupo de símbolos extra está por precaución o son solo superfluos…

Su voz se apagó y luego se detuvo, aunque la pausa no pareció implicar ninguna consideración por parte de Spare.

—Sí, por precaución o superfluos —apunté.

Durante un instante volvió en sí.

—Sí, eso es, si los símbolos eran una medida añadida contra…

Fue en este punto cuando Spare abandonó la escena mentalmente y siguió dentro de su propia cabeza alguna controversia o sospecha, un testigo de un conflicto dramático representado sobre un lejano y enigmático escenario.

—Spare —le dije con un tono algo normal.

—Spare —repitió, pero con una voz que no era la suya, una voz que sonaba más

como el eco de una voz que como el habla natural.

Por un momento afirmé mi postura de escepticismo y desconfié de Spare y de las cosas que me había enseñado, pues sabía que era un experto en visiones falsas, un médium cuyos fantasmas estaban hechos de mucílago y gasa. Pero qué sutiles y hábiles eran los efectos de ahora, como si estuviera manipulando el ambiente que nos rodeaba y moviera los hilos de la luz y las sombras.

—Ahora brilla la luz más clara —dijo con aquella voz apagada y temblorosa—. Esa luz fluye hacia el cristal —apuntó mientras colocaba una mano sobre la contraventana que tenía ante él—. Las sombras se agrupan contra… contra…

Y parecía que Spare, en vez de retirar el postigo de la ventana, intentara cerrarlo mientras se abría lentamente cada vez más y permitía que un extraño resplandor se filtrara en la casa poco a poco. Asimismo, al parecer también se rindió y dejó que otra fuerza guiara sus acciones.

—Confluyen en mí —repitió unas cuantas veces mientras iba de ventana en ventana, abriendo metódicamente los postigos como un sonámbulo que llevara a cabo algún ritual oscuro.

Mientras rescataba toda opinión de fascinación, observé cómo pasaba por todas las habitaciones de la planta baja de la casa y desempeñaba sus funciones como un viejo sirviente. Luego subió una larga escalera y oí sus pasos cuando cruzaron el piso de arriba y caminaron de manera acompasada de un lado a otro de la casa. Era un vigilante nocturno que hacía sus rondas de acuerdo con un extraño plan. El sonido de sus movimientos se hizo cada vez más débil a medida que avanzaba hasta el siguiente piso y continuaba llevando a cabo los servicios que se le habían requerido. Escuché con mucha atención mientras seguía su recorrido sonámbulo hacia el desván, y cuando oí retumbar el portazo distante de una puerta al cerrarse supe que había entrado en la habitación de la torrecilla.

Absorto en el fenómeno de menor importancia que era la alteración súbita del comportamiento de Spare, por un momento había pasado por alto algo más relevante que ocurría en las ventanas. Pero ahora, no obstante, no podía ignorar aquellas láminas de vidrio fosforescentes que enfocaban o reflejaban el increíble resplandor del cielo aquella noche. Mientras repetía el recorrido de Spare por la planta baja, vi que todas las estancias refulgían con la luz supra-lunar que perfilaba el marco de cada ventana. Me detuve en la biblioteca, me acerqué a una de las ventanas y alargué la mano para tocar su superficie rugosa. Noté unas ondas que se movían en el cristal, como si de verdad hubiera una fuerza que fluyera de dentro, una extraña sensación de hormigueo que las yemas de mis dedos nunca serían capaces de olvidar. Pero fue el panorama más allá del cristal lo que captó mi atención.

Durante unos instantes tan solo miré el paisaje llano que rodeaba la casa, aquel campo abierto, desierto y descolorido bajo el cielo resplandeciente. Luego, de forma

muy discreta, empezaron a penetrar en las inmediaciones exteriores escenas o fragmentos de escenas diferentes, como si otros paisajes de la tierra estuvieran superpuestos sobre el actual, componiendo de ese modo un mosaico de imágenes que bien podrían haber sido un retablo imaginado de algún tapiz cósmico.

Las ventanas —que, a falta de un término más preciso, designaré como «encantadas»— habían hecho su función, puesto que las visiones que ofrecían eran en realidad las de un mundo embrujado, un mural multifacético que representaba la unión de la locura y la metafísica. Cuando las imágenes se clarificaron fui testigo de todas las intersecciones que comúnmente permanecen ocultas a la vista terrenal, la conjunción de los planos de una entidad que debería excluirse y no confundirse, así como la carne no debería mezclarse con los objetos inanimados que la rodean. Pero eso era precisamente lo que estaba ocurriendo en la escena que tenía ante mí, y parecía que no existía ningún lugar en la Tierra que no fuera el origen de una ontogenia espectral. Todo el mundo era un desfile de pesadillas…

Bazares soleados de ciudades exóticas, atestados de caras que son máscaras transparentes con rostros semejantes a los de los insectos; calles iluminadas por la luna en antiguas ciudades que albergan reptiles de extraños ojos en el interior de las mismas piedras; en las oscuras galerías de museos vacíos surge un moho fantasmal que refleja los tonos sombríos de las antiguas pinturas; la tierra a orillas de los océanos da origen a una nueva evolución que trasciende la biología y unas islas remotas se ofrecen como refugio para esas formas fantásticas sin analogía fuera de los sueños; junglas repletas de formas semejantes a bestias que se mueven junto a la empalagosa exuberancia, así como a través de su calidez pastosa; los desiertos son un hervidero de extraños sonidos que podrían entrar y animar el mundo de la sustancia; y en los paisajes subterráneos se levantan con esfuerzo generaciones cadavéricas que se habían hundido y se alzan ahora como esculturas de coral humano, cuerpos amontonados e incompletos, miembros que sobresalen sin orden, ojos dispersos que buscan en la oscuridad.

Mis propios ojos se cerraron de pronto, dejando fuera las visiones durante unos segundos. Y en aquel instante fui consciente una vez más del carácter estéril de la casa, de su «inocente atmósfera». Fue entonces cuando me di cuenta de que esta casa era posiblemente el único lugar de la Tierra, tal vez de todo el universo, que habían curado de la plaga de fantasmas que rugía por todas partes. Este logro, por inútil y retorcido que fuera, suscitó en mí una tremenda admiración, como inspiraría un monumento al terror y al ingenio desconsolado.

Y esa admiración se intensificó cuando seguí el camino que Spare me había preparado y subí una escalera trasera que daba al segundo piso. En esta planta, donde una estancia tras otra formaban un laberinto de puertas interconectadas que Spare había dejado abiertas, parecía haber una intensificación en el poder óptico de las

ventanas, que de este modo acentuaba la amenaza para la casa y sus habitantes. Lo que habían parecido, a través de las ventanas del piso de abajo, escenas en las que monstruosidades espectrales habían simplemente penetrado en la realidad ortodoxa, ahora se amplificaban hasta el punto donde la realidad sufría un eclipse que iba más allá: la otra dimensión se convertía en la dominante y se abría paso entre las máscaras, lo que se ocultaba tras las piedras esparcía su desarrollo enmohecido a voluntad, generaba apariciones con las propiedades e intenciones más febriles y erigía formaciones que ensombrecían todo orden conocido.

Cuando llegué al tercer piso, de algún modo estaba preparado para lo que allí me encontraría gracias a la elevada intensidad de las visiones a las que las ventanas estaban otorgando cada vez más poder y atención. Las ventanas se habían convertido en una enmarcada fantasmagoría de colores y formas revueltas y en constante cambio, profundidades y distancias astronómicas abiertas al ojo fascinado, transfiguraciones grotescas que sugerían un estado puramente sobrenatural, una cosmogonía sin sistema que giraba con el capricho de lo inmaterial. Y mientras me paseaba por aquellas habitaciones vacías, que brillaban de forma extraña en el último piso, era como si la misma casa hubiera sido transportada a otro universo.

No tengo idea de cuánto tiempo estuve cautivado por las caóticas fantasías que se imponían sobre los espacios de mi mente sin protección, pero al final este trance fue interrumpido por un alboroto que procedía de una habitación todavía más elevada, en la misma cumbre de la torrecilla y, así era, la cámara craneal de aquella bestia de muchos ojos que era esa casa. Al subir la escalera de caracol del desván descubrí que allí Spare también había abierto la ventana octogonal, que ahora parecía el ojo con mirada fija de algún dios, pues proyectaba un furor pirotécnico de colores y daba vida desenfrenada a las sombras. A través de este laberinto de ilusiones seguí la voz que tan solo era el eco vibrante de una voz, el homólogo en sonidos de las vistas arremolinadas a mi alrededor. Subí la última escalera hacia la puerta que daba a la torrecilla, mientras escuchaba las palabras resonantes que se oían al otro lado.

—Las sombras se mueven en las estrellas como se mueven dentro de mí, dentro de todas las cosas. Y su resplandor debe alcanzarlo todo, todos los sitios que están creados conforme la esencia de estas sombras y de nosotros mismos… Esta casa es una abominación, un vacío. No puede haber nada en contra… en contra…

Con cada repetición de esta última palabra parecía que estaba teniendo lugar una lucha, y la extraña voz retumbante se debilitaba a medida que la voz natural de Spare predominaba. Por fin, Spare parecía haber vuelto a asumir una total posesión de sí mismo. Luego hubo una pausa, un breve ínterin durante el que tuve en consideración varias estrategias dudosas, sin afán de abusar de ese momento de posibilidades desconocidas e insólitas. ¿Era tan solo el fin de la vida al que se enfrentaba el que permanecía en aquella habitación? ¿Podría la experiencia que había precedido la

desaparición del otro visionario, en las mismas circunstancias, valer tal vez el extraño precio que pedirían pagar? Ni las teorías ocultistas ni los misteriosos análisis servirían de nada para tomar mi decisión, así como tampoco, y con razón, las sensaciones de aquellos pocos segundos en que me quedé agarrando al picaporte de la puerta, esperando el impulso o el accidente que lo decidiera todo. Todo lo que existía por el momento era la certeza irreducible de la pesadilla.

Desde el otro lado de la puerta se oyó una risa débil y resonante, un sonido que se hizo más fuerte al acercarse el que se reía. Pero no me persuadió aquel sonido y no hice nada salvo agarrar el pomo de la puerta con mayor firmeza, mientras pensaba en las grandes sombras de las estrellas, en las extrañas visiones más allá de las ventanas, en una catástrofe infinita. Luego escuché un suave chirrido a mis pies, miré hacia abajo y vi unos cuantos rectangulitos que sobresalían por debajo de la puerta, abiertos en abanico como una mano de cartas. Lo único que hice fue agacharme y recoger uno de ellos, para mirar fijamente lleno de asombro infinito el misterioso símbolo que decoraba su superficie. Conté el resto y me di cuenta de que ninguno se había quedado pegado a las ventanas del interior de la habitación de la torrecilla.

Cuando pensé en el efecto que tendrían esas ventanas ahora que habían sido despojadas de los signos de protección y permanecían bajo el resplandor de la luz de las estrellas, llamé a Spare, aunque no estuviera seguro de si todavía existía su antiguo yo. Pero para entonces aquella risa ahogada se había detenido, y estoy seguro de que la última voz que oí era la de Raymond Spare; cuando empezó a gritar —«las ventanas», dijo, «me atraen hacia las estrellas y las sombras»— no pude evitar intentar entrar en la habitación. Pero ahora que el ímpetu para llevar a cabo esta acción había llegado, resultó ser inútil, tanto para Spare como para mí, pues la puerta estaba bien cerrada y su voz se debilitaba hasta convertirse en nada.

Ya puedo imaginarme cómo fueron aquellos últimos momentos entre todas las ventanas de la torrecilla, y las extrañas órdenes de existencia más allá de toda definición. Aquella noche, tales secretos fueron confiados solo a Spare; él, ya fuera por accidente o deliberadamente, estaba entre los elegidos. Tales misterios secretos, al menos en esta ocasión, no me iban a ser revelados. Sin embargo, parecía en ese momento que podía salvarse algún fragmento de esa experiencia, y pensé que conseguirlo era tan sencillo como abandonar la casa.

Mi intuición no se había equivocado, puesto que en cuanto me adentré en la noche y me volví para mirar hacia la casa vi que sus habitaciones ya no estaban vacías, ya no eran las estancias inmaculadas en las que había llorado aquella tarde. Tal y como había pensado, esas ventanas eran tanto para mirar dentro como fuera, y desde donde estaba veía todo el interior, que se había convertido en un edificio del que se habían apoderado las celebraciones de otro mundo. Permanecí allí hasta por la mañana, cuando un sol frío acabó con los fantasmas variopintos de la noche anterior.

Años más tarde tuve la oportunidad de volver a visitar la casa. Como esperaba, me encontré aquel lugar desierto y abandonado: los marcos de las ventanas estaban vacíos y no había ni rastro de los cristales por ningún sitio. En una ciudad cercana descubrí que, además, la casa había adquirido una mala reputación. Durante años nadie se había acercado a ella. Los habitantes del pueblo evitaron con prudencia los encantamientos del infierno y se ciñeron a sus pequeñas calles bordeadas de silenciosas casas antiguas y árboles que se movían suavemente. ¿Y qué más podrían hacer para tener cuidado? ¿Cómo iban a saber dónde estaban enclavadas en realidad sus casas? No pueden ver, ni siquiera desean ver, ese mundo de sombras con el que tratan en cada momento de sus breves e inocentes vidas. Pero a menudo, tal vez durante las horas ilusorias del crepúsculo, estoy seguro de que lo han percibido.

La escuela nocturna

El profesor Carniero daba clase otra vez.

Lo descubrí al volver del cine. Era tarde y pensé: ¿por qué no acortar por el recinto de la escuela? No estaba muy claro cuántos problemas me iba a ahorrar esa ruta alternativa, pero de repente tuve la sensación de que, si dejaba la calle por la que iba, que estaba bastante bien iluminada, y continuaba por el recinto de la escuela, que era oscuro y extenso, sí estaría tomando un atajo. Además, aquella noche hacía bastante frío, y cuando bajé la vista para mirar la parte delantera de mi abrigo me di cuenta de que el único botón que quedaba por abrochar se había descosido y no tardaría mucho en caerse. Así que tomar un atajo en aquella noche tan fría parecía una buena opción. De hecho, ni se me pasó por la cabeza cualquier otro plan.

Entré en el recinto de la escuela como si solo fuera un gran parque situado en medio de las calles de alrededor. Había árboles cerca y desde los límites de la zona no podía ver el colegio que se ocultaba detrás de ellos. «Mire aquí», casi oí que alguien me decía. Miré y vi que las ramas de arriba no tenían hojas; a través de la malla que entretejían se podía distinguir con claridad el cielo. Qué oscuro y brillante era al mismo tiempo. Brillante con una luna llena en lo alto que resplandecía entre las nubes desperdigadas, y oscuro por las sombras que se mezclaban con aquellas nubes, una masa de formas moteadas que fluía lentamente, una especie de emanación sucia de las oscuras alcantarillas del espacio.

Advertí que en una parte esas nubes caían hacia los árboles y se deslizaban hacia un estrecho riachuelo por la pared de la noche. Pero en realidad era humo, denso y sucio, lo que se elevaba hacia el cielo. Un poco más adelante, bien profundo en la zona de bosques frondosos de la escuela, vi las llamas espásticas de un pequeño fuego entre los árboles. Por el olor supuse que alguien estaba quemando basura. Luego vi un bidón metálico abollado del que salía humo y, detrás de la luz de la lumbre, las figuras que estaban de pie a su alrededor, que me vieron, así como yo a ellas.

—Se reanuda la clase —anunció uno—. Después de todo ha vuelto.

Sabía que eran otros de la escuela, pero sus caras no lo aseguraban a la luz titilante de la hoguera que los calentaba. Se los veía borrosos por el humo, untados con la olorosa basura que se quemaba en aquel oscuro bidón de metal, cuya superficie externa casi brillaba del calor y se descascarillaba por algunas partes.

—Mira —dijo otro miembro del grupo mientras señalaba hacia el recinto de la escuela.

Allí se encontraba la enorme silueta de un edificio, donde unas cuantas ventanas reflejaban una luz tenue entre los árboles. En el tejado, las sombras de unas chimeneas contrastaban con el tono pálido del cielo.

Se alzó un viento que silbaba fuerte a nuestro alrededor, lo que avivó las llamas que salían del deteriorado bidón metálico. Traté de gritar sobre la confusión de sonidos:

—¿Había deberes? —les pregunté.

Cuando repetí la pregunta, tan solo se encogieron de hombros. Los dejé inclinados alrededor del fuego, pues daba por supuesto que se marcharían. El viento amainó y oí que alguien pronunciaba la palabra «maníaco», pero me di cuenta de que no se dirigía a mí, y tampoco era para referirse a mí.

El profesor Carniero, en persona, era en mi opinión muy distraído. No había asistido a clase durante mucho tiempo debido a que una enfermedad (una grave aflicción, según lo que insinuó un compañero) había forzado su ausencia. Así que, para mí, lo único que quedaba era la imagen de un caballero delgado vestido con un traje oscuro, un señor con tez morena y una voz con un acento muy marcado.

—Es portugués —me comentó uno de los otros estudiantes—, pero ha vivido en casi todas partes.

Y recordé algo en concreto que siempre repetía aquella suave y profunda voz:

—Mire aquí —decía, normalmente mientras señalaba a alguno de nosotros que no había estado prestando atención a los diagramas que creaba sin cesar en la pizarra.

A algunos miembros de la clase nunca les tenía que llamar la atención a su manera. Era un grupito en particular que habían sido alumnos del profesor durante mucho tiempo, y que sin distracción examinaban las incesantes series de diagramas que dibujaba en la pizarra y que después borraba, solo para elaborarlos de nuevo un momento más tarde, con una ligera variación.

Aunque no puedo asegurar que esos diagramas a menudo complejos no estuvieran directamente relacionados con nuestros estudios, siempre había elementos superfluos en ellos que nunca me molestaba en transcribir en mis apuntes de la asignatura. Eran un despliegue de símbolos abstractos, con frecuencia figuras geométricas alteradas de alguna forma: diferentes polígonos con lados asimétricos, trapezoides cuyos lados no convergían, semicírculos con dobles o triples barras oblicuas al través y muchos más ejemplos de anotación científica deforme o viciada. Estos signos parecían primitivos en esencia, más bien pertinentes a la magia que a las matemáticas. El profesor los dibujaba con mucha soltura sobre la pizarra, como si fueran las palabras de su lenguaje natural. En la mayoría de los casos rodeaban el perímetro de un diagrama totalmente técnico, y a veces parecía que transformaban su sentido. Una vez un alumno le preguntó por aquel adorno aparentemente superfluo de los diagramas. ¿Por qué nos sometía el profesor Carniero a esos símbolos desconcertantes?

—Porque —contestó— un auténtico profesor tiene que compartirlo todo.

Mientras avanzaba por los terrenos de la escuela percibí que habían cambiado determinadas cosas desde la última vez que estuve allí. Los árboles eran de algún

modo distintos, incluso a la débil luz de la luna que brillaba a través de sus ramas desnudas. Eran mucho más delgados que como los recordaba, escuálidos y retorcidos como huesos rotos que nunca se han curado como es debido. Su corteza parecía estar pelándose en capas blandas, porque no fueron solo hojas caídas lo que me encontré mientras caminaba hacia el edificio del colegio, sino también algo parecido a trapos oscuros, tiras de material descompuesto. Incluso las nubes sobre las que la luna proyectaba su resplandor eran finas o estaban corrompidas, deshechas por algún proceso de degeneración en la atmósfera más elevada del recinto de la escuela. También había un olor a corrupción, una fragancia encantadora —como el de la putrefacción del mantillo en otoño o en los primeros días de primavera— que pensé que salía de la tierra mientras yo perturbaba los restos extraños esparcidos encima. Pero noté que aquel aroma se hacía cada vez más acre conforme me acercaba a la luz amarillenta de la escuela, y cada vez más fuerte, hasta que llegué al mismo edificio.

Era una construcción de cuatro plantas y costrosos ladrillos oscuros que habían unido de cualquier modo en otra era, una época tan diferente que podría pensarse que pertenecía a una historia completamente ajena, una compuesta solo de noches bien avanzadas, una historia fuera de horas. Cuánto costaba creer que aquel lugar se había construido de la manera habitual. Era mucho más fácil dar crédito a leyendas fantásticas, como que había sido erigido por un consorte de demonios durante la noche perpetua de su pasado, y que sus materiales fueron arrebatados de otras obras arquitectónicas, todas ya deterioradas: fábricas en ruinas, prisiones derrumbadas, orfanatos abandonados o mausoleos en desuso. La escuela era de hecho una especie de raro brote en un vertedero, una flor del cementerio o de un pozo negro. Allí estaba el profesor Carniero, que había dado la vuelta al mundo, dando clase.

En las primeras plantas del edificio estaban encendidas unas cuantas luces, débiles como velas parpadeantes. El piso más alto estaba a oscuras, y me di cuenta de que muchas de las ventanas estaban rotas. Sin embargo, había suficiente luz para guiarme dentro de la escuela, aunque apenas se podía ver el final del pasillo principal, cuyas paredes parecían estar cubiertas con algo que emanaba el mismo olor que inundaba la noche fuera de la escuela. Sin tocar aquellas paredes, las utilicé para orientarme por el colegio, siguiendo muchos de los pasillos mayores y menores que atravesaban el edificio. A ambos lados pasaba de largo un aula tras otra, plenas de oscuridad o cerradas por unas grandes puertas de madera cuyas bastas superficies estaban peladas y repletas de agujeros. Al final encontré una clase donde la luz estaba encendida, aunque no brillaba más que la escasa iluminación del pasillo.

Cuando entré en el aula me di cuenta de que solo funcionaban algunas luces, lo que dejaba ciertas zonas en la oscuridad mientras otras estaban embadurnadas con el tipo de brillo grasiento característico de los viejos cuadros pintados al óleo. Aquí y allá había sentados algunos alumnos en los pupitres, alejados los unos de los otros y

en silencio. La clase no estaba al completo ni mucho menos, y tampoco había profesor en el atril. La pizarra no mostraba nuevos diagramas, tan solo los vestigios borrosos de sesiones anteriores.

Me senté en un pupitre cerca de la puerta, sin mirar a ninguno de los otros alumnos, pues ninguno me miraba a mí. De uno de los bolsillos de mi abrigo saqué el cabo de un lápiz, pero no pude encontrar nada donde tomar apuntes. Sin hacer gestos bruscos, inspeccioné el aula para ver si encontraba algún trozo de papel. Las zonas visibles de la clase mostraban diferentes tipos de escombros que no me ofrecían nada que me permitiera transcribir las complejas instrucciones y los diagramas que la asignatura requería. No estaba dispuesto a hacer una búsqueda física en las estanterías de la pared que había junto a mí, porque eran muy profundas y de ellas emanaba la misma fragancia embriagadora de descomposición.

A dos filas a mi derecha estaba sentado un hombre con unos cuantos cuadernos gruesos amontonados sobre el escritorio. Tenía las manos apoyadas encima y los ojos detrás de sus gafas estaban fijos en el atril vacío, o a lo mejor en la pizarra que había detrás. El espacio entre las filas de pupitres era muy estrecho, así que pude apoyarme sobre el escritorio libre que nos separaba y hablar con aquel hombre que parecía tener un excedente de papel en el que se podía tomar apuntes, transcribir diagramas y, en resumen, hacer cualquier garabato que el profesor de la clase nos pidiera.

—Perdone —susurré a la figura de mirada fija.

Con un movimiento repentino, volvió la cabeza hacia mí. Recordaba su tez picada de viruela, que obviamente había empeorado desde la última vez que nos vimos, y los ojos bizcos detrás de aquellas gruesas lentes.

—¿Me podría prestar un poco de papel? —le pedí, y no sé por qué me sorprendí cuando movió la cabeza hacia sus cuadernos y empezó a hojear las páginas del que estaba encima de todos.

Mientras hacía esto, le expliqué que no me había preparado, que solo hacía un rato me había enterado de que se habían reanudado aquellas clases. Todo aquello ocurrió por pura casualidad. Volvía a casa del cine y decidí atajar por el recinto de la escuela.

Cuando acabé de explicarle mi situación, mi compañero estaba buscando en el último cuaderno, cuyas páginas estaban repletas de anotaciones y diagramas como los demás. Observé que sus apuntes eran distintos de aquellos que yo había tomado en las clases del profesor Carniero; eran mucho más minuciosos y detallados en las transcripciones de aquellas extrañas figuras geométricas que yo consideraba meras intrusiones decorativas en los diagramas del profesor. Las páginas de los cuadernos de algunos de los otros alumnos estaban totalmente dedicadas a interpretar esas cifras y símbolos, hasta la exclusión de los mismos diagramas.

—Lo siento —contestó—, al parecer no puedo prestarle ningún trozo de papel.

—Bueno, ¿podría decirme si había deberes?

—Es muy posible, nunca se sabe con este profesor. Es portugués, ya sabe, pero ha estado en muchos sitios y sabe de todo. Creo que está loco. El tipo de cosas que enseña le podría traer problemas en algún sitio, y es probable que ya le haya pasado. No es que le preocúpelo que les ocurra a él o a otros, quiero decir, a aquellos en los que influye, y en algunos más que en otros. Las cosas que nos dice, las lecciones de medición de las fuerzas cloacales, el tiempo como una corriente de aguas residuales, el excremento del espacio, la escatología de la creación, el vacío de uno mismo, la mugrienta integración completa de las cosas y el producto nocturno, como él lo llama, que cubre los estanques de la noche…

—Me temo que no recuerdo esos conceptos —lo interrumpí.

—Eras nuevo en la clase. A decir verdad, no parecía que prestaras mucha atención, pero dentro de poco pasará por ti y te dirá que mires allí —dijo mientras señalaba a la pizarra—. ¿Recuerdas eso, no? El profesor era muy cautivador y siempre estaba preparado para todo.

—Pensaba que se había recuperado de la enfermedad que causó su ausencia, que había vuelto a dar clase.

—Ah, sí, ha vuelto. Siempre está preparado, pero ha debido de hacer enemigos en algún lugar. ¿Sabías que la clase ahora se da en otra parte de la escuela? No sabría decirte dónde, puesto que no he estado con el profesor Carniero desde el mismo tiempo que los otros. La verdad es que no me importa dónde se imparta. ¿Es que no nos basta ya con permanecer aquí, en esta aula?

No tenía ni idea de cómo contestar a aquella pregunta y apenas entendía nada de lo que aquel hombre había tratado de explicarme. Parecía claro, o al menos muy posible, que la clase se hubiera trasladado a otra parte de la escuela, pero no tenía ningún motivo para pensar que el resto de los alumnos sentados en otros sitios del aula me ayudaran más que el que ahora había apartado su cara con gafas de mí. Allí donde fuera que se impartiera la clase, todavía necesitaba papel para tomar apuntes, transcribir los diagramas, etcétera; y no podría conseguirlo si me quedaba en aquella aula donde todos y todo estaba degenerando en la oscuridad de alrededor.

Durante un rato deambulé por los pasillos de la planta baja de la escuela, manteniéndome alejado de las paredes, que por cierto se hacían más densas con una oscura sustancia, una savia olorosa con la fuerza embriagadora de cientos de otoños mudables o el suelo derretido de la primavera. Aquella cosa recorría de arriba abajo las paredes, goteaba y amortiguaba la ya débil luz de los pasillos.

Empecé a oír voces resonantes que provenían de alguna parte distante de la escuela que nunca antes había visitado. No podía descifrar las palabras, pero sonaban como si las repitiera en una sucesión más o menos constante de gritos ahogados que retumbaban por los pasillos. Los seguí y en el camino me encontré con alguien que

caminaba despacio en dirección contraria. Estaba vestido con ropas sucias de trabajo y casi armonizaba con las sombras, tan abundantes aquella noche en la escuela. Lo detuve antes de que pasara por mi lado arrastrando los pies. Se giraron hacia mí indiferentes un par de ojos amarillentos en un rostro delgado y una tez tosca e irregular. El hombre se rascó la parte izquierda de la frente y se le cayeron algunos trozos de piel seca.

—¿Me podría decir dónde imparte clase el profesor Carniero esta noche? —le pregunté.

Se me quedó mirando durante unos instantes y apuntó con un dedo al techo.

—Arriba —contestó.

—¿En qué piso?

—En el último —respondió, como si estuviera un poco sorprendido por mi ignorancia.

—Hay muchas aulas en esa planta —comenté.

—Y todas son suyas, no se puede hacer nada al respecto, pero tengo que mantener el resto en buenas condiciones. No sé cómo lo voy a hacer con él ahí arriba. —El hombre se quedó mirando las paredes manchadas y dejó escapar una risa jadeante—. No hace más que empeorar. Llegará hasta usted si sube más arriba. Escuche. ¿Oye a los demás? —Después gruñó indignado y retomó su camino. Pero antes de que desapareciera de mi vista miró por encima del hombro y me gritó—: Hay otro al que podría ver. Uno nuevo. Solo para que lo sepa.

Pero a aquellas alturas tenía la sensación de que cualquier conocimiento que acumulara, concerniera o no al profesor Carniero y sus clases nocturnas, me lo estaban arrebatando pedazo a pedazo. El hombre vestido con ropa sucia de trabajo me había indicado el camino hacia el último piso, no obstante recordaba que no había visto ninguna luz encendida en aquella planta cuando me acerqué al edificio. Lo único que parecía ocupar aquel piso era una oscuridad pura, una oscuridad mucho más grande que la de la noche, una oscuridad consolidada, cuajada con su propio destino.

«El producto nocturno», oí que me recordaba la apagada voz del alumno con gafas, «que cubre los estanques de la noche».

¿Qué sabía yo de la escuela? No había asistido desde hacía mucho tiempo, al parecer no lo bastante. Me sentía como un extraño entre mis compañeros, sobre todo porque se mostraban divididos en categorías, como si se tratara de los grados de iniciación de una sociedad secreta. No conocía el temario de la manera en que los otros parecían dominarlo, ni la perspectiva desde la que el profesor quería que lo aprendiéramos. Todavía no me había tocado el turno para que el profesor Carniero me ordenara mirar los jeroglíficos de la pizarra y los comprendiera del todo, por lo que aún no entendía las doctrinas de un programa realmente séptico, la ciencia de una

patología espectral, filosofía de una enfermedad absoluta, la metafísica de cosas que caen en una desintegración común o se elevan, confluyen en su oscura putrefacción. Sobre todo no conocía al profesor: los lugares en los que había estado, las cosas que había visto y hecho, las experiencias que había vivido, las leyes que había ignorado, los problemas que había causado, los enemigos que había hecho. La suerte que había corrido, con mucho gusto, sobre sí mismo y los demás. Y por supuesto no sabía nada del «nuevo», sobre el que me había advertido el hombre vestido con ropa de trabajo sucia, que también debía de ser un profesor, en cierto modo, el profesor del profesor… y su enemigo complaciente.

Estaba cerca de las escaleras que subían a los pisos superiores de la escuela. Las voces se oían cada vez más fuertes, aunque no más claras, conforme me iba acercando al hueco de la escalera. Los primeros peldaños parecían muy largos y empinados, y apenas podía verlos con aquella débil luz del pasillo. El rellano al final de la escalera casi era imperceptible por la escasa iluminación y por los efluvios irreflexivos que allí bajaban, incluso de manera más densa, por las paredes. No obstante, no parecía poseer una auténtica sustancia, no era una superficie pegajosa ni tenía una textura viscosa como se podría suponer, tan solo una especie de densidad como un humo pesado, un vapor mugriento que procedía de una fuente humeante de corrupción expansiva.

La acompañaba la fragancia de la podredumbre, así como su aspecto, solo que resultaba más fuerte junto con el aroma nostálgico de la descomposición del otoño o el feculento olor a almizcle del deshielo de primavera.

Cuando llegué al primer descansillo de las escaleras, casi pasé por alto una figura que permanecía inmóvil en un rincón. Sin duda ese era el recién llegado a la escuela cuya presencia me habían pronosticado. Iba casi desnudo y su piel era oscura, de una oscuridad excrementicia, que armonizaba con las sombras del hueco de la escalera. Tenía la cara curtida y surcada de arrugas, increíblemente vieja; el pelo que la rodeaba era greñudo y de él colgaban objetos que parecían dientes y huesos diminutos, atados con largos mechones de pelo que sonaban en la oscuridad. Alrededor del cuello de aquella persona había una cuerda o una correa delgada ensartada de pequeños cráneos, garras descuartizadas y cuerpos enteros atrofiados de criaturas cuyo nombre desconocía. Aunque permanecí durante un rato bastante cerca del antiguo salvaje, no se dio cuenta de que yo estaba allí. Sus grandes ojos feroces tenían la mirada clavada en la parte superior, en las alturas del hueco de la escalera. Sus delgados labios pelados estaban repletos de un lenguaje silencioso y pronunciaban palabras que sonaban pero que yo no podía entender, así que me aparté de él.

Subí otro tramo de escaleras, que ascendía en dirección opuesta al primero, y llegué hasta el segundo piso. Cada una de las cuatro plantas de la escuela tenía dos

tramos de escaleras con un estrecho descansillo entre ambos. La segunda planta no estaba tan bien iluminada como la de abajo, y las paredes se encontraban en un estado incluso peor: la superficie estaba completamente oscurecida por la negrura humeante que se filtraba desde arriba, la tiniebla tan ricamente olorosa, con los despojos de los mundos en decadencia o tal vez el oscuro abono orgánico de los que estaba a punto de nacer, la gran putrefacción en la que se basan todas las cosas, el fundamento de una enfermedad desenfrenada.

En las escaleras que llevaban al tercer piso vi al primero, un joven sentado en los peldaños inferiores que había sido uno de los alumnos más aplicados del profesor. Estaba absorto en sus pensamientos y no me vio hasta que le hablé.

—¿Y la clase? —le pregunté, enfatizando cada una de las palabras.

Se me quedó mirando con calma.

—El profesor sufre una enfermedad, una grave enfermedad —fue todo lo que dijo. Después volvió a abstraerse y no respondió.

Había otros colocados de forma parecida en los escalones superiores, o en cuclillas en el rellano. Todavía retumbaban aquellas voces por el hueco de la escalera, voces que repetían una frase indistinta al unísono. Pero no pertenecían a ninguno de aquellos estudiantes que estaban sentados en silencio, embelesados entre los escombros de las páginas, arrancadas de sus voluminosos cuadernos. Había por todas partes trozos de papel con extraños símbolos dibujados, como hojas de árboles caídas que crujían a mi paso, mientras recorría los peldaños que conducían al último piso de la escuela.

Las paredes del hueco de la escalera estaban abotargadas por una oscuridad que ahora tenía el mismo aspecto que la peste, con pústulas, costras y un hedor horrible. Estaba alcanzando los límites del piso, donde se acumulaba y arremolinaba como una niebla negra. Gracias tan solo a la luz de la luna, que resplandecía a través de una ventana del pasillo, pude ver algo de la tercera planta. Me detuve allí, puesto que las escaleras que subían al cuarto piso estaban completamente a oscuras. Solo se apreciaban unas caras que se alzaron hasta quedar iluminadas por la luz de la luna. Una de ellos me estaba mirando, y sin venir a cuento dijo:

—El profesor sufre una terrible enfermedad, pero ha vuelto a dar clase. Puede padecer cualquier cosa y no evitar a los enemigos. Ha estado en todos sitios y ahora está en uno nuevo donde nunca había estado antes.

Aquella voz se detuvo y el intervalo se llenó con las numerosas voces que llamaban y gritaban desde la total oscuridad que prevalecía sobre las alturas del hueco de la escalera, que enterraba todo lo demás como la tierra bien prensada sobre una tumba.

Luego la voz en solitario dijo:

—El profesor murió de noche, ¿sabe? Está con la noche. ¿Oye las voces? Están

con él. Todos están con él y él está con la noche. La noche se ha extendido por su interior y la enfermedad de la noche ha propagado su oscuridad. Él, que había estado en todos sitios, puede ir a cualquier lugar con la enfermedad de la noche que se propaga. Escuche. El portugués nos llama.

Escuché y al final las voces se hicieron más claras. «Mire aquí», decían, «mire aquí».

La niebla de la oscuridad se había desplegado ante mí bajo mis pies, crecía a mi alrededor y se elevaba. Durante un rato no pude moverme ni hablar, ni siquiera formular pensamientos. En mi interior, todo se estaba volviendo oscuro. Me estaba controlando y aquellas voces me decían «mire aquí, mire aquí», y empecé a mirar. Pero estaba soportando algo que nunca podría soportar, que no estaba preparado para soportar. La oscuridad que se agitaba dentro de mí no podía llegar a su fin, no podía quedarme en aquel lugar ni mirar donde las voces me habían ordenado.

Entonces la oscuridad dejó de estar en mi interior y ya no estuve dentro de la escuela, sino fuera, casi como si me hubiera despertado allí de repente. Sin mirar atrás, volví sobre mis pasos a través del recinto de la escuela y me olvidé del atajo que había querido tomar aquella noche. Pasé por delante de aquellos estudiantes que estaban alrededor de la hoguera que ardía en el viejo bidón de metal. Estaban alimentando las brillantes llamas con las hojas de sus cuadernos, páginas garabateadas hasta la negrura con todos aquellos diagramas y signos extraños. Uno de los del grupo me llamó.

—¿Ha visto al portugués? —gritó uno sobre el ruido de la fogata y el viento.

—¿Sabe si hay deberes? —gritó otra voz, y luego oí cómo se reían entre ellos mientras volvía a las calles que había dejado al entrar en el recinto de la escuela.

Me moví con tanta prisa que el botón suelto de mi abrigo se acabó cayendo antes de que llegara a la calle, fuera del colegio.

Mientras caminaba bajo las farolas, cerré la parte delantera de mi abrigo con las manos y traté de mantener la mirada sobre la acera que tenía ante mí. Pero podía haber oído una voz que me pidiera «mire aquí», porque de hecho miré, aunque tan solo fuera un instante. Luego alcé la vista hacia el cielo y vi que no estaba nublado y que la luna llena brillaba en el oscuro estanque del espacio. Relucía brillante y borrosa, como si estuviera cubierta por un moho luminoso que flotara como una lámpara en las grandes alcantarillas de la noche.

El glamour

Hacía ya mucho tiempo que tenía por costumbre pasear a altas horas de la noche y a menudo me gustaba ir a ver películas tarde, pero ocurrió algo más la noche que fui a aquel cine situado en una zona de la ciudad que nunca había visitado. Una nueva tendencia, afición o disposición pareció guiarme hasta allí. Era difícil determinar el estado de ánimo que me dominaba, porque tenía la sensación de que pertenecía tanto a mi entorno como a mí mismo. Conforme me iba adentrando en aquella parte de la ciudad en la que nunca había estado, mi atención se centraba en un aspecto en particular de las cosas, un aura fina de fantasía que irradiaban las vistas, los lugares y los objetos más comunes, que se presentaban tanto engañosos como iluminados cuando se proyectaban en mi visión.

A pesar de lo tarde que era, los escaparates de las tiendas de aquella parte de la ciudad tenían las luces encendidas. A lo largo de una avenida en particular, la noche sin estrellas estaba barnizada con esas luces, esos diamantes de vidrio colocados dentro de viejos edificios de ladrillo oscuro. Me detuve delante del escaparate de la tienda de juguetes y me quedé embelesado ante un retablo caótico de emoción absurda. Los ojos se me fueron detrás de muchas cosas a la vez: el condenado numerito de los monos mecanizados que tocaban unos diminutos platillos o daban vueltas sin control; las piruetas predestinadas de la bailarina de una caja de música; y el grotesco balanceo de un nuevo salto del muñeco que sale de una caja de sorpresas. El interior de la tienda era como la falda de un árbol de navidad, estaba abarrotado de mercancía que se perdía en un fondo que parecía ensombrecido y vacío. Un anciano de calva lisa y cejas angulares se acercó al escaparate principal y empezó a dar cuerda a algunos de los juguetes para mantenerlos en una incesante rotación. Mientras desempeñaba esta tarea, de pronto alzó la vista y me miró inexpresivo.

Continué paseando por aquella calle, donde otros escaparates enmarcaban otros pequeños mundos extrañamente pintorescos e iluminados con matices soñadores en la raída oscuridad de aquella parte de la ciudad. Uno de ellos era el de una pastelería cuya vitrina era una galería de glaseados esculpidos, un paisaje invernal de blancura arremolinada y amontonada, de rosetones nevados y capas de oropel helado. En el centro del reino glacial había un par de personas en miniatura congeladas encima de una tarta nupcial de muchos pisos. Pero más allá de la brillante escena ártica, solo vi la intensa oscuridad de un establecimiento con un horario corto. Mientras miraba desde fuera otro escaparate cercano, no pude asegurarme de si el local estaba abierto o no. Había algunas figuras colocadas aquí y allá dentro de una iluminación débil que recordaba a una fotografía antigua, aunque parecía que eran seres del mismo tipo que los muñecos del escaparate de esa tienda, que por lo visto traficaban con estilos anticuados de ropa. Incluso las caras de los maniquíes, con la luz brillante que caía

sobre ellos, tenían la expresión plácidamente enigmática de otra época.

Pero en realidad había unos cuantos sitios abiertos a aquellas horas de la noche y en aquella parte de la ciudad, aunque apenas pareciera haber clientes potenciales en esa calle en particular. No vi que nadie entrara o saliera de alguna de todas aquellas puertas que había a lo largo de la acera; un toldo de lona que algún propietario se había olvidado de enrollar por la noche se agitaba con el viento. No obstante, sentí cierta vitalidad a mi alrededor y percibí la clase de intensa expectación que experimenta un niño en una feria, donde cada espeluznante atracción incita a especulaciones fantásticas, al tiempo que surgen deseos inesperados hacia algo sin características específicas en la imaginación, pero que sin embargo parece estar a unos pocos pasos de distancia. Por lo tanto, mi estado de ánimo no me había abandonado, es más, se hacía más fuerte, como un impulso posesivo sin propósito.

Entonces vi la marquesina de un cine, algo que podía haber pasado de largo con facilidad, pues las letras del nombre del local estaban rotas y eran muy difíciles de leer, mientras que el título de la película estaba también dañado, como si le hubieran lanzado piedras, una sucesión de intentos de borrar las palabras que al final pude descifrar. El filme anunciado aquella noche se llamaba *El glamour*.

Cuando llegué a la fachada del cine, me encontré con que la hilera de puertas que formaba la entrada había sido tapiada con tablones colocados en diagonal y sobre los que había letreros que avisaban de que el edificio había sido declarado ruinoso. Al parecer aquel acto se había llevado a cabo hacía algún tiempo, a juzgar por el estado desgastado de los tablones que obstaculizaban mi camino y el aspecto anticuado de los letreros colocados sobre ellos. De todos modos, la marquesina todavía estaba iluminada, aunque bastante mal, por lo que no me sorprendió ver una señal de doble cara apoyada sobre la acera, un tablón que pasaba inadvertido y en el que se podía leer: «Entrada al cine». Debajo de estas palabras había una flecha que apuntaba hacia el callejón que separaba el cine de los edificios restantes de la manzana. Al asomarme por esa oscura abertura, ese hueco en la otra fachada firme de aquella calle en concreto, tan solo vi un pasillo largo y estrecho iluminado por una única luz colocada al final, que brillaba con un extraño tono púrpura, como el de un corazón al descubierto, y que al parecer estaba sobre la puerta que daba al cine. Hacía ya mucho tiempo que tenía por costumbre ir a ver películas a altas horas de la noche, me recordé. Pero fueran cuales fueran las reservas que sintiera en ese momento, las superé con facilidad al aparecer de nuevo el estado de ánimo que experimentaba aquella noche en una parte de la ciudad que no había visitado nunca.

La iluminación púrpura marcaba en realidad el camino hacia el cine y proyectaba una especie de luz arterial sobre la puerta que repetía la palabra «entrada». Di unos pasos hacia el interior y entré por un pasillo estrecho donde las paredes irradiaban un color rosa intenso, muy parecido al tono del foco del callejón, pero que me recordaba

más a un cerebro sanguinolento que a un corazón palpitante. Al final del pasillo me vi reflejado en la taquilla de venta de entradas, y al acercarme me di cuenta de que las paredes que tenía tan cerca estaban cubiertas de arriba abajo con lo que parecían ser telarañas. Estas telarañas también estaban esparcidas por la alfombra que llevaba hasta la taquilla, unos delicados velos que no se desperdigaban al pasar por encima, como si estuvieran bien sujetos a la fibra plana y gastada de la alfombra o salieran de ella como los pelos de un cuerpo una vez muerto.

No había nadie en la taquilla, nadie que pudiera ver en aquel pequeño espacio de oscuridad más allá del borroso cristal púrpura en el que me reflejaba. No obstante, sobresalía una entrada por la ranura bajo el corte transversal del semicírculo al final de la ventanilla, que asomaba como una lengua de papel. Había unos pelos a su lado.

—La entrada es gratuita —dijo un hombre que estaba en la puerta junto a la taquilla.

Iba bien vestido y arreglado, pero tenía la cara hecha un desastre, hirsuta en todas sus curvas. Su tono fue cortés, incluso pasivo, cuando dijo:

—El cine tiene un nuevo propietario.

—¿Es usted el gerente? —pregunté.

—Yo solo me dirigía al servicio.

Sin hacer ningún otro comentario se alejó hacia la oscuridad del cine. Durante un rato algo flotó en el espacio vacío que dejó en la entrada, una nube de filamentos como polvo que se esparcieron o se asentaron antes de que los alcanzara. Y en aquellos primeros y escasos segundos en los que permanecí dentro, lo único que vi fue la palabra «Lavabos» que brillaba sobre una puerta que se cerraba lentamente.

Me moví con cautela hasta que mi vista se acostumbró a la oscuridad y me permitió encontrar una puerta que diera al auditorio, pero una vez en el interior, mientras permanecía en la cumbre de un pasillo en declive, toda orientación previa a mi entorno sufrió un contratiempo. La habitación estaba iluminada por una araña trabajada y colocada en el centro, muy por encima del suelo, así como por unos apliques situados a lo largo de las paredes laterales. No me sorprendió la luz tenue del lugar, ni tampoco su color, que parecía teñir las sombras de un tono ligeramente sanguinolento, un horrible y repugnante matiz que bien podría presenciarse en una sala de operaciones donde hubiera un torso abierto sobre una mesa, con las entrañas expuestas, una paleta de rosas, rojos y púrpuras… Unas vísceras enfermas que imitaban todos los colores de una puesta de sol.

Sin embargo, seguía haciéndoseme difícil percibir la sala de cine, no por la extraña iluminación sino por otro motivo. Mientras que no tuve ningún problema en registrar mentalmente los elementos que me rodeaban —los pasillos separados y las filas de asientos, la pantalla con el telón recogido a ambos lados, la destacada araña y los apliques de las paredes—, parecía imposible identificar aquellas características

con su aspecto. No vi nada que no haya descrito ya, mas no obstante… Las butacas inclinadas hacia delante eran al mismo tiempo hileras de lápidas de un cementerio; los pasillos eran pasos de suciedad infinita, largos y desolados corredores de un viejo manicomio o pasajes empapados de una alcantarilla que se estrecha en la distancia; la blanca pantalla de cine era una ventana cubierta de polvo en un sótano abandonado, un espejo ya picado por la edad en una casa olvidada; la araña y las lámparas más pequeñas eran las facetas de los cristales opacos incrustados en las pegajosas paredes de una caverna desconocida. En otras palabras, este cine era tan solo una imagen virtual, un velo sobre un complejo collage de otros sitios, de los cuales todos compartían determinadas características que se proyectaban en mi visión, como si las cosas que percibía estuvieran poseídas por algo que no pudiera ver.

Pero mientras me entretenía en la sala, sentado en una butaca mientras miraba hacia la pared del fondo, me di cuenta de que incluso en las claras apariencias se daba un fenómeno peculiar que no había observado antes, o que al menos todavía no había percibido en toda su extensión. Me refiero a las telarañas.

Cuando entré al cine las vi adheridas a la alfombra y a las paredes, pero ahora me daba cuenta de lo mucho que formaban parte de aquel lugar y de cómo había confundido la naturaleza de esas largas y blanquecinas hebras. Incluso bajo la luz purpúrea y confusa, pude distinguir que habían penetrado en la tela de los asientos del cine, y de ese modo alteraban lo más profundo del tejido y lo dotaban de un leve movimiento, como la lenta voluta de humo ligero. Parecía que ocurría lo mismo con la pantalla, que bien podría haber sido una telaraña rectangular, bien tejida, que se movía ligeramente y vibraba con el roce de una fuerza invisible. Pensé que tal vez este serpenteo sutil y dominante en el interior de la sala pudiera aclarar la tendencia de estos elementos a sugerir otras cosas y otros sitios absolutamente distintos a un simple cine, un proceso paralelo al de las imágenes en constante cambio que forman las nubes densas. Todas las texturas de la sala parecían afectadas de forma similar, sin control sobre su propia naturaleza, pero no podía ver con claridad allí en lo alto, donde llegaba la araña. Incluso algunas de las otras cosas del auditorio, que eran pequeñas y estaban bien esparcidas por la sala, eran prácticamente invisibles a mis ojos.

Además, debía de haber algo en mi estado de ánimo aquella noche, dada mi estancia en una parte de la ciudad en la que nunca había estado, que influía en lo que era capaz de ver. Y ese estado de ánimo había continuado creciendo desde que había puesto por primera vez el pie en el cine y, por supuesto, desde el momento en que me había fijado en la marquesina que anunciaba una película llamada *El glamour*. Al encontrar sitio entre la silenciosa y expectante audiencia del cine, comencé a sufrir una exacerbación de este estado de ánimo. En especial, sentí una mayor proximidad a ese punto que resumía mi estado aquella noche, una cercanía estremecedora con algo

que literalmente estaba detrás del escenario. Cada vez era más indiferente a todo excepto a la consumación o el final de esta aventura lamentable y a la vez encantadora. Las consecuencias eran siempre difíciles de considerar desde mi perspectiva contaminada.

Por lo tanto, no vacilé cuando de repente noté tan cerca ese foco en mi estado de ánimo, como si estuviera en el asiento que tenía el lado. Estaba segurísimo de que aquella butaca estaba vacía cuando elegí la mía, de que todos los asientos de las filas que me rodeaban estaban libres. Sin embargo, como cuando una repentina sensación de frío anuncia mal tiempo, ahora sin duda notaba una presencia detrás de mí, una especie de fuerza que se apretaba contra mí e infundía una gran euforia oscura. Pero cuando miré a mi alrededor, no muy rápido pero sí con decisión, no vi a nadie sentado, ni detrás de mí ni en ninguno otro asiento entre la pared del fondo de la sala y yo. Continué mirando aquella butaca vacía porque la sensación que tenía de una presencia viva no había disminuido. Y mientras mantenía la vista fija, me di cuenta de que la tela del asiento, las cinchas interiores de fibra retorcida, habían formado un dibujo que parecía una cara, el rostro de una mujer mayor llena de maldad que flotaba en medio de una mata de pelo revuelto. Era el retrato mismo de una atrocidad, una imagen sonriente ávida de lugares y ceremonias donde reinaba el caos, formado por aquellos cabellos cosidos entre sí.

Todas las telarañas fibrosas y retorcidas del cine, como acababa de descubrir, eran los zarcillos extendidos de una vasta malla de pelo. Y ante aquella revelación, el estado de ánimo que me invadía esa noche, que me había llevado hasta una parte de la ciudad en la que no había estado nunca y hasta aquel cine, solo se hizo más expansivo y definido, mientras asimilaba imágenes de cementerios y callejones, hediondas alcantarillas y espantosos pasillos de locura, así como la visión instantánea de un cine antiguo que en aquel momento, como me habían dicho, tenía nuevo propietario. Pero mi estado de ánimo de pronto se desvaneció, así como el rostro de la tela del asiento, cuando me habló una voz.

—Tiene que haberla visto, por la cara que pone —dijo un hombre sentado una butaca más allá.

No era la misma persona con la que me había encontrado antes: la cara de este era casi normal, aunque su traje estaba lleno de pelo que no era suyo.

—¿Así que la ha visto? —preguntó.

—No estoy seguro de lo que he visto —contesté.

Parecía que iba a estallar en una risa tonta, le temblaba la voz al borde de una histeria jubilosa.

—Estaría segurísimo si hubiera sido un encuentro íntimo, ya le digo.

—Estaba ocurriendo algo, y entonces usted se sentó.

—Perdone —se disculpó—. ¿Sabía que el cine tiene un nuevo propietario?

—No me he fijado en cuáles eran los horarios de proyección.

—¿Qué horarios?

—Los de proyección de la película.

—Ah, no hay película. No es nada de eso.

—Pero tiene que haber… algo —insistí.

—Sí, hay algo —contestó con impaciencia, mientras se acariciaba con los dedos la mejilla.

—¿Qué es exactamente? Y esas telarañas…

Pero las luces se fueron apagando hasta quedarnos a oscuras.

—Silencio —susurró—, está a punto de empezar.

La pantalla que teníamos delante brillaba con un color púrpura claro en contraste con la oscuridad, aunque no oí el sonido del proyector de la película, ni tampoco había ruidos relacionados con las imágenes que empezaban a tomar forma en la pantalla, como si se enfocara una lente sobre un mundo microscópico; de algún modo podía haber sido como un gran portaobjetos que proyectara a gran escala un paisaje de organismos que normalmente están ocultos a nuestra vista. Pero conforme estas visiones se fusionaban y se hacían cada vez más claras, me di cuenta de que eran algo que ya había visto, o para ser más exactos, que había sentido, en aquel cine. Las imágenes fueron apareciendo en la pantalla como un par de ojos incorpóreos que se movían en lugares de profunda morbosidad y degeneración. Era la esencia más pura de aquellos lugares que había creído que se superponían sobre los aspectos realmente tangibles del cine, aquellos cementerios, los callejones, los pasillos en deterioro y los pasajes subterráneos cuyo espíritu se había introducido en otro escenario y lo había modificado. Sin embargo, ahora aquellos lugares que mostraba la pantalla no los podía identificar: eran la base de las zonas sórdidas y siniestras que arrojaban su atmósfera espectral sobre la realidad del cine, pero que no eran más que sombras, los homólogos superficiales de un reino más profundo y oscuro. Nos estaban llevando cada vez más lejos hacia él.

La coloración púrpura dominante podía verse ahora como si emanara del laberinto de una anatomía viviente: un compuesto de estructuras rojizas, azuladas y de los rosas más claros, todos ellos enardecidos y lesionados para despedir una luz púrpura. Nos guiaban por una catacumba de cámaras y claustros hediondos, los caminos y senderos más secretos de una tierra infernal. Hubieran sido lo que una vez hubieran sido esos sitios, ahora eran lugares para la celebración de ceremonias de algún rito privado. De los huecos que había en los carnosos tegumentos gelatinosos salía algo parecido al moho, un hongo en hebras finas que se ensartaban en un tejido traslúcido y se agitaban por debajo de él como venas. Era el terreno del ritual, secreto y no consagrado, pero también representaba una loca sala de operaciones. Las suturas parecidas al pelo cosidas entre las blandas entrañas, las manos ocultas que diseñaban

formas y sistemas antinaturales, que creaban un nido donde la posesión tendría lugar, un tejido donde los trozos y los pedazos de la anatomía podrían consumirse cuando apeteciera. No parecía haber nadie a la vista, aunque todo se examinaba desde una íntima perspectiva, el punto de vista de aquel cirujano invisible, el tejedor y el creador de telarañas, el viejo titiritero que sitúa la criatura indefensa con cuerdas nuevas y la coloca bajo el control de un nuevo propietario. Y a través de sus ojos extasiados, presenciamos el trabajo que se ha llevado a cabo.

Más tarde, esos ojos empezaron a retirarse y el mundo de color púrpura del organismo se alejó hacia las sombras purpúreas. Cuando los ojos por fin salieron de donde habían estado, la pantalla se llenó con el rostro y el pecho desnudo de un hombre. Tenía una postura rígida que revelaba un estado de parálisis, y sus ojos estaban fijos, todavía sorprendentemente vivos.

—Nos lo muestra —murmuró el hombre que estaba sentado a mi lado—. Se lo ha llevado. Ya no puede sentir quién es, solo está la presencia de ella en su interior.

Estas afirmaciones, a primera vista las de un poseso, parecían ser la cuestión. Por supuesto, aquel punto de vista de la situación dotaba de un tremendo estímulo a mi propio estado de ánimo de aquella noche y lo instaba a la culminación en una especie de éxtasis degradado, un ataque de pánico y olvido. Sin embargo, mientras miraba fijamente el rostro del hombre de la pantalla, me di cuenta de que era el que me había encontrado en el vestíbulo. No obstante, no fue fácil reconocerlo porque su carne ahora estaba incluso más oscurecida por la maraña de pelos que le cubría la cara, espesa como una barba. Los ojos también le habían cambiado bastante y miraban a la audiencia con una ferocidad que sugería que en realidad sí servía como huésped de una gran maldad. Pero de todas formas, había algo en aquellos ojos que ocultaba el hecho de una completa transformación, una conciencia del encantamiento y la súplica por la liberación. En los siguientes instantes, esa observación adquirió un grado de sustancia, puesto que el hombre de la pantalla recobró el conocimiento, aunque durante poco tiempo y de forma limitada.

Su esfuerzo de voluntad era evidente en las ligeras contorsiones de su cara, y su máximo logro fue bastante moderado: se las arregló para abrir la boca y gritar. Por supuesto, no salió ningún sonido de la pantalla, porque solo se percibía una música de imágenes para ojos que veían lo que no debía verse. De este modo se creaba un efecto que desorientaba, una disonancia sensorial que disipaba el estado de ánimo de aquella noche, cuyo hechizo sobre mí se convertía en mera resonancia hasta desaparecer; porque el grito que retumbaba en la sala procedía de otra parte del cine, un lugar más allá de la altísima pared al fondo del auditorio.

Cuando consulté al hombre que estaba sentado a mi lado, me pareció que hizo caso omiso a mis comentarios sobre el grito dentro del cine. Por lo visto, no veía ni oía lo que ocurría a su alrededor ni lo que le estaba ocurriendo a él. De la tela de las

butacas salían largos cabellos hirsutos que se arrastraban por sus brazos y por cada parte de su cuerpo. Los pelos también habían penetrado en su ropa, pero no pude hacerle saber lo que estaba sucediendo. Al final me incorporé para marcharme, porque sentía cómo los pelos tiraban de mí para mantenerme en mi sitio. Cuando me levanté se rompieron, como cuando se arranca un hilo suelto de una manga o un bolsillo.

Nadie más en la sala apartó la atención del hombre de la pantalla, que había perdido la capacidad para gritar y recaía en un paralítico silencio. Mientras subía por el pasillo, miré hacia arriba, hacia la abertura rectangular en lo alto de la pared del fondo del cine, aquella ranura parecida a una ventana desde la que se proyectaban las imágenes de la película. Enmarcada en aquel espacio estaba la silueta de lo que parecía una anciana con el pelo largo y enmarañado. Vi cómo miraba con ferocidad y malicia el resplandor púrpura de la pantalla, y de aquellos ojos salieron dos rayos de pura luz púrpura que atravesaron la oscuridad de la sala.

Al salir del cine del mismo modo que había entrado, era imposible ignorar la palabra «Lavabos», que brillaba ahora con tanta intensidad. Pero la luz sobre la puerta lateral estaba apagada; la señal en la que se leía «Entrada al cine» ya no estaba. Incluso habían quitado las letras que escribían el nombre de la película de aquella noche. Así que aquella había sido la última función. En lo sucesivo, el cine permaneció cerrado al público.

También estaban cerradas, tal vez solo por aquella noche, todas las tiendas que había en aquella calle tan especial, en aquella parte de la ciudad en la que nunca había estado. Era muy tarde y los escaparates permanecían a oscuras, pero estaba segurísimo de que, tras aquellos oscuros cristales por los que pasaba, había una silueta aún más oscura de una anciana con ojos resplandecientes y una gran cabeza de cabellos monstruosos.

La señorita Plarr

Era primavera, aunque a principios de la estación, cuando vino a vivir con nosotros una joven. Su propósito era encargarse de la casa mientras mi madre sufría una enfermedad indeterminada, persistente pero no grave, y mi padre estaba fuera por negocios. Llegó uno de esos días neblinosos en los que la llovizna a menudo predominaba durante los primeros meses de aquel año en concreto, y que permaneció en mi memoria como un detalle de aquella época extraordinaria. Puesto que mi madre estaba confinada en su cama y mi padre se hallaba ausente, me tocaba a mí contestar a aquellos golpeteos fuertes e insistentes en la puerta delantera. Resonaban por todas las habitaciones de la casa y retumbaban en los rincones más lejanos de los pisos de arriba.

Al tirar del curvo picaporte de metal de la puerta, enorme para mi pequeña mano de niño, me la encontré de espaldas a mí, mirando fijamente un mundo de niebla que cada vez se hacía más oscuro. Su pelo negro brillaba bajo la luz del vestíbulo. Mientras se daba la vuelta despacio, mis ojos se clavaron en el gran turbante de ébano que tenía por cabello, doblado sobre sí mismo una y otra vez de manera muy minuciosa, y que de algún modo se rebelaba contra aquella disciplina porque muchos mechones brillantes escapaban de sus vueltas y aparecían al azar. En realidad, fue a través de un conjunto desordenado de mechones de pelo cubiertos de niebla cuando me vio por primera vez, al tiempo que decía:

—Mi nombre es…

—Lo sé —la interrumpí.

Pero en aquel momento no era tanto su nombre lo que conocía, a pesar de los recitados a conciencia que me dirigía mi padre, como todas las correspondencias inesperadas que sentí con su presencia física, pues incluso después de que entrara en la casa, mantuvo la cabeza un poco girada y miró por encima del hombro, a través de la puerta abierta, los elementos de fuera, al tiempo que escuchaba con intensa expectación. Para entonces la extraña ya había adquirido una orientación precisa entre el caos de caras y otros fenómenos. De forma bastante literal su lugar era oscuro, y estaba situado en las profundidades del ambiente peculiar de aquella tarde de primavera, cuando los gestos naturales de la estación aparentemente se habían distanciado, suprimidos por una desolación de otro mundo, una exuberancia en constante agitación, oculta tras oscuras almenas de nubes que surgían imponentes sobre un paisaje pelado, prácticamente hibernal; y los sonidos que ella escuchaba también parecían lejanos y ahogados, ahuyentados por un crepúsculo mudo y sombrío, silenciado en aquella torre de cielo de granito.

Sin embargo, mientras la señorita Plarr parecía reflejar con exactitud todos los signos y las peculiaridades de aquellos días cohibidos por la penumbra, su puesto en

nuestra casa todavía era una incertidumbre.

Durante la primera parte de su estancia con nosotros se oía más a la señorita Plarr que se la veía. Sus funciones, ya fueran porque se lo habían ordenado o por interpretación propia, pronto la metieron en la rutina de deambular por las habitaciones y los pasillos de la casa, preñados de ecos. Rara vez se interrumpían aquellos pasos sobre los viejos tablones del suelo; día y noche, aquel suave crepitar señalaba el paradero de nuestra ama de llaves vigilante. Por la mañana me despertaba con los movimientos de la señorita Plarr en los pisos de encima o debajo de mi cuarto, mientras que a última hora de la tarde, cuando con frecuencia pasaba el rato en la biblioteca al volver de la escuela, oía los golpecitos de sus tacones sobre el parqué en la estancia adyacente. Incluso a altas horas de la noche, cuando la estructura de la casa se expresaba con una fuga de ruidos, la señorita Plarr incrementaba aquella música decrépita con su propio paso lento por las escaleras, o al otro lado de mi puerta.

Una vez me desperté en medio de la noche, aunque no me interrumpió el sueño ningún ruido molesto, y no estuve seguro de qué era exactamente lo que me impedía volver a cerrar los ojos. Finalmente salí de la cama, entorné unos centímetros la puerta de mi habitación sin hacer ruido y me asomé por el pasillo ensombrecido. Al final de aquel largo corredor había una ventana llena del lívido resplandor de la luz de la luna, y en el interior del marco estaba la señorita Plarr, su figura fundida en una silueta tan negra como su pelo, que estaba recogido en la forma de alguna flor nocturna. Estaba tan concentrada, mirando fijamente por la ventana, que no pareció detectar que la observaba. Por otro lado, yo ya no podía ignorar la fuerza de su presencia.

Al día siguiente empecé a hacer una serie de dibujos. Al principio estos bosquejos eran simples garabatos en los márgenes de mis libros de texto, pero pronto se convirtieron en proyectos de mayor ambición y tamaño. Dados los enigmas de cualquier variedad de creación, no me sorprendió del todo que las imágenes que había pintado no incluyeran la representación declarada de la misma señorita Plarr, ni tampoco la de otras personas que podían servir a modo de simbolismo o asociación. No, mis dibujos ilustraban escenas de la historia de algún reino extraño y cruel. Poseído por visiones y estados de ánimo curiosos, pinté un lugar inhóspito que estaba oculto por una especie de niebla o nubes cuyas profundidades daban lugar a una plétora de estructuras increíbles, todas ellas de algún modo convertidas en aspectos de una barbarie extraña. De la matriz de esa bruma fértil nacía un montón de edificios altísimos que combinaban las características de los castillos y las criptas, palacios de tejados muy puntiagudos y mausoleos llenos de cámaras. Pero también había grupos de construcciones más pequeñas, ramas que derivaban de las más grandes, que albergaban tal vez no más de una estancia, un aposento de un diseño retorcido que no

presagiaba nada bueno, la íntima celda de una mazmorra reservada para el cautiverio más exclusivo. Por supuesto, no revelé ningún talento especial cuando representé aquellos lugares: mi técnica era tan basta como el tema que trataba; y desde luego no fui capaz de introducir en aquellas imágenes amenazadoras ningún indicio de determinados sonidos que parecían ser esenciales en su representación genuina, una especie de acompañamiento auditivo a aquellos escenarios operísticos. En realidad, era incapaz de tan siquiera imaginar esos sonidos con algún grado de claridad, aunque sabía que eran parte de las imágenes y que, como la pura dimensión visible de aquellos trabajos, tenían su origen en la señorita Plarr.

A pesar de que no tenía la intención de mostrarle los dibujos, había pruebas de que se había permitido mirarlos en privado. Los dejaba más o menos a la vista sobre el escritorio de mi habitación, no me esforzaba por ocultarlos, y empecé a sospechar que habían perturbado su orden en mi ausencia, a sentir una ligera desorganización que era un tanto reveladora, pero no concluyente. Al final, se delató. Una tarde gris, al regresar de la escuela, descubrí una clara señal de las investigaciones de la señorita Plarr, puesto que entre dos de mis dibujos, prensado como un recuerdo en un viejo álbum de recortes, había un largo mechón de pelo negro.

Quise echar en cara enseguida a la señorita Plarr su intrusión, no porque me hubiera molestado de algún modo, sino para aprovechar la ocasión de acercarme a esa taimada excéntrica, y tal vez aproximarme a aquellos sonidos y vistas extrañas que había traído a nuestra casa. Sin embargo, a aquellas alturas de su trabajo ya no se la localizaba con tanta facilidad: tras acabar sus constantes merodeos ruidosos, había comenzado a practicar unos rituales más sedentarios, incluso furtivos.

Puesto que no había rastro de ella en ningún otro sitio de la casa, fui directamente a la habitación que se había reservado para ella y que antes había respetado como su santuario. Pero cuando me acerqué despacio a la puerta abierta, vi que no estaba. Después de entrar en el cuarto y revolver un poco, me di cuenta de que no lo usaba y de que a lo mejor nunca se había instalado allí. Me di la vuelta para continuar buscándola cuando me la encontré en silencio, de pie, en la puerta; miraba hacia la habitación sin fijar la vista sobre nada (ni nadie) en concreto. Al parecer yo me hallaba en una posición reprensible y había perdido cualquier ventaja que antes pudiera tener sobre la invasora de mi santuario. Sin embargo, no se hizo mención de ninguna de estas transgresiones, a pesar de lo que parecía nuestro mutuo acuerdo sobre ellas; estábamos cayendo sin poder remediarlo en un abismo de reproches tácitos y desconfianza. Finalmente, la señorita Plarr nos rescató a ambos al anunciar algo que sin duda estaba reservando para el momento más adecuado.

—He hablado con tu madre —declaró con voz firme— y hemos llegado a la conclusión de que debería empezar a darte clases de apoyo en algunas de tus… asignaturas más flojas.

Creo que debí de asentir u ofrecerle algún otro gesto de aprobación.

—Bien —dijo—, empezaremos mañana.

Después, sin apenas hacer ruido, se marchó y dejó sus palabras resonar en la cavidad de aquella estancia deshabitada, sí, deshabitada, he de insistir, puesto que mi propia presencia parecía ahora haber sido eclipsada por la sombra acrecentada de la señorita Plarr. No obstante, esta enseñanza extraescolar resultaba de inmenso valor para dilucidar la que en aquel momento era mi asignatura más floja: la señorita Plarr en general y, con especial atención, dónde se había alojado en nuestra casa.

Mis clases se llevaron a cabo en una habitación que la señorita Plarr creyó la más conveniente para aquel propósito, aunque su razonamiento no había sido muy claro, pues el sitio que había elegido como aula era un pequeño y lejano ático situado bajo el tejado más alto y occidental de la casa. El techo inclinado de aquella estancia dejaba al descubierto las vigas en descomposición como el estriado de algún antiguo navío de altura que nos llevara a destinos desconocidos; y había corrientes frías que se arremolinaban a nuestro alrededor, corrientes contrarias que surgían del marco combado en el que una ventana de muchos cristales vibraba suavemente de vez en cuando. La luz bajo la que era instruido provenía de las tardes nubladas que se desvanecían por aquella ventana, ayudada por una lámpara de aceite que la señorita Plarr había colgado de un clavo en una de las vigas del ático (todavía me pregunto de dónde había sacado aquella antigualla). Fue esa grasienta luz de la lámpara la que me permitió vislumbrar una pila de trapos viejos que habían sido amontonados en un rincón hasta formar una especie de camastro rudimentario. Al lado estaba la maleta con la que la señorita Plarr había llegado.

Los únicos muebles de aquella habitación eran una mesa baja, que me servía de escritorio, y una frágil silla, ambos objetos reliquias de mi infancia más temprana y sin duda redescubiertos por mi profesora en el curso de sus muchas expediciones por la casa. Sentado en el centro de la habitación, accedí al patetismo desfasado de mi alrededor.

—En una habitación como esta —afirmó la señorita Plarr— se aprenden determinadas cosas de gran importancia.

Así que escuché mientras la señorita Plarr caminaba pisando fuerte y haciendo ruido, blandiendo un puntero largo de madera, aunque no tenía pizarra sobre la que señalar. Sin embargo, bien mirado sí que daba una serie de clases bastante fascinantes.

Sin tratar de presentar la retórica exacta de su discurso, recuerdo que la señorita Plarr se preocupaba sobre todo de mi perfeccionamiento en asignaturas que a menudo tocaban temas de historia o geografía, y de vez en cuando mencionaba los campos de la filosofía y la ciencia. Daba clase de memoria y nunca se atascaba durante la exposición de incontables hechos que yo no había aprendido mediante mi educación

convencional. No obstante, esas charlas no daban tantos rodeos como ella por la fría habitación del ático, y al principio me quedaba sin aliento cuando trataba de seguirla de un lado a otro. Aunque al final empecé a sacar varios temas de su caótico programa. Por ejemplo, volvía una y otra vez a las primeras costumbres de la vida humana y describía un mundo donde solo reinaba lo más rudimentario, pero lleno de avances intrigantes, lo que ella denominaba «prácticas viscerales». Reconocía que mucho de lo que decía era especulativo y sus deliberaciones sobre periodos posteriores respetaban las restricciones, a la vez que disfrutaban del carácter explícito, de los documentos aceptados. De ahí que me familiarizase con aquellas antiguas atrocidades que adquirieron renombre por un monarca persa, con una masacre secular en las tierras del interior de Brasil y con los curiosos métodos de castigo utilizados por varias sociedades a menudo relegadas a los márgenes de la historia. Y en otros momentos de la lección, durante los que la señorita Plarr agitaba su puntero en el aire como el pincel de un artista, me presentaba unos reinos cuyo rasgo principal era una especie de brutalidad y un aire de exilio, terrenos toscos y tortuosos, delirios de la tierra y el cielo. Esto incluía islas desiertas rodeadas de niebla en mares polares, países de cimas áridas laceradas por vientos incesantes, tierras baldías que consumían todo sentido de la realidad en sus vastas extensiones, reinos ensombrecidos llenos de ciudades muertas, sofocantes junglas infernales donde la propia luz estaba teñida de un limo azulado.

Pero llegaba un punto, sin embargo, en el que el programa de estudios especializado de la señorita Plarr, antes tan novedoso y fascinante, perdía interés con tanta repetición. Comencé a moverme con inquietud en mi silla en miniatura y la cabeza se me cayó encima del pequeño pupitre. Entonces, de repente, paró de hablar, se acercó a mí y apoyó su puntero con el borde de goma encima de mi hombro. Cuando alcé la vista solo vi aquellos ojos que me fulminaban con la mirada, y aquel manojo de cabellos negros perfilado bajo la lúgubre luz que se movía por el ático como un vapor resplandeciente.

—En una habitación como esta —susurró— también se aprenden las maneras correctas de comportarse.

La señorita Plarr apartó el puntero, que me rozó el cuello, y caminó hasta la ventana. Fuera había nubes efervescentes de bruma que colgaban de casas y árboles. La escena se mantenía inmovilizada por la neblina, como si estuviera atrapada dentro de las turbias profundidades del hielo; todo parecía lejano y alucinatorio, unas sombras atadas a una orilla neblinosa. Había un gran silencio y la señorita Plarr miraba fijamente un mundo suspendido en la oscuridad. Pero también lo escuchaba.

—¿Conoces el sonido de algo que corta el aire? —me preguntó mientras movía ligeramente el puntero contra ella—. Sabrás como es si no te comportas, ¿me oyes?

Entendí lo que quería decir y asentí conforme. Pero al mismo tiempo me pareció

oír algo más que la vara de un profesor cuando se acerca al cuerpo del alumno, unos ruidos más serios y extraños que interrumpieron el silencio del aula. Se oían a lo lejos, perdidos en el siseo de las tardes lluviosas: grandes espadas que barrían grandes distancias, alas expansivas que atravesaban vientos fríos, largos látigos que azotaban la oscuridad. También oí otros ruidos, otras cosas que cortaban el aire en otros lugares, sonidos de cosas que escuchaba pero que no podía explicar. Aquellos ruidos se hicieron cada vez más fuertes. Al final, la señorita Plarr dejó caer su puntero y se tapó los oídos con las manos.

—Eso es todo por hoy —gritó.

No me dio clase al día siguiente, ni las volvió a retomar.

Sin embargo, parecía que mis lecciones con la señorita Plarr continuaban teniendo efecto de otra manera. Aquellas tardes en el ático debieron de agotar algo en mi interior, y durante algún tiempo no pude levantarme de la cama. En aquel periodo me di cuenta de que la señorita Plarr sufría un deterioro, lo que permitió que los sentimientos intangibles que existían entre nosotros profundizaran y se enredaran aún más. En cierta medida, se puede decir que mi propio proceso de degeneración seguía el suyo, así como mi facultad de oír, sensibilizada por la enfermedad, que hacía que siguiera sus pasos retumbantes mientras se movía por la casa, puesto que la señorita Plarr había vuelto a sus paseos sin descanso, por lo que no tuvo ningún tipo de reposo.

En sus visitas a mi habitación, que eran frecuentes y siempre de improviso, pude observar las fases de su desintegración desde una perspectiva tanto física como psicológica. Ahora el pelo lo llevaba suelto sobre los hombros y se enroscaba de las formas más horribles como una oscura red de pesadillas, un nido repugnante en el que sus propias sospechas se amontonaban. Además, sus vínculos con los elementos estrictamente triviales habían caído en el deterioro de manera espantosa y yo mantenía una relación con ella a riesgo de acercarme a esferas de un orden altamente cuestionable.

Una tarde me desperté de una siesta y descubrí que todos los dibujos que ella me había inspirado estaban rotos en mil pedazos, esparcidos por la habitación. Pero aquel intento primitivo de exorcismo demostró no tener ningún efecto, puesto que horas más tarde, aquella misma noche, la encontré sentada en mi cama, apoyada a mi lado, con su pelo rozándome la cara.

—Háblame de esos ruidos —me pidió—. Has estado haciendo esto para asustarme, ¿no?

Durante un tiempo pensé que yo había escapado, que había roto nuestro extraordinario vínculo y había permitido que mi salud mejorara; pero justo cuando creí que ya me estaba recuperando del todo, la señorita Plarr volvió.

—Creo que ya estás mucho mejor —dijo al entrar en mi habitación con un brío

que parecía un esfuerzo—. Hoy te puedes vestir. Tengo que ir a comprar y quiero que vengas conmigo para ayudarme.

Me podía haber quejado, haber dicho que salir en aquel día aseguraría mi recaída, puesto que fuera nos aguardaba una fuerte humedad de primavera y tanta niebla que apenas podía ver nada desde la ventana. Pero la señorita Plarr estaba en un mundo distinto al de los aspectos prácticos, y su actitud delataba una determinación fatídica e hipnótica a la que no me podía resistir.

—Y en cuanto a esa niebla —comentó, aunque no lo había mencionado—, creo que podremos encontrar el camino.

Con la debilidad por los milagros de un niño, la seguí hacia el paisaje dominado por la bruma. Después de caminar tan solo unos pasos, perdimos de vista la casa e incluso el suelo bajo nuestros pies quedó sumergido en capas de una blanca telaraña flotante. Pero me dio la mano y siguió desfilando como guiada por alguna extraña visión.

Y al agarrarme me transmitió esa visión, que nos colocó a ambos en un raro sendero. Sin embargo, conforme avanzábamos empecé a reconocer ciertas formas que aparecían poco a poco a nuestro alrededor, ese montón de formas oscuras que salían de entre la niebla, como si su crecimiento ya no pudiera contenerlas. Cuando agarré con más firmeza la mano de la señorita Plarr —que parecía estar perdiendo fuerza y ver debilitada su sustancia—, la visión fue más clara. Con el aspecto de un leviatán que sale a la vista desde un abismo, un mundo monstruoso se definía ante nuestros ojos y se abría camino a través de la superficie dela niebla, que se había convertido en volutas sobre las estructuras de un reino inmenso y espantoso.

Estos edificios, más extensos e intrincados que mis anteriores creaciones puramente artísticas, surgían como conglomerados de cristal sin diseño, como monumentos angulares y multifacéticos apiñados en un cementerio neblinoso. De hecho, era una ciudad muerta: todos los habitantes estaban sepultados dentro de sus paredes o no estaban en ningún sitio. Había algunas calles que interrumpían este caos arquitectónico y serpenteaban entre los edificios asimétricos, pero que sin embargo conservaban una unidad entrelazada, parecida al paisaje montañoso de abismos y cimas muy recortadas, y mucho más similar a los oscuros nubarrones descomunales de la estación de lluvias. Sin duda, la mismísima esencia de una tormenta era inherente al dinamismo irregular de esas estructuras, una pirotecnia que quedaba suspendida u oculta; su violencia era una cuestión de sospechas y conjeturas que sugerían un reino de un potencial atroz, ese país que se cernía más allá de la niebla, las brumas y los cielos grises colmados.

Pero incluso a estas alturas todavía quedaba algo sin aclarar, una sensación provocada por ritos y prácticas que se representaban a escondidas; y esa peculiar impresión fue suscitada por determinados ruidos, contenidos ecos cacofónicos que

azotaban celdas negras y callejones sin salida, que se diseminaban poco a poco por el silencio de la niebla.

—¿Los oyes? —preguntó la señorita Plarr, aunque para entonces ya habían aumentado hasta una estridencia notoria—. Los ruidos proceden de habitaciones que no podemos ver. Son el sonido de lo que corta el aire.

Parecía tener los ojos poseídos por la vista de esas estancias de las que hablaba; sus cabellos se mezclaban con la niebla que nos rodeaba. Después, me soltó la mano y caminó hacia delante. No hubo resistencia: ella sabía desde hacía algún tiempo lo que le aguardaba al final de su camino, y esperaba que se acercara. Tal vez pensó que era algo que podía pasar a otros, o donde podía ganarse su compañía. Pero su compañía, su verdadera compañía, se había estado preparando todo el tiempo, en otro sitio, para su llegada. No obstante, me había honrado convirtiéndome en el heredero de sus visiones.

La niebla la envolvió y se espesó una vez más, hasta que no se pudo ver nada. Al cabo de unos instantes conseguí orientarme, estaba en medio de una calle, tan solo a dos manzanas de mi casa.

Poco después de la desaparición de la señorita Plarr, la rutina de nuestro hogar volvió a la normalidad. Mi madre se recuperó muy bien de su pseudo enfermedad y mi padre volvió de su viaje de negocios. Al parecer, la chica que habían contratado había abandonado la casa sin avisar, un giro de los acontecimientos que no sorprendió demasiado a mi madre.

—Qué criatura más inconstante —dijo sobre nuestra antigua ama de llaves.

Confirmé esta caracterización de la señorita Plarr, pero no aporté nada que sugiriera el motivo de su huida. A decir verdad, no salió de mí una palabra que hubiera podido esclarecer la situación. Ni tampoco quería profundizar en los misterios de este episodio al revelar lo que la señorita Plarr había dejado en aquella habitación del ático. Para mí, aquel cuarto poseía ahora un halo de misterio adusto, y volví a visitar su espacio ventilado en varias ocasiones durante años. Sobre todo por las tardes, a principios de primavera, cuando no podía dejar de oír ciertos ruidos que me llegaban desde más allá de la niebla gris o desde los cielos de lluvia sibilante, como si en algún sitio las formas endebles de los espíritus se retorcieran en un mundo oscuro y abandonado.

La Medusa

1

Antes de abandonar la habitación, Lucian Dregler transcribió en su cuaderno unos pensamientos aislados:

«Lo siniestro, lo terrible nunca engaña: el estado en el que nos dejan siempre es el de la iluminación. Y solo esta condición de entendimiento depravado nos permite una compresión total del mundo, bien mirado es como cuando una fría melancolía nos concede plena posesión de nosotros mismos.

Nos podemos esconder del horror solo en el corazón del horror.

¿Acaso soy tan único entre los soñadores por haber cortejado a la Medusa —mi primera y más antigua compañera— y haber excluido al resto? ¿Tendré una respuesta después de aquella dulce charla?».

Aliviado al tener esos fragmentos a salvo sobre la página en vez de en algún precario cuaderno mental, donde era probable que se emborronaran o se borraran del todo, Dregler se puso un viejo abrigo, cerró la puerta de su habitación tras de sí, salió de su apartamento y bajó unas escaleras que había en la parte trasera del edificio. Un patrón angular de calles y callejones era su ruta habitual para llegar a un lugar en particular que visitaba de vez en cuando, aunque por cuestiones de tiempo —es decir, para malgastarlo— decidió desviarse de su curso en unos cuantos puntos. Iba a encontrarse con un conocido al que no veía desde hacía algún tiempo.

El local estaba muy oscuro, aunque no más que las otras veces, y había mucha más gente de la que en un principio le pareció a Dregler. Se detuvo en la puerta, se quitó los guantes despacio pero de modo poco sistemático, mientras que su vista hacía lo que podía con el débil halo de iluminación que ofrecían unas lámparas de metal deslustrado, colocadas tan separadas las unas de las otras por las paredes que la luz de una de ellas apenas parecía conectar con la siguiente, y así propagarla. Luego, poco a poco, la oscuridad se fue tamizando y descubrió las formas que se ocultaban debajo: una frente brillante, bajo ella el destello de unas gafas con montura de metal, unos dedos con anillos que sujetaban un cigarrillo, adormecidos encima de la mesa, y unos zapatos de piel lustrosa que producían un ligero ruido conforme se iban acercando a los de Dregler, que ahora recorría con cautela el local. Al fondo había una columna de escaleras que se enroscaban y subían hacia otro piso, que era más una plataforma añadida, un pequeño balcón, que una parte del propio

establecimiento. Este piso estaba cercado en el borde por una barandilla construida del mismo material frágil y metálico de la escalera, lo que otorgaba a este espacio el aspecto de un andamiaje provisional. Dregler ascendió las escaleras muy despacio.

—Buenas noches, Joseph —saludó al hombre que estaba sentado en la mesa, junto a una ventana inusitadamente alta y estrecha.

Joseph Gleer se quedó mirando fijamente durante un instante los guantes que Dregler había tirado sobre la mesa.

—Todavía tienes los mismos guantes viejos —contestó al saludo, y después alzó la mirada sonriente— ¡Y ese abrigo!

Gleer se levantó y se estrecharon la mano. Después ambos se sentaron y Gleer, señalando al vaso vacío que había entre los dos encima de la mesa, le preguntó a Dregler si aún bebía brandy. Dregler asintió y Gleer dijo «marchando» antes de asomarse por la barandilla y mostrar dos dedos a alguien en las sombras de abajo.

—¿Acaso es esto un simposio sentimental, Joseph? —preguntó Dregler, que todavía no se había quitado el abrigo.

—En parte. Espera a que nos traigan la bebida, así podrás felicitarme como Dios manda.

Dregler volvió a asentir mientras examinaba la cara de Gleer sin ningún aumento visible de curiosidad. Gleer, un antiguo compañero de trabajo durante la época de profesor de Dregler, siempre había tenido un entusiasmo declarado por las intrigas de poca importancia, académicas o no, y una adicción por los detalles de ritual y protocolo, a cualquier cosa formulada antes y con precedente. También tenía predilección por los secretos insignificantes, siempre y cuando él estuviera entre los que tenían conocimiento de ellos. Por ejemplo, en las conversaciones, sin importar si el tema era filosofía o películas antiguas, Gleer disfrutaba de manera obvia al revelar, normalmente cuando la discusión ya estaba avanzada, que había estado apoyando a sabiendas una opinión absurda. Una vez confesada su obstinación malsana, ayudaba (e incluso superaba) a su oponente a echar por tierra la opción que antes había apoyado, supuestamente para mayor gloria de los intelectos imparciales de todos lados. Pero, al mismo tiempo, Dregler sabía perfectamente lo que Gleer estaba tramando, y aunque no resultaba siempre fácil que este lo pusiera en bandeja, era ese secreto contraconocimiento lo que le divertía en aquellas competiciones mentales, puesto que:

> «Con el que busque discusión no merece la pena discutir, así como en lo que no te pidan tu creencia no vale la pena creer. Lo real y lo irreal cohabitan con amor en nuestro terror, la única esfera que importa».

Tal vez la reserva, entonces, fuera la base de la relación de aquellos dos hombres,

un secretismo viciado en el caso de Gleer y consumado en el de Dregler.

Y allí estaba Gleer manteniendo el supuesto suspense sobre su amigo. Sus ojos, los de Dregler, apuntaban a una ventana alta y estrecha tras la que se veían las desnudas ramas superiores de un olmo, que se retorcían con movimientos espectrales bajo los focos fijados en lo alto de la pared exterior. Pero a los pocos instantes Dregler echó un vistazo a Gleer, cuyos rasgos aniñados sorprendentemente no habían cambiado: los labios bien perfilados, aquellos tiernos cachetes, los diminutos ojos grises ya casi enterrados dentro de la carne de una cara que con demasiada frecuencia se arrugaba al reírse.

Había una mujer al lado de la mesa con dos vasos sobre una bandeja con el fondo de corcho.

Mientras Gleer pagaba las bebidas, Dregler movió la mano e hizo un gesto de forma perezosa. La mujer que había traído las bebidas miró inexpresiva durante un momento a Dregler, el maestro de ceremonias, y este, con falsa ignorancia, preguntó cuando se hubo marchado:

—¿Y qué es lo que va a ocurrir, o te ha pasado hace poco, lo que quiera que haya sido o vaya a ser?

—Espero que esta vez sea para toda la vida, gracias, Ludan.

—¿Qué es, *quintus*?

—Quartus, si no te importa.

—Por supuesto, mi memoria es tan mala como mi capacidad de observación. En realidad, esperaba ver algo brillante en tu dedo cuando he observado el resplandor de tus ojos. ¿No has recibo, entonces, un anillo de la novia?

Gleer buscó en el cuello abierto de su camisa y sacó una delicada cadena de la que colgaba un diminuto diamante de color rosa en un engaste sencillo de plata.

—Innovaciones modernas —dijo de forma neutra mientras guardaba la cadena y la piedra—. Supongo que los modernos tienen que tenerlas, pero el matrimonio es todavía el matrimonio.

—Brindemos por la Edad Media —dijo Dregler sin ocultar su cansancio.

—Y por los de mediana edad —se contuvo Gleer.

Ambos permanecieron callados durante unos instantes. Los ojos de Dregler recorrieron una vez más el oscuro altillo, donde unas pocas mesas compartían la luz de una sola lámpara. La mayoría del tenue brillo se quedaba en la pared y descubría los anillos concéntricos de la superficie nudosa de madera. Dregler esperó y tomó con calma un sorbo de su bebida.

—Lucian… —comenzó a decir al fin Gleer con una voz tan tranquila que apenas se oía.

—Te estoy escuchando —le aseguró Dregler.

—No te he citado aquí para celebrar mi matrimonio. Ya hace casi un año, ¿sabes?

No parece haberte afectado mucho.

Dregler no dijo nada, alentando a Gleer con un silencio receptivo.

—Desde entonces —continuó— mi mujer y yo nos marchamos de la universidad y hemos estado viajando, la mayor parte del tiempo por el Mediterráneo. Volvimos hace tan solo unos días. ¿Quieres beber algo más? Te has tomado eso muy rápido.

—No, gracias. Por favor, sigue —le pidió Dregler con mucha educación.

Después de otro trago de brandy, Gleer prosiguió:

—Ludan, nunca entendí tu fascinación por lo que llamas la Medusa. No estoy seguro de si me importa, aunque nunca te lo he contado. Pero sin más esfuerzos deliberados por mi parte, permíteme recalcar, creo que puedo promover… lo que supongo que tú llamarías… tu búsqueda. Todavía te interesa ese tema, ¿verdad?

—Sí, pero soy demasiado pobre para permitirme una excursión peloponesia como esa de la que acabáis de volver tu mujer y tú. ¿Era eso lo que tenías en mente?

—No, en absoluto. Ni siquiera hace falta que dejes la ciudad, eso es lo más extraño, toda una maravilla. Es muy complicado explicar cómo sé lo que sé. Espera un momento. Mira, coge esto.

Gleer sacó un objeto que hasta entonces había permanecido escondido en algún sitio, en la oscuridad, y lo dejó encima de la mesa. Dregler se quedó mirando fijamente el libro. Estaba forrado de una tela de color herrumbre, y los caracteres dorados escritos en su lomo estaban pelados. Por lo que Dregler pudo deducir de los fragmentos de letras que quedaban, parecía que el título del libro era Electrodinámica para principiantes.

—¿Qué se supone que es esto? —le preguntó a Gleer.

—Solo una especie de pasaporte, no significa nada por sí mismo. Esto va a sonar ridículo, ¡ya lo sé!, pero te interesa llevar el libro a este establecimiento… —dijo Gleer y colocó una tarjeta de visita sobre la cubierta del tomo— y preguntarle al propietario cuánto te da por él. Sé que vas a esas tiendas cada dos por tres. ¿Te suena?

—Vagamente —contestó Degler.

El establecimiento en cuestión, como se podía leer en la tarjeta de visita, era «Brothers' Books: Compraventa de libros raros y antiguos. Se compran bibliotecas y colecciones. Mucho stock de ciencias ocultas y la Guerra Civil Americana. No hace falta concertar cita previa. Miembros de la Asociación de libreros filosóficos de Manhattan. Hermanos Benjamín, fundadores y propietarios».

—Me han comentado que el propietario de este sitio te conoce por tus escritos —dijo Gleer, y añadió con voz monótona y ambigua—: Cree que eres un auténtico filósofo.

Dregler miró con detenimiento a Gleer mientras sus largos dedos jugueteaban de forma ausente con la tarjetita.

—¿Me estás diciendo que se supone que la Medusa es un libro? —inquirió.

Gleer se quedó mirando la superficie de la mesa y luego alzó la mirada.

—No te estoy contando nada de lo que no esté seguro, lo que no es mucho. Por lo que yo sé, aún podría ser algo que imaginas o quizá ya has imaginado. Por supuesto, puedes tomarte esta información como quieras, no dudo que lo harás. Si quieres saber más que yo, entonces ve a visitar esa librería.

—¿Quién te dijo que me contaras esto? —preguntó Dregler con tranquilidad.

—Es mejor que no diga nada respecto a eso, Lucian. Podría arruinar la función, por así decirlo.

—Muy bien —dijo Dregler mientras sacaba la cartera y se guardaba la tarjeta.

Se levantó y empezó a ponerse el abrigo.

—¿Eso es todo? No es que quiera ser grosero, pero…

—¿Por qué deberías comportarte de un modo distinto a como actúas habitualmente? Pero tengo que decirte una cosa más. Por favor, siéntate. Escucha, nos conocemos desde hace mucho tiempo, Lucian, y sé lo que esto significa para ti; así que, pase lo que pase, yo no quiero ser responsable. Solo he hecho lo que creí que tú mismo querrías que hiciera. Bien, dime si tengo razón.

Dregler se volvió a incorporar y se puso el libro debajo del brazo.

—Sí, supongo, pero estoy seguro de que nos veremos otra vez. Buenas noches, Joseph.

—Una copa más —le ofreció Gleer.

—No, buenas noches —respondió Dregler.

Cuando empezó a alejarse de la mesa, para su vergüenza casi se golpeó la cabeza con una viga de madera maciza que estaba colocada peligrosamente baja en aquella oscuridad. Se dio la vuelta para ver si Gleer se había dado cuenta de su torpe percance. ¡Y eso que solo había bebido una copa! Pero Gleer estaba mirando a otro sitio, a través de la ventana, hacia los enredados zarcillos del olmo y el carácter lívido que proyectaban sobre él los focos fijados en lo alto de la pared exterior.

Durante un rato, antes de irse a la cama, que estaba a unos pasos de la ventana de su cuarto, Dregler observó sin pensar los árboles de la calle acariciados por el viento. A su lado tenía ahora una copia de su primer libro, *Reflexiones sobre la Medusa*. Lo cogió y leyó sus páginas de manera poco sistemática.

Los adoradores de la Medusa, incluidos aquellos que atascan las páginas con «entendimientos» e interpretaciones como estas, son los habitantes más horribles de la Tierra, y los más numerosos. ¿Pero cuántos de ellos se conocen tan bien? Cabe la posibilidad de que exista un culto interior de la Medusa, pero repito de nuevo: ¿quién pensaría en la existencia de tales seres durante el tiempo necesario para acorralarlos y ejecutarlos?

Puede que los muertos sean los únicos que no estén confabulados con la Medusa.

Nosotros, en cambio, somos los aliados, pero siempre en contra de nosotros mismos. ¿Cómo alguien puede convertirse en su compañero y… vivir?

Nunca corremos el peligro de contemplar a la Medusa, puesto que para que eso ocurra ella necesita nuestro consentimiento. Pero una catástrofe mucho mayor aguarda a aquellos que saben que la Medusa los mira, y pronto la corresponderán de igual modo. Qué mejor definición para un hombre marcado: el que «tiene ojos» para la Medusa, cuyos ojos poseen una voluntad y un destino propios.

¡Oh, ser una criatura sin ojos! ¡Qué cambio convertirse en piedra!

Dregler cerró el libro y lo volvió a dejar en una de las estanterías de la habitación. En el mismo estante abarrotado, piel y tela haciendo presión contra tela y piel, había una carpeta gruesa llena de hojas sueltas. Se la llevó consigo a la cama y empezó a buscar entre las páginas. Con el paso de los años aquel archivo había crecido muchísimo, pues empezó siendo unas notas aleatorias (recortes, fotografías y diversas referencias que Dregler copiaba a mano) y se fue expandiendo hasta convertirse en un almacén de infernales descubrimientos fortuitos, un legado de terribles coincidencias. Y el tema de todas las entradas en esta involuntaria enciclopedia era la misma Medusa.

Algunos de los documentos estaban separados en un apartado denominado «gracioso», que incluía un tebeo (que Dregler cogió del estante de una papelería) que representaban a Medusa como una superheroica que usaba sus horribles poderes solo sobre enemigos igual de horribles, en un mundo sin belleza. Otros estaban guardados bajo el título «irrelevante», donde había una vieja tira deportiva de unos sietes centímetros de largo que alababa al campeón de la temporada, el «Señor (*sic*) Medusa». También había una escasa sección del archivo, sin ningún nombre oficial, que Dregler no podía dejar de calificar de «auténtico terror». Entre estos destacaba un artículo especial de un periódico británico sensacionalista, una crónica sin imágenes sobre un hombre que sospechó durante un año que su mujer era poseída de vez en cuando por un demonio con serpientes en la cabeza, un pequeño guiñol sin sentido que terminó con la decapitación de la mujer mientras dormía una noche, y la subsiguiente encarcelación de un demente.

Una de las subcategorías menos creíbles del archivo consistía en un dato extraído de los propagadores menos legítimos del conocimiento humano, revistas «científicas» renegadas, boletines informativos de antropología ocultista y publicaciones de varios centros de estudios diversos. Las contribuciones al archivo de semanarios como *El ex centauro*, un número atrasado con el que Dregler dio en ningún otro sitio más que en Brothers’ Books, estaba catalogado conjuntamente como «Medusa y los medusianos: observaciones y material explicatorio». Un número anterior de esa publicación incluía un artículo que atribuía el nacimiento de Medusa, y de toda la vida en la

Tierra, a uno de los muchos visitantes extraterrestres, por lo que este planeta había sido una especie de bar de carretera o servicio público de camino hacia otros lugares en otros sistemas galácticos.

Todos estos hallazgos esclarecedores los disfrutaba Dregler con una alegría desagradable, sobre todo aquellas proclamaciones de los más altos sacerdotes de la mente y el alma humana, que siempre relegaban la Medusa a un submundo parasicológico donde es la imagen por excelencia del pánico romántico. Pero entre las curiosidades que conservaba había un arranque único de prosa cuyo autor parecía seguir los propios pasos de Dregler: un hombre tras su propio corazón. «¿Podemos librarnos», preguntaba el escritor de forma retórica, «de la “fuerza vital” simbolizada por la Medusa? ¿Puede esta energía, si tal cosa existe, ser destruida, aplastada? ¿Podemos, en la arena de nuestro ser, salir pisando fuerte como un gladiador, con la malla y el tridente en mano, atizar y abatir, pinchar y sacudir, atormentar ese desalmado y horrible demonio hasta provocarle una locura insoportable, y por fin aniquilarlo para deleite de nuestros nervios que lo estaban reclamando y para nuestro espiritual y ensordecedor aplauso?». Por desgracia, sin embargo, estas palabras se escribieron en el sentido más miserable del sarcasmo por un crítico que de manera paródica reseñó las propias *Reflexiones sobre la Medusa* de Dregler cuando aparecieron por primera vez hace veinte años.

Pero Dregler nunca buscó que le criticaran sus obras, y lo curioso, lo asombroso, fue que este artículo, como todos los otros boletines y deliberaciones sobre la Medusa, había caído simplemente en sus manos de forma espontánea, en esta ocasión en la consulta de un dentista. Aunque había leído muchos artículos sobre la Medusa, nada del material de su caótico archivo había sido obtenido por medios normales de investigación. No consiguió ninguno de manera oficial, ninguno fue previsto. En pocas palabras, fue todo un regalo de circunstancias imprevistas, un asunto totalmente extraoficial.

¿Pero qué probaba todo esto exactamente, que se le continuaban ofreciendo piezas de este rompecabezas? No demostraba nada, ni exactamente ni de otra manera, tan solo era un efecto secundario de su preocupación por un único tema. Por supuesto, estaría al tanto de sus actuaciones intermitentes en la escena de la rutina diaria. Esto era normal. Pero aunque esos «descubrimientos» no demostraran nada de manera racional, siempre le sugerirían más cosas a su imaginación que a su razón, sobre todo cuando se volcaba en los contenidos colectivos de esos archivos dedicados a su compañera más antigua.

De hecho, era una referencia a ese tipo de imaginación lo que buscaba ahora tumbado en la cama; y allí la encontró. Era un párrafo que había copiado una vez en una biblioteca de un librito amarillo que se titulaba *Cosas de aquí y allá*. «No hay nada en la naturaleza de las cosas» —empezaba la cita—, «que impida a un hombre

ver un dragón o un grifo, una gorgona o un unicornio. Nadie, a decir verdad, ha visto una mujer cuyos cabellos son serpientes, ni tampoco un caballo de cuya frente sale un cuerno; aunque los hombres primitivos puede que vieran dragones, conocidos por la ciencia como pterodáctilos, y monstruos más inverosímiles que los grifos. En todo caso, ninguna de estas fantasías zoólogas viola las leyes principales del intelecto; las bestias de la heráldica y la mitología no existen, pero no hay motivo en la naturaleza de las cosas ni en las leyes de la mente que impida que existan».

Por tanto, Dregler, habida cuenta de la naturaleza de las cosas, suspendió todo criterio hasta que visitara una librería en cuestión.

2

Era ya bien entrada la tarde del día siguiente, después de que pasara de todo en un día de dudas y desidia, cuando Dregler entró en una tiendecilla situada entre un edificio gris y otro marrón. Casi al alcance de la mano la una de la otra, las paredes opuestas de la librería estaban llenas de libros. A los estantes de arriba solo se podía llegar mediante una larga escalera y los más altos no estaban diseñados para que se tuviera acceso. Los números atrasados de viejas revistas como la *Blackwood's, The Spectator* o las ediciones londinense y norteamericana de *Mercurys* estaban amontonadas en grandes pilas desordenadas junto al escaparate de delante, con las cubiertas pastosas agonizando al sol. Había páginas sueltas de novelas olvidadas, pegadas para siempre en el suelo o engurruñadas en un rincón. Dregler vio la página 202 de *La segunda escalera* a sus pies y no pudo evitar una compasión sardónica por el par de ojos anónimos que se enfrentaban a un callejón sin salida inesperado en el relato de aquel viejo misterio. Después se preguntó de nuevo cuántos cientos de esos volúmenes se habrían curioseado desde la última vez. Esto incluía, por supuesto, el que tenía en las manos y por el que ahora sucumbía a un breve y absurdo sentido de protección. Dregler culpaba a su amigo Gleer por aquella cuestión delicada que él suponía era una farsa de lo más grande y grosera.

Sentado detrás de un mostrador bajo en la distancia telescópica de la parte trasera de la tienda, un hombre pequeño y fofo con gafas de montura metálica lo estaba mirando. Cuando Dregler se acercó al mostrador y dejó el libro sobre él, el hombre, Benjamín Brothers, de un brinco se puso en posición de alerta.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó. El tono claro de su voz era el del típico empleado que saluda de manera formal y familiar.

Dregler asintió y reconoció vagamente a aquel hombre bajito de su última visita, hacía ya algunos años. Colocó bien el libro sobre mostrador, solo para centrar la atención en él, y dijo:

—Supongo que no vale la pena molestarse en traer esto a la tienda.

El hombre sonrió con cortesía.

—Tiene razón, señor. Los viejos libros de texto como ese no valen casi nada para nadie. Ahí abajo, en el sótano —comentó mientras señalaba a una puerta estrecha— tengo, literalmente, cientos de este tipo. También hay otras cosas, ya sabe. El gremio de libreros lo llama «la casa de los tesoros de Benny». Pero a lo mejor hoy solo está interesado en vender libros.

—Bueno, como ya estoy aquí…

—Usted mismo, doctor Dregler —dijo cordialmente el hombre mientras Dregler se acercaba a la escalera.

Al oír su nombre, Dregler se paró, se dio la vuelta hacia el vendedor y luego avanzó hacia las escaleras.

Ahora recordaba el almacén del sótano, así como los tres largos tramos de escalera que había que bajar hasta llegar a aquellas insólitas profundidades. La librería al nivel de la calle no era nada más que un pequeño armario descuidado en comparación con el desorden expansivo que había allí abajo. Era una caverna abarrotada, llena de montañas y montones, con filas repletas de estanterías cuyo sistema de orden no se percibía a simple vista. Era un universo constituido solo por libros a modo de ladrillos ligeramente recortados. Pero si la Medusa era un libro, ¿cómo iba a encontrarlo en aquel caos? Y si no lo era, ¿qué otra forma definitiva podía encontrar de un fenómeno que había evitado definir todos estos años, y cuyo símbolo más exacto era una mujer espantosa con la cabeza de serpientes?

Durante un rato se dedicó simplemente a deambular por los sinuosos pasillos y los profundos nichos del sótano. De vez en cuando cogía un libro cuya apariencia atraía su interés, lo sacaba de una masa indefinida de lomos estropeados y lo rescataba antes de que pasara años atrapado en el mismo sitio, y sus palabras se mezclaran con los incesantes volúmenes de «la casa de los tesoros de Benny» y se fusionaran en un balbuceo de páginas ocultas y sin sentido. Al abrir el libro, apoyó uno de sus raídos hombros contra una estantería muy alta y mugrienta. Después de pasar un rato en la desolación enclaustrada del sótano, Dregler se encontró bostezando y rascándose inconscientemente, como si estuviera aislado en un santuario personal.

Pero de repente fue consciente de esta asunción de privacidad que se había inculcado en él y aquella sensación pereció al instante. Entonces, esa impresión de total aislamiento fue reemplazada, a todos los niveles de respuesta de una criatura, por su opuesto, pues, ¿no había escrito él que «el bienestar personal sirve solo para excavar dentro del alma un abismo que espera llenarse por un desprendimiento de terror, un molde vacío cuyas dimensiones especiales un día crearán la forma de tu único miedo?».

Fuera o no el caso, Dregler pensaba que ya no estaba solo, o a lo mejor nunca lo

había estado, en la caótica casa de los tesoros. Continuó actuando como si en realidad lo estuviera, solo que dejó de bostezar y rascarse. Hacía tiempo había descubierto que un ligero arrebato de pánico era un estado capaz de dificultar los momentos más tediosos de una persona. Así que no trató enseguida de detener esta, seguramente ilusoria, sensación. Sin embargo, como cualquier estado dependiente de la acción de fuerzas delicadas e insondables, el estado de ánimo de Dregler o su intuición estaban sujetos a metamorfosis inesperadas.

Cuando el estado de ánimo o la intuición de Dregler pasó a una nueva fase, su entorno también le siguió: tanto él como la casa de los tesoros cruzaron a la vez el límite que divide el pánico juguetón de aquel con una naturaleza más letal, lo que no quiere decir que un tipo de temor pueda disculparse más que el otro, puesto que son igual de contrarios a la lógica. («En lo que respecta al terror, la intensidad en sí misma no garantiza la validez»). Así que no significaba nada necesariamente que los pasillos serpenteantes de libros parecieran apretarse contra el suspicaz bibliófilo, que las estanterías parecieran ahora más llenas de sus ligeras y mohosas existencias, que unas sombras y el leve sonido de unos pies al arrastrarse parecieran juguetear como una fuga a través del polvo y la penumbra de la casa subterránea de los tesoros. ¿Podrían, al doblar la siguiente esquina, hacerle ver lo que no debería verse?

Dio la casualidad que al doblar la esquina vio que estaba atrapado, pues era un callejón sin salida de estanterías que formaban tres paredes que casi llegaban a las vigas del techo. Dregler se encontró a sí mismo de cara a la pared trasera, como un niño travieso al que han castigado en el colegio. Miró de arriba abajo como si estuviera decidiendo si era real o no, como si estuviera considerando si alguien podía traspasarlo una vez vencida la ilusión de su solidez. Y justo cuando estaba a punto de darse la vuelta y abandonar ese rincón, algo le rozó ligeramente el hombro. Con una brusquedad involuntaria se giró en aquella dirección, tan solo para sentir la misma caricia etérea, esta vez de lleno, en la espalda. Siguiendo el sentido contrario a las agujas del reloj, llevó a cabo una vuelta entera, hasta que se quedó mirando fijamente a alguien que también se quedó mirándolo a él en el mismo sitio donde estaba hacía tan solo un instante.

Las botas de tacón alto de la mujer la colocaban a la misma altura que él y su sombrero parecido a un turbante la hacía parecer un tanto más alta. Se lo sujetaba en el lado derecho, el izquierdo de Dregler, con un broche de metal con incrustaciones de piedras rosas de aspecto acuoso. Por debajo del sombrero sobresalían vinos mechones de pelo color paja sobre una frente sin arrugas. Un par de gafas coloreadas, unos labios sin pintar, y después, un abrigo de cuello alto que descendía como un cilindro oscuro y elegante hasta sus botas. Con calma, sacó un bloc de vino de sus bolsillos, arrancó la primera hoja y se la dio a Dregler.

«Perdone si lo he sobresaltado», decía.

Después de leer la nota, Dregler miró a la mujer y vio que se daba con delicadeza vinos golpecitos en el cuello, pero solo un par de veces y únicamente para indicar algún problema en la voz. Dregler se preguntó si sería laringitis o algo crónico. Observó la nota otra vez y se fijó en el nombre, la dirección y el número de teléfono de una empresa que vendía calderas y aparatos de aire acondicionado, lo que, por supuesto, no le dijo nada.

La mujer entonces arrancó un segundo mensaje de la libreta y lo apretó contra la palma de la mano de Dregler, que ya tenía un papel, mientras le sonreía a propósito. ¡Qué ganas tenía de ver lo que estaban haciendo sus ojos! Ella le estrechó ligeramente la mano antes de apartar la suya y salir de manera silenciosa y sin dejar ningún rastro perceptible para el olfato, pues ya era bastante fuerte el hedor que Degler detectó en el aire al mirar la nota donde se leía: «Respecto a M.».

Y debajo de ese mensaje de palabra y media había una dirección y, más abajo, una hora del día siguiente. Tenía una bonita letra, la más atractiva que Dregler jamás hubiera visto.

A la luz de lo ocurrido los últimos días, casi se esperaba la nota que lo aguardaba al llegar a casa. Estaba doblada por la mitad, metida por debajo de la puerta de su apartamento.

«Querido Lucian» —empezaba— «justo cuando crees que las cosas han llegado al límite de la ridiculez, se vuelven todavía más ridículas. En resumen: ¡Hemos sido nosotros! Ambos. Y mi mujer, ni más ni menos, con una amiga suya, una profesora rubia de antropología que creo que ya sabes quién es; en todo caso, ella te conoce, o al menos tus escritos, y tal vez ambas cosas. Te lo explicaré todo cuando nos encontremos, lo que me temo que no será hasta que mi mujer y yo volvamos de otra “excursión”. Estamos echando un vistazo a otras islas, esta vez en el Pacífico.

»Pensaba que eras lo bastante escéptico como para no ir a la librería, pero después de no encontrarte en casa, temí lo peor. Espero que no te hicieras demasiadas ilusiones, aunque creo que eso no te ha pasado nunca, así que sea como sea, no ha salido nadie perjudicado. Las chicas me explicaron que lo que hicieron fue un engaño pseudo científico, una broma práctica y abstrusa. Si piensas que te tomaron el pelo, imagínate yo. Es increíble cómo consiguieron que me pareciera tan real toda la artimaña, pero si llegaste a la librería, sabrás que el final del chiste no es muy bueno. El asunto, como te comentaba, era despertar tu interés de tal forma que te hiciera actuar un poco de manera ridicula. Tengo curiosidad por saber cómo reaccionó el señor B. Bros, cuando el distinguido autor de *Reflexiones sobre la Medusa* y otras obras meditabundas se le presentaba con un viejo libro de texto sin ningún valor.

»De veras espero no haberte hecho pasar vergüenza y los dos, los tres, nos disculpamos por haberte hecho perder el tiempo. Nos vemos pronto, morenos y calmados por el edén de los mares del sur. Y tenemos planes para hacerlo todo como

tú quieras, te lo prometo».

La nota estaba firmada, por supuesto, por Joseph Gleer.

Pero la confesión de Gleer, aunque para Dregler era evidente que se la creía, ya no era más convincente que su «pista» sobre una librería Medusa. Porque esa pista, que Dregler no se había creído en ningún momento, le llevaba más allá de lo que Gleer, quien ya no creía en ella, sabía. Así que, al parecer, mientras su amigo había sido apaciguado por una falsa iluminación, Dregler iba a sufrir solo los efectos de un auténtico estado de ignorancia; y quienquiera que fuese el que estaba detrás de aquella historia, fuera verdadera o falsa, conocía muy bien la forma de pensar de los dos hombres.

Dregler recogió todas las notas que había recibido aquel día, las juntó con un clip y las puso en un nuevo apartado de su enorme archivo, que catalogó de manera provisional como «confrontaciones personales con la Medusa, sean reales o aparentes».

III

La dirección que le habían dado a Dregler el día anterior no parecía muy lejos para ir caminando, sobre todo con lo nervioso e intranquilo que estaba. Pero por alguna razón se sentía bastante cansado aquella mañana, así que pidió un taxi para que le llevara por una ciudad ensombrecida en medio de una llovizna. En la espaciosa dilapidación del asiento trasero del taxi, observó un par de cosas. Se preguntó: ¿por qué las gafas del taxista, que de vez en cuando llenaban el retrovisor, eran incluso más oscuras que el día? ¿Tenía por costumbre fijarse en todos sus pasajeros? ¿Eran tal vez los restos de ese asiento trasero, la colilla en forma de L en el brazo de la puerta o el negro corazón de manzana en el suelo, los que servían como objetos de su admiración?

Dregler se cuestionó unas cuantas cosas más sobre el rutinario paseo, sobre aquel día empapado y sobre la ciudad donde los paraguas se multiplicaban como champiñones en medio del gris, hasta que se quedó satisfecho con su falta de sentido de bienestar. Antes lo preocupaba que su flujo de respuestas aquel día no fuera el de un hombre que estaba a punto de enfrentarse a la Medusa. Lo angustiaba que pudiera contemplar ese recorrido y su destino con gran entusiasmo o como una aventura de algún tipo; en resumen, temía que su actitud demostrara, en cierto modo, un grado de locura. Mantenía que estar cuerdo era estar sedado con melancolía o activado por la histeria, dos reacciones que «están garantizadas siempre y de igual modo para quienes cuentan con la capacidad de percibir el sonido». El resto eran irracionales, meros síntomas de imaginaciones pasadas, de memorias que ya no funcionaban. Y encima de esas respuestas triviales, un solo ascenso permisible, la única trascendencia

válida, algo sardónico: una felicidad absoluta que elimina el universo visible con burlas de alegría oscura, un éxtasis consciente. Todo lo que sea «misticismo» era un signo de desviación o distracción, una herejía de lo obvio.

El taxi giró en una manzana de casas de piedra rojiza mojada y paró delante de una estrecha acera con césped que sobresalía bajo las ramas desnudas de dos abedules pequeños. Dregler pagó al taxista, que no expresó ninguna gratitud a pesar de la propina, y caminó rápido a través de la llovizna hacia un edificio de ladrillos dorados con los números dos-cero-dos en color negro sobre una puerta negra con un pomo y una aldaba de latón. Después de revisar la información del papel arrugado que sacó del bolsillo, Dregler pulsó el brillante timbre. No se veía nadie más en la calle, con los árboles y el suelo fragantemente húmedos.

La puerta se abrió y Dregler entró con rapidez. Un hombre vestido de manera pobre y de edad indefinida cerró la puerta tras él y le preguntó con un tono de voz anodino:

—¿Dregler?

El filósofo respondió con un movimiento de cabeza afirmativo. Después de unos momentos sin reaccionar, el hombre pasó por delante de él y le hizo señas para que lo siguiera por el pasillo de la plata baja. Se detuvieron en una puerta que estaba justo debajo de la escalera principal que iba a dar a los pisos superiores.

—Por aquí —lo guió el hombre mientras colocaba su mano sobre el pomo de la puerta.

Dregler se fijó en el anillo, la piedra de agua de rosas engarzada en plata, y la disyuntiva entre la apariencia adusta del hombre y aquella joya relativamente llamativa. El hombre empujó la puerta para abrirla y, sin entrar en la habitación, pulsó un interruptor en la pared del interior para encender la luz.

Todo parecía indicar que era un almacén normal, lleno de gran variedad de objetos.

—Póngase cómodo —dijo el hombre mientras le indicaba a Dregler el camino hacia la habitación—. Márchese cuando quiera, solo cierre la puerta cuando se vaya.

Dregler le echó un vistazo a la estancia.

—¿Hay algo más? —preguntó de manera humilde, como si fuera el alumno más idiota de la clase— ¿Esto es todo, entonces? —insistió con un tono de voz más tranquilo y elegante.

—Esto es todo —repitió el hombre en voz baja.

Después cerró la puerta despacio y desde el interior Dregler pudo oír que sus pasos volvían por el pasillo.

La habitación tenía el tamaño normal de cualquier trastero y el techo caía hacia abajo con ligera inclinación donde unos escalones angulares ascendían por el otro lado. En otro lugar, el perfil era borroso, confuso, por las sábanas con forma de

mesas, lámparas o caballitos; una pila de mecedoras, sillas de bebé y otros artículos de mobiliario en desuso; calcetines de media colgados de ganchos que parecían pitones muertas; jaulas de animales cuyas puertas estaban abiertas sobre una única bisagra; viejos botes de pintura y un aguarrás moteado que parecía huevo y un aplique de luz cubierto de polvo que proyectaba una neblina gris sobre todo.

De algún modo en aquel cuarto no había una variedad de fragancias que contara una historia de su origen, sino tan solo un olor fragmentado, como uno de los muchos puzzles: su imagen completa estaba oscurecida como las sombras en una cueva y se retorcía en un montón de direcciones diferentes por las paredes curvas. Dregler miró a su alrededor, recogió un par de objetos pequeños y enseguida volvió a dejarlos donde estaban porque le temblaban las manos. Encontró una caja donde sentarse, mantuvo los ojos abiertos y esperó.

Más tarde no recordaría cuánto tiempo se había quedado en aquella estancia, aunque consiguió retener todos los matices de la vigilia sin acontecimientos importantes para usarlos después en sus sueños voluntarios o involuntarios. (Estaban recopilados en ese apartado cada vez más útil denominado «confrontaciones personales con la Medusa», una sección que se estaba desarrollando como una zona en la que se arremolinaban formas rojas y cientos de voces sibilantes). Sin embargo, guardaría vívidamente el recuerdo de que se había marchado de la habitación lleno de pánico después de mirarse en un antiguo espejo que tenía una fisura delgada que descendía hasta el centro. Y cuando salió, se quedó sin aliento al sentir que algo tiraba de él hacia la habitación. Pero tan solo era un hilo suelto de su abrigo que se le había enganchado en la puerta. Al final, el hilo se rompió de un tirón y fue libre para marcharse, con el corazón desbocado.

Dregler nunca les contó a sus amigos el éxito que había tenido aquella tarde, aunque tampoco podría habérselo explicado de un modo sensato aunque hubiera querido hacerlo. Como habían prometido, le compensaron cualquier molestia o bochorno que Dregler pudiera haber sufrido como resultado del, según Gleer, «incidente de la librería». Los tres dieron una fiesta en su honor y por fin conoció a la nueva esposa de Gleer y a su cómplice de la «broma». (Para Dregler fue lógico que nadie, y él menos que nadie, admitiera que había sido algo más que eso). Lo dejaron un instante con aquella mujer en un rincón de una sala llena de gente. Mientras que ambos conocían la obra del otro, al parecer era la primera vez que se encontraban personalmente. No obstante, ambos confesaron tener la impresión de conocerse antes sin ser capaces de corroborar el origen de esa sensación, o sin querer hacerlo. Y aunque ambos habían asistido a muchas fiestas comunes, no encontraron ninguna relación directa entre los dos.

—Tal vez fue una alumna mía —sugirió Dregler.

—Gracias, Lucian —dijo ella después de sonreír—. Pero no soy tan joven como

crees.

Después la empujaron por atrás («uy», dijo un profesor de universidad, achispado) y algo con lo que había estado jugueteando en sus manos acabó dentro del vaso de Dregler, lo que convirtió la bebida burbujeante en un líquido rosa claro.

—Lo siento mucho. Déjeme que vaya a por otra —se disculpó y luego desapareció entre la multitud.

Dregler sacó el pendiente del vaso y se escabulló con él antes de que ella volviera con una nueva bebida. Más tarde aquella noche, lo colocó en una cajita con una etiqueta en la que se.

leía «tesoros de la Medusa».

Pero no podía demostrar nada y lo sabía.

4

No muchos años después, Dregler daba uno de sus famosos paseos por la ciudad. Desde el incidente de la librería, había añadido nuevos títulos a sus obras, y con ello, de algún modo, se había ganado unos lectores fieles y fascinados que antes lo eludían. Hasta su «descubrimiento», solo le había dedicado un interés distante a los círculos populares y del mundo académico, pero ahora cualquier costumbre, y entre ellas sus divagaciones diarias, se había convertido por los comentaristas en «características representativas» y «singularidades definitorias». «Los paseos de Dregler», afirmaba un artículo, «son un ejercicio de la mente moderna, un viaje urbano realizado por un Ulises torturado sin su Itaca». Otro artículo presentaba esta contraportada inigualable: «el heredero más barroco de las obsesiones del existencialismo».

Pero fueran cual fuesen las necedades que habían inspirado, sus últimos libros —*Un ramo de gusanos*, *El banquete de las arañas* y *Nuevas reflexiones sobre la Medusa*— le habían permitido «llegar a las mentes de una generación moribunda y transmitirles su dolor». Estas palabras fueron escritas, por extraño que parezca, por Joseph Gleer en una crítica muy favorable de las Nuevas reflexiones para una publicación filosófica trimestral. Lo más seguro es que pensara que aquella reseña hiciera renacer la amistad de su antiguo compañero, pero Dregler nunca reconoció el esfuerzo de Gleer, ni las repetidas invitaciones para reunirse, u otras cosas, con su mujer y él. ¿Qué podía hacer Dregler? Lo supiera Gleer o no, ahora era uno de ellos; así como él, aunque lo salvaba ser consciente de este hecho perturbador, lo que formaba parte de su dolor.

«Solo podemos vivir dejando nuestra “alma” en las manos de la Medusa», escribió Dregler en *Nuevas reflexiones*. «Lo de menos es que sea un ángel o una gárgola. Simplemente nos permite una desviación truculenta de alguna catástrofe

final que nos convertiría en piedra; es una máscara que oculta el peor semblante, una medicina que adormece la mente. Y la Medusa se ocupará de eso que hemos protegido, cerrará nuestros párpados con la baba pegajosa de sus serpientes, mientras sus cuerpos se alargan y deslizan por nuestros labios para devorarnos desde dentro. Esto es lo que nunca debemos presenciar, salvo en la imaginación, donde la vista es encantadora. Con la palabra, no menos que con la mente, la Medusa fascina mucho más que horroriza y nos amenaza con la petrificación. Al otro lado, está lo inimaginable, lo insólito, lo que no debería existir: por tanto, lo real. Esto es lo que asfixia nuestras almas con un centenar de dedos en algún lugar, puede que en esa oscura estancia que nos hace olvidarnos de nosotros mismos, ese lugar donde nos abandonamos entre sombras y extraños sonidos, mientras nuestras palabras y pensamientos dan vueltas como estúpidas mascotas juguetonas, a las desviaciones de un desastre inconmensurable. La tragedia es que debemos acercarnos para evitar este peligro. Solo podemos escondernos del horror en el corazón del horror».

Dregler había alcanzado el final de su camino diario, el punto en el que normalmente se daba la vuelta y volvía a su apartamento, esa otra habitación. Se quedó mirando fijamente la puerta negra con el pomo y la aldaba de latón, y luego su mirada recorrió la calle hasta una fila de ventanas en saledizo y porches iluminados, que resplandecían como locos mientras anochecía. Al mirar hacia el cielo, vio las cúpulas azuladas de las farolas: halos invertidos u ojos abiertos. Una llovizna empezó a caer, nada que fuera muy molesto; pero al poco rato Dregler ya estaba buscando cobijo en la acogedora casa de piedra rojiza.

No tardó mucho en llegar a la puerta de la habitación, con las manos bien metidas en los bolsillos de su abrigo y lejos de toda tentación. Vio que nada había cambiado, nada en absoluto. Nadie había abierto la puerta desde la última vez que la cerrara él aquel agitado día, hace años. Sabía que había una prueba, de algún modo: aquel largo hilo de su abrigo todavía colgaba de donde se había enganchado entre la puerta y el marco. Ahora no había duda de lo que haría.

Iba a ser un vistazo rápido a través de una rendija de un palmo de ancho, pero suficiente para arriesgarse a la desilusión y la dispersión de todos los encantadores traumas que había articulado en su mente y sus libros, que esparció como aquellas sombras peculiares que imaginaba que había en la habitación. Y las voces, ¿oía aquel silbido que anunciaba su presencia así como las sombras rojas que revoloteaban? Mantuvo la vista fija sobre la mano que tenía en el picaporte, lo giró con cuidado y empujó suavemente la puerta para abrirla. La primera cosa que vio fue que su mano adquirió un brillo sonrosado, como la aurora; luego el tono carmesí de un atardecer mientras la extraña iluminación de la estancia la bañaba cada vez más.

No tuvo que buscar y encender el interruptor que había dentro, pues su vista, todavía excepcional, se vio ayudada por la posición de determinado espejo

resquebrajado, lo que le otorgó a sus ojos una entrada en las oscuras profundidades de la habitación… ¿y en el fondo del espejo? Había una imagen dividida, algo fracturado por un abismo delgado como un hilo del que salía un resplandor rojo y viscoso. Había un hombre en el espejo; no, no era un hombre sino un maniquí o una figura paralizada de algún tipo. Estaba desnudo y tieso, apoyado contra una pared llena de cosas, con los brazos extendidos a la espalda, como si intentara evitar una caída hacia atrás. La cabeza también la tenía estirada hacia atrás, casi como si se hubiera desnucado; los ojos, un par de líneas bien selladas, dos arrugas oculares que habían reemplazado a las mismas cuencas, estaban cerrados con fuerza. Y la boca la tenía tan abierta en un grito sordo que todas las arrugas se habían alisado en aquella parte de la vieja cara.

Apenas reconocía aquel rostro, aquella forma desnuda y paralizada que había olvidado, excepto como una metáfora morbosa que una vez utilizó para describir la asombrosa condición de su alma. Pero ya no era una encantadora imagen de la imaginación. El reflejo había dado su encanto, lo había hecho aceptable para la cordura, al igual que aquel reflejo había convertido a aquellas serpientes, y al que las llevaba, en algo pintoresco y no aterrador. Pero por más reflejos que hubiera, no podía pensar que vería la cosa en sí misma ni el estado de petrificación.

Las serpientes se movieron y se enrollaron en los tobillos, las muñecas y en el cuello; entraron a hurtadillas en la boca de un hombre que gritaba y curiosearon en sus ojos. En el fondo del espejo se abrieron otro par de ojos del color del vino mezclado con agua y miraron a través de una masa oscura y enmarañada. Esos ojos se encontraron con los suyos, pero no en el espejo. Y su boca gritó, pero sin hacer ruido. Finalmente, volvió a unirse, del peor modo posible, con aquella cosa del interior.

Rígido dentro de la piedra, oyó que pensaba. *¿Dónde está el mundo, mis palabras?* Ya no había mundo, ni palabras, ahora solo quedaba aquella estrecha estancia y sus dos ocupantes. Para él ya no existiría nada más, podría existir ni, en realidad, habría existido. En su propio corazón teñido de rosa, su horror lo había encontrado al fin.

El Tsalal

1. La despedida de Moxton

Ninguno de ellos sabía por qué había vuelto a la ciudad fantasma. Algunos habían llegado a los cruces de las calles principales, donde un único semáforo, hacía tiempo estropeado, colgaba como un farol sin luz. Allí se detuvieron y se quedaron estupefactos, como espantapájaros fuera de sitio, vestidos con ropas holgadas que cubrían sus cuerpos escuálidos. Otros se unieron a ellos lentamente, llegados de las afueras o en coches cargados con bienes transportables. Después se reunieron todos en silencio en aquella inmensa tarde gris.

Parecían demasiado agotados para hablar y durante un rato fue como si no reconocieran dónde estaban por culpa de lo que había a su alrededor. Tenían los ojos fijos como la mirada de un insomne, el estigma tanto de un cansancio extremo como de una atención dolorosa a todo lo que tenían a la vista. Sus caras eran pálidas y delgadas, unos puntos que se mezclaban con la superficie polvorienta del día y trataban de ocultarse en sus últimas horas de luz. En contraposición, estaba el lugar que habían abandonado y al que de algún modo habían vuelto. Solo una persona no les había acompañado en su marcha. Se había quedado en la ciudad fantasma, y ahora ellos habían regresado, aunque nadie sabía cómo o por qué había ocurrido.

Un hombre alto con barba y sombrero de ala ancha alzó la vista hacia el cielo. En el interior de las nubes se filtraba una gran oscuridad, la noche entrante que todo lo inundaba de una negrura que nadie había visto jamás. Después de un rato, el hombre dijo:

—Pronto anochecerá.

Sus palabras fueron casi un susurro y el esfuerzo de hablar pareció arrebatarle las fuerzas que le quedaban. No obstante, no era un simple debilitamiento de las energías lo que le impedía a él y a los otros dar la vuelta y marcharse por segunda vez de la ciudad.

No sabían hasta dónde habían llegado antes de que retrocedieran sobre sus pasos y volvieran al lugar que creían haber abandonado para siempre. No se acordaban de la coyuntura o el callejón sin salida al que habían llegado y que había suspendido su evacuación. Habían olvidado parte de aquel día, determinadas imágenes y vivencias habían quedado ocultas. Podían sentirlo en algún lugar de sus mentes, aunque no pudieran recordarlo. Estaban seguros de que habían visto algo que no deberían recordar y por eso nadie sugirió salir de nuevo a la carretera que los alejaría de la ciudad. Sin embargo, no podían quedarse en aquel sitio.

Se había apoderado de ellos una parálisis, un estado del alma conocido por aquellos que moran en los más altos niveles de la locura, los aristócratas de la

demencia cuyas pesadillas los enfrentan a ambas caras del sueño. Al poco tiempo, el efecto desgarrador de esa inmovilidad psicológica se convirtió en algo más insoportable que la posibilidad de rendirse simplemente y quedarse en la ciudad. Tal era el caso de al menos uno de los títeres catalépticos.

—No tenemos elección —declaró una mujer como un palillo—. Se ha quedado en su casa.

—Ha permanecido allí durante demasiado tiempo —gritó otra voz entre ellos.

Un viento repentino se agitó por las calles, sacudió las prendas de los que habían regresado cansados y meció el semáforo que colgaba sobre sus cabezas. Por un momento, todas las señales se iluminaron en todas direcciones, interrumpiendo aquel crepúsculo tan gris. Los colores inundaron los ladrillos de los edificios y se reflejaron en las ventanas con una extraña intensidad. Luego el semáforo, una vez acabado su ataque de transformación, se apagó de nuevo.

El hombre del sombrero de ala ancha forzó de nuevo su voz susurrante para hablar:

—Debemos volver a reunimos cuando hayamos descansado.

Mientras la muchedumbre de cuerpos delgados se dispersaba, apenas hablaron. Una anciana que arrastraba los pies por la acera dijo, sin dirigirse a nadie en particular:

—Bendita sea la semilla que está plantada para siempre en la oscuridad.

Alguien que había oído esas palabras miró a la anciana y le preguntó:

—Señora, ¿qué ha dicho?

Pero la anciana parecía no comprender realmente nada de lo que había dicho.

2. El que se quedó atrás

En la casa donde un hombre llamado Ray Starns y donde muchos otros antes que él una vez residieron, Andrew Maness subió por una escalera que llevaba al piso más alto, y allí entró en una pequeña habitación que había convertido en estudio y cuarto de reflexión. La ventana de esa estancia daba a los tejados del vecindario y ofrecía unas buenas vistas de la calle principal de Moxton. Observó cómo todos salían de la ciudad y los vio cuando regresaron. Ahora, bien entrada la noche, todavía observaba, después de que todos se hubieran retirado a sus hogares, unas casas que estaban intensamente iluminadas durante la noche, mientras la calle Main estaba a oscuras; incluso el semáforo estaba apagado.

Se apartó de la ventana y clavó la mirada en un gran libro que permanecía abierto sobre su escritorio, a pocos pasos de distancia. Las páginas del libro eran marrones y quebradizas como hojas caídas.

—Tus absurdas palabras eran ciertas —le dijo al libro—. Mis amigos no se

alejaron mucho antes de que se los enviara de vuelta de esa larga caminata. Tú sabes lo que los hizo volver, pero yo solo puedo suponerlo. Has adornado tantas cosas con fervor y ahora en cambio no ofreces nada. Como dices, «la última visión se extingue con el que la contempla. Bendita sea la semilla que está plantada para siempre en la oscuridad». Pero la semilla que se plantó todavía está creciendo.

Andrew Maness cerró el libro. Escrito en tinta oscura sobre la cubierta estaba la palabra «TSALAL».

3. El poder del lugar

Al poco, todos en Moxton se habían encerrado en sus casas y las calles del centro de la ciudad estaban desiertas. Unas cuantas farolas brillaban en las oscuras fachadas de los edificios: tiendas pequeñas, un modesto restaurante, una iglesia sin confesión definida y hasta un cine que nadie había frecuentado desde hacía semanas. Alrededor de esta zona, como suele pasar en la periferia de las ciudades fantasma, se encontraban varios grupos de casas. Eran estructuras de serena desolación que se habían establecido en la órbita de un astro muerto. Eran simples ataúdes de pino, llenos de calma, inclinados en vertical contra un cielo silencioso. No obstante, era ese silencio el que permitía que los sonidos llegaran hasta él desde gran distancia; y la tranquilidad de esas casas y sus angostas calles llevaban a lugares increíblemente lejanos. Incluso había momentos en que todo el velo de umbría serenidad empezaba a temblar con los colores sinuosos del caos.

Todo parece fuera de lo común dentro de la sencillez de los barrios que constituyen una ciudad fantasma. Por lo general, los vecinos no mencionan las particularidades de estos lugares. Aun así, hay una casa que no está junto a las otras en aquellas estrechas calles, sino al final. Esa casa es diferente a las del resto del barrio. Puede que sea más alta que las otras o que tenga una veleta que gira por el viento de tormenta. Tal vez la única característica distintiva es que durante mucho tiempo ha estado deshabitada, disponible como un recipiente vacío en el que mucha de esa mágica desolación de calles angostas y casas con forma de ataúdes se asienta y destila como una esencia de los antiguos alquimistas. Parece parte de un plan, algo inevitable, que esa casa debiera existir entre las otras que se aferran a los límites de la ciudad fantasma; y la sensación de este gran plan que lo engloba todo, de hecho, surge del interior de los vecinos altos y flacos cuando un día, de improviso, llega un hombre pelirrojo con la llave de esa casa en particular.

4. Los recuerdos de una infancia en Moxton

Andrew Maness cerró el libro titulado Tsalal. Echó un vistazo a su habitación, que no le parecía tan pequeña en aquellos tiempos en que su padre y él ocupaban la casa, una época ya lejana para cualquiera que quisiera recordarla con claridad. Solo él podía repasar esos días, con un recuerdo seguro, la imagen de una cama pequeña en un rincón de la estancia.

Cuando era pequeño se quedaba despierto, tumbado, a altas horas de la noche, y recorría con los ojos la habitación iluminada por una luna que parecía tan grande como él mismo, que era como un muñeco. Las sombras aumentaban la estancia y abrían ciertas partes al abismo negro más allá de la casa y más allá de la negrura de la noche, hasta llegar a una oscuridad que nadie había visto antes. En esos momentos, las cosas parecían cambiar a su alrededor, y era como si él tuviera algo que ver con ese cambio. Las sombras sobre las blancas paredes empezaban a subir en espiral como si fueran de humo, creaban una oscuridad que se arremolinaba y, a veces, enfocaban figuras perceptibles —la zoología imperfecta de las formas de las nubes—, pero pronto se convertían, al moverse, en una neblina sin sentido. Las sombras humeantes se juntaban por toda la habitación.

Creyó que podría ver lo que provocaba aquellas sombras que se movían tan despacio y con tanta facilidad. Vio cómo cambiaban de forma y proyectaban sombras extrañas los sencillos objetos que le rodeaban. A la luz de la luna observó la vela en su deslustrado candelabro apoyado sobre la mesita de noche. La vela se había consumido casi del todo cuando sopló la llama, hacía ya unas horas. Ahora se disparaba hacia arriba como una planta que crece muy rápido, llena de hojas y flores de sebo, brazos y ramas de cera, manos blancas de dedos escurridizos y otras partes que no podía nombrar. Cuando recorrió con la miraba la habitación vio que algo se movía adelante y atrás sobre el alféizar, con un movimiento sorprendente. Era un soldadito de madera que de repente extendió las pinzas de cangrejo y empezó a golpearlas contra los cristales de la ventana. Otras cosas que apenas podía ver también estaban cambiando en el cuarto; vio sombras que se retorcían de un modo extraño. Todo estaba cambiando y él sabía que provocaba esos cambios. Pero esta vez no pudo detenerlo. Parecía el fin de todo, el apocalipsis infernal…

Tan solo cuando su padre lo zarandeó se dio cuenta de que estaba gritando, pero no tardó en calmarse. La vela de la mesita de noche ahora ardía intensamente y no era como hacía unos instantes. Rápidamente, examinó la habitación para comprobar que nada había cambiado. El soldadito de madera estaba tirado en el suelo y tenía los dos brazos a ambos lados.

Miró a su padre, que estaba sentado en la cama, que todavía llevaba aquella ropa oscura que se había puesto para oficiar en la iglesia aquel día. A veces contemplaba a su padre dormido en una de las sillas del salón o cuando echaba una cabezada sentado en su escritorio donde trabajaba en su siguiente sermón. Pero nunca lo había visto

dormir por la noche.

El reverendo Maness dijo el nombre de su hijo. El joven Andrew Maness centró su atención en la cara enjuta de su padre y reconoció la coronilla de pelo blanco que aún conservaba, de un ligero tono rojo, y los anteojos ovalados que reflejaban la llama de la vela. El anciano habló en voz baja al chico, como si no estuvieran solos en la casa o estuvieran metidos en alguna conspiración.

—¿Te ha ocurrido otra vez, Andrew? —preguntó.

—No quería hacerlo —protestó Andrew—. No estaba solo.

El reverendo Maness alzó una mano abierta como señal de silencio y entendimiento. El resplandor de la luz de la vela sobre las gafas ocultaba sus ojos, que ahora miraban hacia la ventana detrás de la cama de su hijo.

—Ya está obrando el misterio de la iniquidad —musitó.

—Las Epístolas —respondió Andrew con rapidez, como si la cita hubiera sido una pregunta.

—¿Puedes terminar el pasaje?

—Sí, creo que sí —contestó Andrew, quien con voz solemne recitó—: Solo falta que el que lo retiene sea apartado de en medio. Entonces se presentará el inocuo, a quien el Señor Jesucristo matará.

—Conoces bien ese libro.

—La Sagrada Biblia —dijo Andrew, pues le sonaba extraño no mencionar el nombre verdadero.

—Sí, la Sagrada Biblia. Debes saber esas palabras mejor que ninguna otra cosa en el mundo. Siempre debes tener esas palabras en la cabeza, como una fórmula mágica.

—Ya lo hago, padre. Siempre me lo has dicho.

De repente, el reverendo Maness se levantó de la cama y, alzándose sobre su hijo, le gritó:

—¡Mentiroso! No las tenías presentes esta noche. No podías tenerlas. Permitiste al maligno hacer su trabajo. Tú eres el maligno, pero no debes serlo. Debes convertirte en el otro, el *katechon*, el que refrena.

—Lo siento, padre —gritó Andrew—. Por favor, no te enfades conmigo.

El reverendo Maness se controló y de nuevo alzó la mano, cuyos dedos se entrelazaron y se separaron unas cuantas veces en lo que parecía ser una serie de intencionadas gesticulaciones sutiles. Se apartó de su hijo y fue hasta el otro lado de la habitación. Cuando llegó a la ventana del otro extremo, se quedó mirando fijamente la negrura que cubría la ciudad de Moxton, a la que él y su hijo habían llegado hacía unos años. En la calle principal, el reverendo había construido una iglesia; cerca se había hecho una casa. La silueta del campanario de la iglesia se recortaba contra las nubes iluminadas por la luna. Desde el otro lado de la habitación el reverendo le dijo a su hijo:

—He construido la iglesia en la ciudad para que pueda verse. La hice de ladrillo para que perdurara.

Después recorrió la habitación con actitud meditabunda mientras el chico lo observaba en silencio. Al cabo de un rato se colocó a los pies de la cama de su hijo y miró hacia abajo, como si estuviera en el púlpito de la iglesia.

—En la Biblia hay una bestia —le explicó—. Eso ya lo sabes, Andrew. ¿Pero sabes que esa bestia también está en tu interior? Habita en un lugar que nunca ve la luz. Sí, está alojada aquí, dentro de la cabeza, la morada de la gran bestia. Su forma es tan hermosa que su existencia puede atribuirse a los conjuros mágicos de un hechicero o a una aparición de algún lugar oscuro y lejano que nadie ha visto nunca. Es una pesadilla que detendría nuestros corazones si la viéramos brillar en algún rincón sombrío de nuestra casa o si alguna vez, por un terrible infortunio, tocáramos su carne viscosa. Eso no debe suceder nunca, la bestia debe permanecer en su guarida. Pero es un gran poder que se extiende por el mundo, un gran creador de mundos que no son como nada que conozcamos; y puede producir cambios en este mundo. Oscuridad y luz, forma y color, en el cielo y en la tierra… Todo lo puede cambiarla bestia, el gran corrector de las cosas vistas y no vistas, conocidas y desconocidas. Puesto que todo lo que podemos ver y conocer no son más que recipientes vacíos en los que la bestia verterá una nueva tintura, con la que modificará el aspecto de la tierra, alterará las mismas sombras, dotará de un extraño color a nuestros días y nuestras noches, lo que convertirá los días en noches, para que soñemos mientras estamos despiertos y no podamos dormir nunca más. No hay nada más espantoso y nada más pecaminoso que esos cambios en las cosas. Todas las transformaciones son grotescas. La mera posibilidad del cambio es grotesca y la bestia es el autor de todos los cambios. ¡No debes volver a confraternizar con la bestia!

—¡No digas eso, padre! —gritó Andrew mientras se tapaba los oídos con las palmas de las manos para impedir que le llegaran más palabras de reprimenda, aunque sin conseguirlo.

—Estás arrepentido, pero todavía no lees el libro.

—Sí que lo leo.

—Pero no tienes presentes las palabras del libro, porque siempre estás leyendo otros que te están prohibidos. Te he visto mirar mis libros y sé que los coges de mi estantería como un ladrón. Esos son libros que no se deben leer.

—Entonces, ¿para qué los tienes? —le replicó Andrew, sabiendo que era malo hacerle preguntas a su padre y sintiendo una gran alegría al hacerlo.

El reverendo Maness rodeó la cama. Sus gafas destellaron a la luz de la vela.

—Los guardo —dijo— para que aprendas por ti mismo a renunciar a lo que está prohibido, sea cual sea la forma en la que se presente.

Pero cuán maravillosos encontraba aquellos libros que le eran prohibidos. Recordaba cuando los vio por primera vez, aislados en las altas estanterías de la biblioteca de su padre, en aquella pequeña estancia sin ventanas en el corazón de la casa que el reverendo Maness había construido. Andrew conocía aquellos libros de vista, no solo por los títulos con palabras como misterio, embrujado, secreto y sombra, sino también por los caracteres que formaban esas palabras, una caligrafía irregular que se parecía bastante a las letras de su propia Biblia, y por los tonos de las telas de sus cubiertas, las desteñidas vestiduras de los atardeceres de otoño. De algún modo sabía que aquellos libros estaban prohibidos para él, incluso antes de que el reverendo lo dijera de manera explícita e hiciera sentirse avergonzado al chico por el deseo de tener esos libros y saber de qué trataban. Estaba ligado a los mundos que imaginaba, obsesionado con lo que él pensaba que era una cosmología de pesadillas. Y después de que hubiera entrado injustamente en la biblioteca de su padre, empezó a trazar con detalle el mapa de un misterioso universo, un lugar donde el sol había desaparecido de la vista, donde las ciudades eran frías y oscuras, donde las montañas temblaban por miedo a las monstruosidades que ocultaban, donde susurraban vientos secretos en los bosques y donde en todos los mares reinaba una horrible calma. En sus sueños sobre este universo, que sobrepasaban con creces las más oscuras visiones de cualquiera de los libros que hubiese leído, había caído una noche interminable sobre todos los paisajes imaginables.

De este modo, mientras dormía se hallaba al borde de un gran desfiladero lleno de árboles acabados en punta de hoja perenne, desde donde veía, a lo lejos, las cimas de unas montañas de negra silueta bajo un cielo caótico de estrellas. Los paisajes sublimes de este tipo solían repetirse en aquellos libros prohibidos, que a veces eran el tema de uno de los grabados que acompañaban la narración. Pero nunca había leído en ningún libro lo que le mostraba su sueño en el cielo, sobre el desfiladero y las montañas; puesto que todas las brillantes estrellas llenas de vida empezarían a soltarse en los sitios donde la oscuridad las sujetaba. Al principio temblaban y después se revolcaban en la cama de la noche. Ahora lo que veía era la otra cara de las estrellas, distinta a cualquier cosa jamás vista en la tierra. Lo que vio no se parecía en nada a las estrellas, sino más bien a la parte inferior de las grandes piedras a las que uno da la vuelta en lo profundo de un bosque húmedo. Habían cambiado del modo más extraño, habían cambiado porque todo en el universo estaba cambiando y dentro de poco ya no podrían protegerse de los cambios que estaban realizándose sobre ellas por algo que se había despertado en la oscuridad, algo que anhelaba transformar todo lo que veía… y que tenía el poder de verlo todo. La superficie de las estrellas arrastraba cosas que las hacía brillar de un modo nuevo. Luego, esas cosas que vio en su sueño empezaron a caer de las estrellas a la tierra y surcaron la noche de estelas resplandecientes.

En aquellas noches de sueños, todo estaba sometido a unas fuerzas que no se atenían ni a leyes ni a razones, y nada poseía su propia naturaleza o esencia, sino que era tan solo una máscara sobre la cara de la absoluta oscuridad, una negrura que nadie había visto nunca.

Incluso de niño se dio cuenta de que esos sueños no obedecían a la creación que le había enseñado su padre y aquel libro. El buscaba otro tipo de creación, una contra-creación, y los libros de las estanterías no podían revelarle lo que deseaba saber de ese otro génesis. Aunque se lo negaba a su padre, y a menudo a él mismo, soñaba con leer el libro que de verdad le habían prohibido, el escrito de una mortífera creación, el que contaría la historia del universo en el sentido más puro.

¿Pero dónde hallaría tal libro? ¿En la estantería de qué biblioteca aparecería ante sus ojos? ¿Lo reconocería cuando la suerte quisiera que cayese en sus manos? Con el tiempo llegó a estar seguro de que encontraría el libro, pues soñaba con él con mucha frecuencia y en la mayoría de esas visiones inverosímiles se veía a sí mismo dueño de él, como si le perteneciera como un legado. Pero aunque tenía el libro en sus sueños y veía las palabras con una claridad maravillosa, no podía comprender lo esencial de la escritura, cuyo significado parecía desintegrarse en un cúmulo de tonterías. En aquellos sueños nunca se le concedió una interpretación de lo que el libro tenía que decirle. Solo traspasó a su mente las sensaciones más extrañas y confusas, solo se le apareció como una especie de presencia que invadía y poseía su sueño. Al despertarse, lo único que le quedaba era un terror eufórico; y fue entonces cuando los objetos a su alrededor empezaron a transformarse, pues su alma se había descontrolado por los sueños y su cabeza estaba repleta con las palabras del libro equivocado.

5. El autor del libro

—Sabías que era imposible —le recriminó Andrew Maness mientras se colocaba encima del libro que estaba sobre el escritorio y miraba las páginas de una vieja letra escrita en tinta negra—. Me dijiste que leyera siempre las palabras correctas y que las tuviera siempre en mente, pero sabías que leería las equivocadas. Sabías lo que era. Sabías que un ser así solo leería las palabras erróneas y querría verlas escritas en letra negra, porque tú mismo eras el autor del libro y tú llevaste a tu hijo al sitio donde leería tus palabras. Esta ciudad era el lugar equivocado, pero te dijiste a ti mismo que era el único lugar donde lo que habías hecho… se desharía. Porque llegaste a temer lo que esos otros y tú habíais hecho. Durante años tuviste mucha curiosidad por la mayor locura, los planes y secretos más atroces, y entonces te entró el miedo. ¿Qué descubriste que os atemorizó tanto, a ti y a los otros a los que intrigaban las monstruosidades que contabas, que cantabas, en ese libro? Predicabas que todo

cambio es grotesco, que la más mínima posibilidad de cambio es maléfica. Sin embargo, en el libro declarabas «la transformación como la única verdad», la única verdad del Tsalal, el que no atiende a leyes ni razones. Escribiste que «no existe la naturaleza de la cosas; no hay caras, sino máscaras bien sujetas a un caos que se cierne tras ellas». Escribiste que no hay un verdadero crecimiento o evolución en la vida de este mundo, sino solo transformaciones de la apariencia, una incesante fundición y moldeamiento de las superficies sin esencia subyacente. Sobre todo, afirmaste que no existe la salvación de ningún ser, porque los seres no existen como tales, no existe nada para ser salvado, y todo, todos existen para ser atraídos hacia el remolino lento e infinito de mutaciones que veremos a cada segundo de nuestras vidas si nos limitamos a mirar a través de los ojos del Tsalal.

»Sin embargo, esas verdades tuyas, que seguiste escribiendo en tu libro, no pueden ser el motivo por el que te entró miedo, pues aunque tu voz esté apagada o tiemble al hablar de estas cosas, tus frases están llenas de fascinación y siempre estás maravillándote de la gran parodia que es la farsa del universo, la «alucinación de mentiras que oculta la visión de todo, excepto la de los elegidos por el Tsalal». Lo que te causa ese miedo es algo de lo que no hablarás o de lo que no puedes hablar. ¿Qué es lo que descubriste, a qué no pudiste enfrentarte sin renunciar a lo que los otros y tú habíais hecho, sin venir a esta ciudad para ocultarte en las doctrinas de un credo que no profesas? ¿Se quedó este conocimiento, este descubrimiento dentro de ti, vivo y a la vez aniquilado en tu memoria? ¿Fue esto lo que te permitió vaticinar que los habitantes de Moxton volverían a su ciudad, aunque te impidió contarles qué fenómeno sería más espantoso que la pesadilla de la que habían escapado, esos cambios grotescos que se habían abatido sobre las calles y las casas de aquel lugar?

»Cuando me trajiste aquí de niño, sabías que este lugar era inapropiado. Yo supe que era el equivocado cuando vine a vivir a esta ciudad, y me quedé aquí hasta que todos supieron que me había quedado más tiempo de la cuenta.

6. La mujer del pelo blanco

No mucho después de que Andrew Maness volviera a la ciudad de Moxton, un día, a última hora de la tarde, se le acercó una anciana en la calle. Tenía la vista fija en la puerta de un taller de reparación que cerraba pronto. Delante de él, esparcidas, había unas piezas de maquinaria corroídas, como si estuvieran expuestas: los huesos y las tripas de un motor difunto de algún tipo. Sus ensoñaciones fueron interrumpidas por una anciana que se dirigió a él:

—Te he visto antes.

—Es posible, señora —contestó—. Me mudé a una casa en Oakman hace unas semanas.

—No, me refiero a que te he visto antes de eso.

Le sonrió un poco a la anciana.

—Viví aquí un tiempo, pero no creo que nadie lo recuerde.

—Me acuerdo del pelo. Es rojo, pero también algo verduzco, rubio tal vez.

—Está descolorido por los años —le aclaró él.

—Me acuerdo bien de cómo era y no se diferenciaba mucho del de ahora. Mi pelo es blanco como la sal.

—Sí, señora —afirmó él.

—Le dije a aquellos tontos que me acordaba. Nadie me escuchó. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo, señora…

—Spikes —dijo bruscamente.

—Me llamo Andrew Maness, señora Spikes.

—Maness, Maness —repitió para sí misma—. No, no me suena Maness. Estás en la casa de los Starns.

—En realidad la adquirió alguien de la familia del señor Starns, quien heredó la casa cuando murió.

—Allí vivían los Waters. Antes de ellos los Wells y antes los McQuister, pero ni siquiera yo había nacido. De eso hace ya tanto tiempo que es difícil recordarlo. Hace ya mucho tiempo.

Se quedó repitiendo esas palabras mientras bajaba a toda prisa la calle. Andrew Maness observó cómo su delgada figura y su pelo blanco como la sal se alejaban y perdían todo color en el entorno gris de la ciudad fantasma.

7. La revelación de un ser único

Para Andrew Maness el mundo siempre había estado dividido en dos reinos separados, definidos por lo que solo podría describirse como un prejuicio del alma. Por lo tanto, podía reaccionar de dos maneras diferentes y, dependiendo del escenario en cuestión, sabría si ese lugar era el apropiado para él o no. En los sitios que pertenecían al primer tipo, había una separación entre él mismo y el mundo que lo rodeaba, una ausencia envolvente. Estos eran los grandes lugares vacíos de los que estaba compuesto casi todo el mundo. No había peligro en tales lugares. Pero había otros donde se permitía la entrada a una espantosa presencia de algún tipo, una fuerza que no pertenecía a aquellos sitios aunque se movía con libertad por ellos… dentro de ellos. Eran precisamente estos lugares, y la presencia que había dentro de ellos, los que dominaron su vida y determinaron su curso. No tuvo elección, pues este era el plan de los elegidos que lo habían creado y estaba obligado a aceptarlo. De hecho, era la misma esencia de su plan.

Su padre sabía que había ciertos lugares en el mundo a los que debía responder, incluso en la infancia, y que le provocarían un segundo nacimiento bajo el signo del Tsalal. El reverendo Maness sabía que la ciudad de Moxton estaba entre esos lugares, puestos de avanzada en las desoladas zonas fronterizas de lo real. Decía que había llevado a su hijo al sitio adecuado, pero en realidad le había llevado a un lugar que era totalmente inapropiado para el ser que él era. Y decía que su hijo debería siempre llenar su cabeza con las palabras de ese libro, pero esas palabras las acallaban con facilidad y las usurpaban aquellas otras palabras de aquellos otros libros. Su padre lo engatusaba para que leyera los mismos libros que no debía haber leído. Pronto esos libros provocaron en Andrew Maness la sensación de ese poder y esa presencia que se manifestaría en un lugar como la ciudad de Moxton. Había otros sitios donde percibía esa misma presencia. Si seguía las intuiciones, que se hacían cada vez más fuertes a medida que se hacía más mayor, Andrew Maness encontraría dichos lugares, por azar o deliberadamente.

Tal vez llegara a una casa abandonada y hecha añicos en un paisaje aislado, todo un esqueleto en un cementerio. Pero esta estructura ruinosa le parecería un templo, una ermita al borde del camino que lo llevaría a esa oscura presencia a la que quería unirse, y también a la puerta hacia ese oscuro mundo en el que aquel ser moraba. Nada podía transmitir aquellas sensaciones, los innumerables matices de entusiasmo tembloroso cuando se acercaba a un edificio descompuesto como aquel, cuyo contorno torcido e irregular sugería otro orden de existencia, el verdadero orden de existencia, como si en los lugares como aquella casa se movieran sombras proyectadas a la tierra por el reino lejano y oculto de una entidad. Allí experimentaría el contacto con algo fuera de sí mismo, algo cuya voluntad se confundía con la suya propia, como en un sueño donde uno tiene la impresión de estar poseído por una fuerza fantástica que determina qué acontecimientos sucederán y sin embargo, también se siente incapaz de controlar esa fuerza que, a través de uno, puede provocar el caos de una pesadilla. Esta mezcla de dominio e impotencia lo inundaba con una malvada intoxicación y le indicaba su objetivo en la vida: poner en funcionamiento la gran rueda que gira en la oscuridad y destruirse con ella.

Sin embargo, Andrew Maness siempre había sabido que sus aspiraciones eran las mismas que las de su padre hacía muchos años y que la búsqueda de esa ambición se había consumado en su propio nacimiento.

8. No hace mucho más de un siglo

—Cuando era joven —explicó el reverendo Maness a su hijo, que ahora ya era un hombre—, me creía un experto en la magia de los antiguos dioses, un comulgante de entidades tanto demoníacas como divinas. Durante años no comprendí que tan solo

era un conservador del museo donde los antiguos dioses estaban expuestos, las réplicas y los cadáveres erigidos en las innumerables galerías de lo invisible… y ahora lo extinto. Sé que en los milenios pasados estos seres siempre se reemplazaban unos a otros al desaparecer junto con los mundos que les adoraban. Esta sucesión a modo de espejo de los monarcas supremos todavía puede parecer eterna para aquellos que no han percibido la gran sombra que siempre ha estado colocada tras cada deidad o panteón. Sin embargo, yo, sin ser de ninguna manera uno de su clase, fui capaz de advertir esa sombra y ver qué había estado eclipsando a esos antiguos dioses, puesto que era una entidad mucho más antigua, el oscuro fondo contra el que siempre habían mantenido sus correrías lo mejor que podían. Pero esta aparición en primer plano era algo nuevo, un advenimiento que sucedió no hace mucho más de un siglo. Tal vez esa gran oscuridad, esa sombra, siempre hubiese reinado en otros mundos distintos al nuestro, lugares que nunca habían conocido a los dioses del orden, los dioses del designio. Incluso este mundo se había preparado para esto y había creado ciertos lugares donde la ilusión de una realidad casi no existía y donde los dioses del orden y el designio apenas podían respirar. Estos lugares, como la ciudad de Moxton, se convirtieron en tierra fértil para aquella oscuridad que nadie había visto nunca.

»Sí, no hace mucho más de un siglo que la gente de este mundo descubrió la conciencia de un nuevo dios que no era un dios. Esta conciencia nunca puede completarse, nunca alcanza un verdadero martirio de iluminación, salvo entre los elegidos. Yo mismo tardé en llegar hasta ella. La autenticidad de mi explicación puede ser cuestionable y arbitraria, teniendo en cuenta su origen. No obstante, hay una tradición de revelación, un antiguo protocolo, por el que la sabiduría de lo oculto nos llega a través de textos infusos; y es a través de estas escrituras dictadas desde el más allá que nosotros en este mundo descubrimos lo que no tenemos y no podemos experimentar en una confrontación directa, la del Tsalal. Pero el libro que he escrito, y que he titulado Tsalal, no es el códice revelado del que estoy hablando; solo es un reflejo, o más bien una síntesis, de esos otros escritos donde primero detecté la existencia, la aparición, del mismo Tsalal.

»Por supuesto, siempre han existido escritos de una clase determinada, una tradición primigenia que aludía a la oscuridad de la creación y las monstruosidades de cualquier tipo, humanas e inhumanas, como si hubiera diferencia. Algo totalmente oscuro y grotesco siempre ha estado presente en todas las lenguas de este mundo, ha aparecido a intervalos y ha arrojado su sombra durante un instante sobre historias que trataban de interpretar las cosas, a menudo confundiendo el relato más alegre. Y esa sombra nunca se desvanece en ninguna de esas historias, aunque intentemos que ocurra lo contrario. La oscuridad de lo grotesco es un enigma inmortal: en todas las leyendas de los muertos, en todos los relatos sobre las criaturas de la noche, en todas las mitologías de dioses locos y demonios lúcidos, permanece una especie de burlona

tontería hasta el final, una voz pastosa y retumbante que sale del corazón de esas historias y manifiesta: “todavía estoy aquí”. Y la risa idiota de esa voz, ¡cómo resuena por los siglos!, a menudo alcanza nuestros oídos a través de ciertas historias en las que este espíritu grotesco ha tenido algo que ver. Aunque hemos intentado ignorar la risa de esa voz, aunque hemos tratado de ahogar sus palabras y protegernos teniendo siempre otras palabras en mente, todavía resuena en todo el mundo.

»Pero no hace mucho más de un siglo que esa risa empezó a aumentar. Tú mismo la has oído, Andrew, mientras a hurtadillas hacías incursiones en mi biblioteca durante tus días de infancia y te deleitabas en un gótico festín de lo grotesco. Esos libros no guardan un conocimiento arcano dirigido a unos pocos, sino que fueron escritos para un mundo que había empezado a despreciar a los dioses del orden y el designio, a cuestionar su propia existencia y a exaltar el desorden de lo grotesco. Ahora ambos hemos estudiado los libros en los el que Tsalal fue revelado poco a poco como el núcleo de nuestro universo, y aunque los autores no fueran culpables de las revelaciones, sí que las perpetraron. Fue de uno de los más inteligentes de esa secta de escritores góticos, de donde tomé ese nombre. Recuerda, Andrew, las aventuras de un Arthur Pym en una tierra fantástica, donde todo, tanto la gente como el paisaje, es de una perfecta oscuridad, el país antártico de Tsalal. Esto estaba entre las mejores evocaciones que he descubierto de aquella oscuridad que nadie había visto antes, un hallazgo literario de un ser sin alma ni sustancia, sin propósito ni necesidad; no se trataba de un universo de designio y orden, sino uno cuyo único principio era el de transmutación sin sentido. Un universo de lo grotesco. Y a partir de ese momento se convirtió en mi ambición invocar a lo que ahora llamamos el Tsalal y a la larga llevar a cabo una encarnación material de la cosa en sí misma.

»Con el paso del tiempo, al descubrir que había otros tan obsesionados con una aspiración similar a la mía, formamos una sociedad: los elegidos del Tsalal. También habían sido expertos de los antiguos dioses que habían permanecido impotentes o se habían extinguido con la aparición de aquel, un advenimiento inevitable que estábamos ansiosos por acelerar y perdernos en él. Pues habíamos reconocido la máscara de nuestras identidades y la única consolación por lo que habíamos perdido, una salvación retorcida, era adoptar la fatalidad del Tsalal. Para este propósito era fundamental una mujer sobre la que ejecutaríamos una ceremonia de concepción. Y fue durante esos ritos cuando llegamos a la más estrecha comunión con aquel ser, que se movía en nuestro interior y provocaba los cambios más asombrosos en muchas cosas.

»Cuando nos reunimos aquella noche, ninguno de nosotros sospechaba cómo sería. Todo esto ocurrió en otro país, en un país más antiguo que este, pero que sin embargo era un lugar como la ciudad de Moxton, un sitio donde el aspecto de este mundo parecía vacilar a ratos y rondaba ante nuestros ojos como una simple niebla.

Este lugar fue conocido en nuestro círculo como la calle de las Farolas, que era el mismo centro de una zona bajo el signo del Tsalal. Según recuerdo, las farolas parecían solo una peculiaridad de la escena, un accidente del ambiente, pero en aquel momento fueron para nosotros los ojos del mismo Tsalal. Estos elementos de la acera, de cristal radiante sostenido sobre pies de oscuro metal, formaban una procesión de ensueño a lo largo de la calle, un espectáculo de patetismo y misterio infinito. Un poeta de esa época las llamaba “las azucenas de hierro”, y otro comparaba su iluminación, parecida a una joya, con el topacio amarillo. En un idioma distinto y una ciudad diferente, estos artilugios —les réverbères, les becs de gaz— también se celebraban, como un símbolo enigmático de un siglo, un mundo, que titilaban.

»Fue en esa calle donde preparamos un sitio para tu nacimiento y tu educación bajo el signo del Tsalal. Había otros pocos habitantes en aquella zona destartalada, que abandonaron poco después de que nacieras, asustados por los cambios que todos vimos que estaban teniendo lugar en la calle de las Farolas. Al principio los cambios fueron leves: las arañas habían empezado a tejer telarañas sobre las piedras de la calle y unos delgados hilos de humo salían por los cañones de la chimenea y se enredaban en el cielo. Cuando llegó la noche de tu nacimiento los cambios se hicieron más acusados. Se centraron en la sala en la que nos reunimos para recitar la invocación al Tsalal. Conjuramos en la noche, de pie en círculo alrededor de la mujer que había sido el objeto de la ceremonia de concepción. ¿He mencionado que no era uno de nosotros? No, era una demacrada habitante de la calle de las Farolas, de cuyo cuerpo nos habíamos apropiado hacía unos meses, un miembro honorario de nuestra secta a la que tratamos muy bien durante su periodo de cautiverio. Cuando el momento de tu nacimiento se fue acercando, se tumbó en el suelo de la sala ceremonial y empezó a gritar con muchas voces diferentes. No esperábamos que sobreviviera a la terrible experiencia, como tampoco esperamos las consecuencias inmediatas de la encarnación que tratábamos de llevar a cabo, la consumación de un vínculo entre esa mujer y el Tsalal.

»Estábamos invitando al caos a entrar en el mundo, lo sabíamos. Habíamos sido obnubilados por la posibilidad de un desorden absoluto. Con una sensación de exaltación macabra, recibimos un presentimiento de una pesadilla universal, el punto máximo de las cosas. Pero en esa noche, incluso mientras invocábamos al Tsalal dentro de aquella sala, experimentamos un terreno de lo irreal que hasta la fecha desconocíamos. Descubrimos que nunca había sido nuestro deseo perdernos en lo irreal, no del modo que nos amenazaba en la calle de las Farolas, porque cuando tú, Andrew, empezaste a entrar al mundo a través de esa mujer, también entró el Tsalal a través de ella. Era la semilla de él, y su sangre se derramaba radiante en el suelo fértil de lo irreal que se encontraba en la calle de las Farolas. Miramos por las ventanas de la sala, contemplando nuestra huida, pero entonces advertimos que ya no había calle,

ni edificios; lo único que quedaba eran las farolas con su resplandor amarillo chillón como estrellas podridas, hileras interminables de farolas que ascendían hacia la negrura que todo lo abarcaba. Imagínatelo, hileras interminables de farolas que ascendían hacia la negrura. Todo lo que preservaba la realidad del mundo a nuestro alrededor había desaparecido. Nos dimos cuenta de que nuestros propios cuerpos estaban demacrados y reducidos, mientras que el cuerpo de aquella mujer, la semilla del apocalipsis que se avecinaba, se hinchaba cada vez más con el poder y la magia del Tsalal. En aquel momento supimos lo que había que hacer si alguna vez escapábamos de la irrealidad sembrada en aquel lugar llamado la calle de las Farolas.

9. Una ciudad fantasma

Incluso en la época de los McQuister, que casi nadie recuerda muy bien, Moxton era una ciudad fantasma. Allí ningún edificio pareció nunca nuevo, y cada asqueroso ladrillo o tablón descolorido, cada tablilla incrustada o toldo desgastado parecía proceder de la desaparición de una estructura de otra ciudad, de los desechos de un centro próspero que no usaba materiales muy gastados. Los escaparates principales de las tiendas estaban empañados con una confusión de imágenes reflejadas de otro sitio. En Moxton, donde los edificios estaban por la calle como objetos extraños olvidados en el estante de un sótano, podían haberse deshecho de establecimientos enteros.

Tenía la apariencia de una ciudad, pero no era bien una ciudad de verdad, sino un telón de fondo de un viejo escenario hecho de cartón, con los bordes, acariciados con un antiguo pincel, indiferentes a los detalles de carácter e identidad, con los nombres de las calles y las tiendas cubiertos de garabatos sin sentido que nadie iba a leer nunca. Todo lo que podría haber sido real en aquella ciudad, de algún modo, se había desbaratado. Allí nada prosperaba, nada influía con su presencia o su ausencia.

Los comercios no podrían hacer más que sobrevivir en Moxton. Incluso empresas más grandes, como tiendas de baratillo o un cómodo hotel, eran incapaces de imponerse, y se veían forzados a asumir el mismo aire de irrealidad que poseían los establecimientos menos importantes: la zapatería cuyo diminuto escaparate exponía la mercancía hacía ya tiempo pasada de moda, la tienda de ropa donde el polvo se acumulaba en los pliegues de las prendas que llevaban puestas los maniquíes o el taller de reparación, donde un buen número de artículos llevados hasta allí estaban abandonados, sin que nadie los reclamara, desperdigados y corroídos por todos los rincones del local.

Hace muchos años abrió un cine en la destacada esquina de Webster y Main, y décadas antes habían colgado un semáforo sobre la intersección de esas calles. Una gran señal de neón con unas letras colocadas en vertical formaba la palabra

«RIVIERA». Durante un momento esa palabra apareció de un color magenta achicharrado en contraste con el atardecer de Moxton, y atrajo de arriba abajo de la calle a todos los de la ciudad. Pero al caer la noche las letras resplandecientes se habían atenuado y su glamour se había ahogado en un ambiente enrarecido, donde a las vistas y los sonidos se les extraía la realidad. Ahora, la luz del nuevo cine no brillaba más que la de la farmacia McQuister al otro lado de la calle. Ambos tenían asignada una clientela fija y modesta en la ciudad fantasma que no estaba más encantada con el uno que con el otro.

Por tanto, hasta ahí llegaba el compromiso de Moxton con cualquier manifestación de la realidad, pues hay ciertos lugares que existen en el camino de la real: una casa, una calle, incluso ciudades enteras que tienen concesiones sobre ellas gracias a alguna afinidad indescriptible con las órdenes más remotas del ser. Estos lugares son suelo fértil para lo irreal y retienen la mínima inmunidad frente a las aberraciones y los desórdenes exóticos. Sus concesiones para una determinada manera de realidad son solo gestos conciliadores, un modo de contenerla a través de una aceptación limitada. Era innecesario, incluso perverso, resistirse a la construcción del cine o de una nueva iglesia (fundada en 1893 por el reverendo Andrew Maness). Una acción como esa imbuye las cosas de una medida injustificada de sustancia o poder, y en una ciudad fantasma hay poca sustancia, mientras que todo el poder reside únicamente en lo irreal. Los ciudadanos de un lugar como ese son guardianes de una extraña propiedad, un estado muy valioso cuyos dueños verdaderos están ausentes un momento. Todo lo que queda por hacer antes de adueñarse por completo de la tierra es plantar la semilla única y cuidarla durante el tiempo necesario, un intervalo que no tiene nada que ver con las horas y los días del mundo.

10. Una súplica del pasado

Conforme Andrew Maness iba creciendo en la ciudad de Moxton, fue observando cómo se sumía su padre en la desesperación y el asombro al no poder deshacer lo que aquellos otros y él habían engendrado. En unas cuantas ocasiones, el reverendo había entrado en la habitación de su hijo cuando el chico dormía. Con un cuchillo, un hacha y una guadaña de mango largo trató de romper el vínculo entre su hijo y el Tsalal que cada vez creía más. A la mañana siguiente la habitación del joven Andrew apestaba como un matadero, pero sus miembros y órganos volvían a reconstruirse por completo, fluía una sangre nueva dentro de él y todo demostraba la realidad de lo que su padre y aquellos otros adoradores de aquel ser habían traído al mundo.

Había veces en que el reverendo Maness, en un estado de sobrecogimiento y desesperación, despertaba a su hijo en sueños y le suplicaba, le informaba de que estaba llegando a una peligrosa coyuntura en su desarrollo y le rogaba que se

sometiera a un peculiar ritual que se consumaría con la perdición del joven.

—¿Qué ritual es ese? —preguntaba Andrew con el entusiasmo de un novicio.

Pero el don del discurso del reverendo quedaba paralizado ante esta pregunta y pasarían muchas noches antes de que volviera a mencionar el tema.

Al final el reverendo Maness fue a la habitación de su hijo y llevó el libro. Lo abrió por las páginas del final y comenzó a leer; y lo que leyó preparaba un plan para la destrucción del chico. Esas palabras eran las suyas, el capítulo final de una gran obra que había compuesto documentando una abundancia de revelaciones acerca de la fuerza o la entidad denominada el Tsalal.

Andrew no podía apartar los ojos del libro y se esforzaba por captar cada resonancia de la lectura de su padre, aunque el ritual del que el anciano hablaba dictara de manera atroz la muerte de Andrew, la destrucción de la semilla del apocalipsis que se llamaba el Tsalal.

Tu fórmula para anular mi existencia requiere la participación de otros —señaló Andrew—, los elegidos de… aquel.

—Tsalal —recitó el reverendo Maness, todavía cautivado por una nomenclatura esotérica.

—Tsalal —repitió Andrew—. Mi protector, el guardián del negro vacío.

—Todavía no eres la criatura completa de aquel. He intentado cambiar lo que no he podido, pero has permanecido demasiado tiempo en este lugar, que era el lugar equivocado para un ser como tú. Estás naciendo por segunda vez bajo el signo del Tsalal, pero todavía hay tiempo si te sometes al ritual.

—Tengo que hacerte una pregunta, padre: ¿quién lo llevará a cabo? ¿Se reunirán unos extraños en esta ciudad?

Después de una pausa totalmente reflexiva, el reverendo dijo:

—Ya no queda nadie que pueda venir. Fueron necesarios para revivir los acontecimientos que siguieron a tu nacimiento, la primera vez que naciste.

—¿Y mi madre? —preguntó Andrew.

—No sobrevivió.

—¿Pero cómo murió?

—Por el ritual —confesó el reverendo Maness—. En el ritual de tu nacimiento fue necesario ejecutar el ritual de la muerte.

—Su muerte.

—Sí, como ya te he contado, ese ritual nunca se había llevado a cabo, y ni siquiera se había considerado antes de esa noche en la que naciste. No sabíamos qué esperar. Pero cuando se llegó a un punto, después de ver ciertas cosas, actuamos de la manera correcta, como siempre habíamos pensado que habría que hacer.

—¿Y que había que hacer, padre?

—Está todo en el libro.

—Tienes el libro, pero todavía te faltan los otros. Por así decirlo, los feligreses.

—Tengo mis fieles en esta misma ciudad. Ellos harán lo que haya que hacer. Debes someterte. Debes consentir el final de tu existencia.

—¿Y si no lo hago?

—Pronto el vínculo se sellará entre tú y ese otro —indicó el reverendo—, aquel que es la pesadilla de las metamorfosis grotescas detrás del sueño de las formas terrenales, aquel que es el centro de la supuesta entidad y la supuesta esencia. A las ilusiones vivas del mundo de la luz vendrá una negrura que nadie ha visto jamás, un amanecer de oscuridad. Lo que tú mismo has conocido sobre estas cosas es solo un vistazo rápido, una llama titilante tras la conflagración que está por venir. Te has visto fascinado por aquellos momentos después de haber dormido y al despertar has percibido que las cosas a tu alrededor han sufrido un cambio en su forma. Las miras mientras cambian de una manera extraña y sientes el poder que las cambia, que está conectado a tu ser, que te transmite su magia a través de un delicado cordón. Entonces el cordón se hace cada vez más fino para que puedas sujetarlo, tu mente vuelve a ti y termina la pequeña actuación que estabas presenciando. Pero ya has permanecido tiempo suficiente en este lugar para que haya comenzado un segundo nacimiento bajo el signo de Tsalal. El cordón entre aquel y tú es fuerte. Dondequiera que vayas, te encontrará. Dondequiera que estés, allí empezarán los cambios, pues tú eres la semilla de aquel. Eres como la luz, la semilla de hueso de la profecía rabínica, esa parte de cada mortal que reconstruirá todo el cuerpo y será juzgada al final de los tiempos. Dondequiera que te quedes, allí empezará la resurrección. Eres un fragmento del que está por encima de la ley y la razón. El cuerpo que nacerá de ti es el verdadero cuerpo de todas las cosas. Los cambios en sí mismos son el cuerpo del Tsalal. Los cambios son la verdad de todos los cuerpos, que creemos que tienen un rostro y una sustancia solo porque no podemos ver que siempre están cambiando, que son solo formas frágiles que se hacen añicos para siempre en la violenta vorágine de la verdad.

»Esto es como será durante todos tus días, serás arrastrado a un lugar que revela el signo del Tsalal, un aspecto de lo irreal, un glamour de abandono en las cosas, y con tu llegada empezarán los cambios. Esto pasará inadvertido durante un tiempo, afectará tan solo a las cosas más pequeñas o a las más grandes de un modo sutil, un trastorno de las formas que conoces muy bien. Pero habrá gente que se dé cuenta de que algo anda mal en ese sitio, que será una casa, una calle o incluso una ciudad entera. Deambularán con ojos inquietos y se consumirán, y sus huesos se harán cada vez más delgados por la preocupación, se gastarán y se retorcerán, tal y como el mundo a su alrededor poco a poco se va deshaciendo de todo lo que es real, dejándolos famélicos del alimento de viejas ilusiones. Empezarán a circular rumores sobre cosas desagradables que creen haber visto o sentido aunque no pueden explicar,

un desorden entre las criaturas más débiles o tal vez una piedra que vibra con una leve actividad. Pues estos son los modestos comienzos del caos que a la larga consumirá hasta las mismas estrellas, que se quedará para arrastrarse dentro de la gran negrura que nadie ha visto jamás. Y por la proximidad a tu ser sabrán que eres la fuente de esos cambios, que a través de ti esos cambios irradian hacia el mundo. Cuanto más tiempo permanezcas en un lugar, peor será. Si dejas ese lugar a tiempo, entonces los cambios no tendrán un poder duradero, el instante final no se alcanzará y será como las pequeñas manifestaciones de lo grotesco que has presenciado en tu propia habitación.

—¿Y si me quedo en ese sitio? —preguntó Andrew.

—Entonces los cambios continuarán hasta el final. Siempre que puedas soportar cómo se degrada y se confunde el aspecto de las cosas, siempre que puedas soportar cómo se marchitan las mentes y los cuerpos de la gente de ese lugar, los cambios continuarán hacia el instante final, la desintegración de todo orden aparente, el nacimiento del Tsalal. Antes de que esto ocurra tienes que someterte al ritual del instante final.

Pero Andrew Maness se limitó a reírse del plan de su padre y el sonido de su risa casi destrozó del todo al reverendo. Con una voz seria que utilizó a propósito le preguntó:

—¿De veras crees que conseguirás que los demás participen?

—La gente de esta ciudad hará el ritual —replicó su padre—. Cuando hayan visto determinadas cosas, harán lo que ha de hacerse. Las ansias por preservar las ilusiones de su mundo superarán su terror, por lo que tendrán que hacer algo para salvarlo. Pero será decisión tuya si te sometes o no al ritual que determinará el curso de tantas cosas en este mundo.

11. Una reunión en Moxton

Todas las personas de la ciudad se reunieron en la iglesia que el reverendo Maness había construido hacía muchos años. Nadie había sucedido al reverendo y tampoco se habían oficiado más ceremonias desde sus días de pastor. Le habían hecho la instalación eléctrica al edificio, pero la iluminación de las numerosas velas y lámparas de aceite que la congregación había traído complementaba la luz de una tarde grisácea que penetraba por las dos filas de ventanas sencillas y apuntadas que había a ambos lados de la iglesia. En una esquina de una de aquellas ventanas, una araña hurgaba en su tela, y forcejeaba torpemente con los apéndices, que en vez de ser las ágiles patas de un arácnido, parecían un octeto de tentáculos fláccidos. Después de unos cuantos intentos, la criatura alcanzó la superficie del cristal de una ventana, donde empezó a moverse con libertad en su nuevo elemento.

La gente de Moxton había intentado descansar antes de aquella reunión, pero su aspecto demacrado demostraba que no lo habían conseguido. El conjunto de la población apenas llenaba media docena de bancos en la parte delantera de la iglesia, aunque algunos estaban tirados por el suelo y otros, nerviosos, arrastraban los pies por el pasillo central. Todos parecían más escuálidos que el día anterior, cuando habían intentado escapar de la ciudad y, sin explicación alguna, se habían encontrado volviendo a ella.

—Todo ha empeorado desde que regresamos —dijo un hombre, como para empezar la reunión que no tenía una esperanza o un propósito claro, aparte de congregar en un único lugar las pesadillas de la gente de Moxton.

Se levantó un murmullo de voces que resonó por toda la iglesia. Muchas personas hablaron de lo que habían visto la noche anterior y recitaron una letanía de fenómenos grotescos que les habían impedido dormir.

Una pared de un dormitorio cambió su color sonrosado normal, que era tranquilo y claro a la luz de la luna, por un agitado y luminiscente verde que ondeaba como la piel de un gran reptil. El cuello de una muñequita empezó a alargarse hasta que se retorció por el aire como una serpiente, mientras la diminuta cabeza de la muñeca susurraba palabras sin sentido que transmitían un horrible significado. Cosas que nadie había visto hacían ruidos de naturaleza muy perturbadora en la oscuridad de los sótanos o detrás de las puertas de los armarios. Y entonces apareció algo que la gente veía cuando miraba por las ventanas de sus casas hacia la casa donde ahora vivía un hombre llamado Andrew Maness. Pero cuando empezaron a describir lo que veían en los alrededores de aquella casa, a la que llamaban la casa McQuister, sus palabras no eran claras. Habían visto algo, aunque no habían visto nada.

—Yo también he visto lo que cuentas —susurró el hombre alto con barba que llevaba un sombrero de ala ancha—. Era oscuridad, pero no la oscuridad de la noche o de las sombras. Se cernía sobre la vieja casa McQuister y a su alrededor. Era algo que no veía en Moxton desde los cambios.

—No, no en Moxton, no en esta ciudad, pero lo habíamos visto antes. Todos los habíamos visto —dijo la voz de un hombre que sonaba como si viniera de otra parte de la iglesia.

—Sí —contestó el hombre alto, como si confesara una cosa que antes hubiese negado—, pero no lo vemos del modo que deberíamos, de la manera que lo veíamos cuando estuvimos fuera de la ciudad, cuando intentamos marcharnos pero no pudimos.

—No fue la oscuridad que vimos entonces —señaló una de las mujeres más jóvenes, que parecía estar luchando contra una imagen de su memoria—. Era algo… algo que no era la oscuridad en absoluto.

—Eran cosas diferentes —gritó un anciano que de repente se levantó de uno de

los bancos, mientras sus ojos se quedaban fijos con una mirada de revelación.

Un momento después, la visión pareció desvanecerse y el anciano se sentó de nuevo. Pero en los ojos de los demás persistió, y reconocieron los espacios vacíos de la iglesia y observaron las luces parpadeantes de todas las lámparas y las velas.

—Eran cosas diferentes —empezó alguien a decir.

Luego otro completó el pensamiento:

—Pero todas se movían y eran confusas, todas giraban.

—Hasta que lo único que pudimos ver fue una gran oscuridad —dijo el hombre alto mientras recobraba la voz.

Entonces un silencio invadió la congregación. Las palabras que habían estado diciéndose parecieron desaparecer en él y, una vez más, la gente de Moxton fue arrastrada al refugio de su antigua amnesia. Pero antes de que sus mentes perdieran toda claridad de recuerdo, una mujer llamada señora Spikes se levantó y desde la última fila de la iglesia, donde estaba sentada sola, gritó:

—Todo empezó con él, el que vive en la casa McQuister.

—¿Hace cuánto tiempo? —preguntó una voz.

—Demasiado —respondió la señora Spikes—. Me acuerdo de él. Es más viejo que yo, pero no lo parece. Su pelo tiene un color extraño.

—Rojizo como la sangre clara —comentó uno.

—Verde como el moho —apuntó otro—, o amarillo y naranja como la llama de una vela.

—Vivía en esa casa, en esa misma casa, hace mucho tiempo —continuó la señora Spikes—. Antes de los McQuister. Vivía con su padre, pero no me acuerdo de la historia. No vi nada por mí misma. Algo ocurrió una noche, algo le ocurrió a la ciudad entera. Se llamaba Maness.

—Ese era el nombre del hombre que construyó esta iglesia —dijo el hombre alto —. Fue el primer clérigo que vio esta ciudad y no hubo otros después de él. ¿Qué sucedió, señora Spikes?

—Fue hace mucho tiempo para que nadie lo recuerde. Solo me sé las historias. El reverendo decía cosas de su hijo, decía que el chico iba a hacer algo y que la gente debía impedir que eso ocurriera.

—¿Qué pasó, señora Spikes? Trate de recordar.

—Lo estoy intentando. Fue ayer cuando empecé a recordar, cuando volvimos a la ciudad. Me acuerdo de algo que dijo el reverendo en las historias sobre aquella noche.

—Yo la oí —comentó otra mujer—. Dijo: «bendita sea la semilla que está plantada para siempre en la oscuridad».

La señora Spikes se quedó mirando en línea recta y golpeó suavemente la parte superior del banco con la mano derecha, como si con ello trajera recuerdos a su

memoria.

—Es lo que se suponía que había dicho esa noche. «Bendita sea la semilla que está plantada para siempre en la oscuridad». Insistía en que la gente tenía que hacer algo, pero las historias que oí cuando era joven no decían qué era. Algo acerca de su hijo. Era algo raro, algo que nadie entendió. Pero nadie hizo nada de lo que él quería que hicieran. Cuando lo llevaron a casa, su hijo ya no estaba allí y nadie volvió a ver al joven. Las historias cuentan que los que llevaron al reverendo a casa vieron cosas, pero nadie pudo explicar lo que vio. Lo que la gente sí recuerda es que más tarde, aquella misma noche, las campanas empezaron a repicar en la torre de la iglesia. Allí encontraron al reverendo, colgado. Hasta que los McQuister se mudaron a la ciudad, nadie se acercó a la casa del reverendo. Después fue como si nadie recordara nada de aquel sitio.

—Así como nosotros no recordamos lo que pasó apenas ayer —dijo el hombre alto—. ¿Por qué regresamos a este lugar cuando era el último sitio en el que queríamos estar? La oscuridad que vimos era una oscuridad que nadie había visto jamás. Esa oscuridad que no era tal, sino que era todos los colores y las formas de las cosas que oscurecían el cielo.

—¡Una visión! —gritó un anciano que durante años había sido el propietario de la farmacia McQuister.

—Tal vez solo sea eso —contestó el hombre alto.

—No —les explicó la señora Spikes—, es algo que él provocó. Es como todo lo demás que ha estado ocurriendo desde que vino y estuvo demasiado tiempo aquí. Todos los pequeños cambios en las cosas están empeorando. Es algo que se ha estado acercando como una tormenta. La gente se ha dado cuenta de que ahora está en la ciudad y se cierne sobre su casa. Los cambios en las cosas son peores que nunca. Dentro de poco seremos nosotros los que cambiaremos.

Luego se alzó un coro de voces entre la congregación, que estableció un conflicto entre «debemos hacer algo» y «¿qué se puede hacer?».

Mientras la gente de Moxton murmuraba y temía a la luz de las velas y las lámparas, poco a poco fue creciendo la oscuridad en el exterior de las ventanas de la iglesia. Una oscuridad anormal estaba sorprendiendo la tarde gris. Y las palabras de aquellas personas también empezaron a cambiar, como ya habían cambiado muchas cosas en aquella ciudad. Dentro de las mismas voces se mezclaban protestas y lamentos de miedo y una invocación en voz baja y murmullos. Pronto, los tonos más altos de las notas de aquellas voces disminuyeron y después desaparecieron totalmente, mientras los sonidos más profundos de la invocación prevalecían. Todos recitaban ahora una única palabra en una armonía hipnótica: «Tsalal, Tsalal, Tsalal». Y en el púlpito estaba el que dirigía la salmodia, el hombre cuyo pelo de tonos extraños brillaba a la luz de las velas y las lámparas. Al final había venido desde su

casa, donde había permanecido mucho tiempo.

La campana de la torre empezó a repicar con ecos rotos. La cacofonía resonante de las voces aumentó dentro de la iglesia, pues eran las voces de la gente que había vivido durante mucho tiempo en el lugar equivocado. Era la gente de una ciudad fantasma.

La figura del púlpito alzó las manos ante la congregación y se hizo el silencio. Cuando clavó los ojos en una anciana que estaba sentada sola en la última fila, esta se levantó de su asiento y caminó hacia las dos puertas de la parte posterior de la iglesia. El hombre del púlpito extendió los brazos y la anciana tiró de ambas puertas.

Más allá de la puerta abierta se veía la calle principal de Moxton, pero ya no era como antes. Una oscuridad que todo lo abarcaba había descendido y solo podían verse las luces de la ciudad, pero esas luces eran tan infinitas como la oscuridad misma. Las hileras de farolas amarillentas se extendían hasta el infinito por una avenida del abismo. Se vislumbraban los fragmentos de unas luces de neón, las vibrantes letras magenta del cine que se repetían una y otra vez, como si se reflejaran en una multitud de espejos negros. En medio de las otras luces flotaba en el aire una sucesión interminable de semáforos que llenaban la oscuridad como estrellas multicolores. Todos esos restos brillantes de la ciudad, con sus piezas rotas que se transformaban, se oscurecían y se deformaban cada vez más, transmitían su resplandor a la oscuridad que los consumía, como si de una manera extraña multiplicaran las imágenes rotas del mundo y las recogieran dentro de un calidoscopio de colores tan densos y variados que se perdieran dentro de una negra unidad.

El hombre que había construido la iglesia en la que la gente de Moxton estaba reunida había hablado de un último instante. Ahora era inminente. Conforme el momento llegaba, la concurrencia dentro de la iglesia se movía hacia la figura del púlpito, que descendió para unirse a ellos. Estaban mucho más allá de todos sus miedos, aquella gente fantasma. Habían alcanzado el hueso desnudo de aquel ser, la última capa de una existencia sin nombre ni descripción, sin naturaleza ni esencia: la nada de la oscuridad que nadie había visto… ni volvería a ver, puesto que nadie jamás había vivido excepto como una sombra de la oscuridad del Tsalal.

Y sus ojos miraron a aquel que era la encarnación de la oscuridad y que había venido a ellos para sellar el vínculo con aquel otro. Lo miraron buscando alguna palabra, algún gesto, que llevara a cabo aquel día que se había convertido en noche. Lo miraron buscando la cosa que los ataría a la oscuridad y los uniría dentro del apocalipsis de lo irreal.

Finalmente, como guiado por un capricho del momento, él les contó cómo hacer lo que se tenía que hacer.

12. Lo que se recuerda

La historia que circuló años más tarde entre la gente de Moxton contaba que todos se reunieron en la iglesia una tarde durante una gran tormenta que se prolongó hasta la noche. La iglesia, abandonada durante décadas antes de este acontecimiento, era muy sólida y demostró ser un refugio apropiado. Hubo algunos que recordaron que, las semanas antes del cataclismo, se produjeron algunas manifestaciones extrañas, producto de lo que llamaron un tiempo raro en los alrededores de la ciudad.

Los detalles de aquella época no están muy claros, ni tampoco los recuerdos de un hombre que ocupó por poco tiempo la vieja casa McQuister en la misma época que la tormenta. Nadie habló con él salvo la señora Spikes, que apenas recordaba la conversación y que murió de cáncer poco después de la mayor tormenta del año. La casa en la que había vivido aquel hombre antes había sido de unos parientes de Ray Starns, pero los Stan ya no vivían en Moxton. De todas maneras, la vieja casa McQuister no era la única desocupada de la ciudad fantasma, y no había razón para preocuparse. Tampoco le dieron mucha importancia a la iglesia una vez pasó la tormenta. Las puertas volvieron a asegurarse contra los intrusos, pero nadie volvió a probar los viejos candados que se pusieran de vez cuando el reverendo Maness se colgó de la torre de la iglesia.

Si la gente de la ciudad de Moxton se hubiera aventurado más allá de aquellas puertas, habrían visto lo que dejaron atrás tras aplacarse la tormenta. A los pies del púlpito estaba el esqueleto de un hombre cuyo nombre nadie sería capaz de recordar. Los huesos estaban limpios. No se podría hallar un solo trozo de carne, ni en la iglesia ni en ningún otro sitio de la ciudad, porque la carne era de aquel que había permanecido en cierto lugar demasiado tiempo. Era la semilla y ahora había sido plantada en un lugar oscuro donde no crecería. Habían enterrado profundamente su carne en la tierra yerma de sus cuerpos escasos. Solo había, esparcidos por el suelo, unos pocos pelos de un color inusual, que se mezclaban con el polvo de la iglesia.

La voz de los huesos

La oscuridad de arriba era profunda y continua. Se alzaba hacia ella una torre con una única abertura que enmarcaba una luz blanca y titilante. La estrecha hendidura estaba situada a gran altura dentro de la oscuridad y la envolvía su unidad, densa y sin voz. Debajo de la torre había otros edificios desperdigados y unas luces aparecían aquí y allá en la oscuridad inferior. Una de ellas procedía de una farola colocada en una pared, en la esquina de una calle agrietada. La farola esparcía su resplandor por la pared gris y sobre dos figuras inmóviles que había delante de ella. Sus caras, tiesas y perfectas, no tenían color, ni tampoco había una señal alguna de aliento bajo la cubierta oscura de sus formas; eran simples seres de dedos largos y ojos vacíos. Sin embargo, su mirada estaba centrada con claridad sobre un edificio situado al otro lado de la calle desierta, y se dirigía con rigidez a una ventana en concreto. De vez en cuando alguien miraba detenidamente por el borde de esa ventana, aunque nunca se quedaba más de un momento antes de retirarse de la vista; y ocupaba una habitación donde todo parecía temblar por las sombras.

Las sombras se movían despacio, ocultaban muchos objetos dentro de la estancia y parecían cambiar los contornos del sencillo mobiliario. Las dimensiones de la misma habitación llegaban a alterarse. En el curso de estas lentas transformaciones salía hacia fuera, a un gran abismo, y se metía hacia dentro para crear un laberinto de extrañas bocacalles negras. Todas las formas se imponían a otras formas y reproducían un caos de dibujos solapados.

El ocupante de la estancia se mantenía en guardia en aquel entorno. Vio algo que se ocultaba dentro de una sombra y se movía por la madera de la ventana usando la sombra como una máscara. Empujó con suavidad los dedos hacia la pared, que sintió como si, cuidadosamente, cediera a su roce. Pero no había nada en la sombra, o ya se había ido, y cuando alcanzó el cordón colgante de una lámpara y lo estiró despacio, no fue la luz lo que llenó la habitación sino una voz.

—¡Señor Ja-ja! —chilló y su voz retumbó, convertida en muchas otras, a su alrededor.

—Ja-ja —repitió una voz similar.

Con prudencia apática se deslizó hacia la ventana y se asomó por el marco. No podía imaginar que esas voces fuertes e irregulares pertenecieran a las dos figuras que había al otro lado de la calle. No les había visto abrir la boca cuando lo llamaron con un nombre improvisado. Se quedaron firmes y atentos cerca de la alta pared rugosa. Apartó la mirada.

—¡Señor Tictac!

—Tictac, tictac.

Dio otro paso con un esfuerzo sumamente lento, y se detuvo en el centro del

marco de la ventana. Ahora lo verían, ahora lo sabían. Pero los que habían sido tan pacientes en su vigilia, habían abandonado la escena; y unas sombras se unieron a los ecos que se desvanecían en la habitación.

Después volvió a oír nuevos ecos, aunque eran definidos y penetrantes, como la mayoría de los sonidos producidos por el gran edificio que lo contenía: un interminable estrépito amortiguado o un breve crujido podía proceder de cualquier sitio sin dejar su origen o identidad. Pero estos nuevos ruidos, esos ecos en particular, no buscaban el anonimato y además había un foco, un centro en el que convergían. Unos pasos, el chirrido de una ventana que se cierra o el de una puerta cuando se abre despacio, o alguien que hurga entre los objetos de otra habitación son sonidos que hablan un idioma extraño en medio de las sombras que los envuelven y se unen a ellas en una combinación mayor.

Empezó a ir de habitación en habitación en una expedición laboriosa, y se convirtió en un fugitivo en un reino de suposiciones retorcidas. Por la ventana entraba un poco de luz, de luminiscencia vitrea, pero a menudo lo confundían ciertas desviaciones en la estructura de esas estancias. Cuando se vio forzado a doblar una esquina oculta, se topó de frente con una pequeña puerta, en cuyos bordes aparecían y desaparecían alternativamente en la oscuridad unos hilillos de luz. Abrió la puerta. Al otro lado, había un largo pasillo de techo bajo con una hilera de lamparitas que se encendían y apagaban a la vez en ambas paredes. Se quedó allí de pie, mirando fijamente, pues al parecer algo se le acercaba por el corredor en los intervalos de oscuridad, una multitud de oscuras formas que quedaban dispersas de manera imperfecta por la luz revertida, unos espectros retorcidos que de algún modo pertenecían a las mismas paredes y alargaban sus extremidades sin forma. Se puso en cuclillas y cruzó los brazos sobre el pecho para que su cuerpo no tocara nada que no tuviera que tocar. Cuando después la luz inundó el pasillo, lo atravesó corriendo y sintió que le empujaban hacia delante, que era propulsado de forma extraña por una fuerza que no era la suya, que no podía controlar. Una barandilla lo detuvo antes de que cayera en picado por unas escaleras y alcanzara la oscuridad que había allí abajo.

Sin embargo, aquellos tramos de escalera, que desde arriba describían un perfecto eje vertical, no tardaron en empezar a desviarse. Lo llevaron a zonas desconocidas del edificio sin ofrecerle un medio de escape, solo de refugio; y cuando se paró un momento para contemplar el mundo oscuro y sin puertas que le rodeaba oyó las voces resonantes.

—Señor Fracaso —le gritaron al unísono.

Siguió bajando la escalera y se resignó a cualquier destino al que lo dirigiera, siempre moviéndose con aquella rapidez irresistible que había poseído su cuerpo y confundido sus pensamientos. El eco de otros pasos lo seguía ahora. Lo alcanzaron una especie de objetos pequeños, apenas visibles, esferas lisas e irregulares que le

pasaron de largo rodando por las escaleras y después desaparecieron delante de sus ojos. Los otros no tardarían en verle y lo atraparían.

Por fin vio el final de la portentosa escalera y llegó a los cimientos abismales del edificio.

El suelo sobre el que ahora estaba parecía ser de pura arcilla, fría y sebosa. Delante de él había un pasadizo escabroso, casi un túnel, del que goteaba algo que despedía un resplandor grisáceo. Había otros pasadizos y también otras puertas dentro de las paredes húmedas. Al parecer, no le quedaba otra opción que esconderse en el interior de una de aquellas estancias, puesto que sobre aquel suelo resbaladizo ya no podría moverse con la misma velocidad que lo había llevado hasta allí.

Giró por un pasillo tras otro, pero para entonces aquellos ya estaban con él en las oscuras catacumbas. Había llegado la hora de refugiarse detrás de una de las puertas, que ocultaban perfectamente cualquier secreto que se escondiera tras ellas.

La habitación en la que se encerró estaba iluminada por una luz más débil que la de los pasillos de afuera. Era una iluminación oleosa y desigual que parecía proceder de un charco o una mancha de corrupción que salpicaba la grasienta arcilla del suelo. Un ambiente de suciedad y decadencia reinaba en la habitación, una presencia repugnante que era el alma de la matanza. La cámara, de dimensiones indefinidas, parecía ser un lugar para deshacerse de residuos carnosos de algún tipo. Estaba a punto de buscar un refugio mejor, cuando dos figuras salieron de algún oscuro recoveco dentro de la habitación.

—Señor Golpazo —dijo uno de ellos sin el menor movimiento de los finos labios.

Pues no eran ellos los que hablaban, sino otra cosa a través de ellos, algo que practicaba una extraña ventriloquia.

Cuando se dio la vuelta para intentar escapar por la puerta, resultó que estaba atrancada, atascada en el marco por unas sombras que obstruían sus bordes y supuraban una especie de sebo negro.

—Golpazo, golpazo, golpazo —susurraban las voces que se acercaban a él.

* * *

Transcurrió un intervalo de olvido y se despertó en una habitación completamente diferente. Esta era pequeña, un cubículo sin nada, iluminado solo por un peculiar resplandor que brillaba a través de una estrecha ranura de la gran puerta cerrada. La estancia no tenía ventanas. Notó el suelo arenoso y un tanto inestable, como si estuviera sostenido por una arena muy suelta. Estaba apoyado contra una pared en la oscuridad y tan solo sobresalían a la franja de luz del suelo sus piernas delgadas.

Una voz proveniente de algún sitio le susurraba. Poco a poco, las palabras fueron ganando fuerza, aunque de algún modo seguían siendo un sonido abstracto que apenas tonteaba con mensajes, que nunca eran del todo coherentes. Parecía que la voz

llegaba hasta él a través de la pared, ya que estaba solo en la habitación; pero, a pesar de todo, aquellos sonidos eran enérgicos, incluso penetrantes, como si no les afectara la interferencia amortiguadora de un muro.

—Escucha —dijo la voz—, ¿estás escuchando ahora? También soy un prisionero, pero no estoy en las mismas condiciones. Las cosas han cambiado en este lugar. Sé que te preguntas por aquellos que te trajeron aquí, y por otras cosas. ¿Estás escuchando? Alguien los hizo, ya lo sabes. El es el que los creó, él puede hacer ese tipo de cosas; e hizo algo más, algo que todavía continúa haciendo, pues nunca morirá de verdad. Las cosas han cambiado desde que vino a este sitio. Vino aquí con sueños extraños y todo empezó a cambiar. Se ocultó aquí y llevó a cabo sus sueños. Huesos y sombras, ¿estás escuchando? Pálidos huesos y negras sombras. Y ahora se ha marchado, pero aún está aquí. Sé que mi voz ya no es la misma, si estás escuchando; ahora es solo un eco. He oído muchas voces, ¿cómo no iba a convertirme en su eco? El eco de los sueños, sueños de sombras y huesos juntos. ¿Sabes a qué sombras me refiero? Te arrastraron hacia ellas, te llevaron hasta su oscuridad. Él soñaba sobre eso y puso en práctica su sueño. Los mismos huesos son solo sombras claras, el polvo de las sombras. Allá donde se juntan, también se reúnen las sombras. Y sueñan juntos. Esos sueños no han dejado este lugar. Todo está sujeto a las sombras, todo se entrega a ellas y a su oscuridad. Los huesos están callados porque las sombras les han arrebatado la voz. Yo soñaba con esto. Ahora todos somos sirvientes de las sombras, que se han llevado las voces de los huesos para unirlas con la oscuridad. Las sombras se han llevado esas voces y las están usando, escucha mis palabras. Todo ha cambiado, pero continuará mientras él esté soñando. Todo continúa, pero no es lo mismo. Estás…

Pero las palabras se interrumpieron cuando crujió la puerta y se entornó lentamente hacia él, mientras un confuso resplandor inundaba la celda. En la puerta abierta había dos figuras inclinadas y oscuras, sin facciones que contrastaran con aquella incandescencia brillante. No obstante, aquel resplandor no les impidió moverse hacia él con una eficiencia mecánica. Se situaron a ambos lados de su cuerpo, sentado y encorvado, y entonces lo levantaron con facilidad del suelo. Él se resistió con torpeza y al final agarró una de sus manos y comenzó a tirar de ella. La piel se deslizó de su muñeca y se arrugó como si se tratara de un guante; lo que reveló debajo fue una especie de relleno compuesto de astillas y esquirlas blancas que formaban una unidad dentro de una espesa pasta negra.

Lo sacaron al estrecho pasillo circular, donde la claridad de una multitud de lámparas colgantes descartaba cualquier indicio de sombras. Mientras colgaba entre los dos sirvientes, advirtió que la celda de al lado tenía la puerta abierta de par en par y no había nadie en su interior. Pero cuando empezaron a avanzar por el pasillo, pareció haber algo que se movía por la pared de la celda libre y que evadía la luz.

Pasaron por otras celdas, cuyas puertas estaban todas abiertas y revelaban un movimiento por el interior de las paredes, lo que sugería que no estaban del todo vacías.

Su muda escolta lo empujaba ahora hacia una puerta de arco apuntado, situada en la pared gris interior del pasillo. Al otro lado había una escalera de piedra que serpenteaba por el corazón de la prisión. La subió despacio y con rigidez con unas manos de largos dedos que le guiaban. En ese momento aparecieron unas sombras sobre la pared torcida y se juntaron para formar una criatura desproporcionada, un guía quimérico que conocía su camino y lo llevó hasta un lugar muy alto. La luz a su alrededor no varió, aunque con cada escalón que ascendía se imponía sobre él un sentido de oscurecimiento gradual. Estaba acercándose a una fuente enorme de oscuridad, un gran nexo de sombras, el lugar de nacimiento y, tal vez, el cementerio donde aguardaban las cosas sin sustancia, un reino de los primeros y últimos sueños.

La escalera acabó cuando ascendieron por el suelo hacia el centro de una gran sala. Una nueva especie de iluminación —una fosforescencia clara y granulada— se extendía allí por el espacio abierto que había a su alrededor. Esa luz extraña parecía emanar de unos cuantos recipientes transparentes con forma de urna que estaban colocados al azar sobre el suelo o encima de objetos de diversos tamaños. Cada uno de estos envases estaba relleno de una sustancia incolora y pulverulenta de la que irradiaba un resplandor frío y granulado. Pero este resplandor, este brillo fulgurante, no revelaba la superficie de la sala, es más, la cubría con otra y transfiguraba lo que había debajo.

En aquel resplandor agitado todo perdía la densidad y la presencia que poseía. Unos armarios amplios y majestuosos parecían tambalearse y apenas aguantar fijos sobre el suelo irregular. Las líneas rectas de unas estanterías altas se inclinaban ligeramente y amenazaban con desparramar los innumerables libros que contenían con tanta debilidad. Ya había muchos libros esparcidos por el suelo, con las páginas arrancadas y amontonadas en pilas irregulares que volarían por los aires en cualquier momento. Situado un poco más lejos en aquella cámara había un arsenal de artefactos curiosos, montados sobre la pared o suspendidos del techo por alambres, unos objetos que bien podrían haber sido alucinaciones, fantasmas por los que la mano de uno pasaría de largo al tratar de usarlos para su fin expreso. Parecían haber sido creados para trabajos que requerían desgarrar y arrancar, desollar y triturar. Sin embargo, por lo visto, nadie había utilizado aquellos instrumentos desde hacía mucho tiempo, por la corrosión que presentaban, que los destituía de su antigua sustancia y los situaba en la categoría de curiosidades fantasmales. Incluso la larga mesa baja donde se concentraban esos utensilios espantosos se desvanecía por la dejadez.

Sin embargo, los guardias lo obligaron a tumbarse sobre aquella basta tabla y lo ataron con unas correas tan deterioradas que con facilidad podría haberlas arrancado.

Pero los severos auxiliares no parecían conscientes del verdadero estado de las cosas, pues continuaban llevando a cabo las tareas rutinarias que en su época habrían tenido algún propósito antes de ser eclipsadas por cambios ajenos a ellos.

A través de la frágil neblina de la sala, miró cómo los guardas realizaban sus deberes y recogían los escombros ocultos que había debajo de la mesa, los restos de una tarea hace tiempo abandonada o una que ya no se practicaba de la misma manera desde hacía años. Depositaron este material en un gran arcón y lo encerraron allí dentro. Después, con el estudiado automatismo de los portadores de féretros, alzaron el arcón por las asas y se lo llevaron escaleras abajo por el centro de la habitación, dejando marcas con sus pesados pies en los peldaños de aquella gran torre de la prisión. Y el eco se desvaneció en las profundidades de allí abajo.

Con los movimientos torpes de una persona a la que han despertado antes de tiempo, él se apartó de la mesa. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la habitación tenía una ventana, una sencilla abertura sin cristal, pero repleta de tanta oscuridad que parecía ser solo una sombra pintada sobre la pared. Caminó despacio entre los montones de papel y otros desechos que había por el suelo, atento a las trampas de la luz fracturada de la habitación, y se asomó por el alféizar de la ventana. Abajo, en la distancia, pudo ver dos figuras diminutas entre las que se meneaba una caja en miniatura. Se hicieron más pequeños a medida que se alejaban y al final desaparecieron en una de aquellas descomunales estructuras que se aglomeraban por las estrechas calles. Esos edificios eran tan similares que le costó distinguir en cuál habían entrado, aunque tenía sus sospechas. Desde la ventana miró fijamente a la oscuridad del cielo, que parecía ejercer un extraño magnetismo y tiraba de la torre que se alzaba tan cerca de ese firmamento mudo y apagado. Al cabo de unos instantes se apartó de la ventana. Ahora estaba solo, sin nada que lo atara a aquel lugar.

Pero mientras caminaba hacia las escaleras para marcharse, se detuvo y examinó los montones de objetos esparcidos. Entre aquella dispersión de cachivaches parecía haber algo como huesos o trozos de huesos, restos de una tarea llevada a cabo allí. También había gran abundancia de papel desechado, hojas oscurecidas por garabatos y abandonadas en el caos de la composición. No obstante, mientras estudiaba con mayor detenimiento esa masa de marcas absurdas, empezó a percibir algunas realidades, a leer los restos de una aventura desconocida. Vio frases, encantamientos, fórmulas y casi pudo oír cómo los pronunciaba una voz destrozada. «El pacto de los huesos y la oscuridad» —declamaba la voz—, «la recopilación de sombras… sombras unidas a huesos…, esqueletos que se transforman en sombras». Y comenzó a entender otras cosas: el suelo deshacía la carne… La tierra maloliente se abría y se levantaba hacia la gran oscuridad. Esta disertación reverberante lo convertía en su alumno e impartía sus teorías y prácticas: «los huesos aporreaban la pureza…, las partes se convertían en partículas brillantes…, las sombras sembraban de voz los

cráneos… Había muchas voces dentro de la oscuridad eterna…, la tenebrosa armonía».

Al fin apartó los ojos de aquellas palabras que no eran palabras. Al tratar de alejarse de ellas, tropezó y cayó hacia las escaleras. Pero la voz que decía aquellas cosas siguió hablándolo y luego fueron muchas voces las que lo hablaron. Las cosas ya habían empezado a cambiar y las escaleras descendían solo hacia la oscuridad, una oscuridad que se elevaba hacia la sala como una gran sombra a su alrededor. Las sombras, su oscuridad y las voces que poseían. El que había soñado con los huesos y las sombras —con huesos y sombras juntos— hablaba con aquellas voces y conocía el nombre que tenía que decir, el nombre que arrancaría la piel, el verdadero nombre que llamaba a su portador hacia las sombras mientras unos pliegues de oscuridad caían sobre él y lo envolvían en su sudario.

Lo habían convocado, ahora estaba con ellas. Las cosas habían cambiado, aunque todo seguía como antes. Gritó cuando la sombra fue hacia sus huesos y cuando sintió que estos alcanzaban la oscuridad. Ya no era su voz la que se oía en la torre, sino el clamor retumbante de una extraña multitud que gritaba.

Severini

Era el único en el grupo de conocidos y socios de la zona que no había conocido a Severini. A diferencia del resto, no me interesaba nada visitar con ellos aquella residencia aislada que llegó a conocerse como la «chabola de Severini». Cabía la posibilidad de que estuviera evitando adrede un encuentro con ese extraordinario individuo, pero ni siquiera yo tenía idea de si eso era o no verdad. Mi curiosidad estaba tan desarrollada como la de cualquiera; más de hecho. Sin embargo, alguna especie de escrúpulo o especial preocupación me mantenía lejos de lo que los otros celebraban como «el espectáculo de Severini».

Por supuesto, no podía escapar a las informaciones de segunda mano que me llegaban tras sus visitas. Cada una de esas excursiones a aquel tugurio solitario, situado a cierta distancia de la ciudad donde vivía, era una gran aventura, según me informaban, un viaje a las pesadillas más oscuras e idiosincrásicas. La figura que presidía esas reuniones era muy inestable e inspiraba en sus visitas una sensación de morbosa expectación, que a veces alcanzaba un punto de locura. Después oía las versiones detalladas de una persona y de otra sobre lo que había ocurrido en una tarde en particular en el interior de los confines de la famosa chabola, que estaba situada en los límites de una extensión de tierra cenagosa y llena de maleza conocida como el pantano de San Albano, un lugar que, según aseguraba alguien, guardaba una relación siniestra con el mismo Severini. Pe vez en cuando, al regresar más tarde a mi apartamento, tomaba notas de estas historias y me permitía una especie de registro imaginativo y muy analítico. En la mayor parte de los casos, en cambio, me limitaba a absorber todas esas anécdotas de Severini de manera totalmente natural, más de lo que asimilaba de muchas cosas a mi alrededor, sin ser consciente —o con una mínima posibilidad de serlo— de que esas cosas podían ser sustanciosas, nocivas o puramente neutrales. Desde el principio, lo admito, era propenso a mostrarme muy abierto a lo que dijera cualquiera respecto a Severini, su casa con aspecto de chabola y el paisaje pantanoso en el que se había instalado. Después, durante unos instantes de intimidad, recreaba en mi imaginación los fenómenos que me habían contado en las conversaciones que tenían lugar en diferentes lugares y momentos. Era raro que yo instara activamente a los otros a entrar en detalles sobre un aspecto específico de sus aventuras con Severini, pero muchas veces sí que me traicionaba cuando surgía el tema de su vida pasada, antes de que se estableciera en la chabola del pantano.

Según los testigos de primera mano (las personas que en realidad habían hecho un peregrinaje a aquella choza aislada y destartalada), Severini llegaba a mostrarse bastante hablador sobre su historia personal, en especial sobre los motivos y acontecimientos que más directamente habían culminado en su vida actual. No obstante, esas personas también admitían que el «maravilloso ermitaño», Severini,

manifestaba una indiferencia notoria por los hechos comunes o las verdades de carácter literal. Por lo tanto, a menudo era muy dado a hablar de sí mismo mediante parábolas ambiguas y metáforas, por no mencionar las anécdotas inauditas cuyos hechos siempre parecían anularse los unos a los otros y las mentiras descaradas que, a veces, él mismo exponía más tarde como tal. Pero la mayoría del tiempo —según la opinión de algunos, todo el tiempo—, el discurso de Severini se convertía en un total absurdo, como si hablara en sueños. A pesar de esas dificultades en la comunicación, todos los individuos que me hablaban del tema hacían llegar de algún modo a mi cabeza un retrato sorprendentemente enfocado del ermitaño Severini, una amalgama de habladurías que alcanzaban la categoría de leyenda poderosa.

La impresión de un Severini legendario sin duda se reafirmaba por lo que ciertas personas describían como la «exposición del museo imaginario». El séquito de visitas a la chabola destartalada era una muchedumbre de personas más o menos artísticas, o al menos individuos con inclinaciones artísticas, y su contacto con Severini suponía una fuerte inspiración que tenía como resultado numerosas obras de arte de diversos géneros, creadas por distintos medios. Había esculturas, pinturas y dibujos, poemas y narraciones cortas en prosa, composiciones musicales que a veces iban acompañadas de letra, obras conceptuales que existían solo de forma esquemática y anecdótica, e incluso un plan arquitectónico para un «templo en ruinas en la selva de una isla de algún lugar de la región de Filipinas». Mientras que, en la superficie, estas producciones parecían basarse en multitud de fuentes dudosas, cada una aseguraba tener los orígenes más realistas, según las palabras de Severini, su *somniloquio,* según ellos. De hecho, yo mismo podía percibir la coherencia subyacente de esas obras de arte y su relación integral con la figura única de inspiración que era el mismo Severini, aunque nunca había visto a aquella persona fantástica ni tampoco tenía ganas de hacerlo. No obstante, esas llamadas «exposiciones» me ayudaron a recrear en mi imaginación, no solo aquellas visitas a la chabola del pantano de las que tanto me habían hablado, sino también la historia personal de su solitario habitante.

Cuando ahora pienso en estas obras de arte basadas en Severini, es decir, cuando las recreo en mi mente, por mucho que variaran en género y técnica, destacan unas cuantas características que siempre eran las mismas y siempre se trataban de la misma manera. Me asusté al empezar a reconocer esos rasgos comunes, porque de algún modo reproducían con rigurosidad un número de imágenes y conceptos peculiares que yo mismo había experimentado cuando soñaba despierto y sobre todo durante episodios de desvarío provocados por una enfermedad física o un exceso de agitación psíquica.

Un elemento central de tales episodios era la impresión de encontrarme en un lugar cuyas características recordaban, por una parte, a un paisaje tropical y, por otra, a una cloaca común. La cuestión de la alcantarilla surgía de la percepción de un

espacio cerrado, pero a la vez muy extenso, una red de pasillos enroscados que abarcaba distancias increíbles en un mundo subterráneo de oscuridad neblinosa. Respecto a la cualidad de un paisaje tropical, también compartía mucho de esa especie de fermento misteriosamente supurante de la alcantarilla, pero se le añadía la impresión de las más exóticas formas de vida que se reproducían por todos lados, criaturas que se multiplicaban y que también mutaban sin cesar como una película con tomas a intervalos prefijados de hongos que se propagan o moho de limo multicolor totalmente ilimitado en su forma y expansión. Mientras experimentaba las visiones más intensas de esa cloaca tropical, mientras se recreaba en mi delirante imaginación año tras año, siempre permanecía a mucha distancia, no atrapado en su interior como si tuviera una pesadilla. Pero aun así era consciente, como en una pesadilla, de que en aquel lugar había ocurrido algo, había sucedido un acontecimiento desconocido que dejaba esas imágenes, detrás como un rastro de babas. Y entonces me sobrevenía una sensación y un concepto determinado llegaba a mi mente.

Tuve esta sensación y el concepto que la acompañaba tan vívidamente cuando los otros empezaron a hablarme de sus extrañas visitas a la casa de Severini y a enseñarme las diferentes obras de arte cuya creación les había inspirado este raro individuo. Una a una, fui viendo las pinturas o esculturas en el estudio de algún artista, oí la música que se tocaba en algún local frecuentado por el grupo de Severini, o leí las obras literarias que hacían circular; y en todas las ocasiones reviví la sensación de esa cloaca tropical, aunque no con la misma intensidad que en los episodios delirantes que había vivido mientras sufría una enfermedad física o durante mis periodos de excesiva agitación psíquica. Los títulos de esas obras habrían bastado para provocar esa sensación en particular y la proyección intelectual producida por mis episodios de delirio. Esta proyección, a la que me he estado refiriendo, se puede definir de diferentes maneras, pero siempre me venía a la cabeza a modo de una simple frase (o fragmento), casi un cántico que me abrumaba con insinuaciones inquietantes y horribles más allá de las meras palabras, y era la siguiente: «la pesadilla del organismo». Esas insinuaciones inquietantes y horribles subyacentes a (o inspiradas por) esa frase conceptual, como he dicho, me venían a la memoria por los títulos de aquellas obras de arte basadas en Severini, aquella exposición del museo imaginario. Aunque tengo dificultades para recordar la obra que se corresponde con cada título —ya sea una pintura o una escultura, un poema o una pieza teatral—, todavía soy capaz de mencionar algunos. Uno de los que recuerdo con facilidad es *Sin cara entre nosotros*. Un título semejante a este es *Profanado y liberado*. Y ahora me vienen a la cabeza algunos otros: *El camino de lo perdido, En suelo sagrado y viscoso* (también conocido como *Los doctores tántricos), En tierra y excrementos, La negra espuma de la existencia, Tegumentos en erupción* y *El*

descenso hacia los hongos. Todos esos títulos, según me informaron mis conocidos artistas y socios, derivaban de frases (o fragmentos) seleccionadas que Severini había pronunciado durante sus numerosos episodios de *somniloquio*.

Cada vez que oía uno de esos títulos y veía la obra de arte concreta a la que daban nombre, siempre me acordaba de la cloaca tropical de mis episodios delirantes. También me sentía a punto de comprender lo que pasaba en aquel lugar, cuál era el maravilloso o catastrófico acontecimiento que estaba tan relacionado con la frase conceptual «la pesadilla del organismo». Pero nunca conseguí más que una remota sensación de revelación inquietante y horrible; y los otros, simplemente, eran incapaces de explicar del todo este asunto, dado que conocían la vida pasada de Severini única y exclusivamente por sus absurdas y dudosas afirmaciones. Tan dados a especular como eran, parecía que esta persona incoherente, todo menos anónima, conocida como Severini, estuviera sujeto a lo que se referían de varias maneras como un «proceso esotérico» o una «práctica ilícita». A estas alturas de mis descubrimientos sobre el extraño Severini, encontraba difícil preguntar por la naturaleza exacta de ese procedimiento, o práctica, y al mismo tiempo aparentaba una falta de interés en conocer de verdad sobre el residente de la chabola en ruinas que destacaba en la carretera secundaria de la zona pantanosa a cierta distancia fuera de la ciudad donde vivía. Sin embargo, al parecer, esta práctica o procedimiento, especulaban todos, no era un tratamiento médico de ningún tipo conocido. Más bien pensaban que el procedimiento (o práctica) en cuestión conllevaba algún tipo de misticismo, puede que incluso una de esas tradiciones ocultistas o pseudo mágicas que, en su forma más potente, solo son capaces de existir sin llamar la atención en algunas regiones del mundo. Por supuesto, toda esta especulación podría haber sido una tapadera orquestada por Severini o por sus seguidores —pues en eso se habían convertido—, o por todos juntos. En realidad, durante un tiempo sospeché que los seguidores de Severini, a pesar de su desfile de obras de arte y los descabellados relatos sobre sus visitas a la chabola del pantano, me ocultaban un elemento esencial de sus nuevas experiencias. Parecían conocer una verdad que yo ignoraba. No obstante, por lo visto también deseaban que yo, a su debido tiempo, compartiera con ellos esa verdad.

Mis sospechas sobre el engaño de los otros —tal vez debería llamarse engaño provisional— procedían de un origen que hay que reconocer que era subjetivo. Era debido a mi recreación imaginativa, cuando me sentaba en mi apartamento, del espectáculo de Severini, tal como lo explicaba uno de los que había participado en sus visitas a su residencia en el pantano. En mi cabeza los visualizaba sentados sobre el suelo de aquella pequeña chabola sin muebles, con la única iluminación de la luz intensa de las velas que habían llevado consigo y que habían colocado en círculo en el centro alrededor de lo que sería la figura de Severini. Esta figura siempre les

hablaba de aquella manera única y enigmática, la voz de su *somniloquio*, que fluctuaba en sus características e incluso parecía emanar de otros lugares distintos a su propio cuerpo, como si estuviera practicando una especie de ventriloquia excepcional. De modo similar, su mismo cuerpo, según me dijeron y más tarde imaginé yo mismo en mi apartamento, reaccionaba conjuntamente con las fluctuaciones de su voz. Estos cambios corporales, comentaban los otros, a veces eran imperceptibles y otras veces, drásticos; pero de modo sistemático no estaban muy bien definidos. No era cuestión de que no fuera una transformación clara, sino que se trataba de un trastorno en los rasgos anatómicos y en la estructura, por lo que el resultado era algo retorcido y tumoroso, como un montón vivo de arcilla o lodo enfermo, una pila de sustancia cancerosa que se revolvía despacio a la luz de las velas que iluminaban la vieja chabola. Estas oscilaciones, tanto en la voz como en el cuerpo de Severini, me explicaron los otros, no las controlaba de ninguna forma, sino que eran un fenómeno totalmente espontáneo al que se sometía como resultado de aquel procedimiento esotérico o esa práctica ilícita que actuó sobre él en algún lugar desconocido (posiblemente «en la región de Filipinas»). Era su destino, me explicaron los otros, cumplir con cualquier cosa que exigieran de su carne las que solo podían ser vistas como unas fuerzas totalmente caóticas y sin sentido, e incluso su propia conciencia que, según afirmaban, era tan mutable y estaba tan desquiciada como su forma corporal. Sin embargo, mientras me hablaban sobre estas particularidades del estado de Severini, ninguno de ellos me transmitía ninguna sensación real del carácter de pesadilla de las imágenes y los procesos que me describían. Atemorizados, sí; apasionados, sí; y también algo dementes; pero no de pesadilla. Incluso, mientras escuchaba sus historias sobre un encuentro determinado con Severini, yo tampoco pude captar del todo las cualidades y los aspectos de pesadilla. Me decían, refiriéndose a una de las metamorfosis de Severini: «el contorno desnudo de su forma se retorcía como un nido de serpientes o se movía como una masa de arañas recién incubadas». No obstante, al oír una historia tras otra del mismo tipo, yo permanecía relativamente tranquilo y aceptaba sin repugnancia ni indignación estos comentarios asquerosos y escandalosos. Quizá, pensé en aquel momento, simplemente estuviera bajo el poderoso hechizo del decoro social, que muchas veces explica unos sentimientos incomprensibles (o falta de ellos) y comportamientos determinados (o falta de ellos). Pero una vez estaba solo en mi apartamento, y empezaba a recrear de forma imaginativa lo que había oído sobre el espectáculo de Severini, quedaba abrumado por su esencia atroz, y algunas veces caía en uno de mis episodios delirantes con todas aquellas terribles sensaciones de una cloaca tropical, y aquellas pesadillas sobre criaturas exóticas que salían por todas partes como pústulas y supuraciones desenfrenadas. Y entonces sospechaba que había algún tipo de engaño en el asunto de Severini, aunque en ese momento creyera que el

engaño era dudoso, un periodo de iniciación subrepticia hasta aquel momento perfecto en que yo pudiera ser aceptado entre los de su círculo.

Finalmente, en una tarde lluviosa, mientras estaba trabajando solo en mi apartamento (tomando apuntes sobre Severini), el portero automático me indicó que había alguien abajo. La voz del interfono pertenecía a una mujer llamada Carla, una escultora que apenas conocía. Cuando entró en mi apartamento, estaba mojada por haber caminado sin abrigo ni paraguas bajo la lluvia, aunque su pelo liso y negro y la ropa que llevaba puesta, también toda negra, hubieran tenido el mismo aspecto tanto mojados como secos. Le ofrecí una toalla, pero la rechazó mientras me decía que «le gustaba bastante sentirse empapada y mareada» y a partir de ahí seguimos la conversación. El motivo de su visita a mi apartamento, según me reveló, era invitarme a la primera «exposición colectiva» de los objetos del museo imaginario. Cuando le pregunté por qué debería recibir yo esa invitación personal en mi piso y en una tarde lluviosa, me contestó:

—Porque la exposición será en su casa y nunca has querido ir allí.

Le dije que pensaría en serio ir a la exposición y le pregunté si eso era todo lo que tenía que decirme.

—No —respondió mientras buscaba en uno de los bolsillos de sus pantalones húmedos y ceñidos—. En realidad, él era el que quería que yo viniera a invitarte a la exposición. Nunca le hablamos de ti, pero comentó que siempre tenía la impresión de que faltaba alguien, y por alguna razón supusimos que ese eras tú.

Después de sacar un trozo de papel que estaba doblado varias veces, lo desplegó y me lo puso a la vista.

—Apunté lo que dijo —señaló mientras sujetaba con las dos manos la nota húmeda y arrugada cerca de su cara.

Alzó la mirada durante un momento por encima del borde de la hoja desdoblaba (por las mejillas le corría a chorretones negros el rimel espeso) y después volvió a bajarla para leer las palabras que Severini le había pedido que escribiera.

—Dice, «Severini y tú», siempre se llama así mismo Severini como si se tratara de otra persona, «Severini y tú sois… compatibles». Apenas puedo leer esto, ya estaba oscuro cuando lo escribí. Bueno, «Severini y tú sois organismos compatibles».

Se detuvo para apartarse un par de empapados mechones de pelo negro que le habían caído sobre la cara. Sonreía de un modo estúpido.

—¿Era eso? —le pregunté.

—Espera, quería que me lo aprendiera bien. Solo una cosa más. Dijo, «dile que la manera de entrar en la pesadilla es salir».

Dobló de nuevo el papel y lo metió otra vez en el bolsillo de sus pantalones negros.

—¿Significa esto algo para ti? —preguntó.

Le contesté que no significaba nada en absoluto. Después de prometerle que consideraría en serio acudir a la exposición en casa de Severini, Carla abandonó mi apartamento y volvió a salir a aquella tarde lluviosa.

Debo mencionar que nunca les había hablado ni a Carla ni a los otros de los episodios delirantes que me provocaban aquella impresión de una cloaca tropical y el concepto emergente de la «pesadilla del organismo». Nunca se lo había contado a nadie. Pensaba que esos arranques y el concepto trastornado de la pesadilla del organismo formaban parte estrictamente de un infierno personal, incluso único. Hasta aquella tarde lluviosa, había considerado tan solo una coincidencia el hecho de que las obras de arte inspiradas por Severini, así como los títulos de esas creaciones, sirvieran para evocar sensaciones y sugestiones de mis episodios delirantes. Después Severini me envió un mensaje a través de Carla en el que me insinuaba que él y yo éramos «organismos compatibles» y que «el camino de entrada a la pesadilla era el de salida». Durante un tiempo había soñado con librarme del sufrimiento de mis arranques delirantes y de todas las sugestiones que los acompañaban, la terrible visión que exponía a todos los seres vivos, incluido yo mismo, no más que como un hongo o un grupo de bacterias, una especie de enorme moho viscoso que se agitaba por el paisaje de este planeta (y probablemente del de otros). Si me liberaba de aquella pesadilla, pensé, tendría que ser a través de los procedimientos más drásticos (y esotéricos), las prácticas más extrañas (e ilícitas). Y en última instancia, nunca creí que esta liberación fuera posible de veras. Era demasiado buena, o demasiado mala, para ser verdad; al menos era lo que me parecía. Sin embargo, lo único que me venía a la cabeza fueron las dos palabras de Severini, que me llegaron a través de Carla, y empecé a soñar con todo tipo de posibilidades. En un mero instante todo había cambiado. Ahora estaba preparado para dar esos pasos hacia la liberación; de hecho, si no lo hacía sería algo intolerable. Al parecer, tenía que encontrar a toda costa una manera de salir de la pesadilla, fueran cuales fuesen las prácticas o procedimientos que se llevaran a cabo. Severini había logrado dar esos pasos —estaba convencido de eso— y yo necesitaba saber adonde lo habían llevado.

Como era de esperar, me había sumido en este estado incluso antes de la noche de la exposición (de los objetos del museo imaginario). Pero fue algo más que mi arrebato de sueños y mi ilusión lo que afectó a mis experiencias aquella noche y ahora afecta a mi habilidad para redactar lo que ocurrió en la chabola en ruinas del pantano de San Albano. Los episodios delirantes previos a aquella noche no eran nada (es decir, eran la perfección de la lucidez) en comparación con el delirio que me sorprende cada vez que intento aclarar lo que ocurrió en la chabola de la zona pantanosa, pues mis pensamientos se desintegran poco a poco hasta que paso a una especie de *somniloquio*. Vi cosas con mis propios ojos y otras cosas con los ojos de otro. Y por todos lados se oían voces…

El estrecho camino que, según las instrucciones que me habían dado, iba a dar a la casa de Severini, estaba lleno de hierbajos y ranas que croaban en la oscuridad. Dejé mi coche aparcado a un lado de la carretera, junto a los vehículos de los demás. Todos habían llegado antes que yo, aunque no me había retrasado un minuto en llegar a aquel programado acontecimiento artístico. Pero siempre se mostraban ansiosos, me había dado cuenta hace tiempo, siempre que se planeaba una visita a la casa de Severini; pasaban todo el día inquietos, impacientes, hasta que caía la noche y podían marcharse de la ciudad en dirección del pantano de San Albano.

Esperé ver una luz más adelante mientras caminaba por el estrecho camino, pero lo único que oí fueron ranas que croaban en la oscuridad. La luna llena en aquel cielo despejado me dejaba ver dónde debía dar el siguiente paso por el camino que llevaba a la chabola a orillas del pantano. Pero incluso antes de alcanzar el claro donde supuestamente estaba la casa, el sentido de todo lo que me rodeaba empezó a cambiar. Una niebla cálida se acumuló a ambos lados del sendero como una cortina que se cerraba delante de mis ojos y noté cómo algo inundaba mi mente de imágenes y conceptos que eran de otro sitio. «Somos organismos compatibles», oí entre la neblina, «acércate». Pero aquel estrecho camino parecía no acabar nunca, como los pasadizos de mis episodios delirantes que se extendían esa misma gran distancia en la oscuridad neblinosa del paisaje tropical, donde a cada lado había formas de vida exóticas que se reproducían y bullían de furia sin restricción. Debo ira aquel sitio, pensé como si aquellas fueran mis propias palabras y las de otra voz, una voz llena de intensidad desesperada y aspiraciones confusas. «Cálmese, señor Severini. Si insiste me dirigiré a usted con ese nombre. Como su terapeuta, no puedo aconsejarle que siga ese camino… en busca de milagros, si es lo que se imagina…, ese “templo”, como usted lo llama, es una huida de cualquier auténtico enfrentamiento con…».

Pero sí encontró el camino hacia la libertad, aunque sin ser totalmente dado de alta de la institución, y fue a aquel sitio. *«Documentes. ¡Passportas!»*. Cuando miras aquellas caras marrones y amarillentas, al final ya estás allí. Fuiste a aquella isla salvaje, aquella cloaca tropical, un gran templo que surgía en la neblinosa oscuridad de tus sueños. «Disentería», dictaminó el médico que lo atendió. Pero no era como los doctores que él buscó en aquel sitio. Amebiasis, eso era lo que tenía, la pesadilla continuada, capaz de tomar muchísimas formas. «El camino de entrada a la pesadilla es el de salida». Y querías seguir aquella pesadilla tanto como necesitabas encontrar la salida, tal como yo seguía aquel sendero hasta tu chabola a orillas del pantano de San Albano para entrar en la misma pesadilla que trajiste contigo. La exposición del museo imaginario. Tu chabola ahora era una galería de las pesadillas que habías inspirado en los otros con tu *somniloquio* y las variaciones en tu forma, aquellos milagros escandalosos que no escandalizaban a nadie. Solo cuando estaba a solas en mi apartamento y recreaba de manera imaginativa lo que los demás me habían

contado, podía ver esos milagros como las pesadillas que eran en realidad. Supe esto gracias a mis episodios delirantes, que nadie más conocía. Ellos eran los organismos compatibles, no yo; porque yo no iría a la pesadilla, como tú hiciste. El templo de la medicina tántrica, eso es lo que imaginaste que encontrarías en aquella cloaca tropical, un sitio donde realizaban milagros, donde esa secta de «médicos» pudiera cuidarte con los procedimientos más esotéricos y pudieran llevar a cabo sus prácticas ilícitas. Pero, ¿con qué te encontraste a cambio? «Disentería», dictaminó el médico que lo atendió. Después un grupito de aquellos médicos con caras marrones y amarillentas te habló, nos habló, del otro templo que no tenía nombre. Amebiasis, tan solo otra versión de la pesadilla del organismo de la que ninguno de los médicos que te vio en el pasado pudo librarte. «¿Cómo se puede curar esta enfermedad?», les preguntaste. «Mi cuerpo, un tumor que una vez fue extraído del cuerpo de otro tumor, un trozo de enfermedad que siempre está cociendo su propia enfermedad. Y en mi mente otra enfermedad, la enfermedad de la enfermedad. En todas partes, mi mente ve la enfermedad de otras mentes y otros cuerpos, estos otros organismos que son solo otras enfermedades, una total pesadilla del organismo. ¡Dónde me lleva!», gritó (gritamos) alas caras marrones y amarillentas. «Tenemos que arreglar el malestar del vientre. Lo sabemos, lo sabemos». Repitieron esas palabras por todo el camino, al parecer, mientras la ciudad desaparecía detrás de los árboles y los arbustos, tras las flores gigantescas que olían a carne podrida y los hongos y la mugre de la cloaca tropical. Conocían la enfermedad y la pesadilla porque vivían en aquel lugar donde el organismo crecía sin restricción, con aquellas formas tan variadas y exóticas, hacia un destino al que no podía escapar. «Disentería», dictaminó el médico que le atendió. Conocían el camino a través de los pasillos de mampostería, las paredes por las que se filtraba el limo y eran suaves como el moho, y se enroscaban hacia la cámara central del templo sin nombre. Dentro del corazón en ruinas del templo había velas encendidas por todos sitios; su luz titilante revelaba una serie de obras de arte y ornamentación. Aparecieron complicados murales por todas las paredes que se mezclaban con el limo y el moho de la cloaca tropical. Había esculturas de todos los tamaños y todas las formas, que proyectaban sombras húmedas y viscosas. En el centro de la cámara había un gran altar circular, un inmenso mandala compuesto por innumerables joyas, piedras preciosas o simples trozos de cristal que resplandecían a la luz de las velas como un estanque de humus multicolor.

Colocaron tu cuerpo sobre el altar; sabían lo que tenían que hacer contigo (con nosotros), las palabras que debían decir, las canciones que tenían que cantar y los procedimientos esotéricos que habían de seguir. Era como si pudiera entender las cosas que recitaban con voces de ceremonia retorcida. «Libera el ser que conoce la enfermedad del ser que no la conoce. Hay dos caras que nunca deben enfrentarse. Solo hay un cuerpo que debe luchar para contener a ambas». Y lo que sujetaba de

manera ilusoria a la enfermedad, aquella amebiasis, pareció alcanzarme mientras caminaba por el sendero que llevaba a la chabola de Severini a orillas del pantano San Albano. Dentro de la choza estaba la exposición del museo imaginario, los cuadros que cubrían la madera húmeda de las paredes y las esculturas que proyectaban esas sombras provocadas por la luz de las velas que siempre iluminaban la única habitación de aquel tugurio en ruinas. Con la imaginación había recreado el interior de la chabola de Severini muchas veces a partir de las historias que los otros me relataban sobre ese lugar y su increíble habitante. Me imaginaba cómo podía uno perder el control en un sitio como aquel, cómo podría librarse de las pesadillas y los arranques delirantes que lo torturaban en otros lugares, hasta el punto de convertirse en otra persona (u otra cosa) mientras se entregaba totalmente a las variaciones del organismo a orillas del pantano San Albano. Necesitabas la ciénaga porque te ayudaba a recrear con la imaginación la cloaca tropical (a donde te llevaban en la pesadilla), y necesitabas esas obras de arte para convertir tu chabola en aquel templo (donde se suponía que encontrarías la salida de la pesadilla). Pero sobre todo los necesitabas a ellos, los otros, porque eran organismos compatibles. Yo, por otro lado, era ahora el organismo antagónico que no quería tener nada más que ver con tus procedimientos esotéricos ni con las prácticas ilícitas. «Libera el ser que conoce la enfermedad del ser que no la conoce. Las dos caras… solo un cuerpo». Querías que entraran en la pesadilla, ellos que ni siquiera la conocían como nosotros. Los necesitabas a ellos y a sus obras de arte para meterte en la pesadilla del organismo y llegar hasta el final para poder encontrar la salida. Pero no podías llegar al final de la pesadilla a menos que yo estuviera contigo, yo, que ahora soy el organismo antagónico sin esperanza de hallar una salida a esta pesadilla. Estamos separados para siempre, uno cara del otro, y luchamos dentro del cuerpo, del organismo, que compartimos.

Nunca llegué a la chabola aquella noche, nunca entré. Mientras caminaba por aquel sendero lleno de niebla, me puse febril. («Amebiasis», dictaminó el médico que visité al día siguiente). La cara de Severini fue la que apareció en la chabola aquella noche, no la mía. Siempre había sido su cara la que los otros veían en aquellas noches cuando iban a visitarlo. Pero yo no estaba con ellos, es decir, mi cara no estaba con ellos. Fue su cara la que vieron cuando se sentaron entre los objetos de la exposición del museo imaginario. Pero fue mi cara la que volvió a la ciudad, y era mi cuerpo el que ahora yo poseía del todo como un organismo perteneciente a una única cara. Pero los otros nunca volvieron a la chabola a orillas del pantano de San Albano. Nunca volví a verlos después de aquella noche, porque aquella noche se los llevó consigo a la pesadilla, con el parpadeo de la llama de la vela sobre aquellas obras de arte y las variaciones de forma que a los otros les parecían un nido de serpientes retorcidas o una masa de arañas recién incubadas. Les mostró la entrada a la pesadilla, pero no

pudo enseñarles la salida, pues no existe una vez te has adentrado tanto en sus profundidades. Allí fue donde se perdió para siempre, él y los otros que se llevó consigo.

Pero no me llevó al pantano con él para existir como un hongo o la espuma del limo multicolor. Así es como lo veo en mis nuevos episodios delirantes. Solo aquellas veces en las que sufro una enfermedad física o una excesiva agitación psíquica veo cómo vive ahora, él y los otros; porque nunca miré directamente a los charcos que rezumaban vida cuando me detuve antes de llegar a la chabola a orillas del pantano de San Albano. Estaba saliendo de la ciudad aquella noche cuando me paré y solo permanecí allí lo suficiente para rociar el lugar de gasolina y prenderle fuego. Ardió con todo el resplandor de las pesadillas que todavía estaban expuestas dentro, proyectó su iluminación sobre el pantano y dejó la imagen más oscura de lo que quedó allí, una vasta y vaga impresión de aquella oscura vida de la que todos hemos salido y de la que todos estamos hechos.

Las ferias de gasolinera

Fuera del Crimson Cabaret había un mundo de lluvia y oscuridad. A intervalos, cada vez que alguien entraba o salía por la puerta delantera del club nocturno, se podía ver la lluvia constante y se vislumbraba por un momento la oscuridad. El interior estaba inundado de luz ámbar, humo de tabaco y ruido de lluvia que golpeaban las ventanas, pintadas todas de negro. En noches como aquella, cuando me sentaba en una de las mesas de ese pequeño local sombrío, siempre estaba lleno de una infernal alegría, como si estuviera esperando hasta que pasara el apocalipsis y no me preocupara en absoluto. También me gustaba imaginarme que estaba en el camarote de un antiguo barco durante una gran tormenta en alta mar o en el vagón restaurante de un lujoso tren de pasajeros que los vientos feroces mecían sobre los raíles y una lluvia demoníaca golpeaba sin cesar. A veces, cuando me sentaba en el Crimson Cabaret en una noche lluviosa, pensaba en mí mismo, esperando en una sala el abismo (que, por supuesto, era lo que estaba haciendo) y entre sorbo y sorbo de mi copa de vino o taza de café, sonreía con tristeza y palpaba el bolsillo delantero de mi abrigo donde guardaba mi billete imaginario hacia el olvido.

Sin embargo, en aquella noche lluviosa de noviembre en particular no me sentía muy bien. Tenía el estómago un poco revuelto, como si estuviera incubando un virus o a punto de sufrir una intoxicación. Otra fuente de mi malestar, pensé para mis adentros, bien podía haber sido el estado de nervios en el que me encontraba desde hacía un tiempo, que oscilaba de un día a otro, pero siempre estaba conmigo de alguna u otra forma y se manifestaba con una variedad de síntomas tanto físicos como psíquicos. De hecho, estaba experimentando una ligera sensación de pánico, aunque esto de ninguna manera descartaba la posibilidad de que el malestar de mi estómago fuera debido a una causa totalmente física, ya fuera vírica o tóxica. Ni tampoco excluía una tercera posibilidad que intentaba ignorar en aquel momento. Fuera cual fuera la etiología de mi desorden estomacal, aquella noche tenía la necesidad de estar en un sitio público, para que si sufría un colapso —una eventualidad que a menudo temía—, hubiera gente a mi alrededor que me pudiera atender o, al menos, llevarme a un hospital. Al mismo tiempo, no tenía intención de relacionarme con aquella gente y de todas formas, hubiera sido una mala compañía, allí sentado en el rincón de un club nocturno, bebiendo té de menta y fumando tabaco rubio sin consideración por mi estómago enfermo. Por todas esas razones, me llevé aquella noche mi libreta y la dejé abierta ante mí sobre la mesa, como si pretendiera insinuar que no quería que me molestaran mientras meditaba sobre cuestiones literarias. Pero cuando Stuart Quisser entró en el local sobre las diez, el hecho de verme sentado en un rincón con el libro abierto, bebiendo té de menta y fumando tabaco rubio para poder sobrellevar la situación de mi estómago revuelto, no pareció

disuadirlo de acercarse directamente a mi mesa y sentarse justo en frente de mí. Se acercó a nosotros una camarera. Quisser pidió un vino blanco y yo, otra taza de té de menta.

—Así que ahora es el té de menta —dijo Quisser cuando la chica se marchó.

—Me sorprende verte por aquí —señalé a modo de respuesta.

—Pensé que podía reconciliarme con la anciana del Crimson.

—¿Reconciliarte? No parece muy propio de ti.

—Aun así, ¿la has visto esta noche?

—No. La humillaste en aquella fiesta. No la he visto desde entonces, ni tan siquiera en su propio bar. No sé si lo sabes, pero no es alguien que te convenga tener como enemiga.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Me refiero a que tiene contactos de los que no sabes nada en absoluto.

—Y desde luego tú lo sabes todo. He leído tus historias. Eres un paranoico declarado, así que, ¿qué pretendes decirme?

—Lo que pretendo decirte —le comenté— es que si un mero apretón de manos es pasarse, imagínate un insulto descarado y humillante.

—Había bebido demasiado, eso es todo.

—La llamaste «ilusa sin talento».

Quisser alzó la mirada hacia la camarera cuando se acercó con sus bebidas y me hizo una señal rápida con la mano para que me callara. Cuando se marchó dijo:

—Da la casualidad de que me he enterado de que la camarera es muy fiel a la dueña del Crimson. Lo más seguro es que le informe de mi visita aquí esta noche. Me pregunto si querrá actuar como intermediaria con su jefa y pedirle disculpas de mi parte.

—Mira a tu alrededor —dije.

Quisser dejó la copa de vino y examinó el local.

—Mmm —musitó cuando acabó de mirar—. Esto es más serio de lo que creía. Ha quitado todos sus cuadros y los nuevos no se parecen nada a su obra.

—No lo son. Tú la humillaste.

—Y sin embargo, parece haber reformado el escenario desde la última vez que lo vi. Lo ha pintado o algo así.

El supuesto escenario al que se refería Quisser era una pequeña plataforma situada en la esquina opuesta del local. Esta zona estaba totalmente enmarcada por cuatro largos paneles pintados con símbolos mágicos negros y dorados contra un fondo rojo brillante. Sobre este escenario tenían lugar diferentes espectáculos: lecturas de poesías, cuadros vivos, obras breves de varios tipos, funciones de títeres, proyecciones de diapositivas artísticas, actuaciones musicales, etcétera. Aquella noche, que era martes, el escenario estaba a oscuras. No advertí que hubiera nada

diferente en él y le pregunté a Quisser qué pensaba que creía que era nuevo.

—No lo sé exactamente, pero parece como si hubieran hecho algo. Tal vez sean esos ideogramas, o lo que quiera que sean, negros y dorados. Parece la cubierta de un menú de un restaurante chino.

—Te estás citando a ti mismo —apunté.

—¿A qué te refieres?

—Al comentario sobre el menú chino. Lo utilizaste en tu crítica de la exposición de Marsha Corker el mes pasado.

—¿De veras? No me acuerdo.

—¿Me estás diciendo que no te acuerdas o que de verdad no te acuerdas? —Hice esta pregunta por curiosidad frívola, pues mi estómago revuelto no estaba para soportar la tensión de cualquier antagonismo.

—Me acuerdo, ¿vale? Lo que me recuerda que quería hablarte de algo. Me vino a la cabeza el otro día y enseguida me acordé de ti y de tus… cosas —dijo señalando a mi libreta de apuntes, abierta sobre la mesa que nos separaba—. No puedo creer que no me hubiera acordado de eso antes. Tú más que nadie deberías conocerlas. Al parecer, nadie las ha visto. Fue hace ya años, pero eres lo bastante mayor como para recordarlas. Tienes que acordarte de ellas.

—¿Acordarme de qué? —le pregunté y después de una breve pausa, contestó:

—De las ferias de gasolinera.

Dijo estas palabras como si estuviera contando el final de un chiste, como el que está orgulloso de provocar una hilaridad profunda y sorprendente. Se suponía que tenía que mostrar un reconocimiento asombroso, por lo que sabía. No era un fenómeno del que estuviera del todo al margen y la memoria es muy traicionera. Al menos eso fue lo que le contesté a Quisser. Pero mientras él me contaba sus recuerdos e intentaba revivir los míos, poco a poco me fui dando cuenta de la verdadera naturaleza e intención de las llamadas ferias de gasolinera. En ese rato, fue lo único que pude hacer para disimular lo mal que me lo estaba haciendo pasar mi estómago, revuelto y con ardor. Me seguía diciendo para mis adentros, mientras Quisser me contaba sus recuerdos sobre las ferias de gasolinera, que lo que estaba experimentando era la aparición de un virus, si es que en realidad no era víctima de una intoxicación. Quisser, en cambio, estaba tan absorto en su historia que, por lo visto, no notó mi angustia.

Dijo que estos recuerdos de las ferias de gasolinera tenían su origen en sus primeros años de infancia. Su familia, sus padres y él, hacían largas vacaciones en coche y a menudo recorrían grandes distancias con muchos destinos diferentes. Por el camino, como es natural, tenían que parar en muchas gasolineras situadas en pueblos y ciudades, así como también en aquellas que aparecían en los lugares más aislados y rurales. Eran sitios, me indicó, donde mayores eran las probabilidades de descubrir

esas empresas híbridas que él llamaba ferias de gasolinera.

Quisser aseguraba no saber cuándo o cómo empezaron a existir esas ferias especializadas, o tal vez gasolineras especializadas, ni tampoco cuánto podían haberse extendido. Su padre, a quien Quisser creía capaz de contestar a estas preguntas, había muerto hacía algunos años, mientras que su madre ya no regía, tras sufrir una serie de tragedias psíquicas no mucho después de la muerte de su marido. Por tanto, lo único que le quedaba eran los recuerdos de esas excursiones con sus padres en su infancia, durante las que se encontraban en alguna zona rural, tal vez en el cruce de dos autopistas (y por lo general, según recordaba, al atardecer), y descubrían en este sitio apartado una de aquellas curiosidades que denominaba ferias de gasolinera.

Siempre eran gasolineras, recalcó Quisser, no estaciones de servicio, con instalaciones para reparaciones importantes a coches y otros vehículos. En aquella época, habría cuatro surtidores como mucho, a menudo solo dos, y algún tipo de edificio modesto que normalmente tenía tantos carteles y anuncios pegados en el exterior que no se sabía si había en realidad algo debajo. Quisser dijo que cuando era niño siempre prestaba especial atención a los carteles que anunciaban tabaco para mascar y que, de mayor, con su experiencia como crítico de arte, todavía encontraba muy atractivos los paquetes de tabaco para mascar y no podía entender por qué algunos artistas no habían explotado satisfactoriamente sus cualidades visuales e imaginativas. Me dio la impresión, mientras estábamos sentados aquella noche en el Crimson Cabaret, que ese material sobre el chicle de mascar pretendía dar más crédito a su historia. Este detalle era muy vivido, pero cuando le pregunté si recordaba alguna marca en particular de tabaco para mascar que estuviera anunciada en aquellas gasolineras que estaban pegadas a las ferias, se puso un poco a la defensiva, como si con mi pregunta pretendiera poner en duda la exactitud de sus recuerdos de infancia. Luego siguió la conversación por otro lado a partir del tema que yo había sacado y apuntó que aquellos lugares no estaban exactamente pegados a las gasolineras, sino a poca distancia y que sin duda había un enlace comercial entre ellos. La idea, que le había sido infundida como un principio fundador de un sueño, era que si se producía un gasto considerable en gasolina, el conductor y los pasajeros del vehículo en cuestión tenían libre acceso a la feria de al lado.

A estas alturas de la historia, Quisser estaba ansioso por explicar que estas ferias de gasolinera no estaban muy trabajadas, más bien lo contrario. Estaban situadas en una extensión de tierra vacía que se encontraba aun lado, o a veces detrás, de la gasolinera rural. Estaban hechas con los restos de una feria como Dios manda, los huesos de unas atracciones mucho más grandes y espléndidas. En la mayoría había una entrada alta y arqueada con bombillas de colores que le daban un contraste misterioso con el paisaje árido que las rodeaba. En especial al atardecer, cuando

normalmente, o tal vez siempre, Quisser y sus padres se encontraban en uno de aquellos remotos lugares, la iluminación llena de colorido de la entrada de la feria creaba un efecto tanto festivo como siniestro. Pero una vez se permitía entrar al visitante al verdadero recinto de la feria, llegaba el momento de la decepción y te encontrabas ante un ensamblaje de equipos de sobra que parecía haber desechado mucho tiempo atrás una feria ambulante.

Siempre había solo un par de atracciones, señaló Quisser, y era raro que funcionaran. Suponía que alguna vez lo habían hecho, seguramente cuando las instalaron por primera vez como un anexo de la gasolinera. Pero ese periodo de tiempo, especuló, no pudo durar mucho; y sin duda al primer signo de avería, se cerraron. Quisser mismo confesó no haberse montado nunca en una sola atracción de las ferias de gasolinera, aunque insistió en que su padre una vez le había dejado sentarse encima de uno de los caballos de madera de un tiovivo muerto.

—Era un tiovivo en miniatura —me contó, como si esto diera a su recuerdo un halo de significado o sustancia.

Al parecer, todas las atracciones eran miniaturas, afirmó, versiones a pequeña escala de atracciones que había conocido en otros sitios y en las que sí se había montado. Además del tiovivo en miniatura, que nunca se movía ni un centímetro y siempre estaba a oscuras y en silencio en un remoto paisaje rural, también había una noria en miniatura (no más alta que un *bungalow*, dijo Quisser) y a veces había tazas giratorias o montañas rusas también en miniatura. Y siempre estaban cerradas porque habían fallado, si es que alguna vez habían estado en funcionamiento, y nunca se volvieron a reparar. Puede que no pudieran repararse, pensó Quisser, puesto que las partes y los mecanismos de estas atracciones eran muy antiguas.

No obstante, había un espectáculo único y bastante importante que casi siempre podíamos contar con ver abierto al público, o al menos a aquellos cuyo coche se había llenado con la cantidad de gasolina necesaria, y que pollo tanto podían acceder a través de la entrada iluminada sobre la que estaba estampada la palabra «FERIA» en unas letras de luz de colores que contrastaban sobre un cielo extenso y evocador al atardecer de algún páramo rural. Quisser planteó la siguiente pregunta: ¿cómo puede llamarse un lugar feria, o feria de gasolinera, si ni siquiera tiene el elemento más esencial, una barraca? Tal vez haya una ley especial o alguna ordenanza que regule estos temas, pensó Quisser en voz alta, un antiguo estatuto de algún tipo que tenga una fuerza especial en las zonas apartadas donde ciertas tradiciones ofrecen una resistencia desconocida en los centros urbanos. Esto explicaría el hecho de que, salvo bajo circunstancias extraordinarias (como arriesgarse cuando hace mal tiempo), siempre había algún tipo de espectáculo en aquellas ferias de gasolinera, aunque el resto del recinto estuviera estropeado y apagado.

Por supuesto, estas barracas de feria, según Quisser las describió, no eran muy

sofisticadas, ni siquiera para el nivel de las ferias en general, a excepción de aquellas que servían como señuelo comercial para alguna gasolinera poco conocida. Solo había un espectáculo en cada una, y en apariencia presentaba siempre la misma imagen a los clientes: una pequeña tienda de lona rota y sucia. En algún lugar del perímetro de la tienda había una portezuela suelta de algún material a través de la que Quisser y sus padres, o a veces él solo, entraban a la barraca. Dentro de la tienda había unos pocos bancos de madera que se habían hundido ligeramente en la tierra que había debajo, y a cierta distancia, se situaba un pequeño escenario que se elevaba tal vez unos pocos centímetros por encima del suelo. La iluminación la facilitaban dos lámparas corrientes de pie, una a cada lado del escenario, sin pantallas ni nada que las cubriera, para que las bombillas al descubierto brillaran con fuerza y proyectaran sombras espectaculares por el interior de la tienda. Quisser dijo que siempre se veía los desgastados cables eléctricos que arrastraban en la base de cada lámpara y, mediante unos cuantos alargadores, al final encontraban una fuente de alimentación en la gasolinera, es decir, dentro del pequeño edificio de ladrillos que estaba oculto por todos aquellos carteles que anunciaban el tabaco para mascar y otros productos.

Cuando los visitantes de la gasolinera entraban a la tienda y tomaban asiento en uno de los bancos delante del escenario, por lo general no conocían el carácter en concreto de la actuación o el espectáculo que iban a presenciar. Quisser comentó que no había una marquesina o cartelera de ningún tipo que avisara al público de lo que iban a ver antes de que entraran en la tienda o una vez dentro, sentados en uno de los viejos bancos de madera. Sin embargo, salvo una importante excepción, cada una de las actuaciones, o espectáculos, eran más o menos la misma historia. La audiencia se acomodaba en los bancos de madera, de los cuales la mayoría estaban a punto de desmoronarse o (como Quisser observó) estaban hundidos de modo tan irregular en el suelo que era imposible sentarse en ellos, y el espectáculo comenzaba.

Las atracciones variaban de barraca en barraca y Quisser decía que no era capaz de recordar todas las que había visto; aunque sí se acordaba de la que él llamaba la «araña humana». Esta era una actuación muy breve donde alguien con un vestido penoso caminaba como un arácnido de un lado al otro del escenario y luego volvía, antes de salir por una rendija al fondo de la tienda. La persona que llevaba aquel traje, añadió Quisser, supuestamente era el encargado de poner la gasolina, limpiar las ventanas y desempeñar otras funciones en la gasolinera. En muchas de las actuaciones, como la del hipnotizador, recordaba que el uniforme del mozo (un mono azul y gris cubierto de grasa) se veía bastante bien debajo de la ropa del que actuaba en el escenario. Quisser admitió que no estaba seguro de por qué habían llamado a ese espectáculo en particular el «hipnotizador», pues no se llevaba a cabo ninguna hipnosis durante la actuación, y desde luego, no existía ninguna marquesina o

cartelera, ni por fuera de la tienda ni dentro, que hiciera esperar al público alguna clase de número fascinante. El artista tan solo iba vestido con un abrigo largo y holgado y llevaba una máscara de plástico, una sencilla réplica clara de un rostro humano, salvo que en vez de ojos (o agujeros para los ojos), había dos grandes discos con una espiral dibujada en ellos. El hipnotizador gesticulaba de forma caótica enfrente de la audiencia durante unos instantes, sin duda porque su visión estaba cubierta por unos discos con espirales sobre los ojos de la máscara, y después salía tambaleándose del escenario. Había muchos otros espectáculos que Quisser decía haber visto, entre los que estaban el muñeco bailarín, el gusano, el jorobado y el doctor Dedos. Salvo una importante excepción, el número siempre era el mismo: Quisser y sus padres entraban en la tienda, se sentaban en uno de esos bancos podridos y justo después aparecía un momento el artista sobre el pequeño escenario que estaba iluminado con dos lámparas de pie comunes. La única desviación de esta rutina era una atracción que Quisser llamaba el «showman».

Mientras que los otros espectáculos empezaban y acababan después de que Quisser y sus padres hubieran entrado en la tienda y se hubieran sentado, el llamado *showman* siempre parecía haber empezado. En cuanto Quisser entraba en la tienda —siempre por delante de sus padres, afirmó—, veía la figura en absoluta calma sobre el pequeño escenario de espaldas al público. Por supuesto, nunca había más espectadores cuando Quisser y sus padres paraban al atardecer a visitar una de esas ferias de gasolinera —con sus atracciones defectuosas de segunda mano— y se encontraban al *showman* de espaldas a unas cuantas filas de bancos vacíos que se romperían cuando alguien intentara sentarse en ellos. Y siempre que Quisser entraba a la tienda y veía que el *showman* estaba sobre el escenario, enseguida quería dar media vuelta y marcharse de aquel sitio. Pero entonces llegaban los padres detrás y lo empujaban hacia dentro, dijo, y antes de que se diera cuenta, ya estaban sentados en uno de los bancos en primera fila, mirando al *showman*. Sus padres nunca supieron lo que lo aterrorizaba la figura de aquel espectáculo tan peculiar, repitió Quisser más de una vez. Además, cuando visitaban estas ferias de gasolinera, y sobre todo cuando entraban en las barracas, lo hacían para que Quisser disfrutara, puesto que su padre y su madre hubieran preferido simplemente poner gasolina al coche familiar y haber seguido a cualquiera que fuese la siguiente parada en su itinerario vacacional.

Quisser sostenía que sus padres en realidad disfrutaban viéndole aterrorizado ante el *showman*, hasta que ya no podía soportarlo más y les pedía volver al coche. Al mismo tiempo le dejaba bastante paralizado la imagen de este personaje, que no se parecía a ningún otro que pudiera recordar. Allí estaba, dijo Quisser, de espaldas al público, con aquella vieja chistera y una larga capa que rozaba el suelo sucio del pequeño escenario. Justo debajo de la chistera había una densa y larga mata de pelo fuerte y rojo, apuntó Quisser, que parecía una especie de asqueroso nido de bichos.

Cuando le pregunté si ese pelo no sería en realidad una peluca, para comprobar adrede su memoria e imaginación, se limitó a dirigirme una mirada despectiva que parecía contestar que yo no había sido el que había visto el pelo rojo y fuerte; era él quien lo había visto justo debajo de la vieja chistera del *showman*. Aparte de este, el único rasgo visible para la audiencia, continuó Quisser, eran sus dedos, que agarraban los bordes de su larga capa. Según él, aquellos dedos parecían de alguna manera deformes, retorcidos a modo de zarpas, y eran de un color claro y verduzco. Al parecer, desde la perspectiva de Quisser, la postura al completo de la figura estaba pensada para sugerir que en cualquier momento se volvería y daría la cara al público del todo, los dedos enmohecidos levantarían los bordes de la capa y alcanzarían el pelo rojo y fuerte. Sin embargo, la figura nunca se movía. A veces le parecía que el *showman* movía la cabeza un poco hacia la izquierda o hacia la derecha y amenazaba con desvelar un lado u otro de su cara, como un horrible juego de niños. Pero al final Quisser llegó a la conclusión de que estos instantes que percibía eran una ilusión y que el *showman* siempre posaba en perfecta calma, un maniquí de pesadilla que invitaba a todo tipo de pensamientos por su abstención de movimientos.

—Era todo un asqueroso fraude —se lamentó, y se detuvo para acabar su copa de vino.

—¿Pero qué hubiera pasado si se hubiera dado la vuelta hacia la audiencia? —pregunté.

Mientras esperaba una respuesta, di un sorbo a mi té de menta, que parecía no estar aliviando mucho a mi estómago revuelto, aunque al mismo tiempo tampoco lo perjudicaba. Encendí uno de los cigarrillos que estaba fumando por aquel entonces.

—¿Has oído lo que he dicho? —le pregunté a Quisser, que se había quedado mirando al escenario situado en el otro rincón del Crimson Cabaret—. El escenario es el mismo —le dije con bastante severidad y atraje algunas miradas de las personas que estaban sentadas en las otras mesas del local—. Los paneles son los mismos y los dibujos que hay en ellos también.

Quisser jugueteaba nerviosamente con su copa de vino vacía.

—Cuando era muy joven —comentó—, había determinadas ocasiones en las que veía al *showman*, pero no en su hábitat natural, por así decirlo, de la tienda.

—Creo que ya he oído bastante esta noche —lo interrumpí, mientras me hacía presión con la mano sobre el estómago revuelto.

—¿Qué me dices? —preguntó Quisser—. Tú las recuerdas, ¿no? Las ferias de gasolinera. Tal vez solo un poco. Estaba seguro de que serías el que las conocería.

—Creo que puedo decir —repliqué—, que he oído suficiente de tu historia sobre las ferias de gasolinera para saber de qué va todo esto.

—¿Qué quieres decir con «de qué va todo esto»? —preguntó Quisser, que seguía mirando al pequeño escenario al otro lado del local.

—Bueno, por una parte, tus últimos recuerdos, tus supuestos recuerdos, del personaje del *showman*. Estabas a punto de decirme que, durante tu infancia, viste repetidas veces esa figura en momentos diferentes y en lugares distintos. Tal vez lo viste a lo lejos en el patio del colegio, de espaldas a ti, o al otro lado de una calle concurrida, pero al cruzarla, ya no estaba allí.

—Sí, algo así.

—Y luego me ibas a decir que últimamente has estado viendo esa figura, o ligeras señales de esa figura, un vago reflejo en el escaparate de una tienda por la acera o un vistazo fugaz en el espejo retrovisor de tu coche.

—Se parece mucho a tus historias.

—De algún modo sí —contesté— y de otro, no. Tienes la impresión de que si alguna vez ves que la figura del *showman* gira la cabeza y te mira… ocurrirá algo horrible. Lo más probable, que mueras al instante de un tremendo susto.

—Sí —admitió Quisser—, un terror insostenible. Pero no te he contado la parte más rara. Tienes razón con que últimamente he visto… esa figura, que sí que vi durante mi infancia, fuera de la tienda, quiero decir. Pero lo más extraño es que me acuerdo de haberla visto en otros sitios antes de la primera vez en las ferias de gasolinera.

—Ahí es donde quería llegar —le corté.

—¿Qué?

—No hay ferias de gasolinera. Nunca ha habido. Nadie se acuerda de ellas porque nunca han existido. La simple idea es absurda.

—Pero mis padres fueron conmigo.

—Exacto, tu padre muerto y tu madre mentalmente discapacitada. ¿Recuerdas haber hablado con ellos sobre tus experiencias vacacionales en aquellas gasolineras con las supuestas ferias al lado?

—No.

—Eso es porque nunca fuiste a aquellos sitios con ellos. Piensa en lo ridículo que suena todo, que haya gasolineras en el quinto pino que atraen a la clientela con entradas gratis a ferias destartaladas. Es absurdo del todo. ¿Atracciones en miniatura? ¿Mozos de gasolinera haciéndose pasar por actores de barraca?

—El *showman*, no —me interrumpió Quisser—. El no fue nunca un mozo de gasolinera.

—No, por supuesto que no lo era, porque era una ilusión. Todo es una idea delirante, atroz, aunque muy particular.

—¿Y de qué tipo? —me preguntó Quisser, quien todavía miraba con disimulo al escenario al otro lado del Crimson Cabaret.

—No es un delirio psicológico común, si es lo que estabas pensando que iba a decir. No me interesan nada estas cosas. Pero sí me interesa mucho cuando alguien

sufre un engaño mágico. Para ser más exactos, me interesan los delirios que son resultado del arte de la magia. ¿Y sabes desde hace cuánto tiempo estás bajo la influencia de ese delirio provocado por la magia?

—Me he perdido —contestó Quisser.

—Es simple —señalé—. ¿Hace cuánto tiempo que piensas en todas esas tonterías sobre las ferias de gasolinera y, sobre todo, en ese personaje que llamas *showman*?

—Supongo que llegado este punto será absurdo insistir en que he visto esa figura desde mi infancia, aunque sea justo así y justo como lo recuerdo.

—Desde luego es absurdo, porque es una ilusión.

—Así que es una ilusión lo del showman, pero no es ridícula tu idea de… ¿cómo lo llamas?

—Arte de la magia. Porque el tiempo que hayas sido víctima de esta magia en concreto, será el que habrás tenido la ilusión de las ferias de gasolinera y los fenómenos relacionados.

—¿Y cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Quisser sin demasiado entusiasmo.

—Desde que humillaste a la mujer del Crimson llamándola «ilusa sin talento». Te dije que tenía contactos que no conocías en absoluto.

—Estoy hablando de algo de la niñez, algo que he recordado durante toda mi vida. Tú hablas de un asunto de tan solo hace unos días.

—Y justo hace unos días es el tiempo que llevas bajo una ilusión. ¿No ves que a través de su arte de la magia ha hecho que sufras uno de las peores clases de ilusión, que podría llamarse «ilusión retroactiva»? Y no solo has sido tú el afectado en estos últimos días, semanas e incluso meses. Todos los de aquí han sentido la amenaza de su arte desde hace un tiempo. Estoy empezando a pensar que lo he descubierto demasiado tarde, muy tarde. Sabes lo que es tener una ilusión de tipo retroactivo, pero ¿sabes lo que es ser víctima de un serio desorden estomacal? He estado aquí sentado, en el local de esta mujer, bebiendo té de menta servido por una camarera que es amiga de ella, pensando que el té de menta es lo que mejor me va para el estómago cuando bien podría estar empeorando mi estado o incluso provocando algún cambio, de acuerdo a los principios del arte de la magia, que derive en algo más grave y más extraño. Pero la mujer del Crimson no es la única que practica esta magia. Pasa por todos lados a nuestro alrededor. Es como estar de improviso en medio de una niebla, en el mar, donde muchos de nosotros nos perdemos. Observa las caras de este local y luego dime que solo tú eres la víctima de una horrible magia. La mujer del Crimson tiene unos cuantos adversarios, así como relación con poderosos aliados. ¿Cómo podría decir quiénes son exactamente? Son un grupo especializado en el arte de la magia, sin duda, pero no puedo asegurar, con falsa certeza que sí, que sean grupo de iluminados, o «científicos esotéricos», como muchos se hacen llamar hoy en día.

—Todo eso parece una de tus historias —protestó Quisser.

—Por supuesto que lo parece, no creas que ella no lo sabe. Pero no soy yo el que cuenta una grotesca historia sobre unas ferias de gasolinera y una barraca con el pequeño escenario parecido al que está al otro lado de este local. No puedes apartar los ojos de él, me he fijado en eso, al igual que el resto de personas de esta sala. ¿Qué crees que ves allí?

—Suponiendo que sepas de lo que estás hablando —dijo Quisser, quien ahora se esforzaba por mantener la mirada apartada del escenario del otro lado del la sala—, ¿qué se debería hacer?

—Puedes empezar por apartar los ojos del escenario del otro lado de la sala. No hay nada que puedas ver allí, salvo una ilusión mágica. En esa aflicción no hay nada que sea necesariamente mortal o permanente. Pero tienes que pensar que te recuperarás, como si estuvieras padeciendo una enfermedad física que no fuera mortal. De lo contrario, esas enfermedades se convertirán en algo mucho más mortífero, porque al fin y al cabo, todas las enfermedades son enfermedades mágicas, sobre todo tu ilusión mágica.

Me di cuenta de que, al final, la intensa convicción de mis palabras tuvo su efecto en Quisser. Su mirada ya no era atraída hacia el pequeño escenario en el otro lado de la sala, sino que la dirigía de lleno hacia mí. Se quedó un tanto consternado al saber la verdad de su ilusión, aunque parecía tener bastante puestos los pies en la tierra. Encendí otro de mis cigarrillos y miré a mi alrededor, sin buscar nada ni a nadie en particular, sino simplemente para calibrar el ambiente. El humo de tabaco que se movía por el local era mucho más denso, la luz ámbar era mucho más oscura y el sonido de las gotas de lluvia todavía se oía contra las ventanas pintadas de negro del Crimson Cabaret. Había vuelto al camarote de aquel barco que era arrastrado por una tempestad infernal, totalmente desorientado y amenazado por fuerzas incontrolables. Quisser se excusó para ir al servicio y su figura pasó por mi campo de visión como una sombra a través de la densa niebla.

No tengo ni idea de hacía cuánto tiempo Quisser se había marchado de la mesa. Estaba totalmente absorto en las otras caras del local y la profunda preocupación que mostraban, una preocupación que no era de carácter natural y existencial, sino que estaba provocada por una inquietud extraña. Menuda temporada llevamos, parecían expresar esas caras; y sin duda sus voces hubieran hablado directamente sobre ciertas preocupaciones, si no hubieran estado intimidadas de tal manera que reaccionaban con extrañas evasivas y dobles sentidos por el temor a ser víctimas del mismo tipo de aflicción antinatural que había causado tantos problemas en la mente del crítico de arte Stuart Quisser. ¿Quién sería el próximo? ¿Qué podía entonces decir una persona, o incluso pensar, sin sentir el miedo ante las repercusiones de algunos grupos e individuos unidos por una fuerza común? Casi oía sus voces preguntando, «¿por qué aquí, por qué ahora?». Pero, desde luego, bien podrían estar preguntando, «¿por qué

no aquí, por qué no ahora?». A esta gente no se le ocurriría que no había reglas especiales, no se les pasaría por la cabeza, aunque fueran un grupo de imaginativos artistas, que se trataba de algo al azar, un terror gratuito que convergía en un lugar concreto, en un momento concreto, sin ninguna razón en particular. Por otro lado, tampoco se les había ocurrido que podía ser que ellos mismos lo hubiesen deseado, que hubieran tenido algo que ver con la llegada de esas fuerzas poderosas y esos contactos a nuestro barrio simplemente deseando que vinieran. Podían haber deseado y deseado que cayera sobre ellos un mal antinatural pero, al menos durante un rato, no pasó nada. Entonces dejaron de desearlo, y los deseos antiguos se olvidaron, aunque al mismo tiempo juntaron fuerzas y derivaron en una fórmula potente (¡quién lo diría!), hasta que un día la terrible temporada empezó. Porque si hubieran dicho la verdad, este grupo artístico también habría expresado qué significado (aunque fuera negativo), y qué intensa emoción (aunque fuera espantosa), había traído a sus vidas esa temporada de mal antinatural.

Fue durante esos instantes en los que miraba a las caras del Crimson Cabaret y pensaba mis cosas sobre aquellos rostros, cuando una sombra atravesó mi confuso campo de visión. Cuando esperaba que esa sombra fuera la de Quisser, mi compañía en la mesa durante esa noche, en su lugar me encontré con la camarera que Quisser había afirmado que era tan fiel a la mujer del Crimson. Me preguntó si quería pedir otra taza de té de menta con estas palabras exactas: «otra taza aún más de té de menta». Mientras intentaba no irritarme por el tono extrañamente sarcástico de su voz, lo que solo hubiera empeorado mi estómago ya revuelto, contesté que estaba a punto de marcharme aquella noche. Después añadí que tal vez mi amigo quisiera beber otra copa «aún más» de vino, mientras señalaba hacia la mesa para mostrarle la copa vacía que Quisser había dejado allí cuando se había ido al servicio. Pero no había ninguna copa de vino vacía en la mesa; solo estaba mi taza vacía de té de menta. Entonces acusé a la camarera de haberse llevado la copa vacía de vino mientras estaba distraído y absorto en las caras del Crimson Cabaret. Pero ella negó haber servido una copa de vino a nadie en mi mesa e insistió en que yo había estado solo todo el tiempo desde el momento en que llegué al local y me senté allí, al otro lado del pequeño escenario. Después de una búsqueda a conciencia en el servicio de caballeros, regresé e intenté encontrar a alguien más en el local que hubiera visto al crítico de arte Quisser hablando conmigo durante todo ese tiempo sobre sus ferias de gasolinera. Pero todos coincidieron en que no había visto nada parecido.

Incluso el mismo Quisser, cuando me lo encontré al día siguiente en una galería de arte de poca monta, aseguró que no me había visto la noche anterior. Afirmó que había estado toda la noche en su casa, solo, pues había sufrido una indisposición —algún bicho, dijo— de la que ya se había recuperado completamente. Cuando lo llamé mentiroso, se me acercó en medio de la galería de arte de poca monta, y en un

susurro intenso me dijo que debía «medir mis palabras». Siempre hablaba más de la cuenta, insinuó, y en el futuro debía tener más cuidado con lo que decía y a quién se lo decía. Me preguntó si de verdad creía que era sensato abrir la boca en una fiesta y llamar a alguien «ilusa sin talento». Había ciertas personas, dijo, que tenían contactos poderosos y precisamente yo debería saberlo muy bien, teniendo en cuenta mis conocimientos sobre estas cosas y el modo que demostraba estos conocimientos en las historias que escribía.

—No es que no esté de acuerdo con lo que opinas de ya sabes quién —comentó —, pero yo nunca hubiera hecho una declaración abierta. La humillaste y en estos tiempos vina cosa así pude ser peligrosa, ya sabes a qué me refiero.

Por supuesto sabía muy bien a qué se refería, aunque todavía no entendía por qué me decía eso a mí en vez de a él. Más tarde pensé: ¿no es ya suficiente que siga sufriendo un terrible desorden estomacal, que también tengo que soportarla carga de otra ilusión? Pero incluso esa explicación al final se hizo pedazos cuando seguí haciendo averiguaciones. Las historias sobre la noche de la fiesta se multiplicaban, y las versiones respecto a quién exactamente había cometido la ofensa humillante e incluso quién había sido la parte ofendida proliferaban entre mis conocidos y coetáneos.

—¿Por qué me cuentas estas cosas? —me dijo la dueña del Crimson cuando le pedí mis más sinceras disculpas—. Apenas te conozco y además, ya tengo suficientes problemas. Esa bruja de camarera que tengo en el bar ha quitado todos mis cuadros y los ha cambiado por los suyos.

Por lo visto, todos teníamos problemas cuyas causas eran imposibles de encontrar, pues se entrecruzaban unas con otras como las trayectorias de incontables gotas de lluvia en una tormenta, que se mezclaran para crear una' niebla engañosa y una contra-ilusión. Sin duda, estaban jugando unos contactos y fuerzas poderosas, aunque parecían no tener nombre ni cara y no se sabía qué habíamos hecho nosotros —un grupo de ilusos sin talento— para ofenderlos. Nos había alcanzado una temporada de horrorosa magia de la que nada nos podía liberar. Cada vez con más frecuencia me encontraba volviendo a aquellos recuerdos de las ferias de gasolinera para buscar una respuesta en el atardecer de alguna remota zona rural donde unos tiovivos y unas norias en miniatura estaban estropeados en un paisaje desierto.

Pero aquí no hay nadie que escuche ni siquiera mis más lamentables disculpas, y mucho menos el *showman*, que estará esperando detrás de la puerta (o en el cuarto de baño del Crimson Cabaret). Y cualquier habitación en la que entro puede convertirse en una barraca de feria, donde me sentaré sobre un viejo banco destartalado a punto de desmoronarse. Incluso ahora el *showman* está delante de mi vista. Su pelo fuerte y rojo se mueve levemente hacia su hombro, como si fuera a volverse para mirarme; entonces mueve la cabeza un poco hacia el otro hombro en este interminable juego de

niños. Lo único que podía hacer era sentarme y esperar, pues sabía que algún día se daría la vuelta del todo, bajaría del escenario, y me reclamaría el abismo que siempre había temido. Tal vez entonces descubriera lo que había hecho —lo que todos nosotros habíamos hecho— para merecer ese destino.

El bungalow

A principios del pasado septiembre descubrí entre los objetos de exposición de una galería de arte de la zona una especie de pieza teatral registrada en una cinta de cassette. Más tarde supe que esta sería la primera cinta de una serie de grabaciones de monólogos oníricos realizadas por un artista desconocido. Lo que expongo a continuación es una selección breve y muy típica de la primera parte de esta obra. Recuerdo que al cabo de unos segundos de oír un ruido sibilante en el cassette, la voz empezaba a decir: «En el *bungalow* había mucho más de lo que ocuparse aparte de la simple plaga de bichos», decía, «aunque esto también tenía sus aspectos cuestionables». Luego la voz continuaba: «Vi tan solo unos pocos cuerpos allí donde la luz de la luna brillaba a través de las ventanas con las persianas subidas del salón y caía sobre la alfombra. Al parecer solo se movía uno de los cuerpos y muy despacio, pero podía haber más que todavía no estuvieran muertos. A excepción de la silla donde estaba sentado en la oscuridad, la habitación no tenía muchos más muebles y, en realidad, tampoco el resto del *bungalow*. Pero había un gran número de lámparas colocadas a mi alrededor, lámparas de pie y de mesa e incluso dos lamparitas sobre el manto encima de la chimenea».

Según recuerdo, hubo una breve pausa al principio de la grabación del monólogo onírico y después la voz continuó: «“El *bungalow* se construyó con una chimenea”, me dije a mí mismo en la oscuridad, mientras pensaba cuánto tiempo hacía que nadie usaba esa chimenea o cualquier otra cosa de la casa. Luego mi atención volvió a centrarse en las lámparas e intenté encenderlas una a una, girando los pequeños interruptores estriados en la oscuridad. La luz de la luna cayó sobre sus pantallas sin iluminarlas, por lo que no pude ver que ninguna de las lámparas tenía bombilla y cada vez que probaba a encender una de ellas, ya fueran las de pie, las de la mesa o las dos pequeñas del manto encima de la chimenea, nada cambiaba en el oscuro salón del *bungalow*, la luz de la luna brilló a través de las persianas polvorientas y reveló los cuerpos de los insectos y otros bichos sobre la clara alfombra».

«Los obstáculos y desafíos con los que me tenía que enfrentar en el *bungalow* cada vez se hacían más y más agobiantes», susurraba la voz de la cinta. «Me sentía muy desconsolado en aquel lugar a altas horas de la noche, aunque no supiera exactamente la hora que era; al ver sobre la alfombra clara y raída aquellos cuerpos llenos de insectos, algunos de los cuales aún estaban vivos, y al intentar encender las lámparas y darme cuenta de que ninguna funcionaba. Todo parecía oponerse a mis esfuerzos y estar en mi contra cada vez que intentaba enfrentarme a algún problema en el *bungalow*. Por primera vez advertí que los cuerpos que estaban casi en calma total sobre la alfombra iluminada por la luna no eran como ninguna especie de bichos que hubiera visto antes», señaló la voz de la grabación. «Algunos de ellos parecían

deformes, como si sus formas, asquerosas por naturaleza, se hubieran alterado de un modo que soy incapaz de discernir. Sabía que me harían falta instrumentos especiales para ocuparme de aquellas criaturas, un arsenal de herramientas avanzadas de exterminio. Fue la idea del veneno —las soluciones y vapores tóxicos que tendría que usar en mi ataque a la plaga del *bungalow*— lo que acabó angustiándome por las complejidades de la tarea que se me presentaba y los pocos recursos de los que disponía».

En este punto, y en muchos otros a lo largo de la grabación (según recuerdo), la voz se hacía casi inaudible. «El *bungalow*», decía, «estaba sumido en un ambiente lóbrego al que uno debía resistirse: la luz de la luna que entraba por unas persianas polvorientas, los cuerpos sobre la alfombra y las lámparas sin bombillas. Y aquel silencio increíble. No era la ausencia de sonidos lo que sentía, sino la eliminación de incontables sonidos y hasta voces, la amortiguación de todos los ruidos que cualquiera podría esperar en una casa a altas horas de la noche, así como un sin fin de otros sonidos y voces. Las fuerzas necesarias para conseguir este silencio me sobrecogieron. “El terror y la lobreguez infinita de una casa infestada —me susurré a mí mismo—. El universo del *bungalow*, pensé para mis adentros”. De repente me invadió una sensación de desesperanza eufórica que traspasó mi cuerpo como una droga poderosa y puso todos mis pensamientos y movimientos en una suspensión etérea y flotante. Bajo la luz de la luna que se filtraba por las persianas del *bungalow*, ahora estaba tan calmado y tan en silencio como todo lo demás».

El título de la obra de arte de grabación de la que acabo de citar un fragmento era El *bungalow* (más silencio). Descubrí este y otros monólogos oníricos del mismo artista en Bellas Artes Dalha D., que estaba situada cerca de la biblioteca pública (la delegación principal), donde yo trabajaba en el departamento de lengua y literatura. A veces pasaba mi hora de la comida en la galería, aunque tuviera que consumir dentro del local lo que me hubiera llevado para comer. Había unas pocas sillas y unos *cuantos bancos por la galería y sabía que la propietaria del local* no ahuyentaría ninguna clase de clientela, aunque se entretuviera un rato. De hecho, en realidad no se ganaba la vida con el arte. ¿Cómo podía ser eso? Bellas artes Dalha D. era un local pequeño. Cualquiera pensaría que no había problema en mantener un establecimiento donde había muy poco espacio, tan solo una habitación que nunca se llenaba de obras de arte ni de material artístico. Pero al parecer nunca se había intentado dicho mantenimiento. El escaparate era tan transparente que cualquiera que pasara casi podía distinguir los cuadros y las esculturas que había detrás (los mismos, año tras año). Desde la calle, este diminuto escaparate presentaba la alucinación más desoladora, de colores insulsos y formas sin forma, sobre todo en las tardes a finales de noviembre. Una vez dentro de la galería, las cosas estaban en un estado similar, desde el asqueroso linóleo del suelo, donde algunas baldosas partidas dejaban al

descubierto los cimientos de cemento, hasta el techo bastante alto, del que alguna que otra vez caían unos trocitos de engrudo. Si se hubieran retirado todas las obras y el material artístico del edificio, nadie habría imaginado que alguna vez hubiera ocupado aquel espacio una galería de arte o alguna empresa de menor importancia.

Pero como sabían muchas personas, aunque fuera información de segunda mano, la mujer que regentaba Bellas artes Dalha D. no se ganaba la vida con aquellas obras de arte y demás artículos relacionados, que tan solo el artista más desesperado y terriblemente ingenuo permitiría que expusieran en aquella galería. Según se cuenta, e incluyo en esto mis breves conversaciones con la mujer durante mi hora de la comida, a lo largo de su vida había trabajado en muchas cosas. Entre ellas, una vez hasta había sido artista y algunas de sus obras —desordenados ensamblajes dentro de viejas cajas de puros— estaban expuestas en un rincón. Pero como era obvio, su galería de arte no era autosuficiente, a pesar de que los gastos fueran mínimos, y no ocultaba su verdadera fuente de ingresos.

—¿Quién quiere comprar esos trastos? —me explicó una vez mientras hacía un gesto con aquellos dedos largos cuyas uñas estaban pintadas de verde esmeralda.

Ese mismo color parecía dominar su vestuario de prendas largas y holgadas, junto al que a menudo aparecían unos increíbles pañuelos o chales que arrastraba por el suelo mientras se movía de un lado a otro de la galería. Se detuvo y con la punta de uno de sus zapatos verde esmeralda dio una pequeña patada a la papelera metálica llena de miembros de muñecas, todos ellos pintados separadamente de muchos colores.

—¿En que piensa la gente cuando haces estas cosas? ¿Qué pensaba yo hacer con esas estúpidas cajas de puros? Nada más que eso, estoy segura de que nada más que eso.

Y no ocultaba, dentro de toda cautela razonable, qué tipo de cosas le interesaban ahora como mujer de negocios. El teléfono siempre estaba sonando en la galería de arte, con un cascado timbre que gorgoriteaba y perturbaba la calma total del local desde la parte trasera del establecimiento. Entonces ella desaparecía rápidamente detrás de una cortina que colgaba de la puerta que separaba la zona de delante de la galería de arte de la de atrás. Yo me comía mi bocadillo o una fruta y luego, de pronto, por cuarta o quinta vez en una media hora, el teléfono gritaba en la parte trasera y al final hacía que la mujer volviera detrás de la cortina. Pero nunca contestaba al teléfono con el nombre de la galería ni tampoco empleaba una de las frases típicas del protocolo de los negocios. Nunca oí nada parecido a «Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle?» al fondo de la habitación, mientras estaba sentado comiendo mi almuerzo en la otra parte de la galería de arte. Siempre contestaba el teléfono de la misma manera, con el mismo tono expectante y tranquilo en su voz. «Le atiende Dalha, ¿dígame?», decía siempre.

Antes de conocerla bien, insistía en que usara su nombre de pila. El mero hecho de pronunciar su nombre me infundía una sensación de acceso a lo que ofrecía a todos aquellos que llamaban por teléfono, por no mencionar a los individuos que visitaban la galería de arte para concertar o confirmar una cita. Fuera lo que fuese lo que alguien estuviera ansioso de probar, cualquier paso que alguien quisiera dar, allí estaba Dalha para organizarlo. Eso era lo que de verdad se vendía en la galería de arte, esos preparativos. Cuando volvía a la biblioteca después de mi hora de almuerzo, continuaba imaginándome a Dalha en la parte trasera de la galería de arte, yendo de un lado a otro del local, haciendo todos los preparativos por teléfono o a veces en persona.

El primer día que me fijé en la obra de arte titulada El *bungalow*, el teléfono de Dalha no paraba de sonar. Mientras ella hablaba con sus clientes al fondo de la galería, yo estaba prácticamente solo delante. Por pura emoción, me acerqué a la papelera metálica llena de partes de muñecas desmembradas, cogí uno de los brazos pintados (¡verde esmeralda!) y me lo metí en el bolsillo de mi americana. Fue entonces cuando encontré la vieja grabadora sobre una mesita de plástico en un rincón. Al lado del aparato había una tarjeta donde estaba escrito el título de la obra de arte, junto con las siguientes instrucciones: «PULSE PLAY. POR FAVOR, REBOBINE UNA VEZ LO HAYA ESCUCHADO. NO SAQUE LA CINTA». Me puse los auriculares en los oídos y pulsé el botón de PLAY. La voz que se oía por los auriculares, que eran enormes, sonaba distante y estaba un tanto distorsionada por el ruido de fondo del cassette. No obstante, me tenían tan intrigado los primeros fragmentos del monólogo onírico que acabo de transcribir, que me senté en el suelo al lado de la mesita de plástico sobre la que estaba colocada la grabadora y escuché todo el cassette, que se prolongó una hora y media más mi horario de comida asignado. Cuando acabó la cinta, estaba en otro mundo, es decir, el mundo del *bungalow* infestado, con toda su espantosa panoplia de ensueño y encantos repugnantes.

—No olvides rebobinar la cinta —me recordó Dalha, que ahora estaba a mi lado, con un pelo largo y gris, como lana de acero, que casi me rozaba la cara.

Pulsé el botón de la grabadora para rebobinar y me levanté del suelo.

—Dalha, ¿puedo usar tu cuarto de baño? —le pregunté.

Señaló a la cortina que llevaba a la parte trasera de la galería de arte.

—Gracias —le dije.

El efecto de escuchar el primer monólogo onírico fue muy intenso por las razones que pronto explicaré. Quería estar solo durante unos instantes para conservar el estado mental que la voz del cassette me había provocado, así como cuando intentamos retener las imágenes de un sueño justo después de despertarnos. Sin embargo, tuve la impresión de que el lavabo de la biblioteca, a pesar de sus peculiares virtudes, que había apreciado todos estos años, de algún modo debilitaría las

sensaciones y el estado mental creado por el monólogo onírico, en vez de conservar la experiencia o incluso aumentarla, como esperaba que hiciera el cuarto de baño de la parte trasera de la galería de arte de Dalha.

El motivo por el que quería pasar mi hora de almuerzo en el entorno de la galería de arte de Dalha, que era muy diferente al de la biblioteca, era exactamente el mismo por el que quería usar el cuarto de baño de la parte trasera del local y de ninguna manera el lavabo de la biblioteca, aunque así me retrasaba en llegar al trabajo. Y en realidad el cuarto de baño tenía las mismas características del resto del establecimiento, como yo esperaba. El hecho de que estuviera situado en la parte trasera de la galería de arte, en mi opinión una zona de misterios, era significativo. Justo al lado de la puerta del cuarto de baño había un pequeño escritorio abarrotado de cosas sobre el que estaba el teléfono que Dalha usaba para su auténtico negocio de hacer preparativos. El teléfono estaba centrado bajo la tenue luz de una lámpara de escritorio y cuando pasé al lavabo me di cuenta de que era un objeto pesado y difícil de manejar, con un hilo recto, es decir, desenroscado, que conectaba el auricular al aparato, con su disco enorme. Pero aunque Dalha contestó muchas llamadas durante el rato que estuve en el cuarto de baño, las conversaciones parecieron totalmente legítimas, pues tenían que ver con su vida personal o con asuntos prácticos relacionados con la galería de arte.

—¿Cuánto tiempo vas a estar ahí? —me preguntó desde el otro lado de la puerta del baño—. Espero que no estés enfermo, porque si lo estás, tendrás que irte a otro sitio.

Le dije que no me pasaba nada malo (justo lo contrario) y un instante después salí del lavabo. Estaba a punto de preguntarle por los detalles de lo que acababa de oír en el cassette, estaba ansioso por saber algo más sobre el artista y cuánto me costaría comprar la obra titulada El *bungalow*, así como cualquier otra pieza similar que pudiera existir, pero entonces el teléfono empezó a sonar otra vez. Dalha contestó con el saludo de costumbre mientras yo permanecía en la parte trasera de la galería de arte, un espacio oscuro aunque relativamente despejado, que me recordó en aquel momento al salón del *bungalow* que habían descrito en la grabación del monólogo onírico que había escuchado. La conversación que mantenía Dalha (otra llamada no relacionada con los preparativos) parecía interminable, y yo, lleno de nervios, cada vez era más consciente del tiempo de más que había pasado en la parte delantera del establecimiento.

—Hasta mañana —me despedí de Dalha, que me respondió con una miraba de sus ojos verde esmeralda mientras seguía hablando por teléfono con la otra persona. Me sonrió, como con una risa apagada, recuerdo que pensé al pasar por la puerta con cortina que daba a la parte delantera de la galería de arte. Me quedé mirando a la grabadora colocada sobre la mesa de plástico, pero decidí no llevarme la cinta de

cassette a la biblioteca (y a mi casa después). Mejor sería hacerlo al día siguiente cuando volviera a la hora del almuerzo. Casi nadie se llevaba nada de la galería de arte de Dalha.

Durante el resto del día —tanto en la biblioteca como en mi casa— me acordé de la cinta sobre el *bungalow*. Sobre todo en el trayecto en autobús del trabajo a casa, pensé en imágenes y conceptos que se describían en el cassette, así como en la voz que lo relataba y en las frases que utilizaba en todo el monólogo onírico. En mi recorrido de todos los días de casa a la biblioteca y viceversa, pasaba por miles de calles con casas con aspecto lúgubre a ambos lados, que bien podían haber inspirado la grabación de la cinta de cassette. Estas calles estaban llenas de punta a punta de este tipo de casas, aunque el autobús nunca girara por ninguna de ellas y por tanto, en realidad, yo nunca viera ni siquiera una de «punta a punta». De hecho, cuando miraba por la ventana que tenía al lado de mi asiento —siempre me sentaba junto a la ventana en el autobús, nunca en el pasillo, ya fuera a un lado o al otro—, las calles parecían interminables y se perdían de mi vista hacia un sinfín de casas antiguas, muchas de ellas en ruinas y abandonadas, la mayoría pequeñas y con aspecto lúgubre, como el *bungalow*.

La grabación del monólogo onírico, según recordé aquel día mientras iba a casa en autobús y miraba por la ventana, describía unas cuantas características del *bungalow* infestado: las persianas de las ventanas polvorientas que iluminaba la luz de la luna, las lámparas sin bombillas, la alfombra raída y los bichos muertos o casi muertos que llenaban la alfombra. La voz de la cinta solo presentaba una perspectiva del interior de la casa, nunca la describía por fuera. A la inversa, las casas que observaba con tanta intensidad en mi recorrido en autobús de y hacia la biblioteca solo podía verlas desde una perspectiva exterior, así que los interiores quedaban para mi imaginación, que arrojaba sobre ellas. Los recuerdos de esos interiores, una vez había salido de una de mis proyecciones imaginativas, siempre eran vagos e irregulares, carentes de la composición física y minuciosa que proporcionaba la cinta de cassette sobre el *bungalow*. Incluso la evocación de los sueños que a menudo tenía sobre esas casas era vaga e irregular, muy imperfecta. Sin embargo, las sensaciones y el estado mental creados por las proyecciones imaginativas de mis sueños sobre estas casas se correspondían totalmente con las experiencias de la galería de arte de Dalha, cuando escuché la cinta titulada El *bungalow*.

Aquella sensación de estar en trance en un entorno repugnante y patético me fue transmitida de un modo muy impactante por la voz de la grabación, que describía un mundo silencioso y apartado donde uno existía en un estado de hipnosis lamentable. Mientras estuve sentado en el suelo de la galería de arte escuchando cómo hablaba aquella voz por aquellos enormes auriculares, tuve la sensación de que no estaba oyendo simplemente las palabras del monólogo onírico, sino que también las estaba

leyendo. Lo que quiero decir es que siempre que leo las palabras de una página, cualquier palabra de cualquier página, la voz que oigo pronunciando esas palabras en mi cabeza siempre acabo reconociéndola como mía, aunque las palabras sean de otro. Tal vez sea más exacto decir que siempre que leo unas palabras, la voz de mi cabeza es mi propia voz, ya que se une (o se pierde) en las palabras que estoy leyendo. En cambio, cuando tengo ocasión de escribir palabras en una hoja, aunque sea un simple comentario o vina nota en la biblioteca, la voz que me dicta estas palabras no suena como la mía, hasta que, por supviesto, vuelvo a leer las palabras para mí mismo y entonces todo vuelve a la normalidad. La cinta del *bungalow* era el ejemplo más espectacular que había conocido de este fenómeno. A pesar de la mala calidad general de la grabación, la voz distorsionada qvie leía el monólogo onírico se unía (o se perdía) en mi propia voz perfectamente clara dentro mi cabeza, aunque estuviera escuchándola a ella por unos auriculares enormes y no leyendo las palabras de vina página. Mientras iba en autobús del trabajo a casa y observaba calle tras calle aquellas casas que me recordaban tanto a la que se describía en la grabación del monólogo onírico, lamenté no haber adquirido esa obra de arte al momento o al menos haber descubierto algo más por boca de Dalha, que había estado ocupada aquella tarde con un número inusual de llamadas.

Al día siguiente, en la biblioteca, estaba deseando que llegara la hora del almuerzo para ir hasta la galería de arte y averiguar todo lo que pudiera sobre la cinta del *bungalow,* así como hablar de las condiciones de compra. Nada más entrar en la galería, miré hacia el rincón donde había colocado la grabadora sobre la mesita de plástico el día anterior. Por alguna razón me sentí aliviado al encontrar que el objeto en exposición todavía seguía en su sitio, como si cualquier obra de arte de aquella galería pudiera entrar y salir, de allí en un solo día.

Fui hasta la galería para confirmar que todo lo que había visto (y oído) el día anterior estaba exactamente como lo recordaba. Comprobé que la cinta aún estuviera dentro de la grabadora y cogí la tarjetita donde estaba apuntado el título de la obra, junto con las instrucciones de cómo se debería manejar correctamente el aparato expuesto. Fue entonces cuando me di cuenta de que la tarjeta era diferente a la primera. En esta había escrito el título de una nueva obra denominada *La fábrica abandonada con el suelo sucio y las voces.*

Aunque estaba muy emocionado por haber encontrado una nueva pieza de este artista, también sentía una intensa aprensión por la ausencia del monólogo onírico del *bungalow*, que había planeado comprar con el dinero extra que había traído conmigo hasta la galería de arte aquel día. Justo en el momento en que experimentaba las dos sensaciones de entusiasmo y aprensión, Dalha salió de detrás de la cortina que separaba la parte trasera de la delantera de la galería de arte. Pensaba ser completamente displicente cuando negociara la compra de la pieza del *bungalow*,

pero Dalha me había cogido desprevenido en un estado de conflicto que desorientaba.

—¿Qué le ha pasado a la cinta sobre del *bungalow* que estaba aquí ayer? —pregunté, con una tensión en la voz que delataba unos deseos que la posicionaban a ella en ventaja.

—Ya no está —respondió con un tono frío mientras caminaba despacio y sin dirección determinaba por la galería, arrastrando por el suelo su falda y su pañuelo verde esmeralda.

—No lo entiendo. Era una obra de arte que estaba expuesta en esa mesita de plástico.

—Sí —confirmó.

—¿Y después de un día en exposición, ya no está?

—Sí, ya no está.

—Alguien la compró —afirmé, pues me temía lo peor.

—No —contestó—, no estaba en venta. Era solo una pieza de interpretación. Había un precio por usarla, pero tú no pagaste.

Una horrible confusión se añadió al entusiasmo y a la decepción que ya estaban mezclados dentro de mí.

—No había ningún precio marcado por escuchar el monólogo onírico —insistí—. Que yo supiera, como hubiera supuesto cualquier persona, este artículo estaba en venta, como cualquier otro de este establecimiento.

—El monólogo onírico, como tú lo llamas, era una pieza exclusiva. El precio estaba en el dorso de la tarjeta donde estaba escrito el título, así como el precio de este está en el dorso de la tarjeta que ahora tienes en la mano.

Di la vuelta a la tarjeta para ver el otro lado, donde las palabras «veinticinco dólares» estaban escritas con la misma letra que aparecía en todas las etiquetas de precios de la galería. Con el tono de voz de un cliente indignado, le dije a Dalha:

—Escribiste el precio solo en esta tarjeta. No había nada escrito en la del *bungalow*.

Pero mientras pronunciaba estas palabras no podía asegurar que fueran ciertas. De todas formas, sabía que si quería oír la cinta de cassette de la fábrica abandonada, tendría que pagar lo que debía o lo que Dalha reclamaba que debía por haber escuchado la grabación del *bungalow*.

—Ten —dije mientras sacaba mi cartera del bolsillo trasero—, diez, veinte, veinticinco dólares por el *bungalow* y otros veinticinco por escuchar la cinta que hay ahora en el aparato.

Dalha avanzó un paso, cogió los cincuenta dólares que le di y con su voz más fría dijo:

—Esto solo cubre la cinta de ayer del *bungalow*, que claramente estaba marcada con la cantidad de cincuenta dólares. Todavía tienes que pagarme los veinticinco si

quieres escuchar el cassette de hoy.

—¿Pero por qué debería costar la cinta del *bungalow* veinticinco dólares más que la de la fábrica abandonada?

—Tan simple como que es una obra menos ambiciosa que la del *bungalow*.

De hecho, la grabación titulada *La fábrica abandonada con el suelo sucio y las voces* duraba menos que *El bungalow (más silencio)*, pero no la encontré menos maravillosa en su descripción del mismo «terror y la lobreguez infinita». Durante aproximadamente quince minutos (de mi hora de almuerzo) abracé la belleza degradada de la fábrica abandonada, unas ruinas aisladas en una gran llanura, cuyas ventanas rotas solo dejaban brillar a la neblina más escasa de la luz de la luna en su suelo lleno de suciedad, donde las máquinas apagadas permanecían enterradas en una tumba de sombras y se consumían en los ecos de unas voces ahogadas y sin sentido. No obstante, la voz que me transmitía el mensaje mediante la grabadora era muy lúcida. Otra persona compartía mi pasión por la lobreguez glacial de las cosas. Sentí un gran consuelo al oír la voz monótona y un tanto distorsionada que recitaba aquellas palabras que tan bien conocía, fue una experiencia que incluso en ese momento, sentado en el suelo de la galería de arte de Dalha y escuchando la cinta con aquellos auriculares enormes, podía haber sido desgarradora. Pero quise creer que la intención del artista que había creado esos monólogos oníricos sobre el *bungalow* y la fábrica abandonada no era la de ir provocando esas sensaciones. Quería creer que aquel artista se había librado de los sueños y los demonios de toda sensiblería para explorar los placeres repugnantes y horribles de un universo donde todo se había reducido a tres crudos principios: primero, que no hay un sitio donde puedas ir; segundo, que no hay nada que puedas hacer; y tercero, que no hay nadie a quien puedas conocer. Por supuesto, sabía que esta perspectiva era una ilusión como cualquier otra, pero también era algo que me había sustentado durante mucho tiempo y muy bien, así como cualquier otra ilusión y tal vez durante más tiempo y mejor.

—Dalha —la llamé cuando acabé de oír la grabación—. Quiero que me cuentes todo lo que sepas sobre el artista de estos monólogos oníricos. Ni siquiera firma sus obras.

Desde el otro lado de la parte delantera de la sala, Dalha me habló con una voz extraña y un tanto nerviosa.

—Bueno, ¿por qué te sorprende que no escriba el nombre en sus obras? Así es como son los artistas hoy en día. Por todos sitios van firmando sus trabajos con algún símbolo idiota, un trozo de chicle o simplemente los dejan sin firmar. ¿Por qué te preocupa cuál es su nombre? ¿Por qué debería preocuparme a mí?

—Porque —respondí— tal vez pueda convencerle para que me deje comprarle sus obras en vez de sentarme en el suelo de tu galería de arte y alquilar estas grabaciones durante mi hora de almuerzo.

—Así que me quieres excluir del todo —gritó Dalha con su voz de antes—. Mira, soy su representante y todo lo que tenga que vender lo comprarás a través de mí.

—No sé por qué te ofendes tanto —dije mientras me levantaba del suelo—. Estoy dispuesto a darte un porcentaje. Todo lo que te estoy pidiendo es que organices algo entre el artista y yo.

Dalha se sentó en una silla, al lado de la cortina que separaba la parte trasera de la delantera de la galería de arte. Se colocó sobre los hombros el chai de color esmeralda y dijo:

—Aunque quisiera hacer algo, no podría. Ni yo misma sé cómo se llama. Hace pocas noches se me acercó en la calle mientras esperaba un taxi para volver a casa.

—¿Cómo es? —tuve que preguntarle al instante.

—Era muy tarde y estaba borracha —contestó Dalha, aunque me pareció que era una evasiva.

—¿Era un hombre joven o mayor?

—Un hombre mayor, sí. No era muy alto y tenía mucho pelo y de color blanco, como una especie de catedrático. Me dijo que quería exponer una obra de arte suya en mi galería. Le expliqué mis condiciones habituales tan bien como pude, puesto que estaba borracha. El las aceptó y se fue calle abajo. Y esta no es que sea la mejor zona de la ciudad para ir andando solo. Bueno, al día siguiente me llegó un paquete con la grabadora y todo lo demás. También había unas instrucciones que explicaban que debía destruir las cintas antes de marcharme de la galería al final del día, y a partir de entonces cada día. No había remitente en los paquetes.

—¿Y destruiste la cinta del *bungalow*? —le pregunté.

—Por supuesto —respondió Dalha con cierta exasperación, pero también con insistencia—. ¿Por qué debería preocuparme la obra de un artista loco o cómo enfoca él su carrera? Además, me aseguró que ganaría algún dinero y aquí tengo ya setenta y cinco dólares.

—¿Y por qué no me vendes este monólogo onírico sobre la fábrica abandonada? No me chivaré.

Dalha permaneció en silencio durante un momento y luego comentó:

—Me dijo que si no destruía las cintas cada día, se enteraría y haría algo al respecto. He olvidado lo que dijo exactamente, estaba borracha aquella noche.

—¿Pero cómo se iba a enterar? —le pregunté y en respuesta ella se limitó a mirarme fijamente en silencio—. Vale, vale, pero todavía quiero que me consigas una cita. Ya tienes el dinero por la cinta del *bungalow* y la de la fábrica abandonada. Si es un artista de verdad, querrá que le paguen. Cuando se ponga en contacto contigo, organizarás la cita. No te engañaré respecto a tu porcentaje, te doy mi palabra.

—Como si tuviera algún valor —contestó ella con amargura.

Pero al final estuvo de acuerdo en concertar la cita entre el artista de la grabadora

y yo. Me marché de la galería después de las negociaciones, antes de que Dalha cambiara de opinión. Aquella tarde, mientras trabajaba en el departamento de lengua y literatura de la biblioteca, no podía pensar en otra cosa que no fuera la fábrica abandonada que describía de manera tan atractiva la nueva cinta de cassette. El autobús que me lleva cada día laborable de casa al trabajo y viceversa siempre pasa por ese edificio, que está aislado a cierta distancia, tal como describió el artista en el monólogo onírico.

Aquella noche no dormí muy bien. No paraba de dar vueltas en la cama, ni dormido, ni despierto del todo. A ratos me daba la sensación de que había alguien más conmigo en la habitación que me hablaba, pero desde luego no podía aceptar esta idea desde ninguna perspectiva realista, pues estaba medio dormido y medio despierto y por lo tanto, a efectos prácticos, no estaba consciente.

Sobre las tres de la madrugada sonó el teléfono. A oscuras busqué mis gafas, que estaban sobre la mesita de noche al lado del teléfono y me fijé con alarma en la esfera luminosa de mi reloj. Me aclaré la garganta y saludé. La voz al otro lado de la línea me devolvió el saludo. Era Dalha.

—He hablado con él —dijo.

—¿Dónde, en la calle? —pregunté.

—No, no, en la calle no —contestó, y acompañó la respuesta de una risita tonta. Creo que iba borracha—. Me llamó por teléfono.

—¿Te llamó por teléfono? —repetí mientras me imaginaba por un momento cómo sería que me hablara la voz del artista por el teléfono y no solo a través de las grabaciones.

—Sí, me llamó por teléfono.

—¿Qué te dijo?

—Bueno, te lo diría si pararas de hacerme tantas preguntas.

—Dime.

—Tan solo hace unos pocos minutos que ha llamado. Me ha dicho que se reunirá contigo mañana en la biblioteca donde trabajas.

—¿Le hablaste de mí? —pregunté y luego hubo un largo silencio—. ¿Dalha? —la llamé.

—Sí, le hablé de ti, pero nunca he sabido con qué te ganabas la vida. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando en la biblioteca?

—Quince años. ¿Te dijo alguna cosa más? —le pregunté a Dalha.

—No, nada más.

—Tal vez tan solo sea una coincidencia que quiera quedar en la biblioteca y que yo trabaje allí —sugerí—. La gente siempre queda en la biblioteca. Yo veo cómo se retinen allí todos los días.

—Sí, desde luego —afirmó Dalha, un tanto condescendiente para alguien que está

borracho a las tres de la madrugada.

Después se despidió y colgó el teléfono antes de que pudiera decirle adiós.

Después de la conversación con Dalha, me fue imposible dormirme otra vez aquella noche, ni tan siquiera volver al estado de medio dormido y medio despierto. Solo podía pensar en la reunión con el artista de los monólogos del sueño, así que me preparé para ir a trabajar, tan deprisa que parecía que llegaba tarde, y me dirigí a la esquina de mi calle para esperar el autobús.

Hacía mucho frío mientras esperaba en la parada. Había un gajo de luna en la oscuridad del cielo, pues quedaban todavía algunas horas para el amanecer. De algún modo, me sentía como si esperara el autobús el primer día de colegio, ya que después de todo estábamos en septiembre y me embargaba tanto el miedo como el entusiasmo. Cuando finalmente llegó el autobús vi que solo unos pocos madrugadores iban rumbo al centro de la ciudad. Me senté en uno de los asientos de atrás y me quedé con la vista fija en la ventana, desde donde mi propia cara me devolvía la mirada en un negro reflejo.

Cuando nos acercamos a la siguiente parada vi que había otro pasajero esperando en el banco a que llegara el autobús. Iba vestido con ropa oscura (incluido un abrigo largo y holgado y un sombrero) y estaba sentado muy recto, con los brazos pegados al cuerpo y las manos apoyadas en el regazo. Tenía la cabeza un poco inclinada, por lo que no pude ver la cara que se ocultaba bajo el sombrero. Mientras nos acercábamos a la parada del autobús iluminada, pensé que su postura era de un reposo controlado. Me sorprendió que no se levantara conforme nos acercábamos cada vez más y al final, le pasamos de largo. Quise decir algo al conductor, pero una fuerte sensación de miedo y emoción me hizo permanecer en silencio.

Por fin el autobús me dejó en frente de la biblioteca y subí corriendo las escaleras que iban a dar a la entrada principal. A través de las gruesas puertas de cristal vi que solo unas pocas luces iluminaban el interior del edificio. Después de golpear el cristal durante un rato, distinguí una figura borrosa, vestida con el uniforme del hombre de mantenimiento, que aparecía en la distancia, dentro del edificio. Di unos cuantos golpecitos más y el hombre avanzó por el pasillo central abovedado.

—Buenos días, Henry —lo saludé mientras se abría la puerta.

—Hola, señor —contestó sin apartarse para permitirme entrar en la biblioteca—. Ya sabe que se supone que no he de abrir estas puertas antes de tiempo.

—Sé que he venido un poco pronto, pero estoy seguro de que no pasará nada si me deja entrar. Después de todo, trabajo aquí.

—Ya lo sé, señor, pero hace unos días ya me advirtieron de que estas puertas no debían de abrir fuera de horario. Es por los bienes robados.

—¿Qué bienes son esos, Henry? ¿Libros?

—No, señor. Creo que fue algo del departamento de comunicación. Tal vez una

videocámara o una grabadora, no sé exactamente.

—Bueno, tienes mi palabra. Solo déjame entrar y subiré directo por las escaleras a mi escritorio. Tengo un montón de trabajo hoy.

Al final, Henry me hizo el favor que le pedí y yo hice lo que le dije que haría.

La biblioteca era un edificio muy grande, pero el departamento de lengua y literatura (en la segunda planta) estaba situado en una zona relativamente pequeña, estrecha y alargada, con un techo alto y una fila de ventanas grandes a lo largo de una pared. Las otras paredes estaban llenas de libros y la mayoría del suelo estaba ocupado por grandes mesas de estudio. Aunque, en su mayor parte, la habitación donde yo trabajaba estaba bastante despejada de punta a punta. Había dos largos pasadizos abovedados que llevaban a otras partes de la biblioteca y una puerta de tamaño normal daba a las estanterías donde se almacenaba la mayoría del material bibliográfico, millones de volúmenes que permanecían en silencio y fuera de la vista en un sinfín de hileras de estanterías. En la oscuridad previa al alba, las verdaderas dimensiones del departamento de lengua y literatura no eran muy claras.

Tan solo gracias a la luz de la luna que brillaba en la oscuridad del cielo pude localizar mi escritorio, que estaba en medio de la estrecha y alargada habitación.

Fui hasta mi mesa y encendí la lamparita que había traído de casa hacía años. (No es que necesitara más iluminación para trabajar en la biblioteca, pero disfrutaba con el aspecto sombrío y anticuado de aquel objeto). Por un momento pensé en el *bungalow*, donde ninguna lámpara tenía bombilla y la luz de la luna brillaba a través de las ventanas sobre una alfombra llena de bichos. Por algún motivo era incapaz de evocar las especiales sensaciones y el estado mental que asociaba con el monólogo onírico, aunque mi situación actual, solo en el departamento de lengua y literatura unas horas antes de que amaneciera, fuera sumamente irreal.

Sin saber qué otra cosa hacer, me senté en mi escritorio como si comenzara mi rutina diaria. Fue entonces cuando vi un gran sobre encima de mi mesa, aunque no recordaba que estuviera allí antes de marcharme de la biblioteca el día anterior. El sobre parecía viejo y descolorido bajo la tenue luz de la lámpara de escritorio. No había nada escrito en el sobre, pero contenía algo y estaba cerrado.

—¿Quién anda ahí? —dijo una voz que casi sonaba como la mía.

Había visto algo por el rabillo del ojo cuando examinaba el sobre en mi escritorio. Me aclaré la garganta.

—¿Henry? —pregunté a la oscuridad sin alzar la vista de la mesa ni darme la vuelta hacia ningún lado.

No recibí respuesta, pero pude sentir que había alguien más conmigo en el departamento de lengua y literatura de la biblioteca.

Lentamente, giré la cabeza hacia la derecha y miré el pasadizo abovedado que se encontraba a cierta distancia de la habitación. En el centro de aquella abertura, que

iba a dar a otra estancia donde la luz de la luna brillaba a través de unas ventanas altas, estaba la silueta de una figura. No le vi la cara, pero enseguida reconocí el largo abrigo holgado y el sombrero. En realidad era el que había visto en la parada de autobús cuando me dirigía a la biblioteca en la oscuridad previa al alba. Ahora estaba allí para encontrase conmigo en la biblioteca, como le había dicho a Dalha que haría. A esas alturas no venía al caso preguntar cómo había entrado en el edificio ni tan siquiera perder el tiempo con presentaciones. Tan solo emprendí un monólogo que había estado ensayando constantemente desde que Dalha me telefoneara aquella madrugada.

—Quería conocerte —empecé—. Tus monólogos oníricos, que es como yo los llamo, me han impresionado mucho. Quiero decir, tus obras de arte no se parecen a nada que haya vivido antes, sea de manera artística o no. Me parece increíble lo bien que has expresado un tema que me resulta tan familiar. Por supuesto, no me refiero al tema en sí mismo, los *bungalow*s y todo eso, salvo cuando inspira tu visión subyacente de las cosas. Cuando en tus grabaciones de los monólogos tu voz pronuncia frases como «terror y lobreguez infinita» o «negación incesante del color y la vida», creo que mi reacción es justo la que buscabas provocar en aquellos que experimentaran tus obras de arte, tal vez la que tú mismo has vivido y que te ha inspirado esos trabajos.

Continué con la misma pauta durante un buen rato, hablando a la silueta de alguien que no revelaba ningún indicio de estar oyendo algo de lo que le decía. Sin embargo, llegó un momento en que mi monólogo se desvió en una dirección que no pretendía tomar. De repente, empecé a decir cosas que no tenían nada que ver con lo que había comentado antes y que incluso contradecían mis afirmaciones anteriores.

—Pues según recuerdo —continué diciéndole a la figura del pasillo abovedado—, he tenido una percepción muy estética e intensa de lo que yo llamo «la lobreguez glacial de las cosas». Al mismo tiempo he sentido una gran soledad durante esta percepción. Esta conjunción de sensaciones parece paradójica, puesto que esta percepción, esta perspectiva de las cosas, parecería descartar la sensación de soledad, o cualquier sensación de tristeza arrebatadora, mientras pienso en esto. Todo este sentimiento desgarrador, como se lo considera normalmente, desaparecería ante obras de arte como las tuyas, que expresan con tanta fuerza lo que he llamado la lobreguez glacial de las cosas, y sumergiría o arrollaría todo sentimiento en un ambiente lleno de verdades sombrías, impregnado con un estancamiento visionario y sin vida. No obstante, debo señalar que el efecto, tal y como lo considero, ha sido el contrario. Si tratabas de provocar la lobreguez glacial de las cosas con tus monólogos oníricos, entonces has fracasado totalmente tanto en el nivel artístico como en el no artístico. Has fallado a tu arte, te has fallado a ti mismo y también me has fallado a mí. Si tus obras de arte hubieran evocado de verdad la lobreguez de las cosas, entonces no

tendría la necesidad de saber quién eres, esta tristeza arrebatadora de que en realidad existía alguien que experimentaba las mismas sensaciones y los estados mentales que yo, y que podría compartir conmigo a través de unas grabaciones de monólogos oníricos. ¿Quién eres tú, que me has hecho sentir la necesidad de ir a trabajar antes de que salga el sol, que me ha hecho sentir que esto era algo que debía hacer y que eras alguien que debía conocer? Este comportamiento viola todos los principios bajo los que he vivido durante todo este tiempo. ¿Quién eres tú que me has hecho violar esos principios que han perdurado tanto? Creo que ahora lo veo todo más claro. Dalha y tú estáis conchabados contra mí y contra mis principios. Todos los días Dalha está al teléfono haciendo todos los preparativos para sacar beneficios y no puede soportar la idea de que yo esté allí sentado tranquilamente, comiéndome mi almuerzo en su horrible galería de arte. Se piensa que la estoy engañando de algún modo, porque no saca ningún beneficio de mí. No trates de negar que lo que ahora sé es cierto. Aunque de todas formas, podrías decir algo. Tan solo unas palabras con esa voz que tienes. Al menos, déjame ver tu cara. También podrías quitarte ese ridículo sombrero. Es algo que Dalha llevaría puesto.

Para entonces ya me había levantado y caminaba (más bien me tambaleaba) hacia la figura que estaba de pie en el pasillo abovedado. Mientras caminaba, o me tambaleaba, hacia la figura, no paré de pedirle que respondiera a mis acusaciones, pero cuando pasé entre dos grandes mesas de estudio hacia el pasillo, la figura que estaba allí retrocedió hacia la oscuridad de la habitación de al lado, donde la luz de la luna se filtraba a través de unas altas ventanas. Cuanto más me acercaba a él, más retrocedía hacia la oscuridad. Pero no retrocedía hacia la oscuridad dando pasos hacia atrás, mientras yo daba pasos hacia delante, sino que se movía de algún otro modo que incluso ahora no puedo especificar, como si flotara.

Justo antes de que la figura desapareciera del todo en la oscuridad, finalmente me habló. Era la misma voz que había escuchado con aquellos enormes auriculares en la galería de arte de Dalha, salvo que ahora no había interferencias, no había ninguna distorsión en las palabras que pronunciaba. Esas palabras, que resonaban tanto en mi cerebro como en el alto techo de las salas de la biblioteca, eran las que debería haber agradecido, puesto que repetían mis mismos principios privados. Sin embargo, ya no me consolaba oír otra voz que me dijera que no había ningún sitio adonde ir, nada que hacer y nadie a quien conocer.

La siguiente voz que oí fue la de Henry, que gritaba desde las escaleras de piedra de la planta principal de la biblioteca.

—¿Va todo bien, señor? —preguntó.

Me serené y fui capaz de contestarle que todo iba bien. Le pedí que encendiera las luces de la segunda planta. Después de un minuto, las luces estaban encendidas, pero para entonces el hombre del largo abrigo amplio y el sombrero ya se había marchado.

Cuando, más tarde aquel mismo día, me encontré con Dalha en su galería de arte, no se mostró nada comunicativa respecto a mis preguntas y acusaciones.

—Estás loco —me gritó—. No quiero saber nada más de ti.

Cuando le pregunté de qué estaba hablando, me contestó:

—De veras no lo sabes, ¿no? Estás enfermo. ¿No recuerdas esa noche en la que te me acercaste en la calle cuando estaba esperando a que apareciera un taxi?

Cuando le dije que no recordaba nada de eso, continuó con la anécdota de aquella noche y los acontecimientos posteriores.

—Estaba tan borracha que apenas entendí lo que me dijiste sobre un jueguecito al que estabas jugando. Después me enviaste las cintas. Luego viniste y las escuchaste, tal y como me dijiste que harías. Justo a tiempo recordé que tenía que mentirte y contarte que las cintas eran las obras de un anciano de pelo blanco, cuando en realidad eras tú el que las grababa. Sabía que estabas loco, pero este era el único dinero que pude sacarte, aunque día tras día vinieras a mi galería a comerte tu patético almuerzo. Cuando te vi aquella noche, no pude reconocer a simple vista quién se acercaba a mí por la calle. Tenías un aspecto diferente y llevabas un estúpido sombrero. Aunque pronto pude ver que eras tú. Aparentabas ser otra persona, pero sin fingirlo, no sé. Y entonces me dijiste que debía destruir las cintas y que si no las destruía ocurriría algo. Bien, déjame decirte, loco —me reveló—, que no me deshice de ellas. Se las dejé a todos mis amigos para que las oyeran. Nos sentamos a escucharlas bebidos y nos desternillamos de risa con tus estúpidos «monólogos oníricos». Mira, otra de tus obras de arte ha llegado en el correo de hoy —dijo mientras caminaba por la galería hacia el cassette colocado sobre la mesita de plástico —. ¿Por qué no lo escuchas y me pagas el dinero que me prometiste? Esta parece que es buena —dijo mientras cogía la tarjetita que tenía escrito el título de la obra—. La parada del autobús, dice. Esto debe de ser muy emocionante para ti, una parada de autobús. ¡Paga!

—Dalha —dije con una voz que me costó mantener calmada—, por favor, escúchame. Tienes que conseguirme otra cita. Tengo que encontrarme de nuevo con el artista de las grabaciones. Eres la única que puede arreglar esto. Dalha, temo por los dos si no accedes a concertar esta cita. Necesito hablar con él otra vez.

—Entonces, ¿por qué no vas a hablar delante de un espejo? Allí —me indicó señalando a la cortina que separaba la parte delantera de la trasera de la galería de arte—. Ve al cuarto de baño, como fuiste el otro día y habla contigo en el espejo.

—No hablé conmigo en el lavabo, Dalha.

—¿No? ¿Entonces que hacías?

—Dalha, tienes que concertar la cita. Eres la intermediaria. Él contactará contigo si le dejas.

—¿Quién contactará conmigo?

Era una pregunta justa para ella, pero yo no podía contestarla. Le dije que volvería a hablar con ella al día siguiente, pues esperaba que se hubiera calmado para entonces.

Desgraciadamente, nunca volví a ver a Dalha. Aquella noche la encontraron muerta en la calle. Me imagino que estaba esperando un taxi que la llevara a casa cuando salió de un bar o una fiesta o cualquier otro sitio donde hubiera bebido mucho. Pero no fue la bebida ni la agotadora vida social bohemia lo que mató a Dalha. En realidad, se había ahogado hasta morir mientras esperaba un taxi a altas horas de la noche. Llevaron el cuerpo a un hospital para examinarlo y allí descubrieron que había depositado un objeto dentro de ella. Al parecer, alguien había empujado con violencia algo por su garganta. El objeto, como más tarde describió un artículo periodístico, era el «pequeño brazo de plástico de una muñeca». Si aquel brazo de muñeca estaba pintado de color verde esmeralda o de otro, no lo mencionaban. Por supuesto, la policía registró «Bellas Artes Dalha D.» y halló muchos más objetos como ese en una papelera de metal pintados de colores diferentes. Sin duda, también encontraron la exposición de los monólogos oníricos con sus obras de arte sin firmar y la grabadora robada de la biblioteca, pero nunca pudieron establecer una conexión entre esas grabaciones y la grotesca muerte de la propietaria de la galería.

Después de aquella noche ya no sentí la desesperada necesidad de poseer los monólogos, ni siquiera la última cinta sobre la parada del autobús, que nunca llegué a oír. Ahora tenía los manuscritos originales que el artista de las grabaciones había utilizado para crear sus monólogos oníricos y que me había dejado en un sobre grande sobre el escritorio de la biblioteca. Incluso entonces sabía, aunque yo no, que después de nuestro primer encuentro ya no volveríamos a vernos más. La caligrafía de las páginas del manuscrito es muy parecida a la mía, aunque la inclinación de las letras delata que se trata de un escritor zurdo, mientras que yo soy diestro. Una y otra vez leo los monólogos oníricos sobre la parada del autobús, la fábrica abandonada y en especial aquel acerca del *bungalow*, donde la luz de la luna brilla sobre la alfombra llena de insectos. Intento vivir el terror y la lobreguez infinita del universo del *bungalow* del modo que una vez lo hice, pero ya no es lo mismo de antes. No encuentro consuelo al hacerlo, aunque la visión y los principios subyacentes sean los mismos. De algún modo sé que antes nunca supe que no hay ningún sitio adonde pueda ir, nada que pueda hacer y nadie a quien conocer. La voz de mi cabeza continúa recitando mis viejos principios. La voz es su voz y su voz es también mi voz; y hay otras voces, voces que nunca he oído antes, voces que parecen estar muertas o estar agonizando en la gran oscuridad iluminada por la luna. Más que nunca, parece llevarse a cabo una especie de nuevo arreglo, un arreglo espectacular y desconocido, cualquier cosa para liberarse de esa tristeza desgarradora que sufro cada

instante del día (y la noche), esta tristeza arrebatadora que siento que nunca me abandonará, vaya donde vaya, conozca a quien conozca o haga lo que haga.

La torre roja

La fábrica en ruinas se alzaba tres pisos sobre un paisaje que de lo contrario no tenía ninguna característica especial. Aunque era imponente, ocupaba solo la parte más discreta dentro del vacío gris de los alrededores, y su presencia no significaba más que una ligera mancha de color sobre un desolado horizonte. No había ninguna carretera que llevara a la fábrica, ni rastro de nadie que pudiera haber llegado hasta ella en algún momento del pasado lejano. Si alguna vez hubo un camino que condujera hasta allí, habría resultado inútil una vez hubiera alcanzado uno de los cuatro lados de ladrillo rojo de la fábrica, incluso en la época en que las instalaciones operaban a pleno rendimiento. El motivo era sencillo: no se habían construido puertas, no había zona de carga ni entradas que permitieran penetrar las paredes exteriores de la estructura, que era de ladrillo macizo en los cuatro laterales, sin siquiera una sola ventana por debajo del segundo piso. La existencia de una gran fábrica cerrada al mundo exterior despertaba en mí una extremada fascinación. Fue casi con pesar que al final me enteré del acceso subterráneo de que disponía. Pero, desde luego, dicha revelación también se convirtió en un manantial para mi degenerado sentido del asombro, para mi decadente fascinación.

La fábrica estaba en ruinas hacía tiempo. Los innumerables ladrillos estaban gastados y desmenuzados, y las ventanas, todas hechas añicos. Cada uno de los tres enormes pisos que se elevaban por encima de la planta baja estaban vacíos del todo, menos de polvo y silencio. La maquinaria que ocupaba densamente los tres pisos de la fábrica, así como el considerable espacio que había debajo, se dice que se ha evaporado, repito, evaporado, justo después de que la fábrica detuviera su funcionamiento y dejara atrás tan solo unos pocos perfiles espectrales de cubas y depósitos, tubos retorcidos y embudos, chirriantes herramientas y palancas, ruedas y cinturones gigantes que podían verse mejor al atardecer o incluso más tarde. Según estas historias totalmente alucinantes, toda la Torre Roja, como era conocida la fábrica, siempre había estado sometida a desvanecimientos en algunos momentos determinados. Este fenómeno, según las palabras delirantes o agonizantes de muchos testigos, se debía a una profunda hostilidad entre las operaciones ruidosas y malolientes de la fábrica y la pureza desolada del paisaje que la rodeaba, lo que desembocaba alguna que otra vez en borrados o desvanecimientos temporales del primero por el último.

A pesar de sus orígenes al parecer disparatados y crédulos, esos testimonios, a mi entender, merecían algo más que una atención superficial. El conflicto legendario entre la fábrica y el territorio grisáceo que la rodeaba bien podría haber sido una invención de los individuos que se perdieron en las avanzadas fases de su deterioro físico o psíquico. No obstante, mi teoría era, y todavía lo sigue siendo, que la Torre

Roja no había sido siempre de aquel color peculiar gracias al cual, a la larga, se labró su fama. Por lo tanto, el enrojecimiento de la fábrica fue una traición, una abrupción, pues doy por supuesto que esta antigua estructura era, en tiempos inmemorables, del mismo color claro que el mundo que la rodea. Además, con una perspicacia nacida de la imparcialidad hasta el punto de una total desesperación, me imaginé que la Torre Roja nunca se dedicó exclusivamente a las funciones modestas de una fábrica común.

Debajo de los tres pisos de altura de la Torre Roja había dos, o puede que tres, plantas más. El que estaba justo debajo de la planta baja de la fábrica era el nexo de un sistema único de distribución de los productos que se manufacturaban en las tres plantas de arriba. El primer piso bajo tierra se asemejaba de muchas maneras a una antigua mina subterránea y funcionaba igual que una. Los compartimentos del montacargas, cercados por una pesada malla metálica, retorcida y corroída, descendían más allá de la superficie hacia una cámara expansiva que se había excavado de modo rudimentario en la tierra rocosa y se perpetuaba sin orden ni concierto por la densa estructura de soportes, un entramado de postes y pilares, vigas y maderos que incluía una gran variedad de materiales: madera, metal, cemento, hueso y una fina cincha nervuda que era fibrosa y firme. De esa cámara central salía un sistema de túneles que transformaban en un laberinto la tierra debajo del terreno gris y desolado que rodeaba a la Torre Roja. A través de esos túneles se transportaban los productos que se manufacturaban en la fábrica, a veces literalmente en mano, pero con más frecuencia mediante carros o carretillas, que llegaban a los puntos de entrega más recónditos e inverosímiles.

El comercio que originalmente se produjo en la Torre Roja era, en cierto sentido, notable, pero al principio no tenía un carácter extraordinario ni especialmente ambicioso. Se trataba de una horripilante selección de productos que tal vez fuera mejor describir como novedades. Al comienzo, los objetos y construcciones producidos por la maquinaria de la Torre Roja eran de una calidad caótica, algo aleatorio que creaba cosas amorfas, sin forma consistente o diseño aparente. De vez en cuando aparecía un bulto ceniciento que revelaba lo que parecía un rostro o unas zarpas, o tal vez un ensamblaje que se asemejaba a una urna con diminutas ruedas irregulares, pero casi siempre las primeras producciones eran relativamente inocuas. Sin embargo, después de un tiempo, las cosas empezaron a aclararse, como siempre ocurre, rechazaron un desorden inofensivo y sin interés —una situación nunca dura para siempre— y adoptaron los planes y propósitos más comunes de un intento de creación sin piedad.

Así fue cómo la Torre Roja empezó a producir su terrible y desconcertante línea de artículos únicos y novedosos. Entre los objetos y construcciones que fabricaban había unos cuantos de carácter inocente, como unos finos camafeos minúsculos más pesados de lo que sugería su tamaño, mucho más pesados, y unos relicarios cuya

brillante superficie exterior se abría para revelar un negro abismo reverberante, una profunda oscuridad en la que rugía el eco. Dentro de la misma línea de productos, había una serie de reproducciones muy reales de órganos internos y estructuras fisiológicas, de los cuales muchos exhibían una avanzada fase de enfermedad y todos ellos eran calientes y suaves al tacto de una forma desagradable. Había una falsa mano incorpórea en la que las uñas crecían unos cuantos centímetros por la noche, todas las noches, como un reloj. Un montón de objetos naturales, la mayoría calabazas protuberantes, estaban diseñados para emitir un largo y ensordecedor grito siempre que alguien los cogía o los perturbaba de cualquier otro modo en su tranquilidad vegetal. Más incomprensible eran aquellas cosas como pegotes de lava endurecida en cuyas ígneas formas ásperas había incrustados un par de ojos legañosos, que permanentemente movían su mirada de un lado a otro como un péndulo incesante. Y también la modesta pieza de cemento, un fragmento que se había desprendido de cualquier calle o acera, que dejaba una de esas manchas que son muy difíciles de sacar, verde y grasienta, en cualquier superficie sobre la que se depositara. Pero estos artículos bastante simples fueron seguidos, y al final acabaron reemplazados, por unos objetos y construcciones más articulados. Un ejemplo de esta clase de novedades tan complejas era una caja de música ornamentada que cuando se abría emitía un breve gorgojeo o un sonido absorbente que emulaba al estertor postrero de un individuo agonizante. Otro producto manufacturado en grandes cantidades en la Torre Roja era un reloj de bolsillo, cuyo revestimiento de oro se abría para revelar una curiosa pieza de relojería, cuyos números estaban representados por diminutos insectos temblorosos, mientras que las manecillas eran lenguas de reptiles, delgadas y rosas. Pero estos ejemplos apenas insinuaban la variedad de mercancías que salían de la fábrica durante su fase original de producción. Si nos centramos en un periodo de tiempo determinado, debería al menos mencionar las alfombras exóticas tejidas con complicados diseños abstractos que se convertían en el tipo de breves escenas fantasmagóricas que pasarían por un cerebro asolado por la fiebre o incluso dañado para siempre.

Como me fue revelado, y ahora acabo de revelar, el medio de distribución de los originales productos fabricados en la Torre Roja era un sistema de túneles situado en la primera planta, no en la segunda (o puede que en la tercera), que había sido excavado debajo del mismo edificio de tres pisos de la fábrica. Al parecer, esos niveles subterráneos no eran necesariamente parte de los cimientos iniciales, sino que en realidad eran un desarrollo retorcido e inverosímil que pudo haber ocurrido solo cuando la estructura conocida como la Torre Roja sufrió, a lo largo del tiempo, su propia mutación de algún estado previo hasta acabar convertida en un modesto espacio fabril. Esta mutación después requeriría la excavación —no sabría decir si fue desde arriba o abajo— de un sistema de túneles como medio de distribución de

los insólitos objetos que, durante un tiempo, la fábrica produjo.

Por lo visto, cuando las extraordinarias invenciones de la Torre Roja obtenían su forma final, tenían una ubicación especial a la que se las destinaba para ser repartidas, ya fuera en mano, en los pequeños carros o en las carretillas que recorrían grandes distancias a través del sistema de túneles subterráneo. Dónde iban a parar, eso ya no lo sabía nadie. Puede que fuera al fondo de un oscuro armario, enterradas bajo una pila de trastos mediocres, donde un artículo de lo más original permanecería por algún tiempo antes de que alguien lo encontrara por pura casualidad o por desgracia. En cambio, esa misma invención, u otra totalmente diferente, podría colocarse sobre la mesita de noche al lado de la cama de alguien para que la descubriera de inmediato. Cualquier punto de entrega era posible, nada estaba fuera del alcance de la Torre Roja. Incluso había testimonios, tanto sumamente histéricos como semiconscientes, de artículos de la fábrica que se habían descubierto alojados dentro de un cuerpo vivo, o uno muerto no hacía mucho. Sé que un logro como este estaba dentro de los poderes de la fábrica, dado su posterior historial de producción. Pero el pensamiento que más atrae a mi degenerada imaginación es el de cuántos de aquellos originales artículos monstruosos producidos en la Torre Roja habrían sido llevados ferviente y escrupulosamente —solo por medio de aquellos interminables túneles subterráneos— a lugares remotos donde nunca serían ni podrían ser encontrados.

Así como se había creado un sistema de túneles para la distribución cuando se convirtió en una fábrica de originales artículos, también se requirió una ampliación de este sistema, toda una fase nueva de producción que poco a poco fue evolucionando. Dentro del montacargas de malla metálica que comunicaba la parte superior de la fábrica con los túneles subterráneos, ahora había una palanca especial que, cuando alguien la empujaba hacia atrás, o tal vez hacia delante (no conozco estos detalles), permitía descender a un segundo nivel. Esta zona, excavada en los últimos tiempos, era mucho más pequeña, mucho más estrecha, que la que había justo encima, como se podía observar en el instante en que el montacargas se paraba y se alcanzaba a ver todo el panorama. La escena a la que ahora se enfrentaban las mentes inseguras de los testigos recordaba, en muchos sentidos, a un cementerio aislado, rodeado de una valla torcida, con las estacas bastante separadas las unas de las otras y sujetadas con alambre oxidado. Las lápidas que había en el interior de la cerca estaban muy apretujadas y eran bastante normales, aunque un tanto anticuadas en cuanto al diseño. En cambio, no había nombres ni fechas en aquellas estelas funerarias, nada de nada, a excepción de una ornamentación abstracta y un tanto rudimentaria. Esto tan solo podía comprobarse cuando uno se acercaba mucho al cementerio subterráneo, puesto que la iluminación en esa zona era débil y poco convencional y procedía exclusivamente de las brillantes paredes de piedra que rodeaban el lugar. Aquellas paredes parecían estar cubiertas con una pintura fosforescente que inundaba el

cementerio de una neblina turbia y grisácea. Durante mucho rato —no sabría decir cuánto tiempo— mi ensoñación morbosa se centró en esa oscura visión del cementerio bajo la fábrica, un cementerio subterráneo rodeado por una valla torcida de estacas y bañada por la deficiente iluminación que proporcionaba la pintura fosforescente aplicada sobre las paredes de piedra. Por el momento, tengo que hacer hincapié en la visión en sí misma, sin prestar atención a los propósitos utilitarios de aquel lugar, es decir, la función que tenía en relación con la fábrica que había arriba.

La verdad es que se había llegado a un punto en que todas las funciones de la fábrica se llevaban a cabo bajo tierra, en ese nivel del cementerio. Mucho antes de la completa evaporación de la maquinaria de la Torre Roja, ocurrió algo que requirió la paralización de todas las operaciones en las tres plantas de la fábrica que estaban por encima del suelo. Las razones para emprender esta acción no están nada claras y solo han sido motivo de reflexión cuando un estado de curiosidad desesperada y devoradora ha llegado a su punto máximo, cuando la llama ardiente de la especulación se hace tan intensa que amenaza con incinerar todo sobre lo que brilla. En mi opinión, creo que es muy pertinente reiterar en este momento el conflicto mantenido hace mucho tiempo entre la Torre Roja, que pienso que no ha estado siempre marcada por ese color y ese nombre, y el paisaje grisáceo de completa desolación que rodea esa estructura por todos los lados, y que se extiende por encima de ella en una distancia tan grande que resulta incalculable. Pero debajo de la planta baja de la fábrica había otra cosa: fue aquí donde, llegado un momento, las operaciones disminuyeron; fue aquí, en especial en el nivel del cementerio, donde continuaron.

Evidentemente, la Torre Roja había cometido algún tipo de ofensa o violación, y sus actividades clamorosas y los insólitos productos que producía —tal vez su propia existencia— constituían una afrenta a la tranquilidad inalterable del mundo que la rodeaba. Desde mi punto de vista, hubo algún tipo de deslealtad, la ruptura de un vínculo a traición. Por supuesto, puedo imaginarme una época anterior a la existencia de la fábrica, antes de que cualquiera de sus características manchara el territorio sin rasgos distintivos que se extendía en todas direcciones, tan gris y desolado. Al soñar con la gris desolación del paisaje, también encontré muy fácil imaginarme que podía haber sufrido, tras un lapso de tiempo en un total aburrimiento, un impulso espontáneo e inexplicable que derivaba de una perfección monótona, tal vez incluso un deseo inconquistable de correr el riesgo de moverse hacia una imperfección tentadora. Como una concesión a ese impulso o al deseo de conseguir algo, como una renuncia mínima, tuvo lugar una creación y tomó forma vina estructura donde antes no hubiera nada parecido. Me la imaginé, en sus inicios, como una irrupción en el paisaje apenas perceptible, una densidad gris que se elevaba en lo gris, en relieve con el diseño más armonioso y de buen gusto. Pero este tipo de estructuras y creaciones

tienen sus propios deseos, sus propios destinos que cumplir, sus propios misterios y mecanismos que tendrán que seguir a cualquier precio.

De un paisaje gris, desolado y sin ninguna característica especial había surgido un edificio insulso, una torre blancuzca, o puede que traslúcida, que, con el paso de los años, empezó a convertirse en una fábrica y a producir, con el espíritu de la más grotesca agresividad, vina línea de originales artículos bastante morbosos y desagradables. En algún momento, como muestra de rebeldía, se enrojeció con una pasión enigmática por la traición y la obstinación malsana. A simple vista, la Torre Roja parecía un magnífico complemento de la desolación grisácea que la rodeaba, una composición vínica y pintoresca que servía para definir la maravillosa esencia de ambos. Pero en realidad existía entre ellos vina profunda e indescriptible hostilidad. Hubo un intento de recuperar la Torre Roja, o al menos de obligarla a volver a sus antiguos orígenes. Me refiero, por supuesto, a aquella demostración de fuerza que resultó en la evaporación del denso arsenal de maquinaria de la fábrica. Las tres plantas de la Torre Roja se habían vaciado, se habían purgado de los ofensivos medios de producción de aquellos originales productos, y la parte de la fábrica que se elevaba por encima del suelo se dejó caer en ruinas.

Si la maquinaria no hubiera desaparecido, creo que el cementerio subterráneo, o algo semejante, hubiese aparecido de todas maneras en algún momento u otro. Esa era la dirección en la que la fábrica se estaba moviendo, como sugería alguno de los últimos modelos de sus originales artículos. Las máquinas se habían quedado obsoletas conforme la obsesión enfermiza de la Torre Roja se intensificaba y evolucionaba hacia proyectos más experimentales e incluso más utópicos. Antes he dicho que las lápidas del cementerio subterráneo de la fábrica no tenían los nombres de los inhumados, ni sus fechas de nacimiento y muerte. Este hecho lo confirman numerosas explicaciones presentadas como un galimatías al borde de la histeria. La razón de esas lápidas en blanco se hace evidente del todo cuando uno las mira detenidamente y las ve torcidas y muy juntas en la bruma fosforescente que despiden las paredes cubiertas con pintura luminosa. Ninguna de aquellas tumbas, a decir verdad, tenía allí enterrado a nadie cuyo nombre y fecha de nacimiento y muerte tuviera que inscribirse sobre las lápidas. No eran lo que se llamaría «tumbas para sepultar». Lo que quiere decir que de ninguna manera estas eran tumbas para enterrar a los muertos, sino más bien lo contrario: eran tumbas de un diseño experimental, de las que nacían las más nuevas producciones de la Torre Roja.

Desde que empezó a manufacturar originales artículos de naturaleza insólita, la fábrica había emprendido la creación de lo que serían conocidos como *hiperorganismos*. Estas nuevas producciones tenían también un carácter fundamentalmente extremo y representaban una divergencia incluso mayor entre la parte de la Torre Roja y la insulsa y gris desolación en medio de la que se encontraba.

Como daba a entender la denominación de esos *hiperorganismos*, esta línea de artículos mostraba las características más esenciales de su naturaleza orgánica, lo que significaba, por supuesto, que estaban en conflicto sus dos rasgos básicos. Por un lado, revelaban una intensa vitalidad en todos los aspectos de su forma y función; por otro lado, y al mismo tiempo, manifestaban un ineluctable elemento de deterioro en las mismas zonas. De este modo, cada uno de esos *hiperorganismos*, aunque fulguraran con un grado obsceno de impulsos vitales, al mismo tiempo llevaban también escritos la degeneración y la muerte. Por lo visto, de acuerdo con una tradición de asombrosa locura, cuanto menos se diga sobre los vástagos que dan a luz aquellas tumbas, o cualquier creación similar, mejor. Yo mismo casi he estado totalmente limitado a un estado de especulación en constante agitación con respecto a las particularidades cautivadoras de todos los fenómenos *hiperorgánicos* producidos en el cementerio subterráneo de la Torre Roja. Aunque con razón podamos suponer que tales creaciones no son precisamente bonitas, no podemos conocer por nosotros mismos los misterios y los mecanismos que explican, por ejemplo, cómo esas creaciones se mueven a través de la luminiscencia neblinosa de ese mundo bajo tierra; qué gestos chirriantes o espasmódicos serían capaces de hacer, si es que hacían alguno; los sonidos que harían o qué órganos específicos usaron para crearlos; cómo aparecían cuando con torpeza surgían de las profundas sombras o se escondían tras aquellas lápidas anónimas; qué temblorosas fases de mutación habían sufrido casi con seguridad después de la generación de sus larvas sobre la tierra yerma del cementerio; qué habían producido o despedido sus cuerpos a modo de fluidos y secreciones; cómo responderían a la mutilación de sus formas por razones de naturaleza experimental o totalmente salvaje. A menudo pienso en los esfuerzos desesperados que tuvieron que hacer esas creaciones para librarse del ambiente recluido que sus cerebros deformes o inexistentes eran incapaces de comprender. No podían comprender, no más que yo mismo, con qué propósito surgían de aquellas tumbas, aquellas incubadoras de *hiperorganismos*, diminutas fábricas de carne que existían en el interior, y mucho más adentro, de la gran fábrica de la Torre Roja.

Desde luego, no fue ninguna sorpresa que la producción de los *hiperorganismos* no continuara durante mucho tiempo después de que una segunda destrucción asolara la fábrica. Esta vez no tuvo lugar una mera desaparición, una evaporación final de la maquinaria; esta vez fue algo mucho más brutal. De nuevo las fuerzas de la destrucción se dirigieron a la fábrica, en especial al cementerio subterráneo situado en el segundo nivel bajo tierra, y la estructura de tres pisos de altura que había arriba acabó por desmoronarse totalmente. Según tengo entendido, solo se sabe algo de lo que quedó en el cementerio y de sus obras ingeniosamente blasfemas por los estremecedores e incomprensibles rumores del caos y la devastación, y la más incalificable rotura total. Esas mismas fuentes, al parecer, también consideraron este

incidente como la culminación, si no la conclusión, de las antiguas hostilidades entre la Torre Roja y aquel halo grisáceo de desolación que flotaba por todos lados. Aquel episodio demoledor parecía haber puesto fin a la carrera de la Torre Roja.

Sin embargo, hay indicios de que, aunque todo indicara lo contrario, la fábrica continuaba activa a pesar de su estado de ruina silenciosa. Después de todo, la evaporación de la maquinaria que produjo un sinfín de artículos insólitos en la fábrica de tres pisos y ladrillos rojizos, y la subsiguiente caída en desuso del sofisticado sistema de túneles en el primer nivel bajo tierra, no impidieron que la fábrica siguiera con su producción por otros medios más enrevesados. El trabajo en el segundo nivel subterráneo (donde estaba el cementerio) fue muy bien durante algún tiempo. Al producirse la despiadada devastación de aquellas tumbas ingeniosas y fértiles, junto con las mercancías que producían, parecía que el historial de fabricación de la Torre Roja hubiese llegado a su fin. Sin embargo, hay indicios de que debajo de la fábrica de tres plantas situada encima del suelo, debajo del primer y el segundo piso subterráneos, existía un tercer nivel de actividad. Tal vez es solo un deseo de simetría, el ansia de un equilibrio compositivo en las cosas, que ha llevado a aparecer una serie de sutiles rumores sobre este tercer nivel subterráneo, a proporcionar una especie de parte complementaria a las tres plantas de la fábrica que se alzan sobre el suelo, en el paisaje gris y sin ninguna característica especial. En este tercer nivel, según mantienen estos rumores borrosos, el programa de producción de la fábrica se lleva a cabo de un modo nuevo y un tanto extraño, que representa su operación más ambiciosa en la producción de creaciones putrefactas, que en última instancia consuma su tradición de degeneración y alcanza un perfeccionamiento del defecto y el desorden, de acuerdo con los rumores contaminados y confusos que corren con respecto a este tema.

Tal vez parezca que he hablado demasiado sobre la Torre Roja y tal vez haya sonado todo muy raro. No pienses que no soy consciente de estas cosas. Pero como he apuntado a lo largo de este documento, solo estoy repitiendo lo que he oído. Yo mismo nunca he visto la Torre Roja, nadie lo ha hecho, y posiblemente nadie lo hará; no obstante, dondequiera que vaya la gente habla de ella. De un modo u otro hablan de los insólitos artículos de pesadilla o de los misteriosos y repugnantes *hiperorganismos*, así como también farfullan sin parar del sistema de túneles subterráneo y el cementerio aislado cuyas lápidas no mostraban ningún nombre, ni fecha que indicara el nacimiento o la muerte. De lo único que hablan es de la Torre Roja, de un modo u otro, de nada más que de la Torre Roja. Todos hablamos y pensamos en la Torre Roja a nuestra propia y degenerada manera. He recopilado solo lo que la gente va diciendo (aunque no saben que lo están diciendo) y a veces lo que han visto (aunque no saben que lo han visto). Pero aun así siguen hablando, de algún modo trastornado u otro, de la Torre Roja. Les oigo hablar de ella todos los días de mi

vida. A menos, por supuesto, que empiecen a hablar del paisaje gris y desolado, ese vacío neblinoso en el que la Torre Roja —la grande y diligente Torre Roja— está tan peligrosamente apoyada. Entonces las voces se van calmando cada vez más hasta que apenas puedo oír cómo intentan comunicarse conmigo a través de sofocantes trozos del trauma post pesadilla. He llegado a un punto en el que tengo que esforzarme para oír las voces. Espero que me revelen las nuevas aventuras de la Torre Roja mientras avanza hacia fases de producción incluso más corruptas, que incluyen el enigmático taller del tercer piso subterráneo. Tengo que quedarme quieto y callado para escucharlas; tengo que quedarme en silencio para el momento aterrador. Luego empezaré a oír los ruidos de la fábrica cuando se ponga en funcionamiento una vez más. Entonces seré capaz de volver a hablar de la Torre Roja.

THOMAS LIGOTTI nació en 1953. Estadounidense de segunda generación de ascendencia siciliana, fue educado como cristiano católico, pero renegó de las doctrinas de la Iglesia al final de su adolescencia. Después de consumir habitualmente drogas y alcohol a finales de los sesenta, sufrió un cuadro de desorden pánico-ansioso crónico en agosto de 1970. Al año siguiente se graduó en el Grosse Pointe North High School.

Empezó a escribir ficción en el instituto. Obtuvo en 1978 la graduación en Inglés en la Universidad Estatal de Wayne (Detroit), y por esa época comenzó a enviar relatos de terror a Arkham House Publishers, aunque todos fueron rechazados por considerarlos inadecuados.

Ligotti encontró trabajo en la división de crítica literaria de la Gale Research Company (actualmente Thomson Gale) en 1979. Su primer relato publicado, *The Chymist*, apareció en Nyctalops en marzo de 1981. En 1983 asistió a la World Fantasy Convention en Ottawa, aunque por esa época era un autor bastante desconocido, pero a lo largo de los ochenta muchos más de sus relatos se fueron publicando en prensa. Su reputación fue creciendo entre los aficionados a los «relatos extraños», hasta culminar con la aparición en 1985 de *Songs of a Dead Dreamer*. Posteriormente este libro fue revisado y ampliado en su edición inglesa en 1989.

Más adelante escribiría otras dos recopilaciones: *Grimscribe* (1991) y *Noctuary* (1994), que fueron publicadas simultáneamente a ambos lados del Atlántico. En 1996 vio la luz una selección de relatos de estas tres obras, así como seis cuentos nuevos,

llamada *La fábrica de pesadillas*. Esta antología le sirvió para ganar dos de sus tres premios Bram Stoker, uno por la recopilación en sí y otro por el relato 'The Red Tower'.

En 1997 se imprimió *In a Foreign Town, in a Foreign Land*. Posteriormente, Tibet's Durto Press editó tres libros de poemas: *I Have a Special Plan for This World* (2000), *This Degenerare Little Town* (2001) y *Death Poems* (2004), y su guión *Crampton* (2003), escrito con Brandon Trenz.

En 2001, Ligotti dejó su trabajo después de veintitrés años y empezó a trabajar como escritor y editor independiente. Dos años después publicó su trabajo más largo hasta la fecha: la novela corta *My Work is Not Yet Done*

Su obra muestra una clara herencia de H. P. Lovecraft, Edgar Allan Poe, Franz Kafka y Jorge Luis Borges, de los cuales se embebió en su adolescencia. Generalmente evita la violencia explícita, muy común en la ficción de terror moderna, apostando más por una atmósfera intensamente perturbadora construida a través de sutilezas y repeticiones. En la actualidad, sus nuevos relatos cortos siguen apareciendo en la revista *Weird Tales* y en diversas antologías de prestigio.

Notas

[1] A excepción de las últimas líneas, que revelan algo un tanto insólito, pero no del todo aburrido, es una conclusión del mismo narrador. <<